Dani
Shapiro

SEÑALES EN LA NOCHE

AdN Alianza de Novelas

Dani Shapiro

SEÑALES EN LA NOCHE

Traducido del inglés por Elia Maqueda

AdN Alianza de Novelas

Este libro es para Jacob

Si la tierra es un cementerio y el mar
un osario de almas, encended señales en la noche
allá donde estéis.
Al alba, echad las barcas al mar.

CAROLYN FORCHÉ
Mourning

27 de agosto de 1985

Sarah y Teo

Y en realidad no es nada, o podría no ser nada, o debería no ser nada, el hecho de inclinar la cabeza hacia delante para presionar la punta del cigarro contra el encendedor del coche. Crepita al contacto, con un sonido particular de este fugaz momento en la historia en que los coches tienen mechero y los quinceañeros, por otra parte, sensatos, fuman Marlboro Reds y conducen el Buick de su madre sin carné de conducir. Hay una chica a la que quiere impresionar. Se llama Misty Zimmerman y, si sobrevive a esta noche, de mayor será editora de una revista o profesora de instituto o abogada. Será madre de tres hijos o no tendrá ninguno. Morirá joven de cáncer de ovarios o vivirá hasta conocer a sus bisnietos.

Pero estos son solo los posibles arcos de una vida, un puñado de estrellas fugaces en el cielo nocturno. Si cambia una cosa, todo cambia. Un temblor aquí provoca un seísmo allá. Una falla se hace más profunda. Alguien tropieza con un cable. Él pisa el acelerador. No sabe muy bien lo que hace, pero eso no va a detenerlo. Está crecido, como cualquier chaval de quince años. Tiene que demostrar algo. A sí mismo. A Misty. A su hermana. Como si siguiera un guion escrito en braille, pasa los dedos por encima de un código que no comprende.

—Theo, más despacio.

Es su hermana, Sarah, desde el asiento trasero.

Misty va de copiloto.

Ha sido Sarah quien le ha tirado las llaves del coche de su madre. Sarah tiene diecisiete años. Después de esta noche, se convertirá en un misterio para él. El cielo estival es un velo que alguien ha echado sobre la luna y las estrellas. Las calles están en silencio, la buena gente de Avalon lleva ya un rato en

casa. Sus padres están dormidos en su cama de matrimonio bajo la colcha de ganchillo tejida por una paciente de su padre. Su madre tiene el sueño profundo, pero su padre está entrenado por toda una vida de médico para despertarse a la mínima. Siempre está preparado.

Los adolescentes no buscan problemas. Son buenos chicos… Todo el mundo diría eso de ellos. Pero están aburridos; el verano toca a su fin; las clases empiezan la semana siguiente. Sarah va a cursar su último año de instituto y después se irá. Es una superestrella, su hermana. Practica varios deportes, saca sobresaliente en todo. Rezuma potencial. A Theo aún le quedan tres años y no destaca en nada. Es un chico rellenito, más bien callado y tímido. Se sonroja con facilidad. Nota que se le ponen las mejillas coloradas mientras sostiene el mechero e inhala, oye el chisporroteo, aspira el humo hasta el fondo de los pulmones. Su padre —cirujano neumólogo— lo mataría. Quizá por eso Sarah le ha dado las llaves. Quizás esté intentando ayudarle; conseguir que haga algo, joder. Que corra algún riesgo. Mejor ser malo que no ser nada.

Misty Zimmerman solo pasaba por allí. Es Sarah quien le ha dicho que se venga. Sarah, que hace por Theo lo que Theo no puede hacer por sí mismo. Si cambia una cosa, todo cambia. El Buick baja a toda velocidad por Poplar Street. Misty se despereza y bosteza en el asiento del copiloto. Theo gira a la izquierda y luego a la derecha. Va cogiéndole el tranquillo. Pone el intermitente y se dirige a la autopista. Cuando pasan por delante del centro comercial, mira a ver si el Burger King sigue abierto.

—¡Cuidado! —chilla Sarah.

Él da un volantazo y vuelve a su carril, con el corazón a mil por hora. Ha estado a punto de chocar contra el guardarraíl. Abandona la autopista por la siguiente salida y levanta el pie del acelerador. Quizá no haya sido buena idea. Quiere irse a casa. También quiere otro cigarro.

—Para —dice Sarah—. Yo conduzco.

Theo busca un lugar donde parar. No tiene ni idea de cómo se aparca. Sarah tiene razón: esto es una estupidez.

—Bueno, mejor no, déjalo. No puedo —dice.

Ya están casi en casa. Es como una canción dentro de su cabeza: «casi en casa, casi en casa, casi en casa». Solo quedan unas cuantas manzanas. Pasan por delante de la casa de los Heller y luego por la de los Chertoff.

Cuando se inclina hacia delante, a Theo se le resbala el mechero de los dedos y se le mete por el cuello abierto de la camiseta. Deja escapar un grito e intenta cogerlo, lo que solo consigue empeorar las cosas. Arquea la espalda para que el cacharro de metal ardiendo se suelte, pero se ha quedado atrapado entre los pantalones y el ombligo. Huele a carne chamuscada. Le dejará una cicatriz en forma de medialuna perfecta y brillante. Años después, cuando una amante repase la marca en su vientre con el dedo y le pregunte cómo se la hizo, él se dará media vuelta. Pero ahora… Ahora su futuro sale disparado como rayos gamma desde dentro del coche en movimiento. Tres estudiantes de instituto. ¿Y si Sarah hubiese salido con sus amigos aquella noche? ¿Y si Misty hubiese puesto cualquier excusa? ¿Y si Theo hubiese sucumbido a lo que le pedía el cuerpo y se hubiese hecho un bocata de salami con mucha mostaza y se lo hubiese subido a la cama?

El volante da vueltas sin parar. Los gritos de los adolescentes en mitad de la noche. «Theo no para Dios joder ayuda» y no se oye el chirriar de frenos… Nada que amortigüe el impacto. El impacto del metal contra un viejo roble: el sonido de dos mundos colisionando entre sí.

El guardabarros y el lado derecho del Buick se estrujan como si fuera un coche de juguete y todo fuese una simulación. Arriba, en el primer piso de la casa de Benjamin y Mimi Wilf, una luz se enciende. Una ventana se abre. Ben Wilf contempla la escena durante una fracción de segundo. Cuando llega a la puerta de la casa, su hija, Sarah, está de pie frente a él —«gracias a Dios gracias a Dios gracias a Dios»— con la camiseta y la cara salpicadas de sangre. Theo está a cuatro patas en el suelo. Parece ileso. «Gracias a Dios gracias a Dios gracias a Dios.» Pero entonces…

—Papá, hay una chica en el coche…

Misty Zimmerman está inconsciente. No lleva cinturón —¿quién se pone el cinturón?— y tiene una brecha en la frente

por la que brota sangre. No hay tiempo de llamar a una ambulancia. Si esperan a que lleguen los servicios de emergencia, la chica morirá. Así que Ben hace lo que tiene que hacer. Se cuela por la puerta del conductor, coge a la chica por las axilas y la saca.

—¡La camiseta, Theo! —vocifera.

A Theo se le revuelve el estómago. Va a vomitar. Se quita la camiseta y se la lanza a su padre. Ben le levanta la cabeza a Misty y se la envuelve con la camiseta, tensándola para hacer un torniquete. Su mente se ha puesto en modo lento y silencioso. Es muy buen médico. Le toma el pulso a la chica.

Mimi está en los escalones del porche, con el camisón ondeando al viento que parece haber empezado a soplar de la nada.

—¿Qué ha pasado? —grita Mimi—. ¿Sarah? ¿Theo?

—He sido yo, mamá —dice Sarah—. Yo conducía.

Theo mira a su hermana.

—Eso ahora no importa —dice Ben en voz baja.

Por toda Division Street, los vecinos se han despertado. El golpe, las voces, la electricidad en el aire. Alguien debe de haber llamado a la ambulancia. A lo lejos se oye una sirena. Ben lo sabe antes de saberlo, de esa forma tan instintiva. No veía bien cuando ha sacado a la chica del coche porque estaba oscuro. Solo se ha fijado en la herida de la cabeza, en la hemorragia incontrolable. Ahora ya lo sabe: tiene el cuello roto. Y ha hecho lo peor que podía hacer. La ha movido. En los días posteriores, contará la historia a las autoridades, al equipo de emergencias, a los padres de Misty. La historia —que Sarah conducía, que Misty iba de copiloto y Theo detrás— no se cuestionará. Ni esta noche ni nunca. Se convertirá en un profundo secreto familiar tan peligroso que nunca será verbalizado.

21 de diciembre de 2010

Benjamin

El niño está en la ventana otra vez. Son las once menos cuarto de la noche, una hora a la que sin duda un chaval de su edad —está a punto de cumplir once años— debería estar en la cama, teniendo sueños nerviosos y desbocados. Pero, en lugar de eso, está allí como un reloj: su pelo oscuro brilla a la luz de la luna llena, sus manitas agarran el alféizar, su cuello fino está levantado mirando por la ventana abierta, escudriñando el cielo. La respiración del muchacho forma nubes de vaho en el aire frío. Ahora coge su artilugio y lo dirige a un lado y a otro como una brújula, de forma que el resplandor tétrico y azulado ilumina su rostro pálido. ¿Qué demonios hace? Ben no puede aguantarse las ganas de abrir la ventana y gritarle al niño que está al otro lado de Division Street: «¡Ten cuidado!». Las palabras se le quedan atascadas en la garganta.

«¿Dónde están tus padres?»

Pero también ve a los padres, la casa entera, excepto el dormitorio del niño, iluminada en mitad de la noche como una carta de amor a la compañía eléctrica Con Ed. La madre está sentada a la mesa de la cocina, inclinada sobre una revista, con una copa de vino junto al codo. La silueta del padre se adivina en el gimnasio que han construido sobre el garaje. El hombre rema como un loco, como si se propulsara hacia alguien que se estuviera ahogando.

La casa de enfrente antes pertenecía a los Platt, y antes de eso, a los McCarthy. Cuando él y Mimi se mudaron al barrio, cuando Division Street dividía de verdad (aunque estaba mal visto hablar de ello) la parte más deseable de la ciudad de las casas que estaban más cerca de la estación de tren, no había gimnasios anexos, no había casas con piscina como la que

parecía haber surgido de la noche a la mañana detrás de la vieja casa de los Berkelhammer, no había chimeneas al aire libre ni elaborados sistemas de sonido construidos en muros de piedra cubiertos de musgo.

Un coche solitario baja despacio por Division y gira en Poplar. A lo lejos se oye el maullido de un gato. Las hojas rígidas del acebo raspan la ventana de la cocina abajo. Ben quería haberle pedido al jardinero que le diera un repaso en otoño antes de que se pudrieran más tablones viejos de la casa, pero con todo el jaleo se le había olvidado. Los nuevos dueños, una pareja a la que no ha visto en persona, se mudan desde Cleveland. Con dos niños pequeños. Y uno de esos *basset hounds* de ojos tristes.

Entonces, ¿así es como va a pasar su última noche aquí? ¿Enfundado en su bata de franela, mirando por la ventana de su habitación, absorbiendo todo lo que se ve y se oye en este lugar donde ha vivido más años que en ningún otro? Lo está memorizando todo.

Cuarenta años.

Mimi y él solían burlarse de la gente que decía ñoñerías absurdas como eso de que «el tiempo pasa volando». Pero míralo ahora. Cuarenta años desde que se mudó con Mimi a esta casa. Mimi estaba embarazada de Theo, y Sarah aún llevaba pañal. Probablemente no fueran tan distintos de la pareja de Cleveland y se preguntaran cómo iba a ser su vida. En la planta baja, todas las habitaciones están llenas de cajas. Están apiladas del suelo al techo y etiquetadas en función de su destino:

«S. W.» para la vajilla, la cubertería de plata de Mimi, la mayoría de las sábanas buenas. Todo eso va para Sarah, a Santa Mónica, aunque él no entiende cómo puede querer más trastos de los que ya tiene. Su hija nunca ha sido una persona muy sentimental, pero quizás ahora que ha alcanzado la mediana edad se esté ablandando.

«T. W.» para los miles de discos —vinilos— para los que Theo ha comprado y restaurado un tocadiscos en su ático de Brooklyn. También le enviarán a Theo las cajas con la etiqueta «DOCUMENTOS B. W.», que contienen todos los archivos médicos

de Ben desde que hizo la residencia. ¿Qué iba a hacer si no con todos esos ficheros? ¿Quemarlos? No. Los dejará al cuidado de su hijo.

El niño lo ha visto. Igual que las últimas noches, levanta la mano y lo saluda…, con un saludo infantil, moviendo los dedos arriba y abajo. Ben descorre el pestillo de la ventana y la abre. El aire frío le golpea el pecho.

—¡Hola, muchacho!

Sabe perfectamente cómo se llama el niño. Waldo, un nombre difícil de olvidar; pero llamarlo por su nombre le parece tomarse demasiadas confianzas. Aunque la familia lleva una década viviendo enfrente, siempre han sido más bien reservados. Cuando se mudaron, Mimi nunca encontró el momento de cruzar la calle con su habitual bandeja de galletas y una notita para darles la bienvenida al barrio. Tenía varias copias de una lista con indicaciones útiles: el A&P de Grandview recibe el pescado fresco de Fulton Street; el profesor de segundo es bastante flojo, pero la señorita Hill, que da clase en tercero, es una joya. Ben recuerda perfectamente a Mimi en aquella época de lo que ahora llaman crianza como si describieran una actividad, como salir a correr o al monte. Su pelo oscuro y ondulado recogido en un moño despeinado. Sus piernas largas embutidas en las botas de esquí. Su risa fácil.

Esta gente sale por la mañana temprano —el padre, en un híbrido nuevo marca Lexus, la madre en un Prius; coches que no hacen ruido— y vuelven de noche, se cuelan en silencio en el garaje y la puerta automática se cierra tras ellos. El niño no juega en la calle como hacían Sarah y Theo. Los niños del barrio no salen ya al jardín de las casas. Los pasean sus padres o sus niñeras, acarreando violines o chelos dentro de su funda, arrastrando una mochila que pesa más que ellos. Visten equipación de fútbol o kimono blanco impoluto, con la cintura diminuta ceñida por un colorido cinturón de kárate o jiu jitsu.

—¡Eh, muchacho! —lo llama Ben—. ¿Qué haces?

El joven Waldo levanta su cacharro —parece un libro negro, ligeramente más grande que uno de bolsillo, excepto por el resplandor— hacia el cielo, como pidiéndole a Dios que le lea un cuento antes de dormir. Ben rebusca en el bolsillo de la

bata sus gafas de lejos. Ahora ve mejor las letras de la sudadera del chaval. Es de los Red Sox. Sorprendente, dado que están en territorio de los Yankees. No debe de tenerlo fácil en el colegio. Sobre todo, este año en que el cántico «¡Los Red Sox apestan!» ha resultado ser cierto. El flequillo largo le tapa los ojos.

—¡Siento lo de Pedroia! —grita Ben.

—Y lo de Youkilis. Y lo de Ellsbury.

El chico habla como si fuera un agravio personal. Su voz es inesperadamente aguda y musical, como una flauta. Sigue con el libro negro levantado hacia el cielo.

—¿Qué es eso? —le pregunta Ben.

—Star Walk —contesta el niño.

—¿Es un juego?

El muchacho le lanza una mirada (en parte de decepción, en parte de incredulidad) que Ben acierta a interpretar desde el otro lado de Division Street.

—No —dice—. No es un juego.

—Ah, vale.

—¿Quiere verlo?

—Bueno, es que…

Ben duda. Aunque lleva años viendo al muchacho, en realidad no lo conoce.

—Venga, se lo enseño.

Por la ventana de la cocina, la silueta de la madre del niño se recorta contra las luces intermitentes de la pantalla del televisor. El padre sigue en la máquina de remo.

—¿No deberías estar durmiendo?

—No tengo sueño.

A Ben Waldo le recuerda un poco a Theo a esa edad. Theo era más grande, más corpulento y, cuando no podía dormir, bajaba a la cocina, metía salami y mostaza de Dijon entre dos rebanadas de pan y se servía un vaso de leche, como si necesitara el peso de la comida para conciliar el sueño. Mimi regañaba a Theo por no lavarse los dientes y luego, en privado, se preocupaba por si el chico estaba engordando demasiado. Ahora Ben piensa que ojalá hubiesen sabido entonces siquiera una mínima parte de lo que sabe ahora. Que aquellos agobios (¡caries!, ¡unos kilos de más de grasa infantil!) no eran nada en

comparación con lo todo lo demás.

—Nos vemos en el árbol mágico —grita el muchacho—. ¡Dentro de dos minutos!

Mete la cabeza en la habitación y baja el cristal de la ventana para desaparecer dentro, a oscuras.

Ben cierra los ojos un momento. «El árbol mágico.» Sabe que así es como lo llaman los niños del barrio de esta generación. ¿Por qué no? Se trata de un majestuoso roble de la esquina de Division con Birch ('abedul' en inglés, porque todas las calles al oeste de Division tienen nombre de árbol), con un tronco de casi un metro y medio de diámetro. Está rodeado —según la estación del año— de decenas de especies de flores silvestres y hierbas altas y fragantes. El resto de las zonas verdes del barrio las arreglan y las podan con regularidad los jardineros, pero el roble preside su pequeño trozo de jungla, un bien raíz primigenio. La gente que no conoce la historia —los recién llegados al barrio— supone que la familia del número 18 de Division Street, la casa de Ben, debe de ser la dueña del árbol. No pueden estar más desencaminados. Pero Ben no va a enmendarles la plana.

Baja atravesando el estrecho pasadizo que queda entre las cajas apiladas a ambos lados del vestíbulo. Coge su vieja parka del perchero junto a la puerta y se la pone encima de la bata. ¡Menuda pinta debe de tener! Un anciano saliendo al porche vestido con algo que parece una falda larga, unos mocasines con borreguito por dentro y un anorak raído que ha conocido días mejores.

El muchacho ya está esperándolo junto al árbol. Ahora él también se encuentra en la posición ventajosa que le permite ver a su madre sirviéndose otra copa de *chardonnay* en su casa, al otro lado de la calle, y a su padre en la máquina de remo. Pero no está espiando la vida secreta de sus padres como si los viera por televisión. No, está más interesado en el cacharro ese, cómo se llamaba… Star no sé qué. Lo tiene abierto hacia el cielo.

—Hola. —Ben extiende la mano para estrechársela—. No nos han presentado formalmente. Soy el doctor Wilf.

—Lo sé —dice el muchacho.

Claro que lo sabe. De lo contrario, no habría abandonado la seguridad de su casa en plena noche para quedar con un perfecto desconocido, ¿no? Ben siente una necesidad imperiosa de proteger al chico. Quiere cruzar la calle y llamar a la puerta de su casa. «Son las once de la noche. ¿Saben dónde está su hijo?» El rostro del niño, de cerca, es hermoso, como el de todos los niños de su edad, con una piel suave y luminosa. Tiene las pestañas tan largas que casi proyectan sombras sobre sus mejillas. El cuello fino y los hombros estrechos. Diez años para once. Un niño a punto de experimentar grandes cambios. Un niño (Ben se estremece al pensar en Theo) a punto de aventurarse en un mar ignoto del que tardará años en regresar.

—Yo soy Waldo.

—Hola, Waldo.

Ben mira el aparato. La pantalla parece reflejar el cielo despejado e iluminado por la luna. Las estrellas brillan sobre el fondo negro purpúreo. Del dispositivo sale música, una música extraña, como de otro mundo. Ben ve que se trata de uno de esos dispositivos electrónicos nuevos y sumamente atractivos, aunque no se acuerda de cómo se llama. Ha visto en las noticias a la gente haciendo cola a la puerta de las tiendas durante toda la noche solo para gozar del privilegio de poder comprar uno antes que nadie. Se pregunta si el padre del muchacho habrá hecho cola. Por la intensidad con la que entrena en la máquina de remo, a Ben le parece, quizás injustamente, un hombre de esos que necesitan ser los primeros en todo.

Cuando Waldo inclina la pantalla, se forman líneas y surgen formas, como si el cielo se abriese ante ellos. Un toro. Una serpiente. Un cangrejo. Un niño con un arpa.

—Mire.

Waldo desliza el dedo índice por un lado de la pantalla. Las estrellas-pantalla giran por el cielo-pantalla mientras encima de ellos, sobre Division Street, un avión surca la noche. Las luces de las alas parpadean a un ritmo regular. Seguramente se dirija al JFK. Las estrellas de verdad parecen curiosamente inmóviles, menos persuasivas que el avión o la simulación estelar de la pantalla de Waldo.

—¿Cuándo es su cumpleaños? —le pregunta Waldo de pronto.

—El dieciséis de enero.

—¿De qué año?

—¿Me estás preguntando mi edad?

—No, ¡no es por eso!

El chico siempre parece al borde de una frustración extrema, casi explosiva, como si el mundo a su alrededor no pudiera —y no puede— cumplir sus expectativas.

—1936 —dice Ben—. El 16 de enero de 1936.

—¿Sobre qué hora?

Ben tiene que pensárselo. ¿Acaso lo sabe? La última persona que probablemente pudiera recordar la hora de su nacimiento era su madre, que murió hace mucho. Pero, de pronto, se acuerda.

—Sobre las nueve de la noche.

—¿Y dónde?

—En Nueva York. Bueno, en Brooklyn.

El muchacho activa algo, la galaxia se pone a dar vueltas y la fecha que aparece en pantalla empieza a retroceder a un ritmo vertiginoso. Aunque el suelo está frío y húmedo, pero sin helar todavía, y a pesar de que sabe que mañana lo sufrirá en los huesos, Ben se sienta entre dos de las enormes raíces del roble. Sus esqueléticas piernas de anciano asoman por debajo de la bata y se las tapa con el suave tejido de franela a cuadros. El niño se arrodilla a su lado con su pijama de los Red Sox y su anorak. Las fechas en la pantalla siguen pasando y las formas del cielo van mutando de una a otra. Ben apenas puede seguirles el ritmo. Un oso. Un león. Un barco de vela.

Ben recorre Division Street con la mirada y contempla las pocas luces encendidas en casas cuyos habitantes no conoce. Antiguamente lo sabía casi todo sobre las familias que vivían en el barrio. Para bien o para mal —para bien y para mal— sabía de la leve adicción de Jimmy Platt, de la aventura de Karen Russo con Ken, el golfista profesional, y del problema de ludopatía que acabó provocando el embargo de los Gelfman. Sabía que Julie Heller se fumaba un porro cuando sacaba a su caniche a pasear por la noche y que Eric Warner había estado

en una clínica de desintoxicación, aunque nadie había llegado a saber el porqué.

Aquel era un barrio como cualquier otro, con los secretos, las penas y las mentiras, los triunfos y los momentos de gracia que se viven en todas las comunidades. A menudo, se había sentido ahogado por todo —y Dios sabe que a Mimi la había vuelto loca—, pero, aun así, le daba cierta paz saber que aquel era su barrio. Su gente. Al tomar la decisión de instalarse en una casa en particular en una calle concreta, todos habían unido su suerte a la de los demás. Sus hijos se pasaban el día entrando y saliendo unos en las casas de otros. Se habían fumado juntos sus primeros cigarros, habían sido mejores amigos, luego archienemigos y luego amigos otra vez. Los padres habían sido testigos, espectadores, habían aprendido a llevarse bien («por el bien de los niños», que decía siempre Mimi) y a veces se habían caído lo suficientemente bien como para irse de vacaciones juntos.

Ahora, el barrio ha bajado las persianas para pasar la noche. Las alarmas están activadas. El Lipitor tomado, o el Prozac, o el Klonopin. Quizás, en el caso de unos pocos afortunados, la Viagra. Las parejas, en su mayoría hombres y mujeres de entre treinta y cuarenta años —casi la mitad que él—, están acostadas juntas o en camas separadas, leyendo o quedándose dormidas mientras ven una serie de médicos en la televisión. Los bebés, los niños pequeños, los niños mayores y los adolescentes han dado el día por terminado y se han abandonado al mañana.

Todos menos Waldo.

—Tiene setenta y cuatro años —dice Waldo.

—Has hecho la cuenta de cabeza.

—Mire. —Waldo le pasa a Ben el cacharro, que pesa más de lo que parece—. Aquí está.

Ben tarda unos segundos en darse cuenta de lo que tiene delante: es el cielo del día que nació.

—El Can Mayor —dice Waldo—. Una constelación chulísima. En el Can Mayor está Sirius, la estrella-perro. La estrella más brillante del cielo.

Ben toca la pantalla y recorre el perro con el dedo índice: un

animal con las patas grandes, sentado, con la cabeza erguida, como esperando órdenes. Waldo se inclina sobre el aparato y toca un círculo que hay en la esquina superior izquierda de la pantalla.

—El Can Mayor es una constelación incluida entre las cuarenta y ocho catalogadas por el astrónomo del siglo II P… Ptol… Ptolomeo —lee Waldo en voz alta— y sigue figurando entre las ochenta y ocho constelaciones modernas. Su nombre, del latín *canis maior,* significa 'perro mayor' y suele rep… rep…

—Representarse —acucia Ben.

—¡Ya lo sé!

—Perdona.

—… representarse como uno de los perros que siguen a Orión, el cazador. También existe el Can Menor.

—Pues la verdad es que prefiero haber nacido bajo el influjo de un perro mayor que de un perro menor —dice Ben.

Waldo lo fulmina con la mirada.

—Se está burlando de mí.

—No.

—Entonces está de broma.

—Bueno, sí.

—Esto no es una broma.

A la luz que desprende el artilugio, Ben ve que Waldo tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Tranquilo, amigo. —Ben le da una palmada incómoda en la mano—. Lo siento. No quería…

—Todo el mundo piensa que esto es una estupidez o algo así.

El niño se está esforzando mucho por no llorar, pero le tiembla la barbilla diminuta y puntiaguda.

—¿Quién es todo el mundo? —le pregunta Ben.

—No sé.

—Cuéntame.

Hace una pausa larga, durante la cual Ben se fija en que el muchacho tiene la piel de alrededor de las uñas en carne viva, arrancada, mordida y destrozada.

—Mi padre —dice por fin Waldo.

Por primera vez, mira al otro lado de la calle, a las ventanas de encima del garaje, donde se ha apagado la luz.

—No, hombre, seguro que no piensa eso —dice Ben, aunque no lo sabe.

Waldo se encoge leve e involuntariamente de hombros, vuelve a centrar la atención en la pantalla y toca otra constelación.

—Pyxis —dice con voz entrecortada.

La forma de una brújula aparece en el cielo debajo del Can Mayor.

—Pyxis —lee Waldo— significa 'caja' en latín y es una constelación pequeña y débil al sur del firmamento. Su nombre en latín también significa 'brújula del marinero'. No debe confundirse con Circinus, que rep…

Ben deja que Waldo se pelee con la palabra, con el ceño fruncido por la concentración. Le da mucha pena el niño, tan pequeño, intentando cargar con esa palabra tan grande sobre sus hombros estrechos.

—… representa una brújula —Waldo termina la frase. Está llorando.

Ben quiere abrazar al muchacho, pero se limita a pasarle un brazo por encima de los hombros. Waldo apoya la cabeza en Ben en un gesto tan sencillo y dulce que este casi no se da cuenta. El pobre niño está temblando de la cabeza a los pies.

—No pasa nada, amigo —le susurra Ben—. Todo va a ir bien.

Sin pensarlo, empieza a balancearse adelante y atrás, como hacía con Theo y con Sarah no solo de bebés, sino hasta que llegaron a esta edad, a este precipicio. Los abrazaba con fuerza y siempre acababa moviéndose de un lado a otro, meciéndose, como si estuvieran en una pista de baile y hubiesen quitado la música.

—Mi padre no quiere que hable de estas cosas —dice Waldo. Mira su casa al otro lado de la calle—. Me ha dicho… —Respira muy hondo, casi en un suspiro—. Me ha dicho que, si sigo hablando de esto, me va a quitar el Star Walk y el telescopio.

—¿Por qué crees que no quiere que hables de esto? —le

pregunta Ben.

—Dice que pierdo el tiempo con cosas que no son importantes. Dice que vivo en un mundo imaginario.

Waldo inclina el dispositivo de un lado a otro y el cielo, lleno de estrellas, con toda la miríada de constelaciones y sus siluetas y formas, se expande en ambas direcciones.

—¿Y por qué es tan importante para ti? —pregunta Ben.

¿Alguna vez fue así de paciente con su propio hijo? En los años previos a que Theo se volviera inaccesible, aquellos preciosos años cuando todavía se dejaba ver y conocer, ¿se tomó Ben el tiempo de hacerlo? La respuesta no es un simple sí o no, pero, aun así, duele demasiado contemplar las oportunidades perdidas. No puede recuperar ese tiempo. No tiene una segunda oportunidad.

—Supongo que me hace sentir mejor —contesta Waldo.

—¿Cómo?

—Cuando tengo miedo… Cuando pienso en cosas feas… La idea de que ahí arriba…

Se interrumpe como si la sola pronunciación de todas esas palabras lo hubiese agotado.

—¿Qué tipo de cosas feas? —pregunta Ben.

—Bueno, ya sabe.

—No, no lo sé. Cuéntame.

—Pues en morirme y todo eso.

Ben asiente. Morirse y todo eso. Claro.

—El caso es que eso —Waldo no señala el cielo sobre su cabeza, sino la pantalla, y Ben se da cuenta, sobresaltado, de que aquello es más real para él que las estrellas de arriba— es enormísimo y nosotros solo somos…

—¿Qué? —pregunta Ben.

El chico tiene una curiosa combinación de expresividad y retraimiento, como si su alma luchara contra todo lo que se supone que es.

Waldo se pone en pie de un salto.

—Andromeda, Antlia, Apus, Aquarius, Aquila, Ara, Aries, Auriga —recita—. Y esas son solo las de la «a». Solo hay una con la «b»: Bootes. Pero hay muchas con la «c»: Caelum, Camelopardalis, Cancer…

—Te sabes las constelaciones de memoria.

—Ahora estoy con las estrellas.

A Ben le recorre un escalofrío y se levanta despacio, apoyándose contra el tronco del árbol mágico para mantener el equilibrio. ¿Cuánto tiempo llevan allí fuera con ese frío helador? Apenas nota las yemas de los dedos. Cierra ambas manos en sendos puños y las vuelve a abrir. Enfrente, la madre apaga la luz de la cocina.

—¿Waldo? Creo que deberíamos irnos los dos a dormir, muchacho.

—Solo una cosa más —dice Waldo—. Deje que le enseñe una cosa más, por favor.

Ben no está seguro de poder aguantar una cosa más, pero qué le va a hacer. Waldo pulsa la esquina inferior derecha de la pantalla y entonces sobrevuelan la superficie de océanos y continentes hasta que el planeta entero retrocede y dos líneas verdes fluorescentes se cruzan para señalar su ubicación exacta en el globo. Una figurita de neón se sitúa en el centro de un círculo en el borde más oriental de los Estados Unidos, en el estado de Nueva York, en la localidad de Avalon, en la calle… En su calle. Division Street.

—Ahí estamos —dice Waldo, apuntando al muñequito fluorescente—. Esos somos nosotros.

Ben toca la pantalla. Desplaza mínimamente el dedo a la derecha. Los nombres de los pueblos, las ciudades y los estados pasan a toda velocidad: Danville, Ohio; Roseville, Michigan; Erie, Pensilvania; Concord, Carolina del Norte. Los continentes se pliegan sobre sí mismos. Lyon, Estambul, Phuket, Taipéi, El Cairo, Tel Aviv. Desde aquí, todo está conectado. La costa este con el medio oeste y con el sur de Estados Unidos. América con Europa y con Asia. El cielo de 1936 con el cielo de 2010. Desde aquí, parece posible que todo esté sucediendo a la vez: esta vida, aquella vida… Un número inconmensurable de vidas desarrollándose en paralelo. Él mismo es, a la vez, un recién nacido en el hospital judío de Brooklyn, un niño jugando al béisbol en la calle en Classon Avenue, un chico haciendo su bar mitzvá con un traje nuevo que le queda grande, balbuciendo el pasaje de la Torá que le toca recitar. Es un

estudiante universitario, un médico residente en vela, un marido joven. Está asistiendo al nacimiento de su hija. Se está mudando con su familia a Division Street. Está oyendo el primer llanto vigoroso de su hijo. Mira la pantalla y ve la cara de Mimi como si ella misma fuera una constelación. «Cariño. Ya voy.»

Shenkman

Empuja con las piernas, con suavidad pero con fuerza. Piensa en la palabra que utilizaba su viejo entrenador: «fluidez». Dobla la parte superior del cuerpo y luego se desliza hacia delante con los brazos extendidos. Una breve pausa para recuperarse, mientras el volante de inercia gira. Empujar, recuperar. Empujar, recuperar. Cuenta. «Uno, dos.» Los pulmones llenos al principio y vacíos al final. Echa un vistazo rápido al RowPro. «Joder.» Lleva seis mil metros de carrera y tiene dos botes por delante. Mejor no pensar en eso. En la pared de enfrente, el televisor de pantalla plana muestra la superficie de un lago. En su cabeza está allí y no aquí. Surcando el lago Winnipesaukee. Lo ha intentado con música, pero resulta que no le gusta escuchar música. Ha probado con esas series de las que todo el mundo habla en el trabajo. Pero no puede ver una serie ambientada en una agencia de publicidad en los sesenta mientras está en la máquina de remo. Es una locura. *Meshugenah.* Le ha llevado un tiempo darse cuenta de que esto —el azul oscuro crepuscular del lago, las ondas que imagina que provoca con sus remos— es lo que él buscaba. Aquí, en su gimnasio encima del garaje, pagado a crédito, aquí es donde se olvida del resto de su vida.

Alice está al otro lado de la casa y Shenkman sabe que se siente sola y que está un poco enfadada, porque a estas horas le gustaría pasar tiempo con él y hablar de…, bueno, de lo que sea. Del trabajo. De su madre. De sus planes para las vacaciones de primavera. De Waldo. Ese, por encima de todos, es el tema que él quiere evitar.

«Uno, dos.» Le arden los trapecios.

Hace casi una hora que metió a Waldo en la cama, pero está seguro de que su hijo no está durmiendo. Sabe que Waldo se levanta y abre la ventana; Shenkman puede ver cualquier puerta o ventana abierta en su casa en el monitor de la alarma antirrobo. Intenta no darle importancia. Espera que a Waldo se le pase. El asunto ya roza la obsesión, y si él y Alice empiezan a hablar de ello, acabará quitándoles el sueño. No, mejor esto. Mejor surcar las aguas heladas de Winnipesaukee hasta que no sienta los brazos.

Como mínimo una vez al día, Shenkman mantiene una larga conversación consigo mismo. Se promete no ser tan duro con Waldo. Oye su propio tono de voz criticando a su hijo. Lo que de verdad quiere decir, lo que siente, es: «Te quiero y quiero serlo todo para ti». En lugar de eso, lo que le sale se parece más a: «Dios santo, ¿puedes dejar de morderte los dedos?» o «Ponte la servilleta en las malditas rodillas». Hay algo en su hijo que le resulta extremadamente imposible, indescifrable, inalcanzable. Trata de no pensar demasiado en ello, pero lo contamina todo, cada minuto del día mientras está despierto. Ha dejado de intentar que Waldo haga las cosas de padre e hijo que Shenkman cree que deberían hacer. No juegan al balón, por ejemplo. Y el capítulo en el que Shenkman, en contra de la opinión de Alice, obligó a Waldo a apuntarse a los Avalon Astros, ha quedado enterrado hace tiempo en los anales de la historia familiar y nunca nadie lo menciona. Todavía recuerda a Waldo de pie en mitad del campo de fútbol, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo —su niño prodigio—, completamente perdido y confundido, mientras sus compañeros de equipo zigzagueaban a su alrededor.

A Shenkman le quedan doscientos metros para acabar. En la pantalla del RowPro, ve que solo va cuatro metros por detrás del líder. Lindgren, por supuesto. Lindgren le va ganando y otros ocho les pisan los talones. Shenkman entrenó duro ayer, hizo intervalos durante cuarenta minutos de reloj. Quizá se pasara un poco. «Uno, dos.» En la pantalla sigue haciendo un día perfecto, el cielo es de un azul sobrenatural. Una arboleda reluce como un puñado de esmeraldas. Su pulso cardíaco es un poco más alto de lo que le gustaría, pero acelera el ritmo un

pelín más. Adelanta por los pelos a Lindgren. «Jódete, Lindgren.» Faltan cincuenta y ocho metros. Shenkman vuelve a Winnipesaukee. «Uno, dos.» Detrás de él, visualiza las boyas de la línea de meta, fluorescentes a lo lejos. Oye el sonido de las palas de los remos al chocar, planas, contra la superficie del agua, luego las pone en vertical y se hunden en silencio. Se obliga a no mirar el monitor, a pensar solo en la línea de meta.

La cruza jadeando. El sudor le cae por la espalda. El corazón le martillea el pecho. Solo entonces mira los resultados en el RowPro. El último bote —un tipo de Nueva Zelanda— se desliza sobre la línea de meta y ahora todos los botes están alineados como soldaditos perfectos. Se frota los ojos con una toalla y los entrecierra para enfocar la parte inferior de la pantalla y ver quién ha sido el ganador. Lindgren. Por un octavo de segundo.

Shenkman se desviste y echa la ropa empapada en el cesto del gimnasio. Se pone unos pantalones de chándal limpios y desea, no por primera vez, haber invertido en un baño cuando construyeron el anexo. Una sauna, vapor, esas cosas. Pero aquello ya de por sí era un lujo —un gimnasio en casa que solo usaría él— y no podía justificar lo del baño de ninguna manera ante Alice. Al principio había intentado que ella se aficionara al deporte también, sobre todo para no sentirse tan culpable, pero Alice no quería ni oír hablar del tema. Su «guarida», lo llamaba. Y le puso allí un cesto para que pudiera gestionar él mismo su ropa de deporte apestosa. Alice jamás pisa el gimnasio. No sabe nada del RowPro, ni mucho menos de Lindgren.

Abajo, la puerta principal se abre y se cierra. Shenkman cruza la galería techada justo a tiempo de ver el azul marino de una sudadera de los Red Sox desapareciendo escaleras arriba.

—¡Waldo!

Waldo se detiene en seco.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Nada, papá.

—¿Estabas fuera?

—No.

—No me mientas.

—¡No te estoy mintiendo!

Shenkman intenta cumplir la promesa que se ha hecho a sí mismo, pero es como intentar agarrar el aire con las manos. Siente que su temperamento se dispara de cero a mil kilómetros por hora. Respira hondo. Sigue sudando. Se ordena a sí mismo no ser demasiado duro con Waldo. Así solo conseguirá empeorar las cosas. Está a punto de dejarlo pasar —con la mandíbula apretada del esfuerzo—, pero entonces ve el iPad bajo el brazo de Waldo.

—¿Estabas…?

—¡Papá! ¡Papá, lo siento!

—Vale. —Shenkman sube los escalones de dos en dos. Le arranca el iPad a Waldo de debajo del brazo. Es lo único que puede hacer para no tirarlo por las escaleras y hacerlo pedazos —. Se acabó.

—Por favor, no me lo quites. Por favor.

—No dirás que no te lo advertí.

Waldo parece más pequeño y pálido de lo normal; su tez tiene un tono blanco verdoso. ¿Cuánto tiempo ha estado fuera? ¿Y cómo ha podido escabullirse sin que ni Shenkman ni Alice se dieran cuenta? ¡Si no tiene ni once años, por Dios! ¿Qué niño de once años se escapa de casa en mitad de la noche? Alice sale del dormitorio en el piso de arriba. Tiene las gafas de leer en la punta de la nariz y un taco de informes legales en la mano.

—¿Qué pasa? ¿Waldo?

Él sube corriendo, se abraza a ella y hunde la cabeza en su pecho.

—¡Dios mío, estás helado!

Le lanza una mirada fulminante a Shenkman por si fuera culpa suya.

—Mamá, dile a papá que no me quite el Star Walk —llora Waldo con la cara en la chenilla gruesa de la bata de Alice.

—Cariño, ya hablaremos de eso luego —dice ella acariciándole el pelo—. Cuando nos hayamos tranquilizado todos.

Siempre está calmando a Waldo, intentando arreglar las

cosas a corto plazo, pero Shenkman lo ve de otra manera. Está convencido de que están mimando a Waldo: no solo en el sentido en que se mima a todos los niños hoy en día, sino que lo están arruinando, poco a poco, por dentro, erosionando su carácter por la falta de convicción de sus padres. Shenkman aferra el iPad con fuerza en la mano y se recuerda a sí mismo que el cacharro le ha costado por lo menos quinientos dólares.

—Estaba fuera, Alice.

—Eso es imposible.

—Pregúntaselo a él.

Alice agarra a Waldo por los hombros y se lo aparta del pecho, lo mantiene a la distancia de sus brazos estirados y escudriña su rostro como si fuera a encontrar allí un mapa de la verdad.

—¿Waldo?

Él pestañea para contener las lágrimas.

—¿Es verdad? ¿Has salido de casa?

Waldo asiente imperceptiblemente con la cabeza.

Shenkman ve que Alice acaba de entrar derrapando en el peligroso territorio donde él se pasa la mayor parte del tiempo. La ira —tarda más en enfadarse que Shenkman, pero el miedo le acelera el enfado— se apodera de ella. Un círculo rojo aparece en cada una de sus mejillas.

—¿Qué estabas haciendo fuera?

—Solo estaba mirando las…

—¿En qué estabas pensando? —Sacude al niño por los hombros con un movimiento rápido, casi violento—. ¿No sabes que es peligroso…?

—¡Lo siento!

—¡Deja de disculparte! —explota Shenkman.

La erupción de su propia voz lo sorprende. Iba a dejar que Alice lo gestionara todo durante un rato y evitar ser el malo por una vez. Pero no. El amor que siente por su hijo es enorme y contundente; cualquier cosa que represente una amenaza para Waldo debe ser destruida. Pero, dado que es el propio Waldo quien parece hacerse daño a sí mismo, ¿qué va a hacer Shenkman? ¿Qué va a hacer?

—¡Estás castigado! —grita Shenkman. Oye el eco de la voz

de su padre en su cabeza. Esas palabras y frases que nunca pensó que diría ahora forman parte de su vocabulario diario: «Porque yo lo digo», «ahora vas a escucharme, jovencito» y «mientras yo te mantenga».

Dios, cómo se odia.

Waldo se despega de su madre y se va corriendo a su habitación. Da un portazo tan fuerte que el candelabro de cristal del salón tintinea con un sonido extrañamente alegre, dadas las circunstancias. Los sollozos se oyen desde el otro lado de la puerta. Está dándole puñetazos al cabecero de la cama. Shenkman sabe que Waldo lo mataría ahora mismo si pudiera. Y quién puede culparlo. Shenkman está a punto de darse la vuelta, derrotado, y volver a su guarida, pero Alice lo mira sacudiendo la cabeza. Se le ha salido el pelo del coletero y le cae suavemente sobre la cara, como a Shenkman le gusta. ¿Está muy mal pensar en ese momento que su mujer es guapa? Waldo ha heredado sus facciones delicadas y su piel pálida de porcelana.

—Eso no era necesario —dice Alice en voz baja.

—¿Tú crees? —Su voz suena más enfadada de lo que habría querido. Siempre suena enfadado, como si solo tuviera una configuración.

—Podías haberlo desactivado. En vez de…

—Alice, no sabía qué hacer. Lo he visto venir de la calle con ese estúpido cacharro y…

—Has perdido los nervios. —Alice termina la frase por él.

—Sí.

—Y ahora le has dicho que está castigado.

—Ajá.

—¿Y cómo lo hacemos? ¿Que no vaya a las clases de piano ni a jiu jitsu? ¿Que venga mañana a casa después de clase y se quede aquí solo mirando a las paredes? ¿Qué vamos a conseguir exactamente con eso?

Shenkman se da cuenta de que Alice está más enfadada con él que de costumbre.

—No lo he pensado. —Pero entonces cambia de tercio—. Tú también te has enfadado, ¿eh?

—Yo no he gritado. —Sus ojos, los mismos ojos oscuros y

enmarcados que ha heredado Waldo, lo fulminan—. Yo no lo he amenazado. Yo no he sido… violenta.

—¡No he sido violento! —grita Shenkman.

Los hombros de Alice se hunden. Como si se le hubiese pinchado una rueda, su cuerpo entero se desinfla.

—Déjalo. Ya hablaremos mañana.

Shenkman casi habría preferido que siguiera discutiendo con él. Como buena abogada, está cortando la conversación por lo sano.

—Alice, yo…

Pero ella ya está subiendo las escaleras rumbo al cuarto de Waldo. Seguro que se acuesta a su lado, le seca las lágrimas, negocia con él. Le dirá a Waldo que su padre lo quiere…, que en realidad no quería decir lo que ha dicho. Claro que Waldo podrá recuperar el Star Walk. Claro que no está castigado.

Shenkman vuelve al gimnasio. No porque vaya a seguir haciendo deporte, aunque la idea se le pasa por la cabeza. Se acomoda en una esterilla, estira las piernas e intenta tocarse los dedos de los pies. Sus músculos están rígidos como una placa de hielo. Le molesta la parte baja de la espalda y un dolor agudo le baja por la cadera derecha. Reza por que no sea ciática. Cuarenta y dos años y sigue remando como si tuviera dieciocho. ¿Quién demonios se cree que es? Un hombre de mediana edad, eso es lo que es. Su cuerpo se lo está dejando claro, por si se le había olvidado.

El iPad suena encima del cesto de la ropa sucia. Shenkman sigue sin saber usarlo; la única forma de justificar el gasto era compartiéndolo con Waldo, pero ya no lo hace. Estira el brazo para cogerlo y se desplaza por la pantalla. Decenas de mensajes, todos del trabajo. Nikkei abrió a la baja. Correo basura de marchantes de vino, *resorts* de golf. Ofertas de tarjetas de crédito. La noticia de la muerte de un senador de noventa y ocho años cuyo nombre no le suena de nada. Y luego —ahí está—, Lindgren. En el asunto del mensaje pone: ¡Ey, tío!

Dios santo, ¿en serio? Shenkman no sabe qué ha sido de Lindgren en los últimos veinte años al margen de que el tipo está en suficiente buena forma como para ganarle por un

octavo de segundo. Quizá ni se habría acordado de Lindgren de no ser por el RowPro. Desde la primera vez que Shenkman se registró para competir, vio el nombre de Lindgren en la tabla, como si estuvieran los dos en Winnipesaukee remando en la carrera de Meredith Bay.

Lindgren se sentaba delante de Shenkman; los movimientos de ambos eran tan precisos y coordinados como los de un cuerpo de ballet. Lindgren, con su pelo trigueño ondeando al viento.

¿Qué pasa?, pone en el cuerpo del mensaje. Nada más. Solo dos palabras. «Qué pasa.» ¿Qué pasa contigo, Lindgren? Está claro que aquello no es un boletín de antiguos alumnos donde notifiquen que «Jack Lindgren y su mujer, Melinda, le han dado la bienvenida a su tercer hijo, un varón al que han llamado Chip. Los Lindgren viven a caballo entre Manhattan y Newport, donde desarrollan sendas exitosas carreras como llena-el-puto-espacio-en-blanco».

El pulgar de Shenkman se queda suspendido sobre el icono de borrar. ¿De verdad quiere volver a esto? ¿Retomar el contacto con Lindgren? En la universidad parecía que serían amigos toda la vida, pero la realidad es que no tienen nada en común ni lo tenían entonces. Nada excepto una habilidad atlética muy particular que les granjeó el segundo y tercer puesto en el equipo universitario. Si empieza a escribirse con Lindgren, tendrá que contarle su vida. Tendrá que hablar de los últimos veinte años. «Qué pasa.» Todo lo que ha conseguido: universidad; carrera profesional ascendente, pero en absoluto reseñable; la sensación de que quizás en algún punto del camino se equivocó de giro; una mujer adorable que acaba de empezar a tomar antidepresivos; una casa en una urbanización ligeramente fuera de su alcance. Pero, sobre todo, por encima de todo, un niño soñador, brillante, insoportable, delicado, difícil y guapo que le aterra.

Apaga el cacharro y Lindgren se apaga también.

Sarah

Está jugando a un juego en el móvil. Es como el Scrabble, pero contrarreloj. M-E-T-A se convierte en M-E-T-A-S. Ve una «n» y compone M-E-N-T-A-S. Cualquier cosa con tal de no pensar. Si fuese de esas personas que lleva una petaca (¿acaso podría ella llevar una petaca?), ahora le daría un trago o dos. Se le ha pasado ya el efecto del vino del avión y le ha dejado una sensación desagradable. El taxista lleva gorra; tiene las manos colocadas exactamente a las dos menos diez en el volante. No le ha dado conversación. Su asistente ha reservado el coche y probablemente haya avisado de que es una clienta VIP.

S-O-G-A. S-A-G-A. S-A-G-A-Z. Le suena el teléfono. Una imagen de Peter sustituye al juego en la pantalla. Una foto tomada en la playa, por la mañana temprano. Lleva puesto un neopreno y se apoya en su tabla de surf. Por las mañanas, en Malibú, las olas son un gran ecualizador. Directores ganadores de un Óscar, agentes inmobiliarios de lujo, guionistas en paro… El surf no discrimina. Una ola puede revolcar a cualquiera en cualquier momento.

—Hola —contesta Sarah.

—¿Todo bien? —Peter tiene puesto el manos libres en el coche.

—Más o menos.

—¿Dónde estás?

—Acabo de pasar Irvington.

—Ya casi has llegado.

Una pausa. ¿Se ha distraído con el tráfico? Peter tenía una reunión a mediodía. Se debate entre preguntarle o no cómo ha ido. Hace mucho que no percibe ni rastro de optimismo en la voz de su marido y no está para desánimos, amarguras ni historias. La última vez que le preguntó, él dijo que tal vez la única razón por la que le dejaban presentar proyectos era por ser su marido.

—Debería haber ido contigo —dice él.

Ella cierra los ojos.

—Ya.

—Sarah, me siento fatal por esto. Si me lo hubieses dicho al menos con un día de antelación, podría haberme organizado.

—Ya —repite ella. Su voz le suena tensa hasta a ella. ¿Por

qué castiga a Peter? Lo que está diciendo es perfectamente razonable. No compró el billete hasta la noche anterior; tarifa sin descuentos, en primera clase. Una locura, la verdad. Pero es lo que tiene esperar hasta el último momento. Te gastas demasiado dinero, te alejas aún más de tus hijas y haces que tu marido se sienta culpable e inútil. Es ella quien debería sentirse culpable. Quien se siente culpable.

Respira hondo y trata de parecer una persona racional.

—Ya sé que ha sido impulsivo, Pete.

«Impulsivo.» Ja. El doctor Baum diría que es una elección léxica interesante. De hecho, ha salido a relucir a menudo últimamente. En plan «tenemos que llegar a la raíz de este comportamiento impulsivo». O «estos impulsos van a acabar siendo un problema».

—Es que de verdad que no creía que hiciese falta que viniera —se apresura a añadir—. Pero luego pensé en mi padre haciendo todo esto solo y Theo es incapaz de estar cuando hace falta…

Un momento. En Yom Kipur prometió que no hablaría mal de su hermano. *Lashon hara,* uno de los dos pecados más graves según la ley judía. El otro es el asesinato. Hablar mal de alguien es una especie de asesinato, ¿no? Ella no podría soportar un escrutinio así.

El taxista gira a la izquierda por Poplar y luego a la derecha para entrar en Division. No está preparada para esto. Para el ángulo de la farola recortado contra el buzón azul oscuro de la esquina; para el crujido —un sonido propio de la costa este— de los neumáticos del coche sobre los últimos restos de hojas otoñales rastrilladas en montones a ambos lados de la calle; para las luces blancas titilantes de la corona colgada en la puerta de la casa de los Heller, que siempre será para ella la casa de los Heller, viva quien viva allí ahora. Y el puto árbol. Le dirige una mirada rápida, de reojo, como si pudiera dejarla ciega. ¿Qué creía? ¿Que habría cambiado algo? ¿O que habría cambiado ella?

Peter le está diciendo algo.

—¿Sarah? Creo que… —Se va la cobertura. Debe de estar pasando por el punto muerto de Mulholland Drive.

El conductor detiene el coche.

—Ya estamos, señora.

—Deme un segundo.

Rebusca los polvos en el bolso y se mira en el espejito. A la luz del techo del coche se ve la cara cuarteada y tiene los ojos vidriosos. Además, le está saliendo un grano ente las cejas. Arrugas y erupciones: más cosas para la lista de lo que no esperaba a los cuarenta. De verdad que debería haber una guía, como esas de qué esperar de los niños a cierta edad. «Debería ser capaz de» cocinar un *coq au vin* decente, cuadrar los libros de cuentas, llevar una casa. «Quizá sea capaz de» dormir una noche del tirón sin la ayuda de pastillas. «A lo mejor incluso es capaz de» disfrutar de las relaciones sexuales, aunque no necesariamente con su marido.

Se queda allí sentada en el coche con el motor al ralentí y mira la casa donde pasó su infancia a través de la ventanilla cerrada. La luz del porche está encendida, como si su padre esperase compañía, aunque no tiene ni idea de que ella está dentro de un coche aparcado en la puerta. El sofá de mimbre y las dos sillas proyectan sombras largas y abultadas en los anchos escalones de la entrada. Si su madre estuviese allí, los muebles estarían tapados, protegidos con fundas hechas a mano para el invierno. La casa está un poco destartalada y necesita urgentemente una mano de pintura. El «1» de hierro negro del «18» que hay encima de la puerta está torcido. Falta una de las contraventanas de la fachada y las jardineras están llenas de cadáveres marrones de geranios muertos. El fuerte viento que sopla del este desde el río Hudson ha hecho su trabajo. La humedad. La nota incluso antes de abrir la portezuela del coche.

El móvil suena otra vez. Piensa que será Peter, pero en la pantalla pone «número desconocido».

—Ahora no puedo hablar.

—¿Dónde estás? Llevo una hora esperándote.

—Estoy en Nueva York.

Un largo silencio.

—¿No vas a decir nada?

—¿Como qué?

—¿Como que lo sientes, quizá? ¿Como que quizá deberías haberme avisado para que no me quedara en el bar esperándote como un puto gilipollas?

—Lo siento —dice ella.

—Pues a mí no me parece que lo sientas mucho, la verdad. Mira, si te crees que puedes…

Sarah cuelga y pone el móvil en silencio.

Sale a la acera y levanta la mirada hacia la planta de arriba. La luz del dormitorio de sus padres está encendida. Le castañetean los dientes. Se sube el cuello del abrigo de cachemira fina. Debería haberle dicho a su padre que venía, pero no ha sido capaz. No dejaba de pensar que quizá cambiara de opinión. En el aeropuerto de Los Ángeles, mientras buscaba su vuelo en la pantalla de salidas, casi se deja llevar por el deseo de cerrar los ojos y señalar un destino al azar. Madrid. Acapulco. Tucson. Podría haberlo hecho. Tenía una tarjeta de crédito y un pasaporte. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Llama al timbre? ¿A la puerta? ¿Aparta el felpudo y busca la llave de repuesto?

Se da cuenta de que el conductor está esperando a que entre.

—No se preocupe, en serio —le dice—. Voy a dar un paseo.

Él la mira, dudoso. ¿Puede dejar a aquella clienta VIP temblorosa y floja en la acera de una urbanización?

Ella se pone firme. Lo mira a los ojos.

—En serio —repite—. Está todo bien.

El coche arranca y las luces traseras se van alejando poco a poco. Ella mira al otro lado de la calle. La vieja casa de Johnny Platt. No tiene ni idea de quién vive ahí ahora. Hay luz en el antiguo dormitorio de Johnny. Solo dará una vuelta a la manzana, se promete a sí misma. Eso es todo. Además, hace demasiado frío para estar más tiempo en la calle. Con sus nada prácticos tacones, recorre la acera irregular. Hace más de treinta años (un dato que le parece imposible, pero registra enseguida) que jugaba a la rayuela en aquel mismo asfalto. Susan Stern se rompió un tobillo cuando se cayó de la bicicleta allí, delante de la casa de los Gelfman. Noah Kantrowitz vomitó en el macizo de azaleas el mes después de su bar

mitzvá. ¿Cuántos miles de veces en su vida ha saltado el seto de aligustre que rodea la parcela de los Mintz? («Habrase visto —resoplaba su madre—. Un seto de aligustre en Avalon.») Cuando Sarah por fin fue lo suficientemente mayor para cruzar sola el semáforo de North Elm, cogía aquel camino para ir a clase todos los días, con Theo detrás.

«¡Espérame!»

«¡Camina más rápido!»

«No puedo… Los libros pesan mucho.»

«Eso no es problema mío.»

Dios, había sido una hermana horrible. Seguía siendo una hermana horrible.

Una hoja solitaria rueda por la calle y se cuela por una alcantarilla. No hay coches a esas horas de la noche. Dobla la esquina. Ahora o nunca. Intenta respirar hondo. Hace incluso más frío de lo que esperaba. Sus tacones repiquetean con dureza en el camino de entrada, un sonido artificial entre el susurro de las ramas de los árboles en el silencio del barrio residencial. La luz de la antigua habitación de Johnny Platt se ha apagado. Ahora, la única ave nocturna que queda es…

—¿Waldo?

Una voz —la voz de su padre— parece salir de la nada y Sarah se sobresalta. Da un paso atrás, a punto de tropezarse con un adoquín suelto. Da media vuelta.

—¡Waldo! —La voz de su padre otra vez—. ¿Eres tú?

Sarah se fija en que el sonido viene de arriba.

—¿Quién anda ahí? —Su padre parece asustado—. Waldo, no me tomes el pelo, si eres tú, dímel…

La ventana del primer piso, la del dormitorio de sus padres, está abierta. Ella entrecierra los ojos, cegada por un punto de luz que inunda el jardín delantero.

Un silencio largo y confuso. Lo único que acierta a ver es la silueta de la cabeza de su padre, con el pelo gris disperso.

—¿Mimi? —Es apenas un susurro. Aunque bien podría haber gritado. Ay, no. No creerá que… No, por favor.

—Papá, soy yo —dice ella enseguida—. Soy Sarah. Acabo de aterrizar de…

La ventana se cierra y, menos de un minuto después, la

puerta principal se abre y allí está, Benjamin Wilf, con su enorme y vieja bata de franela y unas zapatillas forradas antiguas; alrededor del cuello lleva una bufanda que ella le tejió cuando estaba en el colegio.

—Mi dulce Sarah.

Estira los brazos hacia ella. Sarah da tres pasos y prácticamente se cae sobre él y siente su bata suave contra la mejilla. Aunque debe de hacer una década que su padre no fuma en pipa, Sarah aspira un leve aroma a tabaco Cavendish negro. Es lo único que puede hacer para no llorar. Su padre le acaricia la cabeza por detrás como si no hubiese pasado el tiempo en absoluto. De pronto no es una mujer de cuarenta y dos años que tiene una estúpida aventura extramatrimonial. De pronto no lucha contra una resaca incipiente. Allí de pie, en el umbral de la puerta de su casa de la infancia, abrazando a su anciano padre, el aire se torna momentáneamente dorado y brillante. Vuelve a ser una niña y él… Él es un hombre en la flor de la vida. Un médico estupendo (eso era lo que todo el mundo decía siempre de Benjamin Wilf hasta que dejaron de decirlo, hasta que tras la sola mención de su nombre empezó a instaurarse un silencio largo e incómodo). Ahora se mecen como una pareja de toda la vida que estuviera bailando. Con los ojos cerrados y el aroma a Cavendish negro, casi puede imaginarse que siguen siendo aquella familia joven y preciosa con toda la vida por delante a la espera de ser vivida.

—Sarah. —Él la despierta de su ensoñación—. ¿Se puede saber qué haces aquí? —La urge para que entre en la casa. El vestíbulo está lleno de cajas.

A la luz amarillenta del candelabro, Sarah lo mira. Solo hace unos meses que no se ven —desde el Día del Trabajo, cuando fueron todos a pasar el puente a Santa Bárbara—, pero parece que Benjamin hubiese envejecido diez años. Las bolsas debajo de los ojos son pronunciadas y están surcadas de arrugas. La boca descansa sobre los surcos verticales, tanto que parece que le cueste un esfuerzo ingente sonreír.

—He venido a ayudarte —le dice.

Aparta la mirada de ella un instante. Claro. Ben es demasiado amable, demasiado bueno para decirlo en voz alta:

todas estas cajas, cerradas con cinta de embalar, perfectamente etiquetadas y apiladas hasta el techo, las ha hecho él solo. Sarah aparta de su mente la imagen de su padre recorriendo la casa entera, habitación por habitación. ¿Qué me quedo? ¿Qué guardo? ¿Qué tiro en las enormes bolsas de basura que hay amontonadas en el salón? Ya no queda nada por hacer. Nada más que el acto de marcharse en sí. Quizá no habría necesitado ayuda con eso. De hecho, ahora que Sarah lo piensa, quizá su padre no quería compañía.

Agita una mano en un gesto de disculpa.

—Lo siento —dice—. Theo y yo tendríamos que haber…

—No es trabajo vuestro ocuparos de mí —replica él—. Y además, no me voy muy lejos.

Mira a Sarah para ver si está dispuesta a discutirle eso. No, muy lejos no, si mides la distancia en metros. Cuatro manzanas… Justo al otro lado de North Elm. Pero el lugar al que va está a años luz y ambos lo saben. Ella no dice nada. ¿Qué va a decir? ¿«Por lo menos, mamá y tú volveréis a estar juntos, viviendo bajo el mismo techo»?

—Ven, cariño. A ver si encuentro algo para hacernos una infusión.

Una infusión es lo último que ella quiere. Hace mucho que dejó de encontrar consuelo en la manzanilla y en la miel. Sigue a Ben por el pasillo, que ya era estrecho, pero ahora está intransitable, hasta la cocina. El móvil vibra en el bolsillo delantero de sus vaqueros. Tamborilea una y otra vez contra el hueso de la cadera. ¿Podrá pedirle a su padre algo más fuerte? El cálculo le es familiar: la vergüenza contra el ansia. Nunca sabe cuál ganará. En realidad, eso es una chorrada, sí lo sabe. Gana el ansia. El ansia triunfa sobre la vergüenza siempre.

Modula la voz para sonar despreocupada.

—¿Ya has guardado las botellas, papá? No me importaría tomarme una copita antes de dormir.

—Estás de suerte —dice él sin perder tiempo. Se vuelve, deja abierta la caja de la despensa y cruza la cocina para coger otra que hay junto a la puerta trasera—. Pensaba dejarle todas las bebidas alcohólicas al jardinero. —Abre la tapa con un cuchillo y saca una botella polvorienta de brandi que

probablemente nadie ha tocado en diez años.

Ben quita un montón de trapos de cocina de una silla y le hace un gesto para que se siente. Coge un vaso de zumo del escurreplatos y le sirve un buen trago. Luego arrastra un cajón de madera junto a la silla y se sienta él también. Le da una palmada en la rodilla y ella bebe lo que espera que parezca un sorbo razonable de brandi.

—Me temo que no hay sábanas para tu cama —le dice.

—Dormiré vestida.

—Tendrías que haberme dicho que venías.

—Fue una cosa de última hora.

Él asiente.

—Tu hermano me llamó antes.

«Bien por él. Por lo menos se ha acordado.»

—Dice que se pasará a finales de semana. Creo que esto era demasiado duro para él —dice Ben.

Ahora es ella la que asiente. Y da otro trago. «Demasiado duro.» ¿Qué significa demasiado duro? El puto teléfono otra vez. Tiene siete llamadas perdidas. No le sorprende. De todos los hombres con los que se podría haber acostado —no es que quiera echarse flores, pero ha habido bastantes, la verdad—, ha tenido que elegir al más… ¿Cómo era lo que decía el doctor Baum…? ¿«Desequilibrado»? Ahora ya es inevitable que Peter se entere. Que sus hijas la desprecien; se pondrán del lado de su padre en el complicado divorcio que vendrá detrás.

Su mirada se detiene en la pared vacía de la cocina, en el punto donde solía estar el horario familiar. Mimi organizaba sus vidas en columnas en una pizarra de Pottery Barn. La columna de Ben tenía notas sobre la reunión de la junta de urbanismo, la cena de gala del hospital (¡Comprobar que el esmoquin está limpio!). Lo de Theo eran todo clases particulares. De haber sabido que acabaría abriendo uno de los restaurantes de moda de Brooklyn (se ha leído todas las críticas en internet), quizá no le habrían metido tanta caña con los deberes. Y Sarah solo tenía compromisos sociales. Fiesta de pijamas en casa de Amy el sábado. Fiesta de 16.º cumpleaños de Lauren. Todos los domingos por la tarde, Mimi cogía el borrador y hacía pequeños y eficaces círculos alrededor de la

pizarra. Daba cierto gusto ver las semanas evaporándose y el futuro en blanco.

Ben bosteza y deja a la vista los empastes dorados. Es casi medianoche aquí, aunque para ella aún es temprano. Se pregunta si podrá servirse otro culín de brandi cuando él se vaya a la cama.

—No quiero ser maleducado —dice.

—En absoluto, papá.

—Los de la mudanza estarán aquí a las siete en punto —se excusa—. ¿Crees que te las apañarás sola? Quedan unas crackers y algo de queso en la nevera, creo. Y todavía no he desconectado la tele.

—¿Papá?

No pensaba hablar. Respira hondo —oxígeno para el cerebro— e intenta aclarar las ideas. Está a punto de decir más de lo que pretende. Palabras de las que se arrepentirá mañana. Quiere contarle de su vida, pero eso sería el no va más del egoísmo, ¿no? Cuanto más vieja se hace, más sola se siente. Su padre no tiene por qué enterarse de la que tiene liada. Y menos ahora.

—¿Estás bien, Sarah? —Ben parece muy lúcido de repente. Sarah recuerda esa mirada. El doctor Ben. Amable y sensible y a la vez preciso como un láser.

—Estoy bien, papá.

—No se te ve nada bien.

Otra vez el móvil en la cadera.

—¡Dios!

—¿Qué? ¿Qué pasa? Ay, Sarah, ¿tienes algún…?

Ella intenta controlarse. No ha volado desde la otra punta del país para preocupar a su padre. Ha venido a ayudarlo. A ser buena hija. A hacer algo bien.

—No, no… No pasa nada.

—Es obvio que sí pasa algo.

—La premenopausia… me pone muy sensible. —Sonríe con su sonrisa cauta, de productora de éxito, de alfombra roja—. No te preocupes por mí, en serio. Estoy bien.

Durante un breve instante, un mundo de dolor cruza el rostro de Ben como una sombra pasajera, pero enseguida sus facciones vuelven a su ser, con gesto seguro y anodino. De tal palo, tal astilla. Podrán con ello.

—Vale. ¿Estás segura?

No se atreve a contestar.

—Si en algún momento quieres hablar, aquí me tienes —dice él.

A Sarah le escuecen los ojos. ¿Cuántas veces le habrá dicho exactamente eso mismo a lo largo de su vida?

Y era verdad. Siempre ha estado ahí. Dispuesto a escuchar sin emitir ningún juicio. A veces eso le hizo sentirse más sola, la impasibilidad de su padre.

Ben se pone de pie y se estira, dejando ver el vello blanco e hirsuto de su pecho cuando se le abre la bata.

—Buenas noches, pequeña. Siento ser un aguafiestas.

—Te acompaño arriba —dice ella.

Caminan uno tras otro por el estrecho pasillo lleno de cajas. Ben apaga la luz de fuera, como ha hecho todas las noches durante cuarenta años. Se pregunta si su padre pensará, mientras suben por las escaleras cogidos del brazo, en los años en que la llevaba a caballito mientras ella pataleaba con sus piernecitas. O en la luz que salía por la rendija de la puerta cerrada del cuarto de Theo mientras sonaba Led Zeppelin. O si se acordará de las fotos familiares que revestían las paredes ahora vacías. Mimi tenía enmarcadas todas las fotos del colegio de Sarah y Theo, desde la guardería hasta el instituto, y subir las escaleras era como viajar por una línea temporal. Se iban haciendo mayores a cada escalón: dientes mellados, adolescencia difícil, togas de graduación.

Al llegar a lo alto de la escalera, él se para como si no estuviera seguro de adónde ir. Los dormitorios están desiertos, el suelo lleno de perchas vacías, rollos de cinta de embalar, cartones tirados. Sarah se queda sin aliento al ver el colchón manchado y el somier de muelles en el centro del dormitorio principal; le parecen repulsivos, casi grotescos, como un par de cuerpos viejos desnudos. Es como si la casa en la que se crio no fuese más que un decorado. Ahora la obra ha terminado.

Llegan las críticas. Y todo el sistema se tambalea por el golpe.

Son un varapalo. A base de palabras violentas.

Su padre suspira y le revuelve el pelo como a una niña.

—Te veo por la mañana —dice.

Ella se queda allí mirando cómo se desplaza hasta el colchón lleno de manchas. Bajará en un minuto, se servirá más brandi y se sentará un rato entre lo que queda de la vida de su familia, metido en cajas. No cree en los fantasmas, pero los fantasmas están por todas partes. La gente que vivió en la casa antes de ellos y los dueños de antes y los que construyeron el número 18 de Division Street a principios de siglo. Tiene que creer que están todos allí. Que todos han dejado una huella indeleble. Que todas sus alegrías y penas, sus triunfos, sus errores, sus esperanzas y sus desesperanzas siguen tan vivos como siempre. Que nadie se va del todo.

Theo

El nuevo segundo chef se las ha apañado para joder el *roux*. O más bien debería decir el exnuevo segundo chef, porque no puedes fiarte de alguien capaz de joder el *roux*. Aun así, no debería haber perdido los estribos de esa manera. Lo ha mandado a freír espárragos. Debe de ser un récord: tres horas desde el inicio al final de su contrato y ahora vuelve a tener la cocina para él solo, algo que, la verdad, prefiere.

Son las once y el segundo turno está terminando el entremés, un sencillo sorbete de naranja sanguina infusionado con menta. Sirve el último plato —un trío de chuletillas de cordero con zanahorias caramelizadas— mientras Carlos deja la vajilla del sorbete en el fregadero, tras él. Dos postres y luego Theo saldrá de detrás del grueso telón burdeos que separa el comedor de Twelve Tables de la diminuta cocina. Cuando abrió el restaurante, no había telón, pero después de que saliera la reseña en el *Times,* la cosa se puso imposible. Todo el mundo quería hacerse amigo suyo. Pululaban por allí mientras él cortaba y salteaba. Nunca se movía del mismo sitio en el centro de la cocina; las ollas de cobre brillaban sobre él,

el fregadero, el doble horno, el bloque carnicero de cuchillos alemanes, todo al alcance de su mano.

«Theo, tienes que probar el vino.»

Y entonces aparecía un decantador.

«Es un Chevalier-Montrachet de Leflaive de 1989, de nuestra bodega.»

La extracción lenta y emocionante del tapón de corcho. El dramatismo, como si fueran soldados con trajes de protección desactivando una bomba. Luego, el borboteo y el olfateo. El vino, rico y dorado como un atardecer en la costa de Beaune. Y todo mientras a él estaba a punto de quemársele la mantequilla, de olvidársele el pan francés de corteza gruesa que se calentaba en la rejilla de abajo.

«Theo, ¿cuándo vas a traer colmenillas?»

«¿Abres en Fin de Año?»

«¿Podemos reservar una mesa para unos amigos? Se mueren de ganas de venir.»

Así que al final acabó poniendo una cortina y contrató a Carlos. Y colgó el cartel de CERRADO en el ventanal que daba a Vanderbilt Avenue. Quien tiene una reserva en Twelve Tables sabe que puede hacerle caso omiso al cartel y el resto no llama a la puerta ni entra sin más. Miran por la ventana, empañando el cristal con el vaho. ¿Qué es este sitio? Theo ha mantenido el toldo de metal amarillo de la bodega. PRODUCTOS DULCES—FRESCOS—TROPICALES.

La reseña en el *Times* ha atraído a corredores de bolsa de Wall Street y a dueños de fondos de inversión del otro lado del río. Los tipos que antes se dejaban varios cientos de dólares en el Per Se ahora están en plan austero. Aparecen en limusinas, sin reserva. Dan la vuelta a la manzana, confusos. ¿Dónde está el restaurante? Consultan la guía Zagat u OpenTable. Miran mapas.

—Lo siento —sale a decirles Carlos—. Solo tenemos doce mesas y los dos turnos están completos.

—¿Podemos reservar una mesa para mañana? ¿Para la semana que viene?

—Lo siento. —Carlos es implacablemente educado. Es su primer trabajo desde que dejó de beber. Lleva con Theo desde

que salió de la clínica de desintoxicación y contestó el anuncio en Craiglist—. Estamos completos.

No se lo pueden creer, son gente acostumbrada a conseguirlo todo. Se vuelven locos. Así que siguen intentándolo. Llama su asistente personal. Mandan bombones de Vosges, caviar del mercado negro, salami artesanal. Dan nombres. Van a venir con alguien muy importante: Fran Lebowitz, Derek Jeter, Nancy Pelosi.

El primero de los dos postres de esta noche es un pastel denso de chocolate servido con un vasito de digestivo casero de nuez negra, seguido de un bollito de agujero de dónut salpicado con salsa de caramelo. Remueve el caramelo con una cuchara de palo. Lo prueba y le añade una pizca de sal marina. Estos son algunos de sus momentos preferidos. El zumbido leve del relajo nocturno al otro lado del telón. La perfección de la cena. La soledad que sentirá en una hora, cuando los últimos comensales se hayan marchado, cuando Carlos haya fregado el último plato, cuando no quede nada por hacer más que irse a casa… Esa soledad aún queda lejos.

—Eh, Big T. —Carlos trae los últimos platos de las chuletillas—. Está todo el mundo lleno. Lo han dicho ellos, no yo.

A estas alturas de la cena, algunos comensales —sobre todo mujeres— empiezan a dejar comida en los platos. La verdad es que ya van por el octavo de diez. Los raviolis de *foie gras* sobre hoja de repollo a la brasa. La loncha de panceta sobre una cama de espinacas sancochadas con un huevo poché por encima. Trata de poner raciones pequeñas. El consomé con cola de langosta lo ha servido en un ramequín que le cabe en la palma de la mano.

«Comida extrema», la han llamado algunos críticos. Comida patológica. El reseñista de la revista *New York* acusó a Theo de ser un controlador. Era un desplante, pero aun así le fastidió. ¿Qué tiene de malo la comida casera? Así es como le gusta a él pensar en lo que hace. Comida para consolarse en tiempos de desconsuelo. Les da mucho más que una cena. Todas las noches mira por la rendija de la cortina y ve pequeños milagros. Bajo la luz espejada de los faroles turcos que cuelgan

del techo, en las mesas desordenadas de distintos tipos —algunas cubiertas con un mantel a cuadros, otras sin mantel y arañadas—, lo que ve en el resplandor vacilante son caras que van pasando, a lo largo de las horas, de la agitación al bienestar. Del pesar a algo parecido al gozo.

La pareja joven de la mesa dos —amigos de su pescadero— al principio de la noche no se hablaban. Cuando Carlos les sirvió la ensalada *frisée,* se habían cogido de la mano. La actriz de teatro Anouk Levy está en su mesa de siempre, junto a la ventana, cenando sola. Lleva seis meses viuda. Al principio leía un libro entre plato y plato o miraba el iPhone de forma obsesiva. Dejaba comida en el plato y retorcía los dedos en el regazo. Ahora se bebe su media botella de cabernet y moja la corteza de pan en el huevo poché. Cuando se va, alta y regia, tan poco típica de Prospect Heights, con su abrigo de visón corto negro, le dirige a Theo una media sonrisa y un gesto con la cabeza. *Merci.*

Sus jefes —los clientes habituales— son su familia. La verdad es que los quiere. Vale que no los ve fuera del restaurante (apenas hace vida fuera del restaurante), pero aquí, en Twelve Tables, lo son todo. Sueña con ellos. Frieda y Joe Glasser, que vienen en coche desde su casa de ladrillo marrón cerca del Brooklyn College. Marty Adelson, su contable de toda la vida, que cena allí todos los viernes con su anciano padre. Celia Gabriel, una editora culinaria que ahora es bloguera. Decenas de personas cuyas semanas están marcadas por sus reservas para cenar.

¿Y qué conjeturan ellos de Theo Wilf?

Emplata el pastel de chocolate. Vierte el *nocino* en delicados vasos de chupito que consiguió en eBay. Mete los agujeros de dónut en el horno para calentarlos.

Es un tipo ancho, con una enorme barriga. Un hombre de grandes apetitos.

No lleva alianza. Seguramente se pregunten: ¿vivirá solo?, ¿será hetero o gay?

Le pasa dos platos a Carlos. Más le vale no irse de la cocina, al menos hasta que haya servido los agujeros de dónut y le haya dado las comandas de los cafés.

Ella lleva en el restaurante desde el principio del segundo turno. *Ella.* Sabe su nombre —Harper Loomis—, pero intenta no decirlo, ni siquiera pensarlo. Desde niño ha evitado pronunciar el nombre de las chicas que le gustaban, como si las meras sílabas fuesen demasiado para él. *Ella.*

Tiene preguntas que le gustaría hacerle —cada una esperando pacientemente detrás de la anterior—, preguntas que nunca le hará.

«¿A tus padres les gustaba *Matar a un ruiseñor?*»

«¿Qué es lo último en lo que piensas antes de dormir?»

«Si pudiera prepararte el plato perfecto, ¿cuál sería?»

En lugar de eso, la mira a hurtadillas desde detrás de la cortina burdeos. Cada semana viene con un acompañante distinto. A veces hombres; otras veces, mujeres. Hoy es una mujer. Llevan toda la noche mirándose embelesadas, con las cabezas juntas y los muslos (está seguro) rozándose por debajo de la mesa, sentadas una junto a la otra en el único banco del restaurante. Son una bonita estampa, las dos. Ella, con su melena negra y brillante y los dientes blancos; su acompañante, menuda y pálida, con los ojos ahumados y delineados de negro.

Prueba el *nocino.* Se imagina sentado a su lado. Le daría el pastel en la boca con el tenedor. Contemplaría cómo le mancha los labios la nuez negra. Luego se inclinaría hacia ella y…

Venga ya, joder. A quién quiere engañar.

Los agujeros de dónut están ya calientes en el horno. Saca la bandeja, los pasa a unos platillos de porcelana y los salpica con una capa finísima de caramelo.

—¿Big T? —Carlos otra vez.

Theo querría que Carlos dejara de llamarlo así. Sabe que en algún momento ha cruzado la línea que hay entre fornido y gordo. También sabe —como a su padre le encanta decirle— que ya no es un chaval. A los hombres les da un ataque al corazón a los cuarenta años. Infarto de miocardio grave del que no se recuperan. Sobre todo, los hombres que hacen cenas de diez platos todas las noches y prueban todos los ingredientes —el *foie gras,* la tripa de cerdo— de paso.

—Big T, tienes una llamada de una mujer. Dice que es

importante.

Se supone que hay que llevar el teléfono en silencio en el restaurante. Y él no lleva el móvil encima.

Y el número no viene en el listín telefónico. Todo por una razón. Así que, ¿qué coño?

Fulmina a Carlos con la mirada. Primero el *sous chef,* ahora esto. La gente te decepciona. Cuanto más confías en ellos, más grande es la desilusión.

Carlos le pasa el auricular.

—Lo siento, tío.

Probablemente sea la mujer de *Bon Appétit*. No deja de llamarlo. Cuantas más largas le da, más lo intenta. Quiere escribir un artículo sobre él. Una historia de interés humano. Ya ha intentado convencerla de que él no tiene ningún interés humano.

—Que deje un mensaje.

—La chica parece preocupada, tío.

Coge el teléfono, se lo coloca entre el hombro y la oreja y enciende la máquina de café. Mira la lucecita verde que parpadea mientras se calienta.

—Theo Wilf —dice.

—Theo, soy Sarah.

En un primer momento de desorientación, no la ubica. El ruido del restaurante —el tintineo sordo de las cucharas contra los platos, los tenedores golpeando el cristal, el coro de voces — da paso a un silencio algodonoso. Y, en el centro de ese silencio, atravesándolo con tanta precisión como si una esquirla de cristal se le hubiese colado en el torrente sanguíneo, hay un presentimiento indescriptible.

Sarah llamándolo allí, eso significa… ¿qué? Ni siquiera sabía que tuviera el número. Parece agitada, arrastra las palabras. Intenta respirar hondo, hasta el estómago. Llenar el cuerpo entero de aire como un globo de helio.

Trata de hablar, pero no le sale.

—Mamá ha desaparecido, Theo.

Las palabras no tienen sentido. Aquí, en el centro de su sanctasanctórum, su cocina, el corazón de su restaurante, siente un mareo. Se agarra al borde de la encimera.

Mamáadesapareziddd otheo.

—Un momento. —Se aclara la garganta—. Sarah, cálmate. No te entiendo.

La luz verde de la máquina de café ha dejado de parpadear. Con movimientos lentos y metódicos, echa varios cacitos de café tostado italiano —hasta arriba— y gira el mango hasta que hace clic. «Desaparecido.» Coloca una taza pequeña debajo del pitorro. Tira de la palanca. Como si seguir con lo que estaba haciendo pudiera hacer retroceder el tiempo estos últimos minutos. Había pensado llevarle él mismo el café a Harper Loomis.

«Desaparecido.»

—Ha llamado alguien de… allí. De Avalon Hills. No la encuentran.

Mira el reloj del horno. Es casi medianoche. Todo está acolchado y extraño. Se siente clavado en el sitio por las palabras de su hermana y por el deseo infantil de rechazarlas. ¿Qué era lo que se decían de pequeños? «¡Retira lo que has dicho!» Como si los actos, las palabras, el paso de un momento a otro pudiera deshacerse.

—Estoy en Avalon. He llegado esta noche.

—Mierda, lo siento. Sé que debería haber…

—Theo, para y escúchame. —Él se aprieta el auricular contra la oreja. Ella sigue arrastrando las palabras. ¿Está borracha?—. Nadie ha visto a mamá desde el bingo. Eso es lo que han dicho. Desde el bingo.

—Esto no tiene sentido —dice él, sobre todo a sí mismo.

Carlos pulula a su alrededor haciendo como que no está escuchándolo. Theo se da la vuelta y se inclina sobre los platos sucios del fregadero.

—Han mirado en todas partes. No está.

Carlos le da un golpecito en el hombro.

—¿Jefe? —susurra.

—¡Ahora no!

Pero entonces, Carlos señala en dirección a la máquina de café.

El café se ha salido y se ha derramado por toda la encimera y está goteando en el suelo.

—¡Mierda!

—¡Theo!

—No, no es a ti —dice—. Es por otra cosa.

Tira la taza de café y empieza el proceso de nuevo.

—Yo me encargo, T —dice Carlos en voz baja.

Mientras Carlos va preparando los cafés —expreso, capuchino, doble, manchado—, Theo intenta procesar lo que está pasando. Su madre. La última vez que fue a verla fue hace más de un mes, un día crudo de noviembre. El viento le azotaba la cara mientras subía en la moto por la autopista de Saw Mill River. Ella estaba de pie detrás de las puertas correderas del vestíbulo. Llevaba unos vaqueros viejos y un jersey de su padre. En la mano izquierda tenía puesta la alianza de bodas. El pelo —ahora completamente plateado— le caía en una larga trenza por la espalda.

Parecía «tan ella» que se le olvidó. Por un segundo se le olvidó y la envolvió en un abrazo. Siempre habían sido una familia de abrazos. Incluso durante su adolescencia, cuando apenas se hablaban, rodeaba a su madre con los brazos y era como si ambos entendieran que, pasara lo que pasase, estaban unidos por un amor poderoso e inmutable.

Pero entonces, de repente, le pareció que tenía un pajarillo entre los brazos. Un pájaro enjaulado y miedoso agitando las alas. Se apartó de él temblando.

«Mamá, soy yo… Theo.»

Ella lo miró con dureza, como si estuviera al otro lado de un campo grande y peligroso. Luego, con gesto vago y educado, como si los hubiesen presentado una vez pero no lo ubicara, le tendió la mano.

«Claro. Hola, Theo. Encantada de volver a verte.»

—¿Theo? —Es la voz de su hermana—. ¿Me has colgado?

Tiene las mejillas empapadas.

—¡Theo! ¿Estás ahí?

Su madre no reconoce a su marido ni a sus hijos, no recuerda su nombre. No sabe en qué día vive ni quién es el presidente. Y está en alguna parte, sola. No la ven desde el puto bingo, por el amor de Dios. Hasta donde sabe, Mimi puede estar deambulando por las calles de Avalon en pijama.

En el pronóstico del tiempo daban nieve.

—Estoy aquí.

Se desata el delantal y coge la cazadora de cuero del perchero que hay junto a la salida de emergencia. Al otro lado de la cortina, en un universo paralelo, se oye un ataque de risa. Le tira las llaves del restaurante a Carlos. Tiene la moto aparcada fuera. Desde Brooklyn, puede estar allí en cuarenta minutos como mucho.

—¿Todo bien, T?

—Vas a tener que cerrar tú, tío.

—Sin problema.

Sigue teniendo el teléfono apretado contra la oreja. Al otro lado, oye a su hermana respirando. Es un sonido familiar y a la vez huidizo, como la melodía olvidada de una nana.

—No puedo hacer esto sola —dice Sarah—. No he despertado a papá todavía para decírselo y… Ay, Dios, Theo, ¿te lo puedes creer? Oye, ¿puedes…?

Estas cosas no se le dan bien. Las palabras no son lo suyo. Nunca ha sido capaz de decir lo que piensa. Pero la gente no debería asumir que no siente nada. Siente muchas cosas.

—Voy de camino —le dice. «Te quiero», querría decir, pero no puede. «Lo siento.» Pero las palabras no le salen. Quiere tranquilizarla. «Todo va a salir bien.» Pero eso sería mentira. Su hermana está borracha. Su madre ha desaparecido. Su familia se ha desmoronado poco a poco, de forma imperceptible. No se podía hacer nada —se dice Theo a sí mismo—, nada para prevenirlo. Ahora están lejos. Cada uno de ellos está en un universo privado y hecho jirones. Mete unos cuantos agujeros de dónut que han sobrado en una bolsa de papel de cera y se la guarda en la mochila.

Waldo

La puerta se cierra tras él con un suave clic. Tampoco van a oírlo. Lleva la última media hora agachado en el pasillo con la oreja pegada a su puerta, esforzándose por distinguir las dos voces que mejor conoce del mundo. El susurro ronco de su

madre. El rumor bajo y persistente de la voz de su padre. De vez en cuando, acierta a oír un par de palabras sueltas —«psiquiatra», «medicación», «no es normal»—, como los primeros guijarros de un alud bajando por una montaña. Los aludes tienen que empezar así, ¿no? ¿Solo con una roca? Ha pensado mucho en eso. ¿Cómo se puede saber? ¿Cómo se distingue entre lo normal y lo que da miedo?

Se han quedado despiertos hasta tarde, sus padres. Y es culpa suya. Siempre es culpa suya. Su padre estará de mal humor por la mañana. Se ajustará el nudo de la corbata y apretará la boca mientras encoge los hombros dentro de la americana. Su madre estará demacrada, agotada, con su falda y sus tacones, mientras le hace el sándwich para clase. «No es normal.»

Lo llamarán. «¡Waldo! ¡Hora de ir a clase!»

Un minuto o dos después, lo llamarán otra vez. Más irritados.

«¡Waldo, baja ya, tardón!»

Otros pocos minutos y su padre subirá los escalones de dos en dos. «¡No me hagas entrar a por ti, jovencito!»

Su padre tiene razón. Él no es como los demás chicos de Avalon. No le gusta jugar al béisbol, aunque podría recitar de memoria la media de bateos y el porcentaje de bases de cada jugador de la alineación de los Red Sox si se lo preguntaran. Odia el fútbol americano y a los chicos que juegan. Lo mismo con el lacrosse. Y no hablemos de Harry Potter. Basiliscos, grindylows, escarbatos… ¿A quién le importa eso? Con todas las cosas reales que hay en el universo, ¿para qué inventarse más?

Fuera, en Division Street, el cielo despejado ha dado paso a las nubes. La luna ahora es una mancha. El aire huele a nieve. Al otro lado de la calle, la luz del dormitorio del doctor Wilf está apagada. Waldo se para a pensar: ¿lleva todo lo necesario? Guantes, gorro, bufanda, abrigo. Calzoncillos largos debajo del pijama. Calcetines de lana. Zapatillas de deporte. Incluso ha cogido una bolsa de patatas fritas por si le entra hambre. Y tiene diez dólares —la paga de las dos últimas semanas— y un paquete a medias de caramelos Life Savers en el bolsillo. No ha

pensado mucho más aparte de eso. Su mente está alterada y tranquila a la vez, como algunas veces cuando juega demasiado rato a un videojuego. Pronto, los susurros de sus padres darán paso al silencio, tan solo interrumpido por los ronquidos de su padre.

«¡Waldo, maldita sea, te he dicho mil veces que…!»

Por la mañana, su padre abrirá la puerta de su habitación. ¿Y qué verá? Una cama perfectamente hecha, con su embozo y todo. Las almohadas ahuecadas y sus dos osos de peluche colocados como los deja la señora de la limpieza todos los días.

«¡Alice! ¡Alice, Waldo no está!»

Así aprenderá. Waldo se desplaza rápido por el camino de entrada y —¿adónde va a ir?— se dirige hacia North Elm. Se pone la capucha de la sudadera encima del gorro de lana. Se encoge para hacerse más pequeño. El corazón le late deprisa. No quiere pensar en su madre. Si piensa en ella, dará media vuelta y volverá corriendo a casa. Ella está en todas partes, dentro y fuera de él, como un olor. Como la piel. Como el vaho que forma su aliento en el aire helado.

Lleva el iPad metido en el anorak abrochado, pegado al pecho. Sabía que lo encontraría en el gimnasio. Estaba allí, al lado de esa estúpida máquina de remo —su padre adora tanto ese cacharro que debería haberse casado con él— y, cuando lo ha encendido, estaba casi al máximo de carga. Se pregunta cuánto tardará —cuántas horas— en quedarse sin batería. Se para en la esquina de Birch y Poplar, lo saca y apunta al cielo nuboso. El Star Walk puede ver a través de las nubes. Las constelaciones están allí, inmutables desde que se las enseñó al doctor Wilf hace un rato, aunque le parece que hace un millón de horas. Chamaleon, el camaleón. Hidra, claro. La forma de cerradura de Mensa.

«¿Por qué te importa tanto?» Cierra los ojos. La voz de su padre nunca está lo suficientemente lejos. «¿De qué demonios te sirve?» Nunca ha sido capaz de explicarlo. ¿Cómo va a decirle a su padre que su cabeza está llena de ruido y que esto es lo que hace que todo se quede en silencio? El susurro del cielo nocturno. Las estrellas girando. Las formas antiguas. Le hacen sentirse bien, a salvo, como si estuviera debajo de una

manta gigante. Como si su madre lo estuviera arropando sentada al borde de su cama, haciéndole caricias en círculos en la espalda. Como si se quedara toda la noche allí, vigilándolo.

Pasa un coche con la música a todo trapo tras las ventanillas cerradas. Waldo se para y espera detrás de un árbol. ¿Y si alguien lo ve? ¿Y si llaman a la policía? Es un chico menudo, incluso para tener once años. Tiene las muñecas finas y las piernas como dos palillos. Su cuello es tan fino que hace que parezca que tiene la cabeza enorme. A veces le preguntan en qué curso está y, cuando dice que en sexto, la gente no consigue disimular su sorpresa. Aunque se saltó un curso, parece un chaval de cuarto. Y los chicos de sexto que parecen de cuarto no deberían andar deambulando por Avalon pasada la medianoche.

Quizá debería irse a casa. Sus padres nunca se enterarán de que se ha escapado. La llave de repuesto está en el patio trasero, debajo de un trozo de baldosa suelto. Se sabe el código de la alarma. Su cama debe de estar calentita. Sus peluches, con los que todavía duerme. Sus ojos de botón y su pelo opaco. De pronto, siente una punzada profunda y afilada, como si lo estuvieran arañando por dentro. No se siente a salvo ahí fuera, pero tampoco se siente a salvo allí dentro. No deja de ver a su padre, con la vena de la frente hinchada, quitándole el Star Walk de las manos. Agarrando el iPad como si fuera a romperlo.

No. Asoma la cabeza por detrás del árbol. El coche se ha ido. Sigue caminando, cada paso lo aleja más de casa. Un destino va tomando forma en su cabeza, uno más allá de su alcance… Pero, como con las constelaciones por encima de la cobertura de las nubes, intenta confiar. Un pie delante del otro. Tararea una melodía. La canción de *Bob Esponja*.

Llega a North Elm, por donde no le dejan cruzar solo. Pero se supone que tampoco le dejan escaparse de casa. Las normas con las que ha crecido, «termínate las judías verdes», «di por favor y gracias», «mira a los mayores a la cara cuando les hablas», todas esas y muchas más, se han desvanecido; se evaporan como el vaho de cada respiración; primero están ahí, visibles, tangibles, y después ya no.

Se le cae el moquillo. Le lagrimean los ojos. Tendría que haberse traído las gafas de esquí. Y no tiene la vaselina que su madre siempre le obliga a usar, la que huele a mango. Ya tiene los labios agrietados de chupárselos contra el aire frío.

¿Y ahora qué? Mira a ambos lados de North Elm. No se ve ningún coche. El semáforo cambia de rojo a verde. Luego vuelve a ponerse en rojo. Y otra vez verde. Él sigue allí, sin moverse. ¿De qué tiene miedo? Los niños del colegio siempre se ríen de él y lo llaman cagueta. Su profesora, la señorita Hardy, le dice que no les haga caso. Que algún día se cansarán de burlarse de él, pero ese día parece muy lejano. En Facebook también se meten con él. Dicen que son sus amigos, pero no lo son. Escriben todo tipo de cosas. «Contesta a una pregunta sobre Waldo Shenkman» «¿Con qué palabra describirías a Waldo Shenkman?» «Tonto.» «Soñador.» «Mocoso.» Ha dejado de mirar Facebook.

Aguanta la respiración y cruza North Elm corriendo, como si se estuviera tirando a un lago. No suelta el aire hasta que llega al otro lado. Ahora está en terreno desconocido, lejos de las casas, las esquinas y los árboles de su barrio. No está lejos del centro de Avalon, aunque no sabría exactamente cómo llegar andando. La estación de tren está cerca. Y está bastante seguro de que no muy lejos están también la autopista y el centro comercial.

Ha empezado a caer una nieve suave. Saca la lengua. La nieve sabe a metal. ¿Cómo puede saber algo que cae del cielo igual que algo que ya está en la tierra? Ese es el tipo de preguntas que le traen problemas en el colegio. Las preguntas que dejan perplejos a sus profesores y hacen que sus compañeros lo odien. ¡Pero no es culpa suya pensar esas cosas! «No es normal.» Se mete las manos en los bolsillos y sigue andando. Ahora va dejando huellas.

A lo lejos, suena un zumbido. Lo oye a través de la lana gruesa del gorro que le tapa las orejas. *Fiun… Fiun…* Un poco más allá, delante de él, ve un cartel verde. La entrada a la calle principal —cuyo nombre desconoce— que lleva a la autopista por la que se va a Nueva York.

No quiere ir a Nueva York. No, no, no. Eso está demasiado

lejos y no conoce a nadie allí. Ha ido unas cuantas veces con sus padres y solo recuerda el viento que soplaba por las avenidas grises e inmensas, la gente que iba demasiado deprisa por la calle. El olor de los pretzels, de las castañas. El destino que se veía borroso en su mente se vuelve un poco más claro, como si alguien estuviera ajustando el dial en su cabeza. Pie izquierdo, pie derecho. La nieve ya cubre el suelo. Tendría que haberse puesto las botas. Avanza a duras penas, con los dedos de los pies helados. No lleva reloj. ¿Cuánto tiempo lleva en la calle?

Saca el iPad. Pone que son las 00:53. No lleva fuera ni una hora y ya está preocupado. A lo mejor los niños del colegio tienen razón. «Llorica.» «Cagueta.» Avanza por el borde de la rampa que lleva a la carretera. *Fiun…* Tiene que tener mucho cuidado. Con el abrigo azul marino, la capucha y los pantalones de pijama de franela a cuadros, es prácticamente invisible. «¡Cuidado con los coches!» Puede oír la voz de su madre. «¡Siempre estás con la cabeza en las nubes!» Se pega al arcén y cruza rápido al otro lado del quitamiedos metálico. Si está en lo cierto —por favor, que esté en lo cierto—, no le queda mucho. Ha ido por esa carretera con su madre mil veces en coche. Ojalá hubiese prestado más atención.

Tiene el estómago del revés. No hay muchos coches en la carretera, pero van muy rápido, como si todo el mundo quisiera llegar a casa cuanto antes porque es tarde. Ve un destello entre los árboles: una familia de ciervos con el cuello girado hacia él y los ojos brillantes. ¿Cómo los llama su padre? «Roedores.» «Alimañas.» Se comen los rosales caros. Sigue caminando. Cuenta los pasos. Intenta no pensar en nada malo. En lo lejos de casa que está. Demasiado lejos como para volver. Ya no puede cambiar de opinión.

Por fin lo ve. ¡Bien! La entrada del centro comercial, iluminada como un planeta que le da la bienvenida. Los carteles —WHOLE FOODS, POTTERY BARN, WILLIAMS SONOMA, NEIMAN MARCUS— le suenan. El aparcamiento parece tener varios kilómetros de longitud. Cuando era pequeño, sus padres lo trajeron aquí para elegir una estructura de juego para el jardín de casa: un laberinto de madera de cedro hecho a mano, con

toboganes y puertas, y un arenero. Luego nunca jugó mucho en él. Pero ahí está la tienda. La ve en un lateral del centro comercial, junto a algunas de esas tiendecitas donde venden tarjetas de Hallmark. Play Heaven, se llama. Si intenta pensar en la última vez que vio a su padre feliz de verdad, quizá fuera aquel día. «Elige lo que quieras —le dijo—. El tobogán más grande. ¿Qué tal un rocódromo pequeñito? Ese es mi chico.»

El viento lo azota mientras cruza el aparcamiento. Hay luces de Navidad por todas partes. Papá Noel y sus renos brincan por los escaparates de Pottery Barn y los maniquís de Neiman Marcus llevan vestidos de lentejuelas. Han apagado, por ser de noche, la música que suele sonar por fuera. Ni *Blanca Navidad* ni *Jingle Bells*. Piensa que ojalá hubiera música. Piensa que ojalá estuvieran encendidas todas las luces del centro comercial y el aparcamiento estuviese lleno de coches. Piensa que ojalá —y se enfada consigo mismo por ello—, ay, ojalá sus padres estuvieran allí. Los dos. Su padre y sus ojos iracundos. Su madre y la forma en que lo envuelve en un abrazo. Se ha alejado demasiado y la distancia es insoportable. Siente que podría salir flotando. Que podría elevarse del suelo y desaparecer, arriba, más arriba, hasta formar parte del gran manto del cielo. Se rompería en mil pedazos y se convertiría en la constelación Waldo.

En la acera, junto a Play Heaven, hay una estructura de juego de madera de cedro más pequeña que la que le compraron sus padres, ya montada, de exposición, con su tobogán y su arenero. En la puerta de madera hay colgado un cartel hecho a mano donde pone BIENVENIDOS. A lo mejor puede descansar unos minutos. Para pensar qué hacer a continuación. Tiene que hacer menos frío ahí dentro que en el aparcamiento. Ha empezado a llorar y las lágrimas se le quedan pegadas a las pestañas y se congelan sobre sus mejillas.

Se agacha —en realidad es demasiado grande para aquello — y empuja la puertecita. En el interior de la estructura de juego está oscuro. Oscuro como cuando tiene que levantarse en plena noche para ir a hacer pis. Como cuando las siluetas de las cosas que son normales y corrientes a la luz del día —las escaleras, la cómoda de la entrada, la báscula, el retrete—

parecen enormes y extrañas. Como cuando lucha contra la soledad recordándose que sus padres están al final del pasillo.

Pero sus padres no están al final del pasillo. *Fiun… Fiun…* Está dentro de una estructura de juego en un lateral de un centro comercial abierto junto a una carretera cuyo nombre desconoce, a varios kilómetros de distancia de su casa. Se sienta sobre el asfalto frío y vuelve a sacar el iPad de dentro del anorak. La 1:18. La batería sigue casi al máximo. La música ralentiza el ritmo de los latidos de su corazón. Respira con dificultad.

Se seca los ojos. Las estrellas siguen inmutables en el cielo. Da igual lo que pase abajo, el Camaleón sigue allí arriba. Y la Hidra. Y Mensa. No le pasará nada malo. No si sigue recordando.

Rebusca en su mochila para sacar la bolsa de patatas fritas y la abre. Se las come de dos en dos, de tres en tres. ¿Cuándo se hace de día? Lo mira en el Star Walk. El sol saldrá a las 7:08. Cuenta con los dedos. ¿Será capaz de aguantar tanto? Todo será distinto por la mañana. Eso es lo que le dice siempre su madre. Se acurruca en un rincón y se arrebuja en el anorak todo lo que puede, como si fuera un saco de dormir. Y, como un niño contando ovejitas, cierra los ojos y empieza por el principio: «Andromeda, Antlia, Apus, Aquarius, Aquila, Ara, Aries…».

Mimi

¿Dónde está su familia? Hace horas que no los ve. Han estado en la playa que hay cerca del hotel. Los niños han hecho un castillo de arena con un tejado de conchas.

Piensa en sus espaldas curvadas y morenas, en las dos columnas vertebrales como dos collares de perlas. El pelo oscuro pegado a la cabecita como si fueran focas bebé. «Theo, espera… ¡Déjame a mí!» La voz de Sarah se elevaba sobre las olas. Pero a ver. Un momento. No puede ser. Sus zapatillas de andar por casa chocan contra la nieve. Theo y Sarah no son lo suficientemente mayores como para estar solos, al menos no

tantas horas.

Sarah acaba de cumplir trece años y Theo tiene once. No deberían estar solos en la costa de una isla desconocida. ¿Qué isla era? ¿Bermudas? ¿Barbuda? Estaba absorta en su crucigrama y luego se quedó dormida —«26, 5, 17, ¡bingo!»— y ahora no los encuentra.

Sigue la línea blanca. Seguro que la línea blanca la lleva hasta sus niños. Ben debe de estar buscándolos también. Se fue al hotel antes de que ella se quedara dormida. No sé qué de un paciente, una emergencia. El busca nunca descansa: Llamando al doctor Wilf. Pero le había prometido unas vacaciones. Unas vacaciones de verdad, lejos del hospital, del busca, del teléfono que suena a todas horas. Nota una oleada de enfado. ¡Se lo había prometido! Y ahora han perdido a los niños.

Tiene los dedos rígidos, se le están poniendo las manos moradas del frío. ¿Cómo iba a saber ella que hacía tanto frío en Bermudas/Barbuda? Tiene que deshacerse de esa pulsera horrorosa que no la deja avanzar. Ben debe de habérsela comprado en la playa a uno de esos vendedores ambulantes. Es moderna pero muy fea, con esa cosa protuberante que parece un reloj. Se la arranca de la muñeca con una violencia repentina y sorprendente y la tira al suelo mientras sigue la línea blanca.

Un camión se dirige hacia ella, los faros le deslumbran. El sonido largo y fuerte de un claxon. Ella da un salto atrás y el camionero, al pasar a toda velocidad, baja la ventanilla y le grita algo que no entiende. Nota que está temblando. ¿Dónde está? Ha perdido el hilo. Las imágenes, los recuerdos pasan a través de ella como la arena por un reloj. Sus hijos son recién nacidos, son adolescentes. No puede seguirles el ritmo. Parecen estar en todas partes al mismo tiempo. ¿Qué es esto? Theo, a los cinco años, le da una lila para que la huela. Le toca la mejilla con su manita rechoncha, imitándola. La besa en la boca con sus labios suaves. Su niño precioso. Y Sarah, con el pelo mojado y recogido en dos trenzas. Sentada a la mesa de la cocina, inclinada sobre sus deberes. Con un vaso de leche fría junto al codo. Está en sexto, en séptimo, en octavo. Crece y crece, ahora está…

«Para —le dice algo—. Para ahí.» Pero las imágenes siguen dando vueltas. Dentro de ella hay un océano. Las olas se elevan, retroceden y vuelven a alzarse. Sarah, jadeando en el porche, con los ojos fuera de las órbitas. «¿Qué ha pasado?» Su hija la mira sin palabras. Tiene manchas de sangre en la camiseta blanca. Tierra en la barbilla. El morro del Buick está arrugado contra el roble como un trozo de papel de aluminio. Del capó sale humo. Se oye una sirena a lo lejos.

Mimi se acerca a trompicones hacia su niñita. «¡Sarah! Dios mío, Sarah… ¿Se puede saber qué…?» El momento es tan vívido como siempre, como si ella misma fuese un árbol, partida por la mitad, revelando una historia tras otra.

Pero un momento. ¿Dónde está?

Ah, sí. Está buscando a sus hijos. Los ha perdido en la playa.

Se han perdido y ella va siguiendo la línea blanca.

Más adelante hay luces brillantes. Letras, palabras, carteles. Casi puede distinguirlos a lo lejos. Parece una feria, una feria de pueblo. Una montaña rusa, una noria. Le llega el olor del algodón de azúcar. Nota el alivio extendiéndose por su cuerpo como algo lento y cálido. Eso es. «Gracias a Dios gracias a Dios gracias a Dios.» Seguro que Theo y Sarah han ido a la feria. Se van a enterar cuando los vea. Más les vale no volver a alejarse tanto, y menos en un sitio que no conocen.

La línea blanca gira hacia la feria. Las luces van alternándose, son rojas y verdes. Significan algo, pero no sabe qué. ¡No hay nadie en aquel descampado enorme y vacío! Se extiende ante ella. Todo negro, infinito. Deben de estar todos allí, al lado de las luces intermitentes. Seguro que Ben está con ellos. Seguramente les haya comprado un algodón de azúcar a cada uno.

El descampado está lleno de miles de líneas blancas que brillan en la oscuridad. Ella se queda de pie, en el centro, sin saber por qué camino ir. Mira las luces rojas y verdes y se mueve hacia ellas. Hacia Ben y los niños. Le falta el aliento. Nota el dobladillo del camisón tieso y mojado contra las pantorrillas. Se ajusta la parte de arriba de la bata de felpa y se la cierra alrededor del cuello como si fuese un abrigo.

¿Dónde está su coche? Ha debido de perderlo también.

Cuántas cosas perdidas. Si tuviera el coche, podría recoger a Theo y a Sarah del colegio. Deben de estar esperándola fuera. Odia llegar tarde. Suelen volver a casa andando juntos, pero cuando nieva, no. Sarah estará esperando en la acera con su anorak naranja y el gorro de angora que Mimi le tejió. Dando saltitos para entrar en calor. Theo, con el abrigo abierto y la cabeza descubierta. Con las piernas desnudas debajo de sus pantalones cortos de chándal, recién salido del entrenamiento de baloncesto. «¡Un día te vas a morir de frío!» No. Espera. Están de vacaciones. Su coche está aparcado en el garaje de casa en Avalon. *Zum, zum, zum;* sus zapatillas de estar por casa hacen ruido sobre el asfalto cubierto de nieve.

El viento parece sólido. Como un muro que tiene que derribar a cada paso. *Zum, zum.* Otra vez Sarah en el porche. Está moviendo los labios. Emite una palabra tras otra, pero es imposible atraparlas ni entenderlas. Mimi está viendo una película, una de terror, sin volumen. Su hija tiene sangre en la camiseta blanca. El Buick está estampado contra el roble. La radio sigue sonando. Cyndi Lauper canta. *If you're lost, you can look, and you will find me.* El parabrisas está roto. Los cristales refulgen por todas partes, en la acera y en el césped. *Time after time.* Un coche patrulla —no, dos coches patrulla— doblan la esquina con un chirrido de neumáticos. Ben está en el suelo, inclinado sobre una chica. Suena una bocina. «¡Señor! ¡Apártese de ella!» Ben contesta a gritos, ignorando a los policías. «No se preocupen… Soy médico»

Mimi ya casi ha cruzado el enorme ferial a oscuras. Mira a su alrededor, a las luces rojas y verdes intermitentes. ¿Dónde está la noria? ¿Y la montaña rusa? Estaban aquí hace un minuto. ¿Cómo pueden haber desaparecido? Tiene la garganta atenazada por el miedo. Y los dedos de las manos y de los pies tan entumecidos que apenas puede moverse. Pero entonces la ve. ¡Allí! Tienen que estar en esa casita tan mona. Ah, le están gastando una broma. Están jugando al escondite. Estos niños. Siempre les ha gustado gastarle bromas. A ver si consiguen engañarla, darle un susto.

Aprieta el paso y casi se tropieza. «¡Venid a por mí!» Ya casi ha llegado. Qué tonta ha sido al preocuparse. Están todos

escondidos en esa casita con el cartel torcido. Seguro. BIENVENIDOS. La palabra se forma ante ella, aunque hace tiempo que las letras no se unen de un modo que tenga sentido. BIENVENIDOS. Se agacha y abre la puerta. El viento la cierra de un portazo detrás de ella.

Entre las sombras tenues y grisáceas, apenas acierta a ver nada. Las paredes crujen y tiemblan por el viento. Está en un barco. Está surcando un lago en… ¿Dónde estaban? ¿En New Hampshire? ¿En Maine? Da igual. En algún lugar de Nueva Inglaterra. Va a por los niños, pero el barco no avanza lo suficientemente deprisa, por muy fuerte que reme. La línea de la costa cambia de sitio. Cambia todo el rato.

—¿Quién es usted?

La voz de un niño. Ronca, casi un suspiro. Allí está, acurrucado en el rincón («gracias a Dios gracias a Dios gracias a Dios»). El pelo negro le cae por encima de la cara. Su niño, su niño precioso.

—¡Theo!

Se acerca a él. Solo está a dos pasos de distancia. Él se aprieta aún más contra el rincón; le tiemblan los labios. Se tapa la cara con las manos y la mira entre los dedos.

—¡Theo! —Se agacha hacia él y casi pierde el equilibrio—. ¿Dónde está Sarah? ¿Por qué os habéis escapado? Ay, santo cielo, Theo, estaba preocupadísima. Os he buscado por todas partes…

—¡Yo no me llamo Theo! —El niño se echa a llorar—. ¡Fuera! ¡Márchese de aquí!

—Estábamos en la playa… Estabais haciendo un castillo de arena y entonces…

Él se pone de pie de un salto y, sin separarse de la pared, empieza a moverse hacia la puerta. No aparta los ojos de ella. Parece… ¿Qué? No tiene una referencia clara para la expresión en la cara de su hijito. ¿Qué es? En todos sus años de madre nunca ha visto nada igual y le duele profundamente. Una grieta. Una devastación. Su hijo está aterrorizado. La idea le sobreviene desde lejos. Tiene miedo de ella.

—¡Fuera! ¡Márchese! Mis padres… Mis padres están llegando… Están aquí al lado. En serio.

—¿Pero qué dices? Si yo soy tu…

—¡Déjeme en paz, señora!

A Mimi le fallan las piernas y se cae hacia delante. Un lateral de su cabeza golpea el suelo frío, pero no le duele. En absoluto. Está llorando, y su llanto viene del mismo lugar lejano. Las lágrimas se cuelan por una pequeña grieta en el hormigón. ¿Cómo ha podido hacerle daño a Theo?

Lo mira. Reúne las pocas palabras que le quedan, extrayéndolas de las profundidades.

—Lo siento —dice—. Sea lo que sea lo que he hecho, lo siento.

Él se para.

—Por favor.

Gracias a los delgados haces de luz que atraviesan la oscuridad sombría, ve que el muchacho está temblando de la cabeza a los pies.

—Yo nunca te haría daño. Te lo prometo.

Los ojos del chico recorren la casita a toda velocidad, como buscando cualquier otra escapatoria posible. Luego, muy despacio, extiende una mano enguantada y la levanta. Ella no puede parar de llorar. Los sonidos que emite no parecen humanos. ¿Qué le ocurre? Han pasado un día estupendo en la playa y ahora ella lo ha estropeado todo.

—¿Señora? —Theo la está agarrando por los hombros. ¿Por qué la llama así?—. Señora, está sangrando.

Se toca el lado de la cara y, cuando aparta la mano, ve que la tiene llena de sangre.

Quiere tranquilizarlo. Un arañazo superficial. Ben se lo curará luego. Le echará agua oxigenada y una crema antibiótica. Pero no le salen las palabras. Mueve la boca, pero no puede hablar.

—Le pasa algo. —Se quita la bufanda—. Tome, póngase esto.

Ella lo mira fijamente. Su niño. Le deja que la envuelva con la bufanda.

—Y esto también. —Rebusca en el bolsillo de su anorak y saca un gorro de lana.

Se lo tiende.

—Póngaselo.

Ella no puede moverse.

—Señora, póngase el gorro. Se va a morir de frío.

«Theo, ¿dónde está tu hermana? ¿Dónde está tu padre? ¿Dónde ha ido todo el mundo?»

Él se seca la nariz con el dorso de la manopla. «¿No te he dicho que uses siempre un pañuelo?» El chico le coloca amablemente el gorro por encima del pelo largo y canoso y se lo baja para que le tape las orejas.

—Mire, señora, no puedo darle mi abrigo porque entonces me moriría de frío yo también.

A Mimi le castañetean los dientes.

Saca una especie de maquinita de dentro del anorak, pulsa un botón y la pantalla se enciende como un televisor. El niño tiene la cara pálida, refulgente.

—Mire, quedan todavía cuatro horas para que amanezca —dice—. Cuando salga el sol, todo será distinto.

Ella intenta asentir.

—Eso dice mi madre, por lo menos. —Deja escapar un suspiro entrecortado.

«¡Pero si tu madre soy yo!»

—Siéntese a mi lado —dice—. En un campamento me enseñaron que lo mejor para el frío es el calor corporal.

La ayuda a acomodarse en el rincón donde estaba sentado él. Se echa a un lado sobre el suelo frío y duro hasta que ella se sienta junto a él. A Mimi se le cae una zapatilla y deja al descubierto un pie desnudo y morado.

—Espere —dice el chico. Busca en su mochila y saca unos calcetines enrollados—. Puede usar estos.

Ella lo mira fijamente. Muda, inmóvil. Él también la mira.

—Venga. —Separa los calcetines—. Venga —repite—, póngaselos.

Ella se inclina hacia delante y se pone el calcetín derecho. Y luego el izquierdo. Tiene la piel un poco húmeda, lo que dificulta la tarea, pero aun así lo consigue. Vuelve a meter los pies en las zapatillas.

—Así mejor, ¿verdad?

Se sienta otra vez a su lado; sus brazos y sus piernas se

tocan. El vaho de la respiración de ambos se mezcla en el aire.

Ella se echa a llorar otra vez. «¿Dónde está Sarah? ¿Dónde está Ben?» Se da bofetadas, enfadada consigo misma.

—¿Le gustan las estrellas?

Habla despacio, bajito, como si no fuera un niño.

—Sí —acierta a contestar Mimi. Cualquier cosa con tal de que no se separe de ella.

—Le voy a enseñar una cosa muy guay.

Enciende otra vez la pantalla esa y ella mira abajo en la oscuridad y ve el firmamento. Un toro. Una serpiente. Un cangrejo. Un niño con un arpa.

—Esto es Tauro —dice él, señalando con el dedo—. Y esa estrella de ahí es Alpha Persei, la estrella más brillante de la constelación de Perseo.

Pasa el dedo por la pantalla y las estrellas se alejan cada vez más de la tierra, de este lugar; todo da vueltas.

—¿Ve? Nos dice exactamente dónde estamos.

Están en el espacio, mirando la Tierra desde arriba. Una extraña música los rodea. Ve mares, continentes. Desde aquí todo parece muy sencillo. Deja de girar. Ve una figura diminuta en un círculo.

—Esos somos nosotros —dice él—. Ahí es donde estamos en el mundo. ¿Ve? ¿No se siente mejor?

Ella mira a su niño. Mira su mejilla suave y aterciopelada, que refleja el resplandor azul pálido de la maquinita. Y pensar que casi lo pierde. Su respiración se ralentiza. La música se convierte en una nana sin letra.

Nunca ha sido tan feliz.

31 de diciembre de 1999

Shenkman

Fin de Año, el día que menos le gusta de las Navidades. La noche que sale la gente que nunca sale. Se emborrachan, todo el mundo se da besos y abrazos descuidados. ¿Y por qué? De pequeño, cuando el resto de los niños del barrio intentaban quedarse despiertos hasta pasada la medianoche para ver la cuenta atrás de Dick Clark y la bola bajando en Times Square, Shenkman se esforzaba todo lo posible por quedarse dormido. Ese momento en el que el reloj daba las doce —el final de un año convirtiéndose, en un instante, en el comienzo de uno nuevo— le resultaba intolerable. ¿Quién va a querer quedarse despierto para esa tontería? Tic, tac.

Pero este año… Este año han dado la matraca a base de bien. La conformidad y los preparativos para el «efecto 2000» —o, al menos, la percepción de conformidad y preparativos— ha ocupado el foco en la empresa. Es un asunto de relaciones públicas, eso es lo que es. Los clientes están enloquecidos. Los abogados están alerta, listos para interponer demandas colectivas en el caso de que, al filo de la medianoche, el paso al nuevo siglo siembre el caos. Pero eso no va a pasar. Se han sopesado todas las posibilidades. Los informáticos llevan años preparándose. Expansión de datos, protocolos de ventanas, reparticiones… El problema del cambio de milenio se ha pospuesto de manera eficaz hasta finales de 2900, que quizá debería preocuparle, pero no es el caso. Aun así, en las noticias no dejan de hablar del tema. Llenan las ondas con su cháchara infinita. Todos los peces gordos de Silicon Valley tienen algo que decir. A Shenkman le fascina la cantidad de estupideces que hacen pasar por datos. Los más tontos hacen cola para comprar oro, conservas, armas de fuego. Están haciendo acopio

de pilas, radios, agua; todo por si volvemos a 1900, el sistema eléctrico falla, el mercado se hunde y la gente toma las calles.

Y, por si fuera poco —aquí se da cuenta de que quizá sus prioridades no están en el orden correcto—, Alice va a tener un bebé. Bueno, van a tener un bebé. Él va a tener un bebé. Tiene buena prueba de ello gracias a los montones de ecografías que le han hecho desde el día en que en el test de embarazo salieron dos rayitas rojas paralelas y nítidas —como una vía ferroviaria perdiéndose en lo desconocido— pero, aun así, no acaba de creérselo. Los trescientos huesos que forman el esqueleto de un bebé, la cabeza, los dedos de los pies, el pene y el escroto (porque es un niño), las ondulaciones por debajo de la barriga de Alice como las olas del mar. Lleva la ecografía más reciente en el compartimento de los billetes de la cartera y la ha analizado varias veces en busca de alguna pista. ¿Quién es el bebé Shenkman? ¿Y qué sabe él, Shenkman, de lo que es ser padre? No sabe nada. Absolutamente nada. Lo único que sabe es cómo no ser, cómo no comportarse.

«No pasa nada —se dice a sí mismo—. Tú puedes.» Se refugia mentalmente en sus remos. Se desliza por las profundidades, voluntarioso y leal. «Tú puedes.» Le ordena a la voz de su cabeza —una que se parece sospechosamente a la de su padre diciéndole que es una mierda de persona— que se calle.

—¿Cariño?

Alice lo está llamando. Pero él se toma un minuto más, de pie ante la ventana de la cocina de su casa nueva, para mirar al otro lado de Division Street. Treintaiún años y, por supuesto, se ha comprado una casa fuera de sus posibilidades. Aunque, bueno, eso no es del todo cierto. Por supuesto que se han hipotecado hasta las cejas, él y Alice. Pero han rellenado infinidad de hojas de cálculo, han evaluado todos los riesgos. Tienen razones para creer que les va a ir cada vez mejor —sus sueldos y bonus combinados, la buena salud del mercado inmobiliario— y que tienen por delante un futuro prometedor. Aun así, no puede evitarlo. La voz vuelve a su cabeza. «¿Quién demonios te crees que eres? No eres nadie. Eso es lo que eres.»

—¿Cariño?

Cinco semanas. Ese es el tiempo que les queda de estar solos los dos. Antes de que llegue el bebé Shenkman. Todavía no han decidido el nombre. Los bíblicos siguen sobre la mesa. Aaron, Moses. «Moses Shenkman.» Su hijo será boxeador. El primer gran boxeador judío del siglo XXI. Isaac Shenkman. Su hijo será un neurocientífico graduado en Harvard. Aaron Shenkman. Su hijo será actor, uno de esos actores graciosos y con cierto atractivo semítico, como Adam Sandler o Ben Stiller.

Cae la noche sobre Division Street. Al otro lado de la calle, la pareja mayor que vive en la bonita casa de listones de madera llega en coche. Se bajan, cada uno con una bolsa de Stew Leonard's. Llevan sendos plumas azul marino. El marido agarra a su mujer por el codo y la ayuda a pasar por encima de una placa de hielo que hay en el camino de entrada. No parecen preocupados por el efecto 2000. Es un matrimonio bien parecido, de aspecto vivaz y distinguido. Como Shenkman y Alice dentro de treinta y pico años, con suerte. Se pregunta si tendrán invitados a cenar esta noche. Deben de tener hijos mayores. Quizás incluso nietos.

Mira en la nevera para comprobar que el champán se está enfriando. Ha desterrado su fobia navideña y se ha propuesto dejar de ser un Grinch por una vez y se va a dar un capricho: una botella de Cristal y una latita de beluga. No está seguro de si Alice puede comer caviar o si está en la lista de alimentos prohibidos, igual que el sushi, el jamón, el queso sin pasteurizar. Pero piensa que esto hay que celebrarlo. Brindarán por ellos, por el nuevo milenio, por el niño que está a punto de nacer, Isaac/Aaron/Moses, por el comienzo de su vida familiar en la casa nueva, en este barrio que han elegido porque tiene buenos colegios y está bien comunicado con la ciudad.

Han sido cuidadosos.

Han hecho los deberes. Todo saldrá bien.

—Te estoy llamando. —Alice aparece en la puerta. Se agarra al marco; está pálida—. He…

Se dobla sobre su enorme barriga.

—He roto aguas —consigue decir.

Solo entonces se fija en la mancha oscura que le empapa las mallas de embarazada, que gotea sobre el suelo. Piensa a toda velocidad qué tiene que hacer. ¿Qué tiene que hacer? Shenkman sabe analizar los riesgos de una fusión vertical, identificar objetivos aptos, reestructurar la equidad, pero su mujer embarazada —¡Alice!— está agachada, en cuclillas, con una vena hinchada en la frente, está gritando, o al menos a él le parecen gritos, aunque llegan desde muy lejos, y él está paralizado. Con una lata diminuta de beluga en la mano. «¡Haz algo!»

Sus pies se mueven, sus manos se mueven, sus dedos marcan los tres dígitos del teléfono de emergencias, busca la tarjeta con el número de urgencias ginecológicas, convenientemente guardada en el cajón de la cocina, pero le tiemblan las manos y lo único que encuentra es la carta del Empire Szechuan y un recibo de la tintorería.

Alice sigue agachada, haciendo los ejercicios de respiración que les han enseñado en las clases de Lamaze.

—¡Uh, uh, ah!

Dos exhalaciones rápidas y luego echa todo el aire por la boca.

—¡Uh, uh, ah!

Pero no debería hacer esas respiraciones hasta que esté de parto.

¿Qué hace? Shenkman se sienta en el suelo. La ambulancia está de camino. Se acerca torpemente y la agarra por los hombros.

—¡Mírame, Alice!

Tiene los ojos fuera de las órbitas. Es como si estuviera en otra parte, no consigue conectar con ella. Tiene la cara desencajada de dolor.

—Voy a tener al bebé —le dice entre una respiración y otra.

—Eso es imposible —dice él, tratando de calmarla. Pero ¿qué sabrá él? Ha roto aguas. Llevan solo dos semanas viviendo en esta casa. No conocen a los vecinos. ¿Dónde demonios está el hospital? Debería saber cómo se llega al hospital. Solo han estado una vez, en una visita al ala de maternidad.

—¡Vete a la mierda! —grita Alice—. ¡Vete a tomar por culo, Shenkman! ¡Te odio!

Ha oído que estas cosas pasan. Que las mujeres se vuelven locas. Que les dicen cosas a sus maridos que en realidad no piensan. Intenta acariciarle la cabeza; tiene el pelo empapado en sudor. Ella se aparta de él. «Haz algo.»

Va al vestíbulo, abre la puerta y corre a la acera, escudriñando la calle en ambas direcciones. ¿Dónde está la ambulancia? En su vida había llamado al 911. ¿Cuánto va a tardar?

Dentro de la casa, Alice grita otra vez.

Se da la vuelta para volver a entrar, pero se detiene al oír algo. Una voz al otro lado de la calle.

—¡Oiga!

Es el hombre del plumas azul. Está de pie en el porche de su casa, con una mano a modo de visera sobre los ojos como si buscara algo en el horizonte.

—¿Va todo bien?

—Mi mujer… —balbucea Shenkman.

El hombre espera a que termine la frase. Su pelo canoso brilla a la luz de los apliques que flanquean la puerta de entrada. El otro día, Shenkman y Alice se pararon a admirar esos mismos apliques y se plantearon incluso llamar al timbre para preguntarle al matrimonio dónde los habían comprado.

—Mi mujer está de parto —dice Shenkman—. Ha roto aguas cinco semanas antes de tiempo y…

Antes de que termine la frase, el hombre ha llegado al camino de entrada de su casa más deprisa de lo que Shenkman habría creído posible y camina a su lado. Lo lleva de vuelta a su propia casa.

—Soy médico —dice—. Vamos. ¿Dónde está?

—En la cocina… Es la tercera puerta a la…

—Ya sé dónde.

Alice está a cuatro patas con la tripa colgando.

—¡Uh, uh, ah!

El hombre se inclina sobre ella. Alice mira a Shenkman con gesto interrogativo por encima del hombro.

—Alice, este es nuestro vecino… Es médico —dice

Shenkman. Como si pudiera atribuirse el mérito de haber sacado a un médico de la nada.

—Ben Wilf —dice el hombre sin más dilación—. ¿Cuándo has roto aguas?

—Hace media hora —dice Alice con voz entrecortada.

—¿De cuántas semanas estás?

—De treinta y cuatro y media. ¡Quiero que venga mi médico! —Tiene la cara roja y el flequillo oscuro pegado a la frente—. ¿Dónde está mi médico?

—¿Cada cuánto tiempo tienes contracciones, Alice?

—No lo sé. Tres minutos… ¿O menos?

—¿Tienes más hijos?

—No, es el primero. Mi primer hijo.

—Toallas. —Wilf se gira hacia Shenkman—. Muchas.

«Dios. Dios mío.»

Shenkman sube volando las escaleras y tiene que abrir dos puertas hasta que encuentra el armario de las toallas.

Coge un montón de toallas. Él y Alice las eligieron juntos en Waterworks la semana pasada. Son de un tono verde musgo que ahora parece burlarse de él. Toallas caras, una cocina de Poggenpohl, la cama de hierro forjado que compraron en una tienda de antigüedades de Carolina del Norte… ¿Quién iba a pensar que conseguirían llevar esta vida?

«Por favor —se sorprende a sí mismo rezándole a la nada—. Por favor, por favor, por favor.»

Alice se ha quitado las mallas premamá y las bragas. Está otra vez en cuclillas.

—Cubre el suelo con ellas en la medida de lo posible —le ordena Wilf.

Shenkman se pone a cuatro patas y extiende dos gruesas capas de toallas debajo de su mujer, como una isla verde musgo en mitad del suelo de la cocina.

Alice gime con un sonido hondo y animal. Wilf mira el reloj.

—Pero no puede tener el bebé aquí —dice Shenkman. Se da cuenta de lo ridículo que suena, pero una parte de él (una parte nada insignificante) cree que si lo dice se hará realidad. Así no es como tenía que ser. En la imagen mental que se había hecho de este momento tan importante, están en el hospital, en

un paritorio moderno. Alice está metida en una bañera tipo jacuzzi. Las luces son tenues. Suena un CD con el sonido constante y rítmico de las olas y el trino de los pájaros. Han llamado a la doula. El mohel está avisado. Está todo tachado en la lista.

—Seguro que llegamos al hospital antes de…

Esta frase arranca otro «vete a tomar por culo» de Alice. Dios, ojalá dejara de decir eso.

—¿Tenéis guantes? —le pregunta Wilf. Shenkman niega con la cabeza. Nunca se ha sentido tan inútil. Él, que siempre lo tiene todo previsto. Un experto en contingencias. De esa gente que siempre —desde pequeño, en su caso— está preparada para cualquier cosa.

—Ve a mi casa y dile a mi mujer que te dé mi maletín —le dice Wilf.

Shenkman se queda allí parado como el puñetero idiota que, en el fondo, siempre ha sabido que es.

—¡Venga!

Alice vuelve a gemir.

Wilf mira el reloj otra vez.

—Cada dos minutos —dice.

Se pone de pie y va hasta el fregadero. Abre el grifo hasta que el agua sale hirviendo y se lava las manos con jabón antibacteriano. Wilf domina la cocina como si fuese un quirófano: saca un cuenco blanco de porcelana y lo llena de agua caliente.

Lleva el cuenco y el jabón junto a Alice.

—Vamos a esterilizar la zona —le dice. Su voz es suave y tranquilizadora. Se gira hacia Shenkman y lo mira. «¿A qué esperas?» Shenkman sale de su estupor. Sale de la casa como una exhalación y busca la ambulancia otra vez, pero no aparece. No se oye ninguna sirena a lo lejos. «Uno, dos. Uno, dos.» Los golpes de los remos contra el lago. El corte profundo y poderoso hundiéndose en las profundidades. Él sabe lo que es esforzarse todo lo posible. «Tú puedes.»

Cruza la calle corriendo, sube por el camino de entrada del número 18 de Division Street y llama a la puerta.

—¡Ya voy! —Oye la voz musical de una mujer dentro. El

cerrojo se abre y la mujer elegante y delgada que ha visto antes saliendo del Volvo aparece en el umbral, con un delantal puesto. Es guapa, con unos ojos verdes sorprendentes y una boca generosa. Lleva el pelo largo y salpicado de canas, como el de su marido. Shenkman calcula que tendrá sesenta y pocos años.

—Mi mujer está de parto —dice. Sin aliento. Quiere ser muy claro. Los ojos de la mujer son tan dulces que Shenkman está a punto de llorar—. Es una emergencia. El doctor Wilf…

Ella se lleva una mano a la boca.

—¡Ay!

—Me ha pedido que venga a por su maletín.

—¿Pero entonces…? ¿Habéis llamado a…?

—Va todo muy rápido.

Algo le atraviesa el rostro, una expresión tan fugaz que Shenkman casi ni se da cuenta. Más adelante se preguntará qué sería: preocupación, orgullo, proteccionismo feroz.

—Pasa. —Le hace señas para que entre en el vestíbulo—. Espérame aquí, vengo enseguida.

Se precipita escaleras arriba. Shenkman oye crujir el suelo de madera sobre su cabeza. Le sudan las manos. No es capaz de cerrar los ojos, como si se le hubiese olvidado cómo se parpadea. La casa está en tal silencio, excepto por los pasos de la señora Wilf, que puede oír el tictac del reloj de la entrada; probablemente sea una herencia de sus bisabuelos, quizás incluso de sus tatarabuelos.

Observa la manilla de los segundos mientras avanza con su ritmo mecánico y errático. A la luz cálida del recibidor de los Wilf, ve una hilera de fotos que sube por la pared de la escalera. Un niño y una niña, ambos con el pelo oscuro y ondulado de su madre. ¿Tendrán él y Alice algún día fotos como esas? ¿O este es ese preciso instante en el que todo se va a la mierda? Ahuyenta el pensamiento, como si la sola idea tuviera el poder de traerles la ruina.

La señora Wilf baja veloz las escaleras con un maletín negro y robusto.

—Toma —dice. Parece titubear un momento antes de dárselo, y Shenkman se pregunta si debería decir o hacer algo

más. Pero luego se lo acaba confiando—. Será mejor que te des prisa.

Mientras cruza Division Street, oye una sirena. Suena muy lejos. Quizá ni siquiera sea la suya.

En la cocina, el doctor Wilf está agachado junto a Alice. Ella se apoya en las toallas y mantiene el equilibrio con una mano en la pared.

—Muy bien, Alice. —Wilf sigue conservando su tono tranquilo y medido—. Cuando cuente hasta tres, empuja. Uno, dos…

Alice hace una mueca y empuja. Tiene la cara de un color que Shenkman no creía posible.

—Bien. Ahora unas respiraciones rápidas.

A Alice le caen lágrimas por las mejillas.

—Es… muy difícil…

Shenkman se acerca para cogerla de la mano, pero ella vuelve a apartarlo. Es como si estuviera al otro lado de una pantalla de plexiglás, como si fuera una única unidad de público viendo una *performance*. Su mujer y el médico están en su mundo. Un mundo en el que no hay sitio para él.

—Respira. No vuelvas a empujar hasta la próxima contracción.

Ella mira a Wilf a los ojos como si fuera su salvador.

Él mira el reloj otra vez.

Le viene otra contracción y deja escapar un alarido.

—¿Ya? Venga, vamos. Tú puedes, Alice.

Ahora está tumbada con las rodillas separadas. Shenkman dobla más toallas para que tenga algo más donde apoyarse sobre el suelo frío de la cocina. Ella aferra con fuerza el collar que Shenkman le regaló por Hanukkah, una cadena de oro con un dije en blanco, a la espera de grabar el nombre del bebé. Wilf estira los brazos debajo de ella. Ha dejado la chaqueta a un lado; tiene las mangas de la camisa remangadas hasta los codos. ¿Quién demonios es este Wilf, a ver? El destino lo ha puesto en su camino. Después de tanto investigar, de leerse a fondo el especial de los mejores médicos de la revista *New York,* de mover hilos para entrar en ridículas listas de espera, han acabado con el vecino de enfrente. Lo único que sabe de él

es que lleva un plumas marca L.L.Bean y que compra en Stew Leonard's.

—Bien hecho —dice Wilf. Impasible como un piloto de avión durante unas turbulencias.

«Vamos a pasar una nube, señores.»

—Echa el aire por la boca.

Shenkman observa a su mujer tratando de respirar. «Por favor, que no le pase nada.» Ahora entiende con una claridad pasmosa por qué la gente hace tratos con Dios. Si Alice y el bebé salen adelante, él… ¿él qué? Trabajará más, lo hará todo mejor, será más bueno. Será el mejor condenado padre del mundo entero. Cree oír una sirena acercándose, pero ya no se fía de sus oídos.

—Te quiero, Al —dice, con la esperanza de que ella no empiece a insultarlo otra vez.

—Ya le veo la cabeza —dice Wilf con calma—. Empuja otra vez, Alice. Ya lo tienes.

Su expresión cambia.

—Sigue empujando —dice. De pronto está muy quieto y atento.

—¿Qué pasa?

—Nada —contesta Wilf, pero no parece que no pase nada—. Vale, Alice… Necesito que des medio empujón, vamos a sacar la cabeza…

Se oyen pasos en los escalones de la casa. El pitido de una radio bidireccional.

—Tranquila… —musita Wilf.

Alice grita.

La puerta de entrada —que Shenkman se ha dejado abierta — se cierra de un portazo y tres médicos de emergencias irrumpen en la cocina, pero Wilf no parece verlos.

—Eso es…

—Apártese, señor.

Los muslos de Alice tapan las manos de Wilf.

—Vamos, Alice… Sigue empujando.

Shenkman se mueve para ver algo. Se coloca por encima de Alice y mira abajo. Su mujer es menuda y de huesos finos y tiene una barriga gigante. Todo aquello parece completamente

imposible.

Ahí está la cabeza de su bebé. ¡La cabeza!

Wilf sujeta la parte de atrás del cráneo, que le cabe en la palma de la mano. Tiene algo rojo oscuro que late —Dios mío, el cordón umbilical— enrollado alrededor del cuello. Wilf mete dos dedos entre el cordón y el cuello. El cuello del bebé.

—¡Señor, por favor, apártese!

Shenkman levanta una mano con la palma abierta hacia ellos. «Alto.»

—Es médico —les dice en voz baja.

El pitido de la radio suena otra vez.

Alice está blanca.

Con un solo movimiento fluido, Wilf levanta el cordón y se lo pasa sobre la cabeza, que cae hacia un lado como se estuviera soltando de una horca. Otro empujón y el bebé sale —los hombros, el pecho sorprendentemente robusto, las piernecitas flacas— en una cascada de agua rojiza.

Solo entonces, Ben Wilf deja escapar una respiración lenta y larga. Mira a los ojos a Shenkman.

—Ya está —dice—. El muchacho solo necesitaba una ayudita.

Los médicos de emergencias se han quedado callados. Tres hombres con botas de goma, de pie en fila.

Alice… Alice está llorando.

Wilf le pone al recién nacido sobre el pecho.

—Aquí tienes a tu niño, Alice.

Todo se ha puesto borroso y Shenkman tarda un segundo en darse cuenta de que está llorando. Se sienta en el suelo al lado de Alice, le seca el sudor de la frente. Luego estira un brazo hacia el bebé —le da miedo tocarlo— y acaricia la manita diminuta. Cuenta cinco dedos. Luego cinco en la otra mano. Y diez en los pies. Y unas cejas minúsculas y rubias. Un pene —aprecia con orgullo— bastante grande, proporcionalmente hablando. Está todo allí —su hijo—, los trescientos huesos han crecido y, no sabe muy bien cómo, está cada uno en su sitio.

Ben Wilf se pone de pie y deja que el equipo de emergencias termine el trabajo. Mientras ellos le hacen el nudo al cordón umbilical, él va al fregadero y se lava las manos llenas de

sangre. Los mira mientras se seca con un trapo de cocina. Luego se baja las mangas de la camisa y recoge su chaqueta del suelo.

—No sé qué habríamos hecho sin usted —dice Shenkman.

Will alterna el peso de su cuerpo de una pierna a otra. Incómodo con la potencial manifestación de las emociones; Shenkman lo reconoce porque él es igual. «No se preocupe —quiere decirle—. No voy a abrazarle.»

—Qué menos que ayudarse entre vecinos —contesta Wilf.

—En serio, yo…

—Feliz Año Nuevo —dice Wilf. Hace una pausa—. ¿Habéis decidido el nombre?

Shenkman y Alice se miran. De pronto, Isaac/Aaron/Moses no tiene cara de llamarse Isaac/Aaron/Moses. Las circunstancias de su nacimiento lo han hecho especial. Un niño especial que necesita un nombre especial. Un niño —traga saliva con dificultad al recordar el trato que ha hecho, un trato que pretende cumplir— que se merece lo mejor, desde hoy en adelante.

—Waldo —suelta Shenkman de repente.

Alice le sonríe encantada. El bebé ya está al pecho.

—Eso es —dice ella—. Waldo Shenkman.

Sarah

Sigue sin acostumbrarse a Los Ángeles después de tres años. Tras estudiar cine y literatura en Wesleyan, se planteó hacer un posgrado, pero en lugar de eso consiguió un trabajo de ayudante en una productora de cine en Nueva York. Se quedó en un radio de no más de noventa minutos de Avalon… Lo suficientemente cerca de casa para ir a pasar el fin de semana, aunque casi nunca lo hacía. Todas las noches, durante aquellos primeros años bastante felices, se llevaba una bolsa de tela llena de guiones a casa. Vivía en un piso de tres habitaciones en un edificio sin ascensor cerca de Columbia, con dos compañeros de piso, y las oficinas de la productora estaban en Lower Broadway, así que a menudo empezaba con su lectura

nocturna en el tren I. Sarah piensa a menudo en aquella época. Tenía veintipocos. Parece que ha pasado una eternidad. Todavía no conocía a Peter. No tenía a las niñas. No había empezado su rápido ascenso en un trabajo que ni siquiera sabía que quería.

Hoy es Fin de Año, una Nochevieja extraña, y ella y Peter dan una fiesta. Cuando se mudaron a esta casa estilo Craftsman en West Hollywood, uno de sus nuevos amigos le dijo que la vida social en Los Ángeles sucedía en los jardines. Entonces no entendió qué quería decir, pero acabó dándose cuenta de que —a diferencia de Nueva York, donde las amistades y las relaciones se desarrollaban en público, en los restaurantes, en los bares, en las cafeterías, en la calle— en Los Ángeles la gente invitaba a los amigos a su casa. Incluso las casas modestas como la suya tenían un patio preparado para recibir visitas. Una pérgola, estufa para las noches frescas, una barbacoa y un horno de leña construido en un muro de piedra que rodea la terraza. Ellos no tienen piscina. Otra cosa que le dijo un amigo cuando estaban planteándose mudarse al distrito oeste. «No te compres la casa más grande.» En otras palabras: este mundo es volátil; la suerte puede cambiar.

A Pete primero lo conoció sobre el papel. Suyo era uno de los guiones que se llevó a casa en la bolsa de tela. Su agente lo había enviado como muestra. Rabbit Rabbit (así se llamaba la productora) estaba buscando un guionista para adaptar la primera novela de un joven escritor australiano y Sarah había estado revisando decenas de guiones en busca de una chispa. Era algo que había aprendido a base de meterse en la cama todas las noches con tacos de folios y una copa de vino. Al principio leía cada palabra, consciente de su responsabilidad. Pero enseguida se dio cuenta de que se podía leer en diagonal solo buscando una chispa. Las chispas no eran fáciles de encontrar. El guion de Peter era inteligente, fresco, irreverente. Tenía una voz única, algo que no se enseña en la escuela de cine. Le llevó el guion a su jefe, que le dijo que se reuniera con el guionista.

Ahora, Sarah coloca un jarrón de lilas en la larga mesa de teca bajo la pérgola. Serán doce en la cena de Nochevieja para

dar la bienvenida al año 2000, sin contar a los niños. Nadie quiere dejar a los niños en casa, y menos este año en que los rumores de un fallo informático generalizado y la histeria colectiva han llevado a la gente a hacer acopio de agua mineral y conservas y a vaciar sus cuentas bancarias, por si acaso. Todas las conversaciones tienen un punto de humor macabro porque parece que se va a acabar el mundo. Las semanas previas a Fin de Año, se ha trabajado muy poco. Parece como si el mundo entero se encontrara en un estado de animación suspendida, a la espera de ver qué pasa cuando el reloj dé las doce y entren en un nuevo siglo.

Ha contratado a varias chicas jóvenes del barrio para cuidar de los niños y que así los adultos puedan dedicarse a disfrutar como si fuera 1999, como su invitación sugiere. Mientras coloca las servilletas de tela de color azul claro y los platos de cerámica gris oscuro, oye a Peter a través de las puertas abiertas del patio, que llega cargado con bolsas. Una de las chicas está en la terraza acristalada con Syd y Livvie, con el suelo de madera forrado de papel de periódico, haciendo plastilina casera con harina, sal, cremor tártaro, aceite vegetal y colorante alimentario. Es una escena doméstica típica: la mesa puesta, su marido llegando del mercado, las gemelas con los dedos manchados de rosa y azul; la observa desde varios ángulos: un plano general, una panorámica lenta. Es ella, Sarah Wilf, quien falta. Está aquí, claro. Pero una parte esencial de ella no está presente del todo. Es así desde hace tanto tiempo que ya ni ella se da cuenta. Y, por supuesto, nadie más se percata. Da el pego y lo sabe. Siempre ha dado el pego. Es menuda, delicada, muy guapa; esto lo piensa sin vanidad, es un hecho, sin más. Ha heredado el físico de su madre: unos ojos que cambian de color con la luz, a veces verdes, a veces ámbar, y una melena rizada, larga y oscura. El rostro con forma de corazón. Una compostura innata. Todo suma: el título de la universidad adecuada y una cadena de trabajos cada uno mejor que el anterior. Nadie puede adivinar que está siempre a pocos pasos del abismo.

Peter se reúne con ella en la terraza, con los brazos llenos de leña para la chimenea.

—Tendrías que haber visto las colas en Trader Joe's —le dice—. Es como la víspera del Armageddon.

Sarah mira a su marido mientras él construye una pequeña pirámide de leños en la chimenea. Se ha acostumbrado enseguida a la vida en Los Ángeles, a pesar de que es a ella a quien le va mejor desde que se mudaron. Se ha dejado el pelo largo y lleva bermudas anchas de color caqui, camisetas desteñidas y sandalias Birkenstock, y esto último sin ninguna ironía. Casi todas las mañanas, después de dejar a las niñas en el colegio, se va a una cafetería y allí se pasa horas encorvado sobre su portátil como cualquier otro cliente. Sarah se acuerda de que un guionista que conocen —un tipo que lo petó por una historia que ni siquiera escribió él— les dijo que a menudo se sienta en su terraza de Malibú a mirar los aviones que llegan y salen de LAX. «Guionista viene», piensa cuando aterriza un avión. «Guionista va», cuando despega otro, trazando un amplio semicírculo sobre el mar, para luego virar hacia el este.

Peter también ha adoptado el aire relajado de un angelino. Sarah está casi segura de que es un paripé, todo ese rollo despreocupado. Los Ángeles es una ciudad movida por la ambición y en el centro de la ambición está la industria; así es como la llaman, la industria. Todos los demás trabajos —agentes inmobiliarios, peluqueros, dentistas, contables, dermatólogos, entrenadores personales, hosteleros, personal de limpieza, jardineros y hasta los policías y los bomberos— giran en torno a la industria como satélites orbitando alrededor de la Tierra.

—¿A qué hora llega la gente?

—A las ocho. No quería empezar demasiado temprano, que si no, estaremos borrachos y dormidos antes de las doce —contesta ella. Ha puesto un montón de sacos de dormir y mantas en la terraza cubierta para los niños. Sus padres siempre hacían eso en Fin de Año. Solían organizar una cena para los vecinos y los amigos cercanos y los niños venían todos con el pijama puesto. A Sarah y a Theo les encantaba aquella noche porque había más niños que adultos y tenían la sensación de que su casa era el sitio donde todo el mundo quería estar. ¿Cuándo abandonaron aquella tradición? Da

igual. Sabe perfectamente cuándo abandonaron aquella tradición.

En realidad no le gusta la chimenea —parece un crematorio pijo de terracota—, pero ya estaba en la casa y esta noche contribuirá al ambiente festivo, o eso espera. Las familias que vienen son todos nuevos amigos, de esos que haces cuando tus hijos son pequeños. Syd y Livvie van al colegio con algunos de ellos y otros son de la sinagoga. Se pregunta cuánto tiempo se quedarán en esta casa, en este barrio. A diferencia de sus padres, que se mudaron al número 18 de Division Street cuando formaron su familia y no tienen intención de irse de allí nunca, la mayoría de la gente que Sarah conoce se muda cada pocos años a casas más grandes, a barrios mejores.

—Voy a trabajar un par de horas —dice Peter—, ¿vale?

Ella se muerde la lengua. Claro que vale. Tiene que valer. Ella habría preferido preparar unos cócteles —¿margaritas, por ejemplo?— y pasar un rato con él antes de que llegaran los invitados, pero no quiere inmiscuirse en su trabajo. Es exquisitamente sensible con el ego de su marido. Las cosas no deberían ser así. Peter tendría que haber sido el guionista brillante y exitoso. ¿No lo había descubierto ella misma? Y Sarah habría tenido una carrera sólida pero menos glamurosa, entre bambalinas, una «chica D» —todavía llaman así a las mujeres jóvenes que trabajan como desarrolladoras en el mundo del cine—, como analista de guion, y quizá podría haber ascendido más adelante a algo tipo productora asociada.

Pero una película que produjo hace dos años —una que empezó con un guion que había encontrado en la pila de manuscritos no solicitados y se había convertido en un proyecto apasionante que sus jefes le dejaron llevar adelante— fue nominada al galardón más ansiado, el de Mejor Película. Tenía un presupuesto de menos de cinco millones de dólares y fue un éxito de taquilla. Lo que la convirtió a ella, Sarah Wilf, en una codiciada productora. Los estudios la cortejaban y otras productoras le ofrecieron el oro y el moro. Se gastó un dineral en un vestido palabra de honor negro de Dior para los Óscar y

Peter se compró su primer esmoquin. Ahora estaba preparando una adaptación de un relato de Ishiguro y parecía que volverían pronto al pabellón Dorothy Chandler. Muchas veces. Con cada película. «No te compres la casa grande.»

La adaptación de Peter se quedó en suspenso, como todo lo que Peter ha escrito, incluido el fantástico primer guion que supuso el comienzo de su vida juntos. Un guion sin producir es como un árbol que se cae en un bosque. Nadie lo ve, nadie lo lee, excepto los productores que de vez en cuando siguen dándole esperanzas y luego lo destrozan. Peter está a punto de cumplir cuarenta años. Parece más joven. Hace surf a diario y eso lo mantiene bronceado y en forma, y su cabello castaño claro tiene un tono rubio arenoso por el sol. Pero Sarah está preocupada. Hollywood es muy de castigar en silencio. Últimamente, el agente de Peter no le devuelve las llamadas. «No lo tengo por aquí», dice su pizpireta ayudante, que siempre se llama Jennifer. Las reuniones se han suspendido hasta nuevo aviso. Y cuando tiene una, nunca hay noticias después. La versión del rechazo en la industria es, sencillamente, el silencio.

Por ahora, Sarah gana más que suficiente para mantenerlos a todos. Pueden pagar la mejor escuela infantil del barrio, que luego les garantizará el acceso al mejor colegio de primaria. Van al gimnasio y a la sinagoga de Wilshire Boulevard. Tienen dos coches buenos, contratan a una cohorte de canguros. El mes pasado se fueron un fin de semana a Disneylandia con Syd y Liv. Pero ella está preocupada por Peter a largo plazo. Tiene más talento que muchos guionistas que sí consiguen que los produzcan, pero no ha tenido un golpe de suerte. La suerte cuenta. La suerte y también, hay que reconocerlo, tener cierto tipo de carácter: energía cinética, una lengua rápida que llame la atención y saberse todos los trucos. Tener don de gentes. Cómo odia esa expresión.

Se prepara un margarita y apoya los pies descalzos en la pared. Está saltándose una de sus normas —no beber sola—, pero esta noche necesita sacudirse un poco la soledad antes de que lleguen los invitados. Quizás incluso se salte otra regla autoimpuesta: un cóctel nada más, luego solo vino. Tiene un

montón de normas, la mayoría relacionadas con las drogas y el alcohol. Nunca bebe los domingos. Solo bebe vino blanco y, como máximo, tres copas. No se mete cocaína, aunque algunos amigos suyos sí. Peter fuma hierba, pero a ella no le gusta. Se dosifica las copas como si fueran una medicación, que en cierto modo es lo que son. Anestesia sus emociones porque la superan. Y no solo las dolorosas; las alegres, también. Desborda amor por sus hijas, gratitud por su trabajo, por la vida que ella y Peter han construido. Todas esas emociones se erigen como una ola que amenaza con llevársela por delante: la felicidad, el orgullo, el terror, la inseguridad y la terrible soledad que solo se aleja, aunque sea un rato, cuando se ha tomado un par de copas.

Pero no quiere pensar en eso. Quiere disfrutar del sonido ambiente, leve y agradable, y pensar en la noche que tiene por delante. Oye el timbre de la puerta y, por un instante, se horroriza al pensar que quizá le haya dicho la hora que no es a alguien. No. Seguramente sea un paquete. Que abra Peter. Da un sorbo largo.

Una de las canguros asoma la cabeza al jardín.

—Perdona, Sarah. Es para ti. No estaba segura de si abrir o no.

Después de ahuyentar su enfado transitorio y agudo con Peter (¿es que no ha oído el timbre?), mira a través de los cristales que enmarcan la puerta principal y ve a un hombre de espaldas. Con el pelo grueso, oscuro y rebelde. Mira más de cerca. Una camiseta gris que asoma por debajo de una chaqueta militar y unos vaqueros sucios. Coloca una mano junto al botón del pánico del sistema de seguridad y con la otra gira el pomo de la puerta y abre apenas una rendija. Nunca se sabe.

—¿Puedo ayudarle?

Él se da la vuelta. Bronceado, con diez kilos menos y los ojos protegidos por unas gafas de sol de espejo. Su vida —su historia, toda su infancia— está frente a ella, alternando el peso de un pie a otro. Extraño y, a la vez, tremendamente familiar. Sonriendo inseguro. Como si tuviese miedo de haber llamado al timbre equivocado.

—Hola.

—Theo.

Dice su nombre en voz baja. Por si acaso tiene que retirarlo. Hace cinco años que vio a su hermano por última vez. Cuando ella vivía en Nueva York y trabajaba como analista de guion por un sueldo anual que apenas le daba para pagar el alquiler y comer ramen —a menudo, tenía que llamar a sus padres y pedirles cien dólares para tapar agujeros—, Theo dejó la carrera en Bard y volvió a casa de sus padres. Tenía veintidós años y se pasaba el día metido en su habitación de toda la vida, con un cartel plastificado colgado en la puerta desde cuando iban al colegio: CUARTO DE THEO.

Sus padres intentaban no agobiarla con sus preocupaciones, pero ella se lo notaba. Cuando hablaban por teléfono, su madre le contaba animada las novedades y los cotilleos de los vecinos, como si su hijo adulto no hubiese vuelto a casa, cada vez más hermético, y se pasara el día encerrado jugando a la consola. Ben era más claro con Sarah. «Puede ser algo grave», le dijo por fin una noche. Había cierta vacilación en su cadencia, algo que no decía en voz alta, pero, aun así, lo que sí decía era preocupante. Sarah había buscado en internet los síntomas de Theo —Google acababa de empezar, pero estaba descubriendo cuánta información tenía ahora al alcance de las yemas de los dedos— y, en su opinión, podía tener desde una esquizofrenia incipiente hasta, sencillamente, estar pasando por una mala racha. También había leído sobre la neuroplasticidad. Theo siempre había ido un poco rezagado en lo referente a la agilidad emocional, desde que era un niño que iba siempre corriendo detrás de ella de vuelta del colegio. También era un tío. Los tíos tardaban más en madurar, en general. Así que nada de aquello parecía definitivo ni demasiado útil.

Hasta que convenció a Theo para ir con ella a cenar a Nueva York un día no pudo ver con sus propios ojos el estado en el que se encontraba. Su hermoso rostro estaba hinchado y distorsionado. Tenía la frente empapada en sudor. ¿Iba en pijama? A lo mejor no, pero a lo mejor sí. Llevaba unos pantalones anchos de franela metidos por dentro de unas botas

de nieve y una sudadera gris con capucha. Lo llevó a un restaurante italiano barato cerca de su apartamento, donde se sentaron uno frente al otro en la sala en penumbra iluminada con velas; dos personas que habían crecido con los mismos padres, en el mismo sitio, en la misma casa, en la misma ciudad, pero que ahora llevaban vidas extremadamente distintas.

Sarah pidió una copa de vino, luego otra y luego otra. Theo se comió sus *linguini* y luego se acabó el pollo parmesano que ella casi ni había tocado. El fantasma de Misty Zimmerman estaba en la mesa con ellos, casi como si se hubiese sentado en una tercera silla. Misty habría estado cerca de Theo en la graduación porque los apellidos de ambos estaban a la cola del abecedario. Misty habría ido a una de esas universidades buenas no muy grandes de Nueva Inglaterra: Bowdoin, Amherst, Middlebury. Se le daban muy bien los idiomas. Había estudiado español en segundo. ¿Qué habría sido de mayor? Inexpresiva, giraba su preciosa cabeza a un lado y a otro, observando a las dos personas responsables de su muerte.

Sarah y Theo nunca han hablado de ello, ni una sola vez desde aquella noche de agosto de hace algo menos de una década. Ahora, Sarah a veces se pregunta si no habría sido mejor hablarlo. El silencio no lo hacía desaparecer, sino que conseguía que los sucesos de aquella noche se hundieran aún más profundamente en cada uno de ellos. Ninguno ha podido borrar lo que vio ni lo que oyó. El grito de una chica a punto de morir se graba en bucle en el manual de instrucciones del mundo. No puedes escapar de él.

—¿Theo? —Sarah le dio otro sorbo al vino—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—No puedes seguir así.

—¿Por qué no?

Su hermano miraba a todas partes excepto a ella. Buscando una vía de escape.

—Primero, porque te vas a matar. Y vas a matar a mamá y a papá.

Él se estremeció un poco al escuchar aquello.

—Y segundo, porque es un desperdicio, joder.

—¿Un desperdicio de qué, Sarah?

Ahí fue ella la que vaciló. Iba a decir que de su «potencial», pero ¿acaso era cierto?

—Oye, Theo… Si estás mal por…

Él la miró fijamente.

—¿Qué?

No parecía capaz de pronunciar una frase completa. Se limitaba a enlazar unas pocas palabras como si fuesen balidos. Pero ella no podía. No podía meterse ahí. Si se ponía a hablar de aquella noche de hacía tanto, el torrente de palabras podría soltar el nudo de todo aquello que tanto le había costado atar meticulosamente.

—Nada —dijo con suavidad.

Y esa misma semana, unos días más tarde, cuando Mimi la llamó llorando —«Theo se ha ido»—, Sarah volvió a tener la sensación de haberle fallado totalmente a su hermano. «¿Cómo que se ha ido?» El corazón le martilleaba en el pecho. «Ha dejado una nota.» Sarah sintió un dolor tan agudo en el estómago que casi se desmaya. «No exactamente una nota —siguió diciendo su madre—. Una pista. Un ejemplar de *En la Patagonia,* de Bruce Chatwin.»

Sarah se da cuenta de que Syd y Liv están agarradas a sus piernas mirando desde detrás de ella como si fuera el tronco de un árbol donde esconderse.

—Niñas, este es vuestro tío. —Algo se le atraganta—. El hermano de mami. Vuestro tío Theo. Theo, estas…

Se queda sin voz al ver a Theo con Syd y Liv. Avanza como si fuera a abrazarlo, pero en lugar de eso, le da un puñetazo flojito en el hombro como si volvieran a tener cinco y siete años, respectivamente. Ella ha estado aquí, construyendo una vida, la que está a la vista. Ha estado ocupada teniendo a sus hijas, formando un hogar, intentando entender cómo es esto de ser adulta. Pero le faltaba una parte. Ahora mismo está en casa de Theo. En la ciudad de Theo. En el país de Theo.

—Estas son Syd y Liv —termina.

Él se quita la mochila y la deja en los escalones de la entrada. Luego se agacha hasta quedarse a la altura de las niñas.

—Hola —les dice—. ¡Así que sois gemelas!

Syd asiente. Liv se chupa el dedo, un hábito que había dejado.

Él se ríe con su risa profunda y sonora, que Sarah reconocería en cualquier parte. Se le ve estupendo. Está… cambiado, como si se hubiese deshecho de su caparazón de niño perdido y hubiese emergido en todo su ser. Completo. «Se ha hecho un hombre», piensa Sarah. Cinco años. Cinco años interrumpidos tan solo por alguna que otra postal críptica desde la Patagonia y, más adelante, desde Buenos Aires. «He visto los restos de un perezoso gigante.» O bien: «Estoy trabajando en un salón de té». Cada vez que llegaba una, ella estudiaba la letra infantil de su hermano. ¿Estaría intentando decirle algo? ¿Le enviaba un código que ella debía descifrar? Entonces llamaba a sus padres y les contaba que había escrito Theo. Por teléfono oía la respiración rápida de su madre. El silencio cauteloso de su padre.

Theo recoge la mochila y la sigue dentro. Syd y Liv nunca están tan calladas. Oye a Peter trasteando arriba. Le parece imposible que su marido y su hermano no se conozcan. Theo desapareció y luego, unos meses después, ella conoció a Peter: dos de los hombres más importantes de su vida se pasaron el testigo como quien cruza una puerta giratoria, llegando y marchándose en una extraña simetría cósmica.

Al principio de su relación con Peter, Sarah se planteó contárselo todo. Nunca había hablado de ello con sus padres, no se lo había contado a ninguna amiga ni a su psicólogo. A veces, alguna de las adolescentes que cuidaban a las niñas le recordaba a Misty Zimmerman —el pelo largo, los ojos somnolientos, las piernas bronceadas o una pulsera de hilo trenzado— y entonces notaba presión detrás de los ojos, como si Misty siguiera viva dentro de su cabeza, clamando por salir. Pero, si se lo contaba a Peter, ¿de qué serviría? Se convertiría en algo. Algo real. Tendría que lidiar con las preguntas. Con el hecho de que lo supiera.

Peter baja las escaleras descalzo.

—¿Pete?

Sarah, Theo y las niñas siguen de pie junto a la puerta de entrada.

—Peter, este es mi hermano, Theo.

Peter levanta las cejas.

—Ostras, tío. ¡Vaya! ¡Hola!

Theo extiende la mano. Lleva un tatuaje, se fija Sarah, en la parte interior de la muñeca. Parece una palabra. Intenta no mirarlo descaradamente.

—Espero que no os importe que me quede —dice Theo—. Bueno, si no es…

—¡Claro! —dicen Sarah y Peter a la vez.

—No me puedo creer que te conozca por fin —dice Peter—. El misterioso y escurridizo Theo.

—No tan misterioso —contesta Theo. Sus ojos se posan brevemente en la puerta. Ella recuerda esa mirada. Podría volver a irse. Podría irse y no volver nunca más.

Sarah fulmina a su marido con una mirada que él no capta. Quiere decirle a Peter que esto no es una de sus historias, que no es ningún giro de guion. Es su puta vida.

—Damos una fiesta esta noche. —Se apresura a llenar el silencio incómodo. Dios, ojalá no tuvieran esa fiesta.

—¿Y estoy invitado?

Ella intenta imaginarse a Theo charlando con cualquiera de sus nuevos amigos. ¿De qué van a hablar? «¡Buenos Aires, qué interesante! Sarah, ¿y no fuiste a verlo?» La cabeza le late. Necesita otro margarita.

—Ven conmigo. —Coge la mochila de Theo y sube las escaleras. Apesta a todo tipo de materia orgánica, pero no quiere pensar demasiado en ello. Tendrá que ducharse. Y cambiarse de ropa. Es un poco más alto que Peter, pero seguro que puede apañarle algo. Una camisa de lino. Unos chinos. Su cabeza se concentra en la logística. Es productora. Puede producir esto. Si se limita a los detalles, todo saldrá adelante.

Se vuelve hacia él con cinco años de preguntas dando vueltas en su interior, aún sin tomar forma. «¿Por qué te fuiste? ¿Por qué has vuelto? Sea lo que sea lo que has

aprendido, ¿merece la pena para el dolor que has causado?» Piensa en su madre y en su padre y en que la desaparición de Theo es una carga que han llevado a cuestas, primero con facilidad (¡seguro que vuelve pronto!) y luego, cada año que pasaba, con más dificultad. Sus tácticas de autoprotección —el silencio de su padre, el orgullo marcial de su madre— han ensombrecido las personas que eran antes: el humor, la ironía, el carácter ligero y la facilidad de disfrute se han marchitado.

Nota una punzada familiar de ira —esa rabia inflamable siempre a punto de salir ardiendo—, pero enseguida se apaga. Theo está en su casa. Algo improbable, prácticamente imposible, como si un bebé elefante se hubiese escapado del zoo de Santa Bárbara, hubiese bajado trotando por Pacific Coast Highway hasta Sunset Boulevard y ahora estuviese pastando tranquilamente en su jardín.

Theo le toca el brazo con suavidad.

—¿Estás bien? —le pregunta.

—¿A qué te refieres? —contesta a la defensiva. «A qué te refieres, pues claro que estoy bien, yo siempre estoy bien.»

La mira como buscando algo. Luego aparta los ojos.

—Da igual.

—No, venga, ¿qué?

Lleva las sandalias más sucias y polvorientas que Sarah ha visto en su vida y eso la distrae por un momento. Esto sí es algo que puede gestionar. Apunta mentalmente dejarle un cortaúñas con la ropa limpia. Y espuma de afeitar. Y una cuchilla.

Él le toca el brazo otra vez, como si necesitara comprobar que es de verdad.

—¿Qué? —insiste ella. Una parte pequeña y obstinada de sí misma quiere oír lo que piensa, ver si le duele. Él le sostiene la mirada y, por primera vez, le recuerda a su padre. Las comisuras de la boca de su hermano se esfuerzan por esbozar una leve sonrisa.

—Que parece que tienes una vida bonita, Sarah —le dice.

Quedan cinco minutos para medianoche. El comienzo de un nuevo año, de un nuevo milenio. Está recostado en una tumbona, junto a la chimenea. Los invitados se han levantado de la mesa, llenos y colorados. Sarah ha encargado la mayor parte de la cena en un restaurante turco de Ventura y estaba todo bastante bueno. Sus amigos son simpáticos, aunque todos hablan demasiado de sus hijos. ¿Pero qué va a saber él? Si no tiene hijos. Probablemente nunca los tenga.

Se siente un poco desorientado y se dice a sí mismo que es normal. Ha vuelto a Estados Unidos hace tan solo tres días. ¿Qué pensaba? ¿Que podría encajar en la vida de antes sin más? Después de aterrizar en el aeropuerto de Los Ángeles, cogió un taxi directo a casa de Sarah. Cuando pararon en su puerta, le dijo al conductor que dejara el taxímetro encendido. Theo salió del coche y miró el chalé estilo Craftsman encajado entre unos árboles viejos y enormes. En el porche delantero vio sillas de mimbre y un sofá de dos plazas con cojines a rayas, además de unas plantas en macetas enormes de cerámica. Dos triciclos. Estudió el trozo de papel para asegurarse de que era la dirección correcta. ¿Sarah vivía aquí? El taxista tocó el claxon y Theo volvió a montarse. Le dio otra dirección en la zona este de Los Ángeles: un motel propiedad de un primo del chef de La Cabrera.

La vida como él la conocía ya no existe. Puf. ¿Qué era lo que decía su madre? «El tiempo no se para por nadie.» Cada mañana, durante tres días seguidos, ha vuelto a West Hollywood y ha deambulado alrededor de la casa de Sarah. No consigue imaginarse la vida de su hermana. ¡Que tiene hijas, por Dios! Sus sobrinas se han pasado toda la noche detrás de él gritando: «¡Tío Theo!, ¡tío Theo!» hasta que por fin se han quedado dormidas con los demás niños en la terraza cubierta. ¿Puede ser él tío Theo? Se pregunta si no habrá estado fuera tanto tiempo que ya no haya vuelta atrás. Cuando piensa en sus padres, le cuesta respirar. Ellos también deben de haber cambiado. Estarán más viejos, para empezar. Está un poco mareado por los dos whiskies que se ha tomado seguidos al principio de la velada. Se da cuenta de que está en shock.

—¿Fresas recubiertas de chocolate? —Una de las canguros

está pasando la bandeja ahora que los niños se han dormido. Coge una fresa que no tiene ninguna intención de comerse. La estudia. La huele y detecta un leve pero inconfundible aroma a pesticida por debajo del penetrante chocolate negro. Nadie más podría olerlo. Entre los chefs de la Patagonia, se ganó el apodo de «la Nariz» por su inusual sensibilidad para los olores. Una aspiración rápida le basta para diferenciar una carne de cordero de la provincia de Chubut de otra de Tierra del Fuego. Su nariz le precede. Tiene que hablarle a Sarah de los frutos rojos de Argentina: las grosellas silvestres, blancas y rojas, tan delicadas, que crecen en el bosque en los meses de invierno.

Lleva varios días sorprendiéndose a sí mismo. Sorprendido por sus propios actos, como cuando ves a un amigo cercano haciendo algo que no le pega nada. Está un poco fuera de su propia vida, como si la estuviese narrando desde fuera en lugar de vivirla. Aquí tienen a Theo Wilf, solicitando una excedencia —quizá permanente— en La Cabrera. Ahí está Theo, en su apartamento de un dormitorio en el Soho de Palermo metiendo en una maleta sus pantalones cortos, su delantal preferido, su cuaderno de recetas. Aquí lo tenemos dejando un sobre con pesos para el casero. Ahora Theo se dirige al Ministro Pistarini para coger un vuelo, con apenas más equipaje que la mochila que se trajo al venir aquí cinco años atrás. Cuando se compró el billete, se debatió: ¿Nueva York o Los Ángeles? ¿Sus padres o Sarah? La posibilidad de no ir a ninguno de los dos sitios no se le pasó por la cabeza. Se acercaba el final del siglo XX. Llevaba mucho tiempo fuera. El tiempo suficiente para haberse convertido en una persona diferente, si es que eso es posible. Ya estaba preparado para ver a su familia.

O, al menos, eso pensaba. Quizá debería haberse quedado unos días más en el este de Los Ángeles, donde los olores, las calles y el lenguaje le resultaban familiares. Las chalupas asándose en las esquinas de las calles. La música que salía por las ventanillas de los coches. El ritmo veloz de la gente hablando español. Sarah está de pie junto a Peter en el extremo más alejado de la pérgola, debajo de una lámpara colgante que los baña a ambos con su resplandor luminoso. Peter golpea su copa con una cucharilla, produciendo un

sonido espantoso que avergüenza a Theo. Sarah viste un vestido negro suelto y lleva toda la noche descalza, deslizándose como una reina menuda y grácil entre las demás mujeres embutidas en tejidos brillantes como regalos bien envueltos. Está más guapa que nunca, pero la luz que irradia proviene de su tristeza.

Su miseria la hace incandescente. Él lo ve y sabe que es el único que lo hace.

Clin, clin, clin.

Así que este es Peter. Parece buen tipo.

Clin, clin, clin.

El silencio se extiende por la fiesta. Los invitados se vuelven hacia Peter, dispuestos a escucharlo.

—Solo queríamos decir que…

Tiene un brazo alrededor de Sarah, en un gesto protector. O quizá posesivo. Theo no está seguro.

—… faltan menos de dos minutos para que empiece oficialmente el año 2000 y, si no cortan la luz y el teléfono, y la gente toma las calles…

Una risa se eleva entre la gente.

—… Sarah y yo queremos daros las gracias por dejarnos compartir este momento histórico con todos y cada uno de vosotros.

«¡Bravo, bravo!» Un aplauso.

Peter alza su copa hacia el espontáneo que propone un brindis y luego hacia Theo.

—No hay nada más importante —dice.

La gente sigue charlando en pequeños grupos, pero el ambiente ha cambiado. El tictac del reloj está presente. Son la generación que nació en un milenio y morirá en otro.

«¡Un minuto!»

Theo se recuesta en la tumbona y cierra los ojos. Baja por el camino que bordea el río Chubut en dirección a la cordillera. Los picos de las montañas a lo lejos están cubiertos de hielo. Camina muchas horas al día, tantas como le permiten las piernas. Un perro callejero corre en círculos a su alrededor y luego sale corriendo. Un ganadero para su camión y le ofrece llevarlo. Si sigue avanzando, si sigue poniendo un pie detrás

del otro, todo irá bien. Ahora —no es capaz de controlar el rumbo de su mente— está en la cocina de La Cabrera. Caminando, cocinando. Siempre en movimiento. Un torbellino de actividad para evitar… No sabe muy bien qué es lo que quiere evitar. Pensar. Si no piensa, no puede meterse en líos. Les da la vuelta a cuatro chuletones en la parrilla rápidamente. Aplasta un diente de ajo en un poco de mantequilla derretida. Añade una pizca de sal marina. Perejil picado.

—¿Estás bien?

Theo se sobresalta. Abre los ojos de golpe. Sarah está sentada en el borde de la tumbona. Una ligera brisa le empuja unos mechones de pelo oscuro y ondulado sobre la mejilla. Las llanuras de la Patagonia le parecen más reales que su propia hermana.

«Diecinueve, dieciocho, diecisiete…»

—No le veo la gracia —dice él.

—¿A la cuenta atrás?

—Sí.

—Yo tampoco.

Se quedan sentados en silencio, los dos, mirando a los invitados.

—¿Champán?

Una de las canguros le da una copa de champán a cada uno. Él hace chocar la suya contra la de Sarah.

—Es deprimente —dice—. Por lo menos, a mí me parece deprimente.

«Doce, once…»

Theo sabe que ella quiere preguntarle por qué ha vuelto. La pregunta correcta es por qué se fue, en realidad. Pero no van a hablar de ello, esta noche no. Ella inclina la copa y se la bebe de un trago. Se seca la boca con el dorso de la mano. Sus ojos se cruzan un instante. En el espacio que los separa hay un mundo perdido entero: nombres de calles, números de teléfono, barbacoas de verano, huesos rotos, cenas familiares, sombras en las paredes, turnos robados, la luz veteada jugando sobre el suelo de tarima. Una torrija chisporroteando sobre una sartén de hierro. Hojas de deberes esparcidas sobre la mesa del comedor. Los cuartetos de Beethoven los sábados por la tarde.

El olor del tabaco Cavendish negro.

«Siete, seis, cinco…»

Su hermana —con sus dedos de los pies hacia adentro, como una paloma, con sus uñas mordidas y sus orejas pequeñas— le recuerda todo lo que ha intentado olvidar. Ya baja por el camino que bordea el río Chubut. Ya no se afana en mitad de una cocina preparando catorce platos a la vez. Está sentado, quieto. ¿Qué elección tiene? Las gafas de cerca de carey de su padre apoyadas sobre un montón de papeles a medio gestionar. El crujido del tercer escalón. Los témpanos de hielo, en invierno, que colgaban como lanzas de los aleros sobre la ventana de su cuarto. La forma en que su madre contestaba al teléfono, las tres notas musicales de su «¿dígame?».

—¿Te quedarás una temporada? —le pregunta Sarah.

Él no sabe la respuesta y no quiere mentir.

—La verdad —añade ella— es que me gustaría mucho que te quedaras una temporada.

Se ha suavizado, todas las aristas cortantes que ha visto en ella al llegar se han fundido y solo queda una chica guapa y vulnerable. En el jardín de Avalon, una hamaca colgada entre dos chopos fuertes. Ellos dos, hundidos en la tela, con las extremidades amontonadas, inseparables.

«Dos, uno… ¡Feliz año nuevo!»

Suena el pitido de unos cuantos matasuegras renegados. El tiempo queda suspendido por un instante.

Besos, palmadas en la espalda. Botellas descorchándose. Él se inclina y le da un abrazo a su hermana. Se resiste contra el nudo en la garganta y el escozor de los ojos.

—A mí también me gustaría —dice. Pero lo que quiere decir en realidad es que le gustaría que a ese momento suspendido —con el nuevo milenio despegando de manera inexorable— se le pudiera dar marcha atrás. Atrás, atrás, atravesando capas y más capas de tiempo hasta el preciso instante en el que todo podría haber salido de otra forma, de haberlo sabido. Tiene que ser ese momento exacto, que cabecea y recorre a toda velocidad la vitalidad de su historia común, inconfundible, reluciente como una luciérnaga en la oscuridad. Si pudieran atraparlo y detenerlo, justo allí, en el punto diminuto pero

indeleble que se les pasó la otra vez, entonces quizá su familia podría empezar de nuevo.

Pero a quién quiere engañar.

Se tumban el uno junto al otro y miran el límpido cielo nocturno.

—Ya veremos —dice Theo.

A la mañana siguiente, se levanta el primero. La casa está en silencio, impoluta. Los oyó varias horas después de que se fueran los últimos invitados limpiando la cocina. Nadie diría que ha habido una fiesta la noche anterior. Abre la nevera. Las sobras de la cena se ven tristes y desprotegidas a la luz brillante del frigorífico. Se quedarán allí varios días, sin tocar, y cuando la cocina empiece a oler ligeramente a ajo y cordero, las tirarán a la basura.

Saca las bandejas y las coloca sobre la tabla de madera de la encimera. Coge un cuenco hondo de cerámica del armario. Las ollas de cobre gastadas por el uso cuelgan de una barra de hierro. Elige una sartén grande y la pone al fuego. Saca un cartón de huevos entero de la puerta de la nevera. Los huele. Están frescos y sin duda son orgánicos. Bate los huevos con una mano mientras empieza a abrir las bandejas con la otra. Decide no usar el kofta; no cree que a sus sobrinas les vaya a gustar. Pero hay salmón ahumado, que salteará con mantequilla. Examina la bandeja de los quesos de la noche anterior. El azul es fuerte. Su nariz le dice que es de bastante al este: Vermont, quizá Maine. Coge un trozo de queso manchego y lo corta en lascas sobre los huevos batidos. El queso debería estar a temperatura ambiente, pero cuando se derrita en la sartén no se notará mucho la diferencia.

Solo tienen leche semidesnatada, pero le echará un poco de nata. Está improvisando sobre la marcha, que es como más le gusta cocinar. Hace años que no sigue una receta, con la notable excepción de los postres. Pimientos rojos y amarillos; buenos, de proximidad. Una cebolla. Una cabeza de ajo. Los cuchillos de Sarah necesitan pasar por el afilador. Ahora busca unos moldes pequeños. Ha decidido que va a hacer unas

quiches individuales. No la quiche tradicional con esa masa terrible, sino con una sin harina, ligera y elegante como un suflé. A las niñas les gustará, está seguro. ¡Sus sobrinas! Hoy aprenderá a ser tío Theo. Se tirará al suelo a jugar con ellas. Les hará unos collares con macarrones crudos.

La música suena en su cabeza mientras hace de pinche para sí mismo. En la cocina de La Cabrera ponían Los Fabulosos Cadillacs en la radio. El ritmo de la samba. El melancólico *slide* de la guitarra. Siempre había ruido proveniente del amplio comedor con paredes de ladrillo. «¡Theo! ¡La señora de la mesa diez quiere la carne al punto!» Fuera, la gente bebía champán y esperaba en la acera. A veces alguien se arrancaba con un tango improvisado.

La cebolla, los pimientos y el ajo están cortados en juliana, en montoncitos sobre la tabla de madera. Cebollino; necesita cebollino. Y eneldo para el salmón. Anoche le pareció ver un huertecito de hierbas aromáticas fuera. Echa un poco de mantequilla en la sartén y pone el fuego bajo. ¿A qué hora se despiertan en esta casa? Son ya las siete y media.

Fuera, incluso a través de las gruesas paredes del chalé, oye el graznido de un cuervo. Se seca las manos con un trapo. Luego se dirige hacia las puertas del jardín, agarra el pesado pomo frío con la mano y lo gira para abrir.

El sonido —el aullido metálico de una sirena— suena tan fuerte y brusco que pega un salto, aturdido. Le castañetean los dientes. *Niiiiinoooo, niiiiinoooo.* Tarda medio segundo en darse cuenta de que ha proferido un grito. La sirena sigue sonando. *Niiiinoooo, niiiinoooo.* Una voz, una voz de hombre: «Infracción del sistema de seguridad». Theo mira alrededor y, entonces, se fija en el teclado que hay junto a la puerta del jardín. Claro. Qué idiota. Claro que tienen alarma, piensa mientras pulsa en vano con el dedo todos los botones posibles, tratando de detener aquel ruido horroroso.

—¿Qué ha pasado?

Peter y Sarah aparecen en chándal. Sarah se frota los ojos.

«Infracción del sistema de seguridad. Infracción del sistema de seguridad.»

—Lo siento mucho, yo solo…

—Mierda —dice Peter.

«Infracción del sistema de…»

Peter cruza la cocina a grandes zancadas, teclea un código y apaga la alarma.

—Ahora van a venir —dice.

—Pero…

—No, cuando salta la alarma no llaman. Vienen. Los de seguridad o la policía. Así es como funciona.

—Joder, tío. Lo siento un montón.

Syd y Livvie entran en la cocina con paso vacilante, conmocionadas. Livvie —¿o es Syd?— se está chupando el dedo.

—No pasa nada. Tampoco es tan grave. ¿Qué hacías? —le pregunta Sarah.

Se acerca a la cafetera y observa las bandejas destapadas de la noche anterior, el film transparente hecho un gurruño en la encimera, las verduras en juliana y el cuenco con los huevos batidos. El queso rallado esparcido por la encimera.

—Estaba haciendo el desayuno —dice. No recuerda cuándo fue la última vez que se sintió tan inútil. No tendría que haber venido. No debería haberse hecho ilusiones. Desprecia su optimismo infantil.

El timbre suena en cuestión de minutos.

—Está todo en orden —le dice Peter al guardia de seguridad —. Falsa alarma.

—Necesito que me diga la contraseña, señor.

—¿Sarah? Sarah, ¿te acuerdas de la contraseña?

—Un momento, ¿a qué huele? —pregunta Sarah.

Entonces Theo se acuerda de la sartén. Corre a la cocina y la aparta del fuego, pero es demasiado tarde. La mantequilla se ha quemado.

Mimi

Ben lleva mucho rato en la ducha. Han pasado por lo menos cuarenta minutos desde que se encerró en el baño y abrió el grifo. Hace cuarenta minutos que volvió a casa desde el otro

lado de la calle, pálido, sudando, con la camisa manchada de sangre de color óxido. Con las manos —esas bonitas manos de médico surcadas de venas, con los dedos largos y elegantes— temblando. Ella ya ha subido una vez a pegar la oreja a la puerta del baño para ver si está bien. Esperó hasta que lo oyó trajinar dentro y, satisfecha, volvió a bajar a la cocina.

Es un niño. Ben solo le ha dicho eso. Un niño sano, ligeramente prematuro, dos kilos setecientos gramos, calcula. Parece que tiene los pulmones bien, aunque tendrán que examinarlo en el hospital. Lo van a llamar Waldo. Sí, Waldo.

—Entonces, ¿por qué estás temblando? —le preguntó ella—. Ha ido todo bien, ¿no?

Él vaciló.

—Por poco.

A Mimi le recorrió un escalofrío.

—¿Qué quieres decir? ¿Está todo…?

—Sí —la cortó, extrañamente borde—. No quiero hablar de ello.

Un parto en casa. Mimi se estremece. Sabe que está de moda. Las mujeres jóvenes hoy en día deciden tener a sus bebés en casa con una comadrona. Llenan la bañera con aceites aromáticos. Ponen su música preferida. Hacen planes de parto. Como si dar a luz fuese algo que se pudiera planear. Gracias a Dios que su Sarah no se planteó esa posibilidad, y menos con las gemelas. Como buena hija de médico, se fio de todo lo que la Cedars-Sinai le ofrecía cuando nacieron Syd y Liv.

Piensa en el matrimonio joven de enfrente. No conoce a la mujer, aunque la ha visto entrar y salir de la casa precedida por su enorme barriga de embarazada. El marido parecía asustadísimo cuando vino a pedirle el maletín de Ben. A ver, ¡normal que estuviera asustado! Pero había algo más. Una vulnerabilidad, una ternura en su rostro que a Mimi le dieron ganas de abrazarlo, de dejarlo apoyar la cabeza en su hombro y acariciarle el pelo. «Ya pasó.» Debe de tener la edad de Theo. Treinta y tantos. Pero, a diferencia de Theo, está casado, acaba de ser padre y vive en la casa de enfrente. «Por favor, por favor, por favor.» La súplica la invade tan a menudo que ya casi ni se da cuenta. La echa al vuelo al cruzar el umbral de la

puerta, al bajar por Division Street, como un avión de papel, río arriba, al mar, al otro lado del ecuador. Si toda ella se vuelca en esas dos palabras, en ese pensamiento concentrado, tiene la certeza —sabe que es pensamiento mágico— de que llegarán a su hijo. De que, dondequiera que esté, pensará: «Es hora de volver a casa».

El grifo se cierra en el piso de arriba. Oye la cortina de la ducha descorriéndose. El calentador del baño se apaga. Ya se ha hecho de noche, con esa oscuridad profunda e implacable de principios de invierno. Recorre la planta de abajo encendiendo las luces. La luz exterior del porche. Las lámparas de las mesillas del salón. El candelabro de hierro forjado con sus dieciséis bombillas en forma de velas; gasta mucho, pero contribuye al ambiente navideño. Dios mío, cuesta creer que vaya a acabarse el siglo XX. Le asalta una repentina sensación de pérdida. Los años en los que tuvo a sus hijos, los años en los que fue una madre joven, que daba el pecho, cantaba nanas, los llevaba de la mano por las aceras irregulares, los cogía a hombros. Los años de preescolar, de primaria, de secundaria, del instituto. Todo eso le parece muy lejano y pronto quedará relegado a otro siglo.

¿Qué le queda? No suele permitirse pensar en esas cosas, pero hay algo hoy que la pone melancólica. Esa familia joven de enfrente, con su bebé recién nacido, está empezando una vida que creen que durará para siempre. El tiempo pasará despacio. Las horas lentas antes del amanecer en que la madre amamantará al niño en su mecedora, mirando sin verlas las luces intermitentes de lo que estén echando en la televisión, sin sonido. «Agotadísima», les dirá a sus amigas. El bulto enorme de su marido durmiendo bajo el edredón. La fascinación y el tedio de la primera época de la maternidad. Las horas y horas sentada en una silla diminuta fuera del aula durante la etapa escolar. Deseará pasar tiempo sola. Mirará el reloj. Se preguntará por qué todo lleva tanto tiempo. Y entonces, de repente —le parecerá que ha sido de la noche a la mañana—, ya no tendrá que contar cuentos antes de dormir ni cantar canciones. Ya no tendrá que llevarlos de la mano. Dejará de enterarse de todo lo que pasa. Todo se acelerará,

como las páginas de un calendario en una de esas películas antiguas, pasando una tras otra, de un día, una semana, un mes a otro hasta que, si no tiene cuidado, dejará de reconocer a su hijo, a su marido, su vida.

Su hija vivirá en Los Ángeles y trabajará en una oficina en la que su asistente contesta al teléfono. Sus nietas gemelas apenas la conocerán.

Su hijo se levantará una mañana y cogerá un vuelo a Buenos Aires.

—¿Mimi?

Ben la llama desde arriba. Se había parado delante de una fotografía de los cuatro, de cuando los chicos estaban en secundaria y se fueron de vacaciones a una isla. San Martín, Barbados… No se acuerda de cuál era. Durante algunos años, cuando la consulta de Ben iba viento en popa y los niños aún eran pequeños, solían ir al sur en el mes de marzo, a algún hotel con todo incluido donde ella y Ben tomaban bebidas tropicales en sendas tumbonas mientras Sarah y Theo jugaban a las palas en la arena, cada día más morenos. En la foto están todos juntos en un embarcadero, con la puesta de sol detrás.

¿Quién les haría la foto? Algún huésped del hotel, quizá. O alguien del personal. Seguramente fue Mimi —cronista de los pequeños recuerdos— quien preguntó mientras le tendía la cámara: «Disculpe, ¿le importa hacernos una foto? Es automática. Solo hay que apretar el botón, aquí». Ben tiene un brazo alrededor de ella. Lleva un polo blanco de tenis —entonces tuvo que ser antes de que empezara con la ciática, que le hizo dejar de jugar— y luce una amplia y espontánea sonrisa. Sarah va a empezar el último curso de instituto y a Theo aún le quedan tres años. Recuerda lo orgullosa que estaba de sus hijos, de que no fueran taciturnos ni poco comunicativos, como la mayoría de sus compañeros de clase.

¡Míralos! Niños felices, radiantes. Tenía la convicción secreta, feroz y vana (ahora lo sabe) de que se debía, al menos en parte, a cómo los había criado. Presidía la subasta escolar, organizaba la recogida de alimentos, montó un comité de remodelación en el barrio, cosió los disfraces para la función escolar de *La fierecilla domada* y todo ello con una actitud

compungida y humilde que buscaba y no a la vez. «No os preocupéis. Si no me cuesta nada.»

—¿Mimi?

—¡Ya voy!

Sube las escaleras.

Ben está sentado en el borde de la cama de su dormitorio, con una toalla alrededor de la cintura. Sigue siendo un hombre muy guapo, su marido. La abundante mata de pelo está surcada de canas y su rostro tiene más contornos y sombras. Pero ahora mismo parece sorprendentemente frágil. Tiene la mirada fija en un rincón de la habitación. Se percata de que está apretando las manos con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

—Cariño, ¿qué te pasa?

Él abre la boca, pero no emite ningún sonido.

—¡Ben! Me estás asustando.

Se sienta a su lado. La colcha está húmeda por la toalla mojada. Le pone una mano en la rodilla. Está bien. Tiene que estar bien.

—Por los pelos —dice por fin.

«Pero ha salido todo bien», quiere decirle, pero no lo hace. Lo entiende perfectamente. Un incidente es una trampa invisible que activa otro y otro más. El tiempo se pliega sobre sí mismo. No existe la línea recta. La memoria, la historia —cosas que sucedieron hace quince años o cincuenta— están tan vivas como si acabasen de pasar o estuvieran a punto de tener lugar. «Por los pelos.»

No hay espacio en la vida de Ben para un «por los pelos».

—Quizá no tendrías que haber…

Titubea. Él sigue sin mirarla, como si no pudiera soportarlo casi.

Ella sigue hablando.

—Quiero decir que ¿y si algo hubiese…?

Él se vuelve hacia ella.

—¡No digas eso! ¿Qué diablos iba a hacer? ¡La mujer se ha puesto de parto antes de tiempo!

Debería haberse guardado su opinión. Es que siente que debe protegerlo. La pregunta se queda sin respuesta y así

seguirá. ¿Qué habría pasado si algo hubiese ido mal?

—Perdona —dice en voz baja—. Benjamin, estamos aquí. El bebé está a salvo. —Le acaricia la rodilla. La piel está rugosa al tacto.

Él asiente con un gesto leve y casi imperceptible. Ella prácticamente puede verlo por dentro: ve cómo se colocan las piezas, cómo se liman las aristas. Las historias —los miles de «y si»— retroceden como la marea.

—Venga. Vamos abajo. Haré una cena rica.

Ha puesto la mesa del comedor con la vajilla buena y la cubertería de plata. Dos servicios, uno enfrente del otro, en el amplio tablero de roble lleno de marcas que ha llegado a albergar a dieciséis comensales. Acción de Gracias, Pascua judía, muchísimas Nocheviejas. Gotas de cera, rayajos de lápiz de años de deberes. Una quemadura de cuando la gente fumaba. Una mesa que compraron cuando se mudaron a Division Street. Una mesa familiar.

Ahora, prepara la ensalada mientras Ben está sentado en el cuarto de estar, junto a la chimenea, con un whisky. Ha puesto su cuarteto de Beethoven preferido —en do menor— en la minicadena. El pulso de la casa vuelve a ser tranquilo, en reposo. Ha intentado preparar una cena de celebración. Siempre intenta que todo sea especial. ¿Qué va a hacer si no? Espinacas *baby,* beicon y queso azul para la ensalada. Una receta de pollo del recetario *The Silver Palate.* Una botella de *cabernet* de California que le ha recomendado el chico de la licorería.

Se ha planteado invitar a alguien a cenar, pero luego ha descartado la idea. ¿A quién van a invitar? Ya no queda casi nadie. Alguna gente de su época sigue viviendo en Avalon, pero son matrimonios con los que ella y Ben solo tuvieron trato cuando los niños eran pequeños porque es lo que hacen los buenos vecinos. O porque los niños estaban en la misma liga de fútbol o en la misma clase en la sinagoga. No porque tuvieran nada en común con ellos aparte de haber procreado a la vez y haberse mudado a este barrio. La mayoría de sus amigos se marcharon de Avalon cuando sus hijos menores se fueron a la universidad. Como si fuera un rito de paso para el

que ella no estaba preparada o que desconocía, los carteles de SE VENDE empezaron a aparecer en los jardines. Una tarde, cuando volvía a casa del mercado, vio a una agente inmobiliaria con una falda de *tweed* y unos tacones prudentes acompañando a una pareja joven por el camino de entrada de los Platt. Los siguientes fueron los Russo y, en una rápida sucesión, los Heller. Llegaron familias nuevas, otra generación. Madres embarazadas, padres atléticos con gorra de béisbol, niños pequeños en carrito. Si entrecerrabas los ojos, podrían haber sido cualquiera de ellos veinte o treinta años antes. Las casas de Division Street, todos los recuerdos de sus hijos, se dieron la vuelta uno a uno.

Los que faltaban se marcharon a la ciudad, donde iban a la última producción del ciclo de *El anillo del Nibelungo,* de Wagner, cenaban en el restaurante vietnamita de moda, asistían a charlas en la biblioteca pública de Nueva York. «Os encantaría —intentaban convencerlos a Ben y a ella—. Salimos todas las noches. Es como una segunda luna de miel.»

Le da la vuelta al beicon en la sartén. Enciende la campana extractora para que no huela toda la casa. No sabían qué decirles a sus bienintencionados amigos. Solo intentaban ayudar. No son las desgracias las que no vienen solas, qué va. La felicidad no viene sola. La desgracia… La desgracia solo quiere que la dejen en paz. Su reducido grupo de amigos había empezado a fragmentarse, dividido entre la gente con suerte y la gente sin suerte. Los afortunados —intactos, a salvo por el momento de la miríada de posibles crueldades de la vida— iban a la ópera y comían fideos con salsa de pescado.

Mimi estira el cuello. No tiene sentido pensar en eso. No siente lástima de sí misma. ¡No lo permitiría! Adora a su marido. Adora sus hombros, sus manos, su mandíbula. Sus ojos verdes grisáceos. Su carácter comedido, extremadamente bueno. Nunca le ha oído decir una mala palabra de nadie, y no porque le falte criterio. No. Más bien lo contrario: a Benjamin Wilf no se le escapa una.

Echa unas almendras marcona en un cuenco pequeño y lo lleva al cuarto de estar. Le rellena el vaso de whisky a Ben. Él está recostado en su sillón de cuero, con la cabeza hacia atrás y

los ojos cerrados. En trance, como siempre, por el cuarteto. Sin abrir los ojos, estira un brazo y la sienta sobre sus rodillas. Ella apoya la cabeza en el hueco del cuello de él. Nota su pulso en la mejilla. El fuego chisporrotea y sisea. «Esto —piensa Mimi —. Esto, aquí y ahora.» Ellos dos, en su casa, en silencio. Su historia en común. Todo lo que han construido juntos, para lo bueno y para lo malo.

—¿Tienes hambre? —le pregunta. Él asiente con la cabeza.

Pero no se mueven. Se quedan así, dos cuerpos tan a gusto el uno con el otro que es como si cada uno hubiese crecido y se hubiese alterado para encajar en la forma del otro con los años, como dos árboles injertados. Ben le pasa una mano por el pelo. Al principio no oyen el teléfono. El cuarteto está puesto bastante alto y el único teléfono de la planta de abajo está en la cocina, a dos habitaciones de distancia.

Mimi levanta la cabeza del hombro de Ben.

—Espera, ¿eso es…?

—Será para vender algo.

—¿En Nochevieja? —Se levanta de un salto—. Será mejor que lo coja.

Va corriendo a la cocina y se dispone a coger el teléfono justo cuando salta el contestador.

«Has llamado a casa de los Wilf. Por favor, deja tu mensaje después de la señal.» La voz profunda y precisa de Ben. Ella espera a que suene la señal.

Alguien respira. Al principio, Mimi piensa que lo que oye es el ruido de estática de la cinta —porque nadie está dejando ningún mensaje—, pero luego se da cuenta de que hay alguien al otro lado. Sigue respirando. El sonido del titubeo. Como si alguien dudara si…

Coge el teléfono y se lo lleva a la oreja.

—¿Dígame? —dice—. ¿Quién es?

Es Nochevieja. No se había permitido pensar… ni plantearse siquiera la posibilidad.

—¿Hola?

Nadie contesta al otro lado, pero percibe una presencia más que una ausencia. Y lo sabe. Por primera vez en cinco años, está segura.

—¿Theo? —Dice su nombre en voz alta—. Theo, ¿eres tú?

Oye un ruido. Un teléfono que se cae. «Por favor, no cuelgues. Di algo. Lo que sea.» Ben la ha seguido hasta la cocina y ahora está a su lado, tan cerca que nota su calor. Al principio, cuando Theo se fue, todas las mañanas Mimi se despertaba con esperanza. «A lo mejor hoy —pensaba aún tumbada en la cama, dándose ánimos para levantarse—. A lo mejor hoy.» Pero cuando los días se convirtieron en semanas, luego en meses y más tarde —no sabía cómo— en años, su esperanza se afiló y se volvió en su contra, como un cuchillo tortuoso.

—Hola.

Una larga pausa durante la cual no puede ni respirar.

—¿Mamá? Hola.

Se vuelve hacia Ben.

«Theo», articula sin emitir sonido alguno.

—¿Dónde…? Digo… Oh, Dios mío, no sé ni qué…

—Estoy en Estados Unidos. En Los Ángeles. En casa de Sarah.

Sus hijos están juntos. Sarah y Theo, juntos. Con la mano que le queda libre, se agarra a Ben.

—¿Dónde está? —susurra Ben.

Ella sacude la cabeza de forma enérgica. «Espera. Espérate.»

—¿Mamá? Mamá, ¿estás ahí?

La voz de su hijo diciendo esa palabra. «Mamá, mamá, mamá.» No estaba segura de que fuera a volver a oírla y, ahora que por fin lo hace, le suena extraña. Como un comunicado de un país extranjero. Como otro idioma. ¿Cómo pudo desaparecer así? Por muy mal que estuviera, ¿dónde quedaba el compromiso con su familia? ¿Con la gente que lo quería? Durante todos estos años, se ha protegido contra él, poniéndose en lo peor. ¿Y si no volvía a verlo nunca más? ¿Y si (Dios no lo quisiera) le pasaba algo a ella, o a Ben, mientras él no estaba? ¿Y si no volvía?

La estancia parece salirse de su eje. El mundo gira despacio. Sin palabras, le pasa el teléfono a su marido. Ben habla con voz ronca, las lágrimas —es la segunda vez en treinta años que lo ve llorar— le corren por las mejillas cubiertas de barba

incipiente. A ella le cuesta entender las frases que dice —«ven a casa», «te queremos», «no te preocupes»—, como si fueran cuentas sueltas de un collar que se ha roto. Piedras brillantes rodando en todas direcciones. Ella está a cuatro patas en el suelo, recogiéndolas.

—Estoy aquí —dice—. Estoy aquí.

Waldo

Está atravesando montañas. Valles más lisos que el musgo. Todas las palabras que aún no conoce… Pasarán tres años sin palabras hasta que sus padres lo envíen al frío edificio de oficinas donde una señora le enseñará unas tarjetas. «Bicho. Perro. Niña. Cama.» Para intentar que hable, que use las palabras.

«¡Pero habla, Waldo!» Oirá esto muchas veces y entenderá perfectamente lo que les están pidiendo. Pero las palabras no saldrán. Se quedarán atascadas en algún punto dentro de sí mismo. Su madre se preocupará. Su frente arrugada, sus ojos desconcertados se quedarán grabados en él, los llevará consigo toda la vida. Siempre que decepcione a una mujer a la que ame, verá esa expresión en el rostro de su madre, sin saberlo. Algún día será un hombre —un célebre profesor de astrofísica — incapaz de usar las palabras. «¡Háblame, Waldo! —le dirá mil veces su mujer—. ¡Dime algo!»

Pero, por ahora… Por ahora está apretado contra el vientre de su madre. Todavía no le ha fallado a nadie. No ha decepcionado a nadie. El mundo es de un rojo rosáceo a través de sus ojos cerrados. Su olor. Coco, lavanda, almizcle. Su padre es una sombra que se cierne. Nota algo suave y áspero entre los labios.

«Aquí tienes a tu niño, Alice.» La voz de un desconocido, un hombre. Alguien con quien se encontrará una noche a la luz de la luna muchos años después. «Precioso.» Su madre. «No sé qué habríamos hecho sin ti.» Su padre. Todo le suena como si fuera música, un coro, el cricrí de los grillos, el zumbido de la sangre. Todavía no tiene que esconderse de su padre. No tiene

que plegarse sobre sí mismo una y otra vez como una figura de origami hasta hacerse tan pequeño que pase desapercibido.

Está calentito en el valle liso. *Bum bum, bum bum, bum bum.* El latido del corazón de su madre es lo único que conoce. Están los dos solos en esta habitación ruidosa —el graznido de una radio bidireccional, los hombres de las botas, el teléfono sonando—, como si la toalla que tienen debajo fuera una balsa y estuvieran en el mar. Flotando. Ya está fuera, pero el recuerdo de estar dentro sigue vivo dentro de él. *Bum bum.* Una puerta se cierra. El hombre que ha llamado Alice a su madre se ha ido. Su padre está besando la frente húmeda de su madre. «Te quiero.»

Esto es el principio. El calor y el sudor y la leche aguada que sale de ese punto suave y áspero. El impacto del aire. Piel con piel. El trayecto con su madre en la parte trasera de un vehículo con luces rojas intermitentes. El lugar deslumbrante donde lo separan de ella y lo ponen en un moisés y lo examina gente con bata blanca que no lo quiere, que lo toca con indiferencia profesional. «Por los pelos.» Los oye hablando. «Benjamin Wilf.» Un nombre que algún día recordará como un eco. «¿Te acuerdas de él? Es el que…» Y entonces las voces bajan de volumen, se convierten en un murmullo.

Al pie de su moisés hay un cartel escrito a mano: SHENKMAN. Ese es él. Waldo Shenkman, el último de una larga estirpe de Shenkman, heredero de todo: la rabia, el miedo, el buen corazón, la confusión, la soledad, el instinto de supervivencia que va del hospital de Avalon a una casa en Nueva Jersey y a un shtetl en un país que ya no existe. Eso también lo llevará sobre sus hombros. Avanzará por su vida, como todos, sin saber lo que le precede ni lo que le espera. Un parque, niños que lo señalan, que se ríen. «Tonto, soñador, mocoso.» Una pantalla iluminando el cielo nocturno. «Andromeda, Antlia, Apus.» Un vecino canoso con un plumas que le hace sentirse seguro por razones que se le escapan. Su padre gritando con el rostro desfigurado por la ira; el mismo padre que hoy mira a través de la ventana de plexiglás de la planta de maternidad, enamorado.

Ahora es un niño solo en su habitación, un adolescente

encorvado sobre un ordenador, un joven vestido con una toga de graduación buscando a sus padres entre la multitud. Siempre buscará a sus padres allá donde vaya, incluso mucho después de ser consciente de que no los va a encontrar. Ahora es un profesor frente a una clase, un marido devoto, un padre que quiere construir un vínculo con sus hijos, un hombre menudo y delicado que atrae a la gente a la vez que la aleja. Al final de su vida, también, cuando lo amortajan y lo devuelven con su madre. «Waldo Shenkman», susurra su madre. Lo desenvuelve y se lo pone al pecho y, una vez más, vuelve a oír el *bum bum, bum bum,* aunque es cada vez más débil.

27 de agosto de 1985

Los Wilf

Ben repasa la escena una y otra vez. Rebobina, busca el punto exacto donde congelar el plano. Trata de identificar el momento en el que podría haber hecho algo distinto de lo que hizo. El momento en el que podría haber mirado desde la portezuela abierta del lado del conductor del Buick a la pobre chica, haber visto la sangre emanando de la herida de la cabeza y haber tomado una decisión en una fracción de segundo: «No la toques.» Algunos de sus colegas médicos habrían hecho exactamente eso; habrían actuado desde la autoprotección reflexiva, primero por preocupación y sobre todo con inseguridad y mala praxis. Pero ¿se le escapó algo? ¿Podría haber visto el ángulo del cuello de la chica? ¿Haber sabido que no debía moverla?

No es ningún consuelo para él que no importara. Ya ha hablado con el hospital y no tenía solo una fractura cervical, sino también una lesión vertebral del peor tipo posible, la C1. Murió en el preciso instante en que el coche impactó contra el árbol. Ben se estremece. Su cuerpo entero convulsiona, como si estuviera tratando de liberarse de un cepo. Mimi se mueve hacia él, se apoya en un codo. La luz tenue del vestíbulo se cuela por debajo de la puerta cerrada de su habitación. Percibe su terror. Les ha fallado a todos. No es la primera vez que pierde a un paciente; les pasa a todos los médicos. Pero esto… No era paciente suya. No tendría que haber intervenido. ¿Por qué lo hizo? Lo sabe de sobra, claro. Theo a cuatro patas. No muy lejos de la puerta abierta del lado del conductor. No tenía sentido, a menos que… Pero no podía ser. No podía ser, pero era. Todo esto le pasó por la mente mientras corría hacia el coche. No actuó como médico, sino como padre. Eran sus

propios hijos a quienes intentaba proteger. Su hijo de quince años, al volante. Su hija de diecisiete años, que claramente había bebido, pero que confesó en falso que quien conducía era ella.

Antes de irse a la cama, confirmó sus sospechas rebuscando en el cubo de la basura. Cómo no, oyó el tintineo revelador de las botellas de cerveza. Se abrió paso entre las sobras de una semana antes y los cartones vacíos de leche para ver cuántas eran. Había tres. No, cuatro. Para una chica tan delgadita. Los numerosos rumbos que podía haber tomado la noche —ahora ve la cara de la madre de Misty Zimmerman, rota de dolor, con la boca torcida en una mueca dispareja y grotesca— son muchos más de los que puede soportar. Sus hijos. Los idiotas, descuidados, inconscientes de sus hijos que, al menos hasta esta noche, no habían vivido lo suficiente como para entender que hay cosas de las que sus padres no pueden salvarlos. La sensación de fatalidad resulta dolorosa.

—Mimi, tenemos que hablar —dice. Se incorpora y apoya la cabeza en las manos.

—No tenemos que hablar, Ben —dice su preciosa mujer. Se coloca detrás de él y se abraza a su espalda encorvada. Nota que tiene la mejilla mojada por las lágrimas—. No hablemos.

La niebla se ha disipado sin dejar rastro. En el cielo brilla una constelación que un día, muchos años después, un niño con un pijama de los Red Sox identificará como el triángulo de verano: Altair, Deneb y Vega, las estrellas más relucientes de las constelaciones del Águila, el Cisne y la Lira. La propia Misty, tan sólida y viva en un momento dado y completamente rota al siguiente. Al otro lado del pasillo, más allá de las láminas enmarcadas del Museo Van Gogh, Theo llama a la puerta de Sarah. Espera oír su voz, una respuesta, una invitación. «¡Pasa!» Pero lo que recibe por toda respuesta es silencio. No se atreve a intentar girar el picaporte. «He sido yo —ha dicho—. Yo conducía.» Nunca se ha sentido tan querido. Su hermana está dispuesta a cargar con la culpa por él. El amor confundirá a Theo Wilf para siempre. Sus yoes futuros dan

vueltas sobre sí mismos, como varias superficies inestables. No se merece nada. Ha matado a una chica. Esa certeza lo atraviesa en lo más profundo. Quiere despertar a sus padres, meterse en la cama entre los dos como hacía de pequeño. Su padre le curará la quemadura de la barriga. Le echará un ungüento. Quiere contárselo todo, con la seguridad de que ellos encontrarán la manera de arreglar las cosas —de arreglarlo a él—, pase lo que pase.

En lugar de eso, se dirige al piso de abajo y abre la nevera. Le tiemblan un poco las manos mientras mete unas lonchas de embutido entre dos gruesas rebanadas de challah del día anterior untado con la mayonesa casera de Mimi. Bebe leche directamente del envase. Se seca la cara mojada, de pie junto a la encimera de la cocina. No coge un plato. No se lleva el sándwich a su habitación. No le da tiempo; tiene prisa. Le duele la tripa. Pero con cada famélico bocado, intentará llenar el vacío insistente antes de que lo devore.

Sarah está tumbada bocarriba en la cama mirando al techo. Ahora está completamente sobria. Oye que Theo llama a la puerta y se da la vuelta hacia el otro lado, pegándose al borde de la cama, en posición fetal. «He sido yo. Yo conducía.» No sabía que iba a decir eso hasta después de decirlo. Misty, sangrando en el suelo. Theo, a punto de vomitar. Su padre, con su pijama azul claro, levantándole la cabeza a Misty, intentando detener el río de sangre. El grito de su madre. «He sido yo.» Bueno, es que ha sido ella. Visualiza el arco que trazaron las llaves en el aire cuando se las lanzó a su hermano pequeño. Ya en ese momento se preguntó qué diablos estaba haciendo. Quería ayudar a Theo, insuflarle un poco de valor, algo de atrevimiento al muchacho. Pero, además…, se había tomado tres cervezas y media. Cuando se sacó el carné se prometió a sí misma que nunca jamás conduciría borracha. «Tú conduces, Theo.» Su hermano la había mirado confundido, emocionado. Se dijo a sí misma que no era por las cervezas, pero claro que sí, era exactamente por eso. Esa era la razón real. Estaba protegiéndose a sí misma y ahora una chica ha

muerto.

Oye el crujido de las escaleras cuando Theo baja a la cocina. Quiere ir detrás de él, decirle que no ha sido culpa suya; que la culpa es de ella. Es la hermana mayor y tendría que haberse comportado como tal. Misty Zimmerman está muerta por su culpa. En lugar de eso, se levanta y mira la calle por la ventana. El Buick se lo ha llevado la grúa. Hay esquirlas del parabrisas en el césped. El pavimento está marcado con cinta amarilla y tiza. Por la mañana, aparecerán los primeros ramos de flores en la base del árbol, como si fueran ofrendas en un altar. En los meses y años siguientes, seguirán dejándolos, se convertirá en una tradición del barrio que se perpetuará hasta mucho después de que el nombre de Misty Zimmerman se haya borrado de la memoria colectiva. Alguien enrollará unas luces intermitentes alrededor del tronco del árbol y las enganchará a las ramas más bajas del árbol en Navidad. Otros plantarán flores y hierbas silvestres en los huecos entre las enormes raíces. A medida que pasen los años, la gente ya no sabrá que ahí murió una chica. Solo sabrán que hay cierta magia y una belleza inesperada en ese lugar inverosímil.

Mimi está tumbada muy quieta. Se concentra en el vaivén de su respiración. Si se mueve, Ben se dará cuenta de que está despierta. Si abren la boca, dirán cosas que recordarán para siempre y que nunca podrán retirar. Su silencio es una tercera presencia en la habitación. No puede dejar de pensar en la madre de Misty Zimmerman. La señora Zimmerman —cuyo nombre es Ruth— está divorciada y vive a tres manzanas de distancia, cerca de la estación, en una hilera de casas que se han transformado en apartamentos. Su exmarido se ha mudado a otro estado. Mimi sabe todo esto porque la mujer trabaja a media jornada en el instituto de Avalon como bibliotecaria ayudante. No se conocen más que de vista, de coincidir en la máquina de café. Lleva el pelo corto, moreno y brillante —un peinado de madre— y los labios pintados de rojo desde por la mañana temprano. Y ahora la única hija de Ruth Zimmerman está muerta. Muerta —Mimi se clava las uñas en la palma de la

mano— por culpa de sus hijos.

Sabe que Theo está en la cocina engullendo un sándwich. Con la misma certeza que si estuviera a su lado, ve las lágrimas cayéndole por las mejillas. Oye a Sarah en su dormitorio, en la habitación de al lado. Con los años, la comodidad de la disposición de los cuartos en la planta de arriba ha resultado tener sus ventajas y sus inconvenientes. Ella y Ben no han tenido toda la intimidad que habrían querido —se partían de risa cuando chirriaban los muelles de la cama—, pero, a fin de cuentas, le gusta tener a sus hijos cerca. Ahora les dirige un torrente de palabras silenciosas —como una suerte de plegaria — a cada uno de ellos. Si se concentra mucho, está convencida de que sus pensamientos crearán un campo de protección alrededor de su hijo y de su hija. «No es culpa tuya. Podría haberle pasado a cualquiera.» Pero sabe que no es verdad. Busca algo útil y que sea verdad. ¿No es suficiente quererlos con una ferocidad que supera cualquier sentido de lo que está bien y lo que está mal? Mañana, Ben tendrá que declarar ante la policía. «¿Quién conducía el coche, doctor Wilf?» Mimi se clava las uñas con más fuerza.

Ruth Zimmerman no ha mirado a ninguno mientras pasaban a Misty a una camilla y luego la llevaban en una ambulancia lenta al hospital. Esta noche está sentada junto a la cama de su hija en la UCI, escuchando los zumbidos y pitidos de las máquinas que son lo único que mantienen a Misty con vida. No hay esperanza para esa niña y probablemente tampoco mucha para su madre, porque quién puede sobrevivir a una pérdida así y salir adelante. Pero quizás, a lo mejor —es un pensamiento tan egoísta que le cuesta aceptarlo—, esa noche terrible sea la bala que pasa rozándolos y sigue su curso.

Oye a Theo subiendo las escaleras. El sonido de los pasos de Sarah al volver de la ventana a la cama. Mimi se mueve por fin y se acurruca contra Ben. Él deja escapar un suspiro trémulo. Están todos aquí, ahora, a salvo en una casa sólida, en una calle bonita, en una ciudad encantadora. Recuerda una oración antigua. No es judía, no tiene ni idea de dónde la ha aprendido. Probablemente la oyese de pequeña y ahora se aferra a cada palabra como si fueran pecios en un mar picado

que podrían evitar que se hundiera. La repite una y otra vez como una nana obsesiva y silenciosa que le canta a su familia hasta que despunta la primera luz del alba: «Todo acabará bien, y todo acabará bien, y cualquier cosa, sea cual sea, acabará bien».

22 de diciembre de 2010

Theo

La nieve cae deprisa y con fuerza cuando llega a la autopista de Saw Mill River. Hace el peor tiempo posible para ir en moto y no lleva la ropa adecuada, sino una cazadora de cuero, unos pantalones de cocinero y zapatillas de deporte. Por lo menos se le ha ocurrido quitarse los Crocs. Las luces largas no hacen más que empeorar las cosas. El mundo es blanco sobre blanco. Tiene algo de experiencia con la ceguera de la nieve. En la Patagonia, una vez que estaba haciendo una excursión estival por El Chaltén, lo había sorprendido una tormenta de nieve. Fue pura suerte que no se saliera del camino. Todas las señales —el glaciar de Piedras Blancas, cerro Torre a lo lejos— desaparecieron, como si nunca hubiesen existido. Solo quedó él, Theo Wilf, dando vueltas, sin ver nada y oyendo únicamente el silbido del viento.

Tiene los ojos fijos en el guardarraíl de la sinuosa autovía de dos carriles. No se cruza con ningún coche. Nadie va a ninguna parte en una noche como esta. ¿Dónde está su madre? La vieja voz de su cabeza, la que solo se calla cuando está en la cocina, empieza a susurrar mientras él cuenta las salidas; solo quedan dos hasta el desvío de Avalon. Delante de él, a lo lejos, ve una máquina quitanieves y nota la sal sobre el asfalto. «Trozo de mierda —dice la voz—. Zurullo asqueroso. Puto perdedor.» La culpa y el silencio se han afilado con los años hasta convertirse en algo inextricable. Irse de casa fue su única opción de salvarse, pero tendría que haberse quedado allí para siempre si quería que sirviera de algo. La atracción de su hogar… Sus padres, su hermana… No. Tenía que volver. Resulta que hay cosas que no se pueden dejar atrás.

Casi se le pasa la salida. Pasa por delante del centro

comercial, con todas las luces encendidas a pesar de ser noche cerrada: los escaparates luminosos de Pottery Barn y Neiman Marcus y esa extraña y alegre tienda infantil que vende estructuras de juego que no existían cuando Theo era pequeño y todavía trepaban a los árboles y construían casas de verdad en ellos.

Intenta recuperar el aliento mientras recorre las calles oscuras de Avalon. La nieve se ha convertido en granizo y lo acribilla desde todas direcciones. Ya está en Poplar, y ahora en Division. Las luces del porche de la casa de sus padres están encendidas. De la casa de su padre. A partir de mañana, la casa de otra persona. A través del ventanal, ve una silueta y luego sale su hermana sale a la puerta. Lleva una manta enorme de algodón, de las que usan las empresas de mudanzas. Él aparca la moto y pone la pata de cabra; aquí en Mayberry no hace falta poner candado. Avalon: la ciudad olvidada por el crimen.

Sarah baja corriendo los escalones del porche. Está aún menos preparada para el temporal que él. ¿Lleva tacones? Le echa la manta a Theo alrededor de los hombros. Lo mira y lo rodea con un brazo —es sorprendentemente robusta— y lo conduce dentro. ¿Qué acaba de ver en sus ojos? Han vuelto a pasar varios años sin verse. La última vez fue antes de abrir Twelve Tables y entregarse por completo a sus demonios. Pero ella también —le echa una mirada furtiva mientras se sacude en el umbral— tiene peor aspecto que nunca. La pequeña y regia Sarah tiene ojeras y la frente artificialmente lisa; pero donde más se le nota el envejecimiento es alrededor de la boca, en la tensión de la mandíbula. La sonrisa fácil de su hermana mayor ha desaparecido.

—Joder, Theo. —Se deja caer en el sofá. Hay varios trozos de papel de burbujas. Una botella casi vacía de Courvoisier en el suelo—. Joder, joder, joder.

Tiene la voz pastosa.

—¿Despertamos a papá? —Theo pronuncia sus primeras palabras.

—No tiene sentido. No podemos hacer nada hasta que se haga de día. Han organizado una patrulla de búsqueda.

—¿Cómo ha podido pasar esto, Sarah? ¿Tú sabes lo que

cuesta ese sitio? ¿Cómo han podido dejar que mamá…, no sé, se vaya sin más?

—Ya.

—¿Te han dicho algo más? ¿Algo que…?

—Solo lo del bingo.

Sarah coge la botella de Courvoisier y la mira. La deja en el suelo otra vez.

—Tengo un mal presentimiento —dice.

—Yo también.

—Está ahí fuera, en alguna parte —Sarah levanta un brazo hacia la ventana—, con este frío.

—A lo mejor alguien la ha encontrado.

—No sé qué me da más miedo.

Theo sigue de pie, pasando todo el peso del cuerpo de una pierna a otra. Está empapado, temblando. Ve el abrigo de Ben, una vieja parka L.L.Bean, colgado del perchero. Se quita la cazadora de cuero y se despega la camiseta de la piel. No siente vergüenza delante de Sarah ni de los rollos de grasa que se desparraman por encima de los pantalones de cocina ni de la enorme barriga marcada por la brillante cicatriz en forma de medialuna. No piensa en nada más que en su madre. Tienen que encontrarla. Tienen que encontrarla enseguida y traerla a casa o llevarla a la unidad de memoria. Hay que restaurar el orden del mundo antes de que su padre se despierte.

Se seca con la manta y se pone la parka de Ben encima de la carne de gallina.

—Vamos, Sarah.

Se montan en el viejo Volvo de Ben. Theo conduce. Sarah no está en condiciones. Gira la llave en el contacto y arranca. Los robos de coches que proliferarán en las zonas residenciales, incluida Avalon, todavía son cosa del futuro, a manos de esos pobres diablos puestos de oxicodona buscando carteras y dinero en las guanteras. Esta noche, en la dulce Avalon, las casas con reforma reciente están protegidas por sistemas de alarmas y vigilancia, pero la vieja guardia (quizá su padre sea lo único que queda de la vieja guardia) nunca lo ha

considerado necesario. La puerta abierta de las casas y las llaves puestas en los coches son una prueba de las buenas decisiones que han tomado, de las vidas respetables que han llevado.

La nieve parece caer con menos fuerza cuando salen del camino de entrada y dejan la huella de los neumáticos en las calles prístinas y desiertas. Es la primera vez en veinticinco años que se montan juntos en un coche con Theo al volante. Escudriñan cada esquina, cada sombra. Sarah tiene los ojos abiertos de par en par. Theo está concentrado, sujeta el volante con ambas manos. Su campo de visión se ha ensanchado como el de un animal en peligro, ahora tiene visión periférica. ¿Dónde está su madre?

—Si fueras mamá, ¿adónde irías? —se pregunta Sarah en voz alta.

—Pero es que no es mamá —dice Theo—. Ya no.

Sarah suspira. Le huele el aliento a brandi.

—Es imposible —dice—. Podría estar en cualquier parte.

Está a punto de amanecer cuando terminan de dar vueltas por todo Avalon; han barrido cada una de las calles. Han viajado atrás en el tiempo y su niñez está por todas partes. La nieve refulge azulada a la luz de la luna. El cielo está cuajado de estrellas. «Un toro. Una serpiente. Un cangrejo. Un niño con un arpa.»

—Vamos a dar una última vuelta.

—Espera, ¿qué es eso de ahí?

—Es un reno con las luces apagadas.

—Tenemos que intentar meternos en su cabeza. En lo que ha podido pensar.

—Pero ese es el problema, Sarah.

Vuelven a entrar en la casa en silencio. Todas las células, las vértebras, la sangre y los huesos, los dedos largos y finos, los pies cavos, los ojos claros e impactantes, la melena ondulada, todo lo que sigue siendo Mimi Wilf es una chispa de vida en el mundo, aunque no recuerde ni su nombre. Sarah se hunde en el asiento y se muerde una uña. Theo estira el brazo y le da una palmada en el hombro. No debería ser tan incómodo.

—No tenemos derecho… Tenemos que despertar a… —

balbucea Theo justo cuando ven una luz encendiéndose en la cocina y a su padre, con su bata de franela, levantándose temprano para hacer frente al día de la mudanza.

Shenkman

Cuando duerme, sobre todo después de remar varias millas en el RowPro, vuelve a ser un niño. Solo en ese sueño profundo consigue encontrarse con su yo de la infancia, aquel niño raro y asustado que se ha esforzado tanto por dejar atrás en su vida adulta. Parece —el joven Shenkman, de edad indeterminada, a veces seis, a veces ocho, quizá diez— un cruce entre una aparición y un dibujo animado, con los ojos gigantes y el mentón puntiagudo, una cabeza enorme sobre un cuerpo delgaducho. El Shenkman adulto se teletransporta a su niñez y mira por esos ojos a la vez que sus ronquidos desesperan a Alice; ella se ha tomado una pastilla para dormir y duerme con una almohada sobre la cabeza. Ahora es 1975 y está en el suburbio abandonado de Nueva Jersey donde pasó sus años escolares. Aquel sitio apesta, literalmente. Hay zonas bonitas en el «estado jardín», pero donde viven Shenkman y su familia no es una de ellas.

Su padre es ejecutivo en la planta de Budweiser en Newark. Tiene un puesto muy importante y trabaja duro para mantener a su familia, según él, sobre todo cuando Shenkman le pide algo. Últimamente le ha estado lanzando indirectas para conseguir un guante de béisbol de los Rawlings con la firma de Johnny Bench. Y una red de entrenamiento para poder invitar a sus vecinos de enfrente a jugar. De mayor quiere ser *catcher*. No es rápido ni ágil, pero se le da bastante bien adivinar el rumbo de la pelota cuando se dirige hacia él.

Shenkman se pone bocabajo. Está volando por el inframundo. No quiere despertarse, así que se queda en la cama un ratito más. Puede que su niñez sea aburrida, quizás incluso infeliz, pero es capaz de imaginar todo tipo de futuros para sí mismo que se extienden ante él como una baraja de cartas. Nada es imposible: *catcher* en la liga profesional está en

el primer puesto de su lista, pero también podría ser astronauta, cirujano, gran empresario. No sabe expresarlo con palabras, pero sabe que no quiere una vida como la de su padre. Un trabajo aburrido, un matrimonio tenso, tres pequeños Shenkman idénticos y un final precoz debido a una mezcla de hipertensión, inercia y un corazón débil que se parará definitivamente a los cincuenta años. El niño Shenkman —ahora adolescente— observa a su padre tumbado en su ataúd, con las manos colocadas en posición piadosa.

Aquí, la aguja del sueño rechina y se detiene, y Shenkman se despierta de golpe. El reloj digital marca las 4:43. La peor hora. No va a poder dormirse de nuevo. Es demasiado tarde para tomarse una pastilla de las de Alice y demasiado temprano para levantarse y dar el día por inaugurado. No es *catcher* en la liga profesional ni astronauta ni cirujano ni gran empresario. Es como si hubiese marcado un punto de set y eso es lo más alto que va a llegar en la vida, como en esos juegos de las ferias donde golpeas la palanca con un mazo para intentar tocar la campana de arriba del todo. «¡Suban a lo más alto! ¡Pongan a prueba su fuerza! ¿Quién será el más hombre?» Solo que el juego está amañado. La gente como Lindgren y los de su calaña es la que siempre sale adelante sin esfuerzo. Él, Shenkman, nunca golpeará la palanca con la fuerza suficiente. Igual que su padre. Es un hombre como la media. Un hombre siempre en medio. Un hombre de mediana edad con una mujer infeliz y un hijo excepcional (eso lo sabe de sobra) que quizá sea demasiado excepcional. Si es que eso tiene sentido.

Shenkman se levanta. A veces, cuando se despierta tan temprano, una sesión en el RowPro le ayuda a empezar el día con buen pie. Además, a estas horas no va a encontrarse con Lindgren. Seguro que está dormido en su casa del Upper East Side con su «lindgrenesca» mujer rubia y de piel bronceada acurrucada junto a él. Podrían ser hermanos. La alarma de Lindgren sonará a las siete y media. Él y su mujer follarán en la ducha antes de sentarse a desayunar con los niños. Se pasarán el día lanzándose en trineo en Central Park. Los trajes y las botas de nieve están colocados en hilera en el vestíbulo, que parece recién salido de un número de la revista *Domino*.

Sus hijos no son de los que se escapan de casa en plena noche. No son niños de los que se meten el dedo en la nariz. Seguramente les parezca fenomenal que les sirvan distintos grupos de comida en el plato. Estos niños no tienen obsesiones extrañas; no se saben de memoria los nombres de todas las constelaciones. Shenkman nunca se ha sentido tan solo.

Antes de ir al gimnasio, cruza el pasillo hasta la habitación de Waldo. Quizás haya sido demasiado duro con él. La resaca de la ira siempre es peor que la propia ira. Puede hacerlo mejor. Ser mejor. Está en su derecho de sentirse agraviado e hizo lo correcto quitándole el iPad a Waldo. Pero no tendría que haber estallado así. Más tarde, cuando vuelva de la oficina, pasará a comprarse uno de esos libros sobre cómo gestionar la ira.

Abre una rendija la puerta de Waldo, despacio para no hacer ruido. Solo quiere comunicarse con su hijo y parece que solo sabe hacerlo cuando el niño está dormido. Sus ojos tardan un minuto en acostumbrarse a la oscuridad. El cuarto de Waldo está completamente a oscuras, pero Shenkman se sabe de memoria cada recoveco y cada grieta. Escudriña los rincones llenos de animales de peluche de cuando Waldo era más pequeño, cada uno con su nombre y su historia particular. Ve el póster enmarcado de Jacoby Ellsbury. Es increíble que su hijo sea de los Red Sox. Incluso en eso, Waldo no tiene nada que ver con él.

Shenkman hace esto a menudo: mirar a su hijo mientras duerme. Es una costumbre que adoptó cuando Waldo era un bebé. Shenkman no podía creerse que su niño estuviera de verdad allí, que se hubiese deslizado, literalmente, por el nudo corredizo de su propio cordón umbilical, justo allí, sobre el suelo de la cocina. Alice parecía menos traumatizada por el nacimiento de Waldo que Shenkman, quizá porque ella lo vivió y él en cambio fue solo un testigo inútil. ¿Y si no hubiese habido un médico en la casa de enfrente en Division Street? ¿Y si él no hubiera oído los gritos de Alice? Shenkman a veces se cruza con Benjamin Wilf en el coche o lo ve de lejos cuando saca la basura. Con los años, ha puesto cierto empeño en evitarlos. ¿Qué les podría decir? Su gratitud es tan grande y

tan profunda que casi parece lo contrario, vergüenza.

Avanza un par de pasos hacia la cama de Waldo. Quiere tocar la suave curva de su mejilla. Tiene un «lo siento» en la punta de la lengua. No se lo va a decir, pero quizá Waldo lo perciba. Entonces Shenkman baja la vista hacia la cama sin deshacer donde su hijo debería estar durmiendo. La colcha se ve lisa como un lago al amanecer. Los dos ositos de peluche están sentados uno junto al otro delante de cuatro almohadones mullidos. Por un segundo, se pregunta si no estará teniendo una de esas pesadillas tan realistas que te despiertas sin aliento, desorientado, y el mundo te parece distorsionado y raro. Se sacude a sí mismo. O quizás esté temblando. Nota las piernas de goma mientras baja las escaleras corriendo. A lo mejor Waldo está en la cocina. A lo mejor Waldo está en el cuarto de estar. A lo mejor Waldo… Shenkman corre al gimnasio. La luz está encendida y entonces lo ve: el iPad ha desaparecido.

Benjamin

Los de la mudanza llegarán a las siete. Todavía es de noche y probablemente le vendría bien dormir un poco más, pero con Sarah arriba —la extrañeza que le produce tener a su hija otra vez bajo su mismo techo— quiere, no, necesita un ratito para él. No ha guardado la cafetera todavía y aún queda un cartón de leche en la nevera que calentará en una cazuela pequeña y abollada.

¿Qué es una casa cuando se vacía de gente, de sus muebles y cuadros, de las fotos familiares, los jarrones de las encimeras, las sábanas y toallas de los armarios, la despensa llena? Sartenes, coladores, un wok. Salvamanteles, platos, copas de vino. Fiambreras, botes, latas de especias etiquetadas a mano con la letra de Mimi. Estanterías y más estanterías llenas de libros. A Mimi le gustaba más la ficción literaria, en su mayoría escrita por mujeres: Alice Munro, Margaret Atwood, Laurie Colwin, que murió demasiado joven de un aneurisma aórtico. Él sigue suscrito a sus revistas médicas, pero también

lee libros de historia y biografías: Richard Ben Cramer, Walter Isaacson, y ha oído que el nuevo libro de Ron Chernow sobre Washington es excelente. Ahora las estanterías están vacías. La familia de Cleveland ha contratado a una decoradora de interiores que ya se ha pasado por allí con su cinta métrica. ¿Quitarán la librería para poner una televisión de pantalla plana? ¿Reformarán la cocina? ¿Tirarán el tabique que separa el salón de la sala de estar? Eso es algo que Mimi siempre quiso, hacer un salón más grande, familiar. Deberían haberse animado. ¿Cuánto tiempo permanecerán las huellas moleculares de los Wilf en el número 18 de Division Street?

Mientras pone el café y calienta la leche, contempla la casa una vez más. Cierra los ojos y oye las voces de sus seres queridos. «Buenos días, cariño.» «¿A qué hora os recogen?» «¿Qué hay de cenar?» «Huele bien.» «¿Cuánto tiempo puede tardar un niño en ducharse?» «Cuéntame el detalle de las jugadas.» «Ben, hay un ratón muerto en el cuarto de la lavadora.» El chisporroteo de la cebolla y el beicon en la sartén (Theo). Una risa femenina por debajo de la puerta del dormitorio (Sarah). Puede incluso oír la calidad particular del silencio que él y Mimi compartían los años después de que los niños se fuesen de casa: cordial, amoroso, amplio, su preciada soledad doble. Sabía que no podía durar para siempre. Aun así, siempre pensó que tendrían más tiempo.

Debería haberse fijado en las señales desde el principio, pero la verdad es que no quiso verlas. Primero le faltaron las palabras. En mitad de una frase, se paraba, perpleja, y lo decía: «No me sale la palabra para lo que quiero decir. No la encuentro, Ben». Pero él lo achacaba a la pérdida de memoria, algo inherente al envejecimiento. A veces no encontraba el bolso. Eso también era normal. Le hacía la misma pregunta varias veces. Incluso con aquello, él se molestaba mínimamente —¿es que no lo escuchaba?—, pero no le parecía que fuese algo de lo que preocuparse. No fue hasta un día en que lo llamó durante su paseo diario: «No sé llegar a casa». ¿Cómo que no sabía llegar a casa?

—¿Dónde estás? —Oyó su propia voz y supo que no había adoptado tono de marido, sino de médico—. Mira alrededor,

Mimi. ¿Qué ves?

—No lo sé… Una casa amarilla. Una valla blanca.

—¿Qué más?

—Las peonías están en flor.

—¿Hay algún cartel en la calle, cariño? Busca el cartel de la calle.

Se desplazó a un lugar acordonado dentro de sí mismo donde lo movían la estrategia y el análisis. Todos los cirujanos tienen la capacidad de actuar con decisión en el momento y notar los efectos después. «Mimi está enferma. Lo más probable es que Mimi tenga alzhéimer.» Las palabras se adentraron en él con la voz aséptica de un presentador de telediario.

—Hay uno. Maple Street. Y en el otro pone Railroad.

Dios mío, estaba a seis manzanas de casa, en una esquina que conocía tan bien que podría haberla encontrado con los ojos vendados. Y se había perdido.

—No te muevas —le dijo—. Quédate justo donde estás.

Recorrió a la carrera las seis manzanas y llegó sin resuello. Mimi, su mujer, estaba allí, cuan alta era, en la esquina de Maple con Railroad, con el pelo ondeando al viento y las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Miraba hacia la calle Railroad como si estuviera pensando si pararse o no en la pescadería a comprar la cena de aquella noche. Cualquier vecino que hubiese pasado con el coche habría saludado al pasar a Mimi Wilf —esposa, madre, secretaria del comité de humedales, miembro de la junta del programa extraescolar de arte, vecina muy querida de Avalon de toda la vida— sin que se le pasara por la cabeza que podía suceder algo.

—¡Ben! ¿Pero qué…?

—Mimi, yo…

Y entonces se detuvo. No había ninguna preocupación en el gesto de Mimi. Tenía los ojos límpidos. No sabía que acababa de perderse. No se acordaba de haberlo llamado. Sintió que le sobrevenía una oleada tras otra de pena mientras su mente se aceleraba: quizás hubiese otra explicación. A lo mejor había sufrido un ataque isquémico transitorio, un pequeño ictus; eso sería mejor. U otra cosa. Acababa de empezar a tomar estatina para el colesterol. La pérdida de memoria puede ser un efecto

secundario. Pero, cuando tomó del brazo a Mimi y empezó a caminar con ella hacia casa, los deslices y las confusiones de los meses anteriores empezaron a encajar y cobraron sentido. La estaba perdiendo. Se estaba perdiendo a sí misma. Él no quería hacerle daño. Le iba la vida en ello. ¿Cuánto tiempo les quedaba hasta que tuviera un momento de lucidez y sintiera cómo caía la hoja que dividiría para siempre su vida —sus vidas— entre todo lo anterior y esto?

—Amor mío. —Ella apoyó la cabeza en el hueco de su cuello. El sol empezó a ponerse mientras caminaban por Maple Street. Él inhaló el aroma cálido y ambarino de ella, tan familiar como si fuera el suyo propio—. Me habrás echado de menos.

Estuvo así tres años y medio. No les dijo nada a Sarah ni a Theo. Sarah vivía en la otra punta del país y estaba muy ocupada entre el trabajo y las gemelas. Notaba cierta tensión en la voz de su hija cada vez que la llamaba; estaba sobrepasada. No quería preocuparla. Y Theo… Theo había vuelto. Era chef en un restaurante de TriBeCa y estaba ahorrando para abrir su propio negocio. Ben y Mimi fueron unas cuantas veces a la zona sur de Manhattan a que Theo les hiciera la cena. Siempre que iban, les enviaba un plato tras otro a la mesa. Tenían la prerrogativa del chef. Así era como les demostraba su amor; Mimi se lo había explicado a Ben, evitando con cuidado las fallas geológicas, el daño que ambos sabían que habitaba en el interior de su hijo. Comían todo lo que podían: patatas glaseadas con caviar, *gelée* de limón Meyer, anillos de atún claro, *foie gras* caramelizado acompañado de higos infusionados con oporto. Cada plato era servido con un ademán exagerado de un camarero siempre dispuesto a decirles que el chef Theo se había encargado él mismo del toque final.

A Ben casi se le quema la leche. Todo su ser vibra, como si

fuera un instrumento que alguien hubiese afinado al máximo por la noche. Los sonidos, las voces, los rayos de memoria no encajan de forma coherente, son más bien caleidoscópicos. Piensa en el muchacho, Waldo, y en su artilugio inclinado para reflejar el firmamento. En la soltura con la que manejaba el cacharro aquel. En cómo, pulsando un botón, como un mago pequeñito, los había llevado a ambos de viaje por el tiempo y el espacio. «Andromeda, Antlia, Apus, Aquarius.» Había sido reconfortante, en cierto modo, sentarse al lado de aquel niño capaz de localizar su ubicación precisa en la inmensidad. Las estrellas, en lugar de parecer distantes e implacables, parecían señales en la noche, viajantes misteriosas que iluminaban un camino; cien mil millones de presencias luminosas que les hacían señas desde otros mundos. «Miradnos. Estamos aquí. Siempre hemos estado aquí. Siempre estaremos aquí.»

Cuando Ben le da el primer sorbo a su último café en esta casa piensa en unos versos de Whitman, del «Canto a mí mismo»; su pasaje preferido de su poeta predilecto:

> Me entrego al barro para brotar de la hierba que amo.
> Si me necesitas, búscame en la suela de tus botas.
>
> Difícilmente sabrás quién soy o lo que quiero decir
> pero, sin embargo, seré fuente de salud para ti
> y filtraré y fortaleceré tu sangre.

Es un hombre pragmático, pero en algún lugar mudo dentro de él, Ben Wilf ha llegado a creer que vivimos en círculos en lugar de una línea recta; que el aire no está hecho solo de moléculas, sino de memoria; que estos círculos siguen un patrón invisible; que el pasado, el presente y el futuro son parte de este patrón; que nuestras vidas se cruzan durante fracciones de segundos que son años, siglos, milenios; que nada se desvanece por completo. Por eso va a marcharse de este lugar adonde llegó de joven, al inicio de una gran aventura, y se va a mudar a pocas manzanas de distancia para estar con su mujer, que pronto no lo recordará; y sus hijos están viviendo sus respectivos destinos (nota una punzada de lástima por ellos). Pero han vivido.

Ha contestado a su propia pregunta. Los Wilf siempre seguirán entre las paredes del 18 de Division Street. Igual que la chica que murió aquella noche de agosto de hace tiempo vivirá para siempre dentro del gran roble. Sus padres son la brisa que cruza la avenida Classon en Brooklyn. La Mimi a la que ama desde hace más de cuarenta años sigue viva en la paciente a la que le dan las gachas con cuchara en la unidad de memoria y que ahora mira fijamente a otro espacio distinto. Los primeros colonos europeos de Avalon están enterrados en el cementerio de la ciudad, pero también siguen —junto a todos los demás habitantes de la ciudad a lo largo de su historia— tan presentes como el manto de estrellas.

Waldo

Dentro de una hora saldrá el sol. Es el día siguiente al solsticio de invierno: el segundo día más corto del año. Se lo ha dicho su iPad. Ayer —que parece hace una eternidad— su padre no lo dejó levantarse temprano (vale, era muy temprano, como las tres de la madrugada) para ver el eclipse lunar total. Por eso se fue a la calle la noche anterior y se sentó con el viejo doctor a enseñarle el cielo. Quería alguien con quien compartirlo. No tiene hermanos ni hermanas. No tiene amigos. Y sus padres se enfadan un montón con él cada vez que habla del Star Walk. Su madre fingió interés cuando se lo compraron, pero él sabe distinguir cuando su madre presta atención de cuando la simula. Se le empañan un poco los ojos y la mano se le escapa al teléfono. Su padre directamente odia el Star Walk porque cree que Waldo debería tener alguna afición más normal. Subraya esa palabra siempre que la dice: «normal», como si fuera el objetivo final, lo mejor que se puede ser.

Bueno, en esas está Waldo. Si su padre lo encuentra, lo va a matar. Pero el pensamiento inmediatamente siguiente es peor. ¿Y si su padre no lo encuentra? Cuando las estrellas mueren, primero se convierten en gigantes rojas, luego en enanas blancas y por último en enanas negras. El proceso dura varios miles de millones de años. Pero él es solo un niño. Y tiene frío.

Está muy cansado y tiene frío. Mira la aplicación del tiempo en el iPad. La nieve de anoche ha parado y ahora hace dos grados bajo cero. La señora mayor está acurrucada a su lado, roncando con suavidad. Tiene las manos embutidas en los mitones que le ha dado, recogidas contra el pecho, y su gorro de lana encasquetado hasta las cejas. El pelo le tapa la mitad de la cara. Comprueba que sigue teniendo puestos los calcetines debajo de sus zapatillas de andar por casa. El interior de la estructura de juego no está muy oscuro. Las luces brillantes del aparcamiento llevan encendidas toda la noche como cien lunas falsas.

Le queda un sesenta por ciento de batería. Le castañetean los dientes y no se nota las yemas de los dedos. Un sesenta por ciento es mucho. Puede permitirse mirar el cielo un rato. Abre la aplicación, toca la pantalla y el familiar círculo intermitente tarda un minuto en localizar su ubicación. Star Walk puede encontrar el cielo sobre él en cualquier lugar, desde su habitación en Division Street (ay, cuánto echa de menos su habitación) y a través de la madera, el ladrillo y el hormigón, en los edificios en expansión del centro comercial. Waldo podría estar en una mazmorra ahora mismo y, aun así, habría podido seguir la estela de las constelaciones, el mundo que siempre está ahí, lo veamos o no.

Antes de quedarse dormidos, le ha enseñado a la señora mayor dónde estaban. Eso pareció calmarla. O quizá fuera la música de fondo, que suena parecida a un arpa. El arpa le hizo pensar en la Lira, la constelación, así que le contó todo lo que sabía de ella. «Para encontrar la Lira, primero hay que buscar a Vega, una de las estrellas más brillantes del cielo. Solo se ve bien en verano, pero es una de mis preferidas. La segunda estrella más brillante de la constelación es Beta Lyrae, que son dos estrellas unidas en órbita. Una es azul y la otra es blanca. Están tan cerca que se rodean la una a la otra cada trece días.» Antes de cerrar los ojos, la señora le dedicó una sonrisa, con las mejillas empapadas de lágrimas. «Gracias, Theo», susurró. Él no se molestó en corregirla.

Sarah

Acabará pensando que la vida es como un libro y que está dividida en capítulos. Por ejemplo, la suya. Una Sarah Wilf brillante y reluciente ocupa el primer tercio del libro, la introducción, la curva ascendente del arco narrativo. Es la niña perfecta de Avalon. Ha habido otros niños perfectos antes y habrá otros después, igual que siempre han existido los hermanos grises de estos niños brillantes, que lucen las cicatrices provocadas por las comparaciones odiosas demasiado precoces. Uno no se recupera de esas cosas. Los capítulos de Sarah Wilf en su mejor momento se interrumpen de forma abrupta una noche de verano en mitad de una década adversa. Sucede algo horrible y no hay consecuencias visibles. La muerte de Misty Zimmerman se acaba etiquetando como un accidente, aunque no sin antes poner en entredicho la reputación de su padre. Mientras tanto, ella guarda silencio. A nadie se le ocurre hacerle una prueba de alcoholemia. Se dice a sí misma que ha hecho lo que ha podido. Ha protegido a su hermano pequeño. Todo habría sido peor si se hubiese descubierto que quien conducía era Theo.

Ahora se encuentra en pleno nudo de la historia. O ha llegado al primer giro de guion del segundo acto, como diría Pete. O quizá sea el segundo giro de guion. En jerga guionística, el único idioma que habla Pete. Los segundos actos —los nudos— siempre tienen dos giros de guion importantes, o eso pone en los libros de guion con dobleces en las páginas que tiene en las estanterías de su despacho. Estos giros suelen estar claramente separados para mantener el ritmo dramático. Pero ella se encuentra en la mitad de su vida, que parece estar saltando por los aires en ambas costas a la vez. ¿Eso es un giro de guion o son dos?

Ha puesto el teléfono en modo avión, aunque lo mira cada pocos minutos para ver si hay noticias de su madre. Todo está tranquilo a ese respecto —demasiado tranquilo—, en cambio, el ruido viene de un piso pequeño de Laguna Beach: «Llámame, puta. No puedes ignorarme sin más». Luego, otro más críptico: «Me las pagarás». A continuación, varias horas de silencio, y

luego: «Recuerda que tengo fotos». Cuatro palabras y un escalofrío que le recorre la espalda. ¿Cómo ha podido ser tan tonta? Le ha dejado un mensaje en el contestador al doctor Baum. Pero es muy temprano en Los Ángeles y seguramente el doctor Baum esté dormido. Los psicoanalistas de setenta y ocho años de Beverly Hills que saben poner límites no suelen dejar el teléfono en la mesilla de noche por si un paciente tiene una crisis. Velan por el bienestar de los ansiosos. Sarah ha abandonado su puesto en el club de la ansiedad y ha entrado en una zona peligrosa. Una cosa es beber. Hay muchos alcohólicos funcionales en el club. ¿Y la aventura? También, también. Son sus decisiones, le diría el doctor Baum. Cada día que pasa es más autodestructiva.

Y ahora la están amenazando. No hay otra forma de llamarlo. Se tomaron una botella de vodka Belvedere casi entera, mezclado con zumo de naranja recién exprimido, y una bandeja de cruasanes del servicio de habitaciones; un intento patético de que la escapada pareciese un simple *brunch* decadente. Eligió un hotel del centro. No podía haber nadie del distrito oeste que ella conociera en un hotel del centro por la mañana un día de diario. Nadie del Westside cruzaba la 405 si podía evitarlo; y si lo hacía, no era para irse de *brunch*. El NoMad tenía un rollo sórdido, como debe ser, con un bar de cócteles en la terraza y el rostro gigante del demonio Orcus tallado en piedra, y dentro de la boca abierta, un fogón presidiendo la piscina.

Tampoco es que fueran a pisar la piscina. Pusieron el cartel de NO MOLESTAR en la puerta y echaron el cerrojo. Ella había dejado claro lo que quería: que la castigaran. (Vuelve a pensar en el doctor Baum. ¿Qué esperaba? Está recibiendo más incluso de lo que pidió.) Él iba preparado. De algún modo, ella había adivinado que tendría los juguetes adecuados. No llevaba muda —después de todo, no iban a pasar la noche juntos—, pero sí un surtido variopinto de esposas, correas para las muñecas y los tobillos, cuerdas de seda y vendas.

Ella ni siquiera era consciente de que quería aquello hasta que las ganas la sobrepasaron. Se dijo a sí misma que era porque el sexo con Peter se había reducido a cero. Pero, por

supuesto, eso no era todo ni de lejos. Llevaba suficientes años haciendo terapia para poder analizar su propio deseo: «Castígame —había dicho—. Castígame». Hay pocas líneas que, una vez las cruzas, te definen para siempre. Si tienes hijos, eres madre. Si matas a alguien, eres un asesino. Si participas en algo y además lo instigas, eres cómplice. Si te follas a alguien que no es tu marido, eres adúltera. Ella es todas esas cosas. «Recuerda que tengo fotos.»

La habitación estaba en un piso alto y tenía mucha luz. Había una bañera de esas que imitan a las antiguas, en la que se bañó una vez que él se hubo ido, con la mente en paz, despejada de las interferencias habituales. Él le había puesto una venda de seda negra en los ojos y con otra le había atado las muñecas, y le había anudado otras dos en los tobillos, primero suave y luego fuerte, con las piernas abiertas. «¿Te gusta? Eres una puta y una cachonda, ¿verdad?» Le separó las piernas y le metió la mano.

En un momento dado, le quitó la venda. «Quiero que veas cómo te follo.» Tenía un tatuaje con la cara de un lobo en el pecho y una araña en el bíceps. Miró la araña mientras él estiraba ese brazo hasta la mesita de noche para coger el móvil. Se puso encima de ella. «Sonríe, zorra.» Luego le dio la vuelta y se la metió, con una mano en su culo y la otra sujetando el teléfono. Ella lo había querido. Que la anularan, que le infligieran dolor. Que la juzgaran.

Se imagina a Peter mirando el móvil, en el coche, parado en un semáforo en Sunset Boulevard. Mirando su correo. ¿Qué asunto llevaría la misiva que le arruinara la vida? «Tu mujer.» «Sarah.» No. No usaría su nombre. Nunca la ha llamado por su nombre. «Zorra.» «Puta.» Se merece la tormenta que está a punto de descargar sobre ella. Pero ¿y Peter? Peter no ha hecho nada para merecerse esto. Es un hombre sencillo, un buen tipo que no ha tenido suerte. Ha hecho lo posible por aceptar el abismo que hay, cada vez más grande, entre ellos. La gente no se acuerda de su nombre. En las fiestas, todo el mundo pasa de él para intentar hablar con ella. Es normal que le dé la espalda en la cama. Ahora va a ver imágenes —cuántas, no tiene ni idea, cómo ha podido ser tan idiota, cómo

ha podido despreciarse tanto a sí misma como para haberlo permitido— de su mujer atada a una cama con la polla de un desconocido a pocos centímetros del culo.

¿Y el estudio? Cierra los ojos. ¿Podrían llegar esas fotos hasta su jefe? Seguro que sí. Esas cosas pasan constantemente, normalmente a los hombres. Se hunde en un pozo de vergüenza tan familiar y tan profundo que corre el riesgo de ahogarse en él.

—¿Sarah?

Se sobresalta al oír el sonido de la voz de su hermano. Mira alrededor y ve su infancia: la canasta de baloncesto abollada que sus padres nunca han quitado, el huerto de hierbas aromáticas de su madre, abandonado hace años. Arriba, su habitación —en la que ahora solo hay cajas y un colchón— pintada de rosa y naranja, con un cabecero blanco brillante y una pared llena de chinchetas con cientos de fotos, galones y postales. Ben la había llamado cuando vendió la casa. Que si quería todos aquellos recuerdos. La luz cálida de la ventana de la cocina enmarca a su padre, de pie junto a los fogones. Debería haber una palabra para el momento preciso antes de que te rompan el corazón, cuando hasta el aire se estremece por lo que está a punto de pasar.

—Tenemos que entrar. Tenemos que contárselo a papá. —Las manos de Theo siguen firmes sobre el volante, el coche está al ralentí, como si cupiera la posibilidad de arrancar de nuevo y empezar una historia diferente.

El cielo ha empezado a encarnarse. Al oír el ruido de las puertas del coche al cerrarse, Sarah ve que su padre se acerca a la ventana y mira con perplejidad a sus dos hijos acercándose.

Mimi

¡Ay, qué alegría! Su hijo está a su lado. Su niño precioso y querido. Los padres no deberían tener favoritos y ella no se lo diría nunca a nadie, pero el suyo es Theo. Adora a su hija, claro. Pero Sarah no la necesita tanto como Theo. Algunos niños crecen como orquídeas y otros como la maleza. Theo es

una orquídea. Sarah es una hierba salvaje. Se abriría paso en cualquier parte. Sacaría la cabeza al sol por una grieta en la acera. Pero Theo necesita que lo cuiden y le den de comer. Theo necesita los ojos de su madre pendientes de él para florecer.

Pero ¿dónde están Ben y Sarah? ¡Ah, claro! Sarah tiene entrenamiento de hockey. Mimi preparará la cena con Theo hoy. A él le encanta hacer recetas con ella, remangarse y ponerse el delantal. «Mamá, vamos a hacer estofado de ternera *bourguignon*. O esta… este jambalaya tiene buena pinta.» Sus manitas junto a las de ella mientras pela las cebollas perla y lava y lamina los champiñones. Mimi se preocupa por su hijo en muchos ámbitos, pero no en la cocina. Ahí sabe que el chico camina con paso firme.

—¿Señora?

¿Por qué la llama Theo de esa forma tan horrible? No es una señora. Es su madre.

—Señora, está temblando.

Quiere decirle que está bien —que no tiene que preocuparse por ella—, pero no le salen las palabras. Los dientes se golpean unos contra otros y tiene la mandíbula tan rígida como un cascanueces. Su vida entera le da vueltas alrededor, como un vórtice, girando, fuera de su alcance, aunque ella esté dentro.

—Señora, tengo miedo.

¡Theo tiene miedo! Nota que algo se le clava por dentro. Theo está en el césped, a cuatro patas. Una luz roja intermitente. Theo está llorando en su habitación. Lo oye a través de las paredes del dormitorio. Llora con un lamento inconsolable. ¿Eso es sangre? No, no, no. Espera, ¿qué es esto? Theo se está montando en un taxi. Theo… Es imposible… Theo ha desaparecido. Se ha ido muy lejos y quizá no vuelva nunca. Les manda postales. «Perdonadme. Esta es la única forma», escribe.

Pero ahora está aquí y aferra algo contra su pecho pequeño. Las lágrimas le asoman a los ojos. Está diciendo palabras que ella no entiende. «Andromeda, Antlia, Apus, Aquarius, Aquila, Ara, Aries, Auriga, Bootes, Caelum, Camelopardalis.»

—No tengas miedo, Theo —dice. O cree que lo dice.

—Las estrellas nos vigilan, señora. Saben dónde estamos. Nos encontrarán.

Hace mucho tiempo, en una época que podría ser ahora, Mimi tuvo una migraña ocular; la vista se le fragmentó en lo que parecían cientos de prismas de colores, como la luz solar incidiendo en un cristal roto. Habría sido hasta bonito de no ser tan aterrador. Ahora el mundo se ha vuelto refractario. Todas las cosas y las personas que ha querido a lo largo de su vida están dentro de esos prismas. Sus padres, que murieron hace mucho. Su marido, con sus ojos amables y su sonrisa generosa. Ha tenido tanta suerte. Sus bebés… Ay, sus bebés. Se abrazan a sus rodillas. Le echan los brazos para que los saque de la bañera. Cantan en el asiento de atrás del coche. «Las ruedas del autobús girando van, girando van, girando van.» Están a salvo en su cama.

«Cassiopeia, Centaurus, Cepheus, Cetus, Chamaeleon.»

Suena como una nana, o quizás una oración. A Mimi se le cierran los ojos. Ya puede irse. Están a salvo en su cama.

14 de mayo de 2020

Waldo

«Él/he/him.» Mira la parte superior del formulario. Los pronombres son opcionales y no tiene por qué rellenarlos, pero le hacen pararse a pensar. «Elle/they/them.» No, eso no. Quizá sea «ello». La cabeza le da vueltas. Está en casa. Enviando solicitudes para hacer prácticas virtuales, porque ahora todo es virtual. «Virtual: lo que no existe de manera física, sino que lo parece por obra de un programa informático.» De vuelta después de dos años y medio. Solía quedarse en Berkeley en verano y durante las vacaciones, trabajando en el laboratorio, pero la pandemia lo ha cambiado todo. No ha salido de casa en semanas.

Su padre está abajo haciendo huevos revueltos. El proceso cada vez es más elaborado y ahora incluye jalapeños, queso rallado y beicon o salchichas, depende de lo que haya en la nevera. Desde que Shenkman dejó de trabajar debido a la pandemia —el mes pasado—, cada día que pasa es más tierno y amable. Waldo no sabe qué hacer con esta versión nueva de su padre. Su madre le habría ayudado a afrontarlo. Cuando piensa en su madre, algo le presiona las costillas con fuerza, desde dentro. «Eso es el duelo», le dijo su última novia. Se llama Sophie McNeil y va a un curso menos que él en Berkeley. Cuando estaban juntos le regaló varios libros: el de Kübler-Ross de las cinco fases, uno de Sontag que habla de la enfermedad como metáfora y otro de Pema Chödrön sobre cuando todo se derrumba (su preferido).

Cierra el portátil y mira por la ventana al otro lado de Division Street. Ya no conoce a nadie en el barrio. En realidad, nunca ha conocido a nadie, al menos no desde los once años, después de que el doctor Wilf se marchase. Aquel lugar era el

universo cerrado de los Shenkman, y cuando su madre enfermó, su mundo debería haberse hecho más pequeño, pero en lugar de eso se expandió porque venían las enfermeras y, ya al final, los de paliativos. Había más gente en su casa que nunca; el trajín y la eficiencia de esperar a la muerte. La presión se hace aún más fuerte. Sabe que no puede luchar contra ella. La única forma de pasarlo es surfear la ola. ¿No es eso lo que diría Pema? «Tú eres el cielo. Todo lo demás es solo el clima.»

—¿Waldo?

La voz de su padre llega desde abajo.

—¿Quieres huevos?

—No, gracias.

Todos los días lo mismo. El mismo pijama. Los mismos calcetines. Los mismos olores. El mismo árbol junto a su ventana; las ramas están empezando a adquirir un color rojizo por las hojas incipientes. A veces pasa alguien paseando o corriendo. Lleva mascarilla. Aunque supiera quiénes son, no los habría reconocido. A veces llevan mensajes en las mascarillas: VOTA, o TODO IRÁ BIEN, o ESTOY SONRIENDO. Es imposible reconocer a la gente solo por los ojos. Es la parte inferior del rostro la que te revela: el gesto de una boca, la tensión de una mandíbula. A veces, a lo lejos, oye el ulular de una sirena. Si presta atención, escucha el trino de los pájaros. Su madre siempre se aseguraba de que el comedero estuviese lleno. Aunque ahora lleva años vacío, generaciones de aves conservan el recuerdo y siguen volviendo. Saltan al borde metálico del comedero y picotean el cristal; cuerpos diminutos, marrones y hambrientos, picos abiertos.

Las noches también son todas iguales. La misma cena, Waldo sentado enfrente de su padre en la mesa de la cocina mientras ambos mastican sin ganas algo tipo pollo con verduras. Y todas las noches, como hace desde que era un niño, abre la ventana de su habitación e inclina el iPad —el modelo más nuevo, comprado con el dinero que gana como investigador ayudante— hacia las estrellas. «Eres el cielo —repite una y otra vez—. Eres el cielo. Eres el cielo.»

Hay muchas cosas que no sabe cómo expresar, así que hace

listas. No se las enseña a nadie. ¿A quién se las va a enseñar? Sophie ya no está, ha vuelto a casa de sus padres en Minneapolis, y además, «Oye, Waldo, no puedo, es que no puedo más». Las listas le ayudan a poner orden en su interior. Quizás acaben siendo un registro, un mapa para futuros exploradores.

Cuando miro al cielo, busco el rostro de mi madre.
Es la segunda persona muerta que he visto de cerca.
Anoche no había luna y pude ver la galaxia de Andrómeda.
Está a 2,2 millones de años luz.
Probablemente choque contra nuestra galaxia dentro de 4000 millones de años.
Cuando las galaxias colisionan, pasan una a través de otra. Como los fantasmas.
Mi padre siempre me mira cuando cree que no me doy cuenta.
¿Cuándo podré irme?
Subir perfil a Bumble.
Programa de doctorado en Astrofísica. ¿Dónde?
Quizás adoptar un gato.
Hablar con el doctor W.

La última anotación —«hablar con el doctor W»— figura en todas las listas que garabatea con su letra casi indescifrable. Quiere decirle a Ben Wilf que piensa en él todo el rato, pero hace tiempo que no lo llama porque intenta evitar cualquier cosa que le haga sentir demasiado. Desde que se enteró del papel que el doctor Wilf desempeñó en su llegada al mundo, en su existencia, siente un vínculo secreto con él, algo que va mucho más allá de lo que siente por su propio padre. A Shenkman lo tolera. El recuerdo de su ira está clavado muy profundamente en Waldo, no muy lejos de esa presión contra las costillas; puede trazar el camino de una cosa hasta la otra, como el Gran Cuadrado de Pegaso que apunta hacia la galaxia de Andrómeda.

El doctor Wilf —«llámame Ben»— escribió a Waldo en cuanto se enteró de que su madre había enfermado durante su primer año de instituto. Llegó una carta, una carta de verdad por correo postal. Ben Wilf no tenía la letra típica de médico y

Waldo tuvo la sensación de que incluso había elegido el sello, una imagen de un eclipse solar total, con sumo cuidado. Su letra era angular, elegante, apropiada para él. «Quiero que sepas que tu madre es una mujer muy valiente», escribió. La tinta era azul y el papel de color piedra. «Yo mismo fui testigo de su valentía cuando tú naciste. Y, en realidad, quiero decirte que lo siento, Waldo. Lo que estás pasando es muy duro, pero todo irá bien, o eso espero.»

Inició una especie de correspondencia con Ben Wilf después de aquello. Cuando Waldo se fue a Berkeley, estaban en la misma zona horaria, si no en la misma ciudad. Ben estaba viviendo en Los Ángeles con su hija (Waldo tiene un recuerdo borroso de ella una mañana, diez años antes, llorando, tambaleándose, mientras sostenía el cuerpo sin vida de aquella mujer a quien él solo había conocido como una señora mayor, nada más). Ben tiene dos nietas que son solo un par de años mayores que Waldo. «Estamos pasando la cuarentena juntos. Cuidándonos.»

—Oye, Waldo…, ¿tienes un minuto?

Su padre aparece en el umbral de la puerta. Un rayo de sol que entra por la ventana que da al este se refleja en el suelo de madera, junto a su cama. Waldo puede adivinar la hora que es en función de dónde se refleja la luz. Se pasa el día en su cuarto, todos los días. Su clase de ecuaciones de estructuras estelares empieza dentro de media hora. En la pantalla hay dieciocho estudiantes repartidos en pequeños recuadros, algunos con un fondo falso —la playa o la montaña—, otros aún en pijama, sentados en su cama de la infancia. El nombre de cada estudiante aparece en la parte inferior del recuadro junto con, si quieren (que la mayoría quieren), sus pronombres. ¿Qué fue lo que le dijo su madre hace mucho tiempo? Utilizó palabras como «único» y «especial». Dijo que era un unicornio. Lo dijo con amor. Fue en los años entre el día en el que se escapó de casa y cuando ella se puso enferma. Su madre dejó el trabajo en el bufete por él. Nunca se lo dijo, jamás, pero oyó los susurros tras la puerta cerrada del

dormitorio de sus padres tan alto como si estuvieran hablando por un megáfono: «No puedes hacer eso, Alice, no nos lo podemos permitir.» / «No lo entiendes, tengo que hacerlo.» / «¿Qué quieres que haga?» / «Ya veremos.» / «Soy su madre y si no me encargo yo de que reciba la ayuda que necesita…»

—¿Waldo? —Otra ensoñación interrumpida—. Te he preguntado si tienes un minuto.

Este es el nuevo Shenkman. Un Shenkman abatido, cansado, amable. El viejo Shenkman habría entrado en su habitación en dos zancadas y lo habría agarrado por los hombros. «¿Estás sordo o qué?» Pero ese Shenkman se ha esfumado para dar paso a esta persona que quizá sea un avatar.

—Tengo clase ahora —dice Waldo.

—No te quitaré mucho tiempo.

Su padre se deja caer con pesadez sobre la cama y levanta la vista hacia él.

—Voy a vender la casa —dice Shenkman—. Bueno, tengo que vender la casa.

Waldo asiente con la cabeza. No tiene palabras, como de costumbre. De los once a los catorce años, su madre lo llevaba a la ciudad tres veces por semana a distintos sitios: terapia del lenguaje. terapia ocupacional, terapia cognitivo-conductual, terapia de conversación. Lo llevó a un instituto con sede en un edificio del centro de Manhattan para que lo evaluaran a lo largo de varias sesiones. A Waldo no le molestaba la terapia. No le importaba que lo evaluaran. Le hacía sentirse especial. Proyecto Waldo. Operación Waldo. Además, así podía pasar tiempo con su madre lejos del polvorín del número 23 de Division Street, una casa en la que una palabra, un gesto, podía incendiar el aire en cualquier momento.

Si alguien se lo hubiese preguntado, entre todas las preguntas que sí le hicieron —algunas loquísimas, como si oía voces dentro de su cabeza (no), si tenía pensamientos suicidas (no), si había intentado hacerse daño a sí mismo alguna vez (no)—, si alguien le hubiera preguntado si creía que necesitaba toda aquella terapia, la respuesta también habría sido negativa. Su madre tenía razón. Era un unicornio. No encajaba en ningún molde proporcionado, como los demás chicos. Su

cerebro estaba cableado de una forma distinta. Solo necesitaba sobrevivir a su propia infancia y estaría bien… Más que bien. Ahora nadie lo llama tonto ni soñador ni mocoso. Ahora lo llaman niño prodigio y citan la investigación pionera que ha desarrollado (¡antes de acabar la universidad!) y que ha ayudado a detectar las pulsaciones débiles de rayos gamma en una estrella de neutrones de rotación rápida.

—¿Waldo? —Su padre está… Ay, no. Su padre está llorando. Esto no cuadra. Dos lagrimones caen como vías ferroviarias por las mejillas de Shenkman y luego se detienen por culpa de su barba incipiente.

—Papá… No te preocupes, a mí no…

Waldo mira el haz de luz. La clase empieza dentro de doce minutos.

—Es que ahora es un buen momento —dice Shenkman—. Por la época que estamos viviendo. La gente se está yendo de la ciudad. Quiere vivir en Avalon. En ciudades como Avalon. Así que el mercado inmobiliario se está disparando. Voy a comprar una casa más pequeña…, un apartamento en Florida. En Sarasota. Tendrás un cuarto para ti, por supuesto. Y, además, te viene bien, así podremos tener más dinero para que estudies el posgrado.

Waldo no le dice a Shenkman que no va a ir a Florida. Ni que no necesita dinero para el posgrado. Lo han aceptado ya en los programas de doctorado de astrofísica del MIT, Harvard y Stanford.

—Papá, lo siento.

Lo que quiere decir es que la conversación tiene que terminar. Pero Shenkman elige entender otra cosa.

—No es culpa tuya, Waldo. No quiero que pienses que es culpa tuya.

En la caída de hombros de su padre, Waldo ve algo. La extraña amabilidad que se ha apoderado de su padre tiene un nombre: derrota. Ha luchado sin descanso, pero ya no puede luchar más. Quiere retirarse a Sarasota y encontrar a una señora agradable en una de esas aplicaciones de ligar para mayores de cincuenta. Hay libertad en la rendición. Quizás esto sea lo que la vida hace con algunas personas. Como una

especie de sistema de púlsar «araña». Dos estrellas: una gigante de neutrones y una mucho más pequeña que no tiene ninguna posibilidad contra la otra. La estrella de neutrones es un púlsar que con los años luz acabará consumiendo a su compañera hasta que no quede nada de ella.

Waldo siente ganas de llorar también, algo que no ha hecho desde el día en que murió su madre. Piensa que ojalá pudiera abrazar a su padre, pero no lo hace. No puede. La tercera ley de Newton: por cada acción de la naturaleza, hay una reacción idéntica y otra contraria. Hace mucho tiempo, su padre se enfadó con él y Waldo se escapó de casa. Se pasó la noche tratando de hacer entrar en calor a la señora Wilf hasta que el cuerpo de ella se puso rígido y frío entre sus brazos diminutos. El viejo médico que lo trajo al mundo quedó vinculado a él como si los uniera un hilo invisible e intrincado. Su madre se convirtió en su defensora y en su salvadora. Y a lo mejor —cierra los ojos con fuerza—, a lo mejor fue demasiado para ella. A lo mejor sí que fue culpa suya.

Su padre se pone de pie.

—Tendremos que prepararlo todo para la mudanza —dice —. El nuevo dueño tomará posesión en dos semanas.

Waldo Shenkman, el delicado niño prodigio, con sus hombros estrechos y sus largas pestañas, enciende su portátil y comprueba que está enchufado para la clase de tres horas. Pero antes de entrar en la sala de Zoom de su profesor, coge su lista escrita a mano. Piensa en cómo se sentirá al recoger todas sus cosas de allí —de la única casa que ha conocido, el lugar donde nació, el lugar donde murió su madre— y escribe un mensaje sin pararse ni un momento a pensarlo. Un momento lo habría hecho detenerse y no quiere que nada lo detenga.

Hola Ben soy Waldo. Esto es una locura y sé que estamos en mitad de una pandemia pero podría ir a visitarle.

En ese preciso instante, está más alineado que nunca con la trayectoria de su vida. Le da a enviar y luego susurra: «Soy el cielo, soy el cielo, soy el cielo».

22 de diciembre de 2010

Benjamin

Su novia. Su mujer. Su vida. Se fue alejando despacio. Algunas partes de Mimi siguieron presentes durante tanto tiempo que era posible disfrutar de minutos, incluso horas, juntos. Su olor fresco, lechoso, el toque del aceite (la flor de immortelle) que se echa en la cara todas las mañanas. Siempre había tarareado —mientras cocinaba, mientras arreglaba el jardín, se duchaba, caminaba— y aún lo hacía, aunque ahora las melodías eran otras. Ben tardó un tiempo en darse cuenta de qué era lo que había cambiado y cuando lo hizo sintió una puñalada: eran canciones infantiles. Estaba retrocediendo en el tiempo. Mimi apoyaba la cabeza en su hombro siempre que iba a visitarla. Colocaba su mantita de croché sobre el regazo de ambos cuando se sentaban en un sofá en el amplio salón de Avalon Hills, remetía los bordes como si fuesen a dar un largo paseo juntos en telesilla, calentitos los dos, balanceándose en el aire sobre las montañas.

Se queda sin aliento. Va al volante del Volvo. De ninguna manera va a dejar que conduzca uno de sus hijos. Ahora no. No cuando su Mimi —traga saliva con dificultad— ha desaparecido. No lo han despertado. Lo han dejado dormir mientras su mujer estaba en peligro. ¿Quiénes se creen que son? ¿Con qué derecho? No recuerda haber estado tan enfadado nunca.

—Ha sido una decisión consciente, papá —dice Sarah.

Ella está a su lado. Theo va en el asiento trasero.

—Mala decisión —dice Ben con voz tensa.

—Creíamos que era mejor que…

—No soy un niño, Sarah.

Esto es lo que pasa con los hijos y los padres cuando los

primeros crecen. Lo ha visto en su consulta. Empiezan a hacerse cargo. Se creen que saben más que ellos. Además, ¿dónde demonios han estado los dos… durante años? A Theo se lo perdona más que a Sarah. Theo es más débil. Más frágil por naturaleza. Pero Sarah es fuerte. Tiene recursos. Ha venido a verlos… ¿cuántas veces? ¿Dos desde que metieron a Mimi en la unidad de memoria? Vale que tiene a las gemelas. Pero también tiene ayuda y un marido que, asumámoslo, tiene tiempo de sobra.

Ben sacude la cabeza para despejarse. La ira no le va a hacer ningún bien ahora mismo, pero aun así no es capaz de sentir otra cosa. Hacia sus hijos. Hacia Avalon Hills. Es inadmisible que desaparezca una residente. ¿No es eso lo que anuncian? ¿En lo que ha invertido la mayor parte de sus ahorros para la jubilación? Seguridad. Supervisión. Protección. ¿Cómo ha podido escaparse Mimi sin que nadie se dé cuenta? Aunque no lo sabe, está siguiendo la misma ruta que han hecho Theo y Sarah unas horas antes; la gasolinera de Exxon, el Stop & Shop, los minicentros comerciales con sus hileras de estancos, tiendas, restaurantes tailandeses, salones de manicura, unos locales deprimentes que no existían cuando los chicos eran pequeños. «Mimi. Cariño. Mándame una señal. Necesito una señal.» Es ridículo, por supuesto. Él ha visto multitud de cuerpos humanos por dentro y no cree en las señales ni en Dios. Pero, aun así, Ben intenta fusionar su conciencia con la conciencia superior por si acaso hay pistas que alcance a ver, espíritus que puedan guiarlo.

Ahora hay más coches en la carretera. Ha empezado el ajetreo de la hora punta. Los habitantes de Avalon llegan a la estación de tren para ir a la ciudad a trabajar o aparcan en su plaza reservada; los que van en coche al centro o trabajan en uno de esos parques empresariales de Westchester se dirigen a la autopista. Un coche que le resulta conocido se cruza con ellos en dirección contraria; lo conduce una cara familiar. Ben reconoce al padre de Waldo. Su mujer va al lado. «Sigue así, Alice. Empuja otra vez, querida.» Percibe algo que recordará y entenderá más tarde. Parecen tan atormentados como él, con la mandíbula tensa y rígida y los ojos muy abiertos.

A Mimi le encantaba el agua. ¿Habría ido al río? Se estremece solo de pensarlo. Está demasiado lejos. Le aterroriza la idea de pensar en ella asomándose al embarcadero. Deberían sonarle las calles comerciales de Avalon. Dios mío, ha pasado muchísimo tiempo allí a lo largo de todos estos años. Eligieron la casa de Division Street precisamente porque estaba a poca distancia a pie del centro; les parecía menos suburbano, en cierto modo, no tener que coger el coche para hacer cualquier recado. Ahora, mientras Ben recorre Main Street por cuarta vez, mira las tiendas cerradas. La tienda de alimentación es el único negocio abierto a estas horas, la gente que va a trabajar se compra allí los sándwiches de huevo y queso. Se siente absolutamente impotente, un sentimiento desconocido para él. Está acostumbrado a que siempre haya algo que puede hacer. Un camino que tomar. Una solución posible. Pero Mimi podría estar en cualquier parte.

Su móvil vibra en el bolsillo del pantalón y le hace sobresaltarse. Se las arregla para sacarlo. Sarah estira el brazo para cogerlo y él le aparta la mano.

—Ben Wilf —dice. Le sale un gallo al hablar. Se aclara la garganta.

—Doctor Wilf, hemos encontrado el dispositivo de rastreo que llevaba la señora Wilf. —Es la persona de contacto que Avalon Hills ha asignado para comunicarse con la familia. Una trabajadora social. Como si todo esto fuese algo gestionable.

Ben conduce con una mano y pone el teléfono en manos libres con la otra.

—Desafortunadamente, parece que se lo quitó —dice la trabajadora social—. Y la señal dejó de emitir, así que no nos es de ninguna ayuda para localizar…

—¿Dónde estaba? —la interrumpe Sarah en voz alta—. ¿Dónde estaba el dispositivo de rastreo?

Una pausa brevísima.

—A un lado de la autopista. No muy lejos del centro comercial.

En silencio, Ben hace un cambio de sentido ilegal. Sarah, por una vez en su vida, se ha quedado sin palabras. Se gira y mira por la ventanilla. Theo dobla una rodilla contra el pecho

y se balancea adelante y atrás como cuando era pequeño. Ben conduce deprisa, con habilidad. Cuando se preparaba para una operación, repasaba mentalmente la lista de protocolos de seguridad; se la sabía de memoria, por supuesto, pero repasarla le servía para ordenar la cabeza. Mimi en la autopista. Mimi bajo la nieve en la autopista. Cerca del centro comercial. Mimi arrancándose la pulsera GPS en la autopista. Recuerda la hoja de la guillotina cayendo, el momento en el que se dio cuenta de que su mujer tenía alzhéimer. Pero seguía allí, aunque fuera una fracción mínima de ella. Aún tenía a su Mimi. Un verso de un poema de Emily Dickinson inunda su cabeza como un mantra: «Mi vida terminó dos veces antes de terminar». ¿Será esta? ¿La segunda vez?

Shenkman

Alice está furiosa. Nota el calor que desprende, como si la furia insondable dirigida a él tuviera fiebre. Tiene la punta de la nariz y las orejas rojas, los ojos hinchados. La ha despertado —con bastante esfuerzo, por la pastilla para dormir— y ni siquiera ha intentado edulcorar el asunto ni protegerla. ¿Para qué? Es una catástrofe. La mayor catástrofe desde aquel atardecer de Nochevieja hace once años. Tan solo cuatro palabras: «Waldo se ha escapado». Aquella primera catástrofe salió bien. Por un instante, se atreve a esperar que esta también lo haga.

Alice no tiene que decírselo: «Es culpa tuya. Por tu mal carácter. Estás fuera de control. Lo asustas. No me extraña». No tiene que pronunciar esas palabras, porque él ya lo sabe. Shenkman lo sabe. No se merece a su hijo mágico. Es como si el universo hubiese cometido un error colosal. Él no debía ser el pastor de este niño. Se pone en modo negociador: si encuentran a Waldo, si Waldo está de una pieza, bien, vivo, ileso, promete que va a cambiar. A cambiar de verdad. Quizás haya programas de rehabilitación para padres iracundos. O quizá le pase algo. No bebe (eso es cosa de Alice) ni toma drogas, no ve porno en internet (o no mucho, por lo menos) y

nunca ha ido de putas, no juega… Pero está enfermo por dentro. «Perdóname —le dice al dios en el que no piensa desde su bar mitzvá—. Solo esta vez.» Daría un brazo. Daría diez años de su vida. O veinte.

—Ni siquiera sabemos lo que estamos buscando —dice Alice. Nunca la ha oído hablar así. Sin suavidad. Ni un poquito. Su voz es como un cable elástico estirado al máximo —. Estás conduciendo en círculos. No sabemos adónde coño vamos.

Shenkman se flagela por no haber instalado una aplicación de rastreo en el iPad. Lo podía haber hecho perfectamente… de haberse planteado la posibilidad de que pudiera pasar algo así, algo que, por supuesto, no concebía. Waldo no tiene ni once años. Los niños de once años no necesitan que los rastreen porque sus padres siempre saben dónde están. Lo más lejos que se ha aventurado Waldo es a la otra acera de Division Street, la noche anterior. Ahora podría estar en cualquier parte. Shenkman se imagina a Waldo subiéndose a un tren. ¿Nadie lo pararía para preguntarle dónde estaban sus padres? Sabe que Waldo se ha llevado el dinero de su paga. ¿Adónde va a ir con diez dólares? Shenkman nunca ha tenido fe en la amabilidad de los desconocidos y, ahora más que nunca, el mundo le parece un lugar enorme y frío. Perro come perro.

Mientras recorren Main Street, Alice gira la cabeza de un lado a otro de forma tan precisa como una cámara de vigilancia. Se cruzan con un coche que le suena. Un Volvo beis antiguo. No se ven muchos de esos en los barrios residenciales como el suyo. El viejo doctor va al volante, con una mujer joven de cabello oscuro al lado. Es un borrón, un instante. Shenkman tiene un pensamiento fugaz y pide un deseo —como si fuese un niño otra vez—: que el médico pueda sacarse otro milagro de la manga.

—Quiero el divorcio —dice Alice. Ahora mira al frente con los puños hundidos en la barriga, como si quisiera devolver a Waldo a un lugar seguro—. Te lo digo desde ya. Me da igual lo que pase. No quiero seguir contigo.

Shenkman mira más allá de Alice. Es el miedo el que habla. Es su enfado con él, algo perfectamente comprensible. Ya se le

pasará.

Cruza el aparcamiento del Stop & Shop y luego va a la entrada, donde están los carritos de la compra colocados en fila. Nunca se sabe.

—¿No vas a decir nada?

Se niega a mirarlo.

—Alice, no hagamos esto. Ahora no. Tenemos que centrarnos…

El tono de llamada de su móvil —los primeros compases de *Poker Face,* de Lady Gaga— retumba en los altavoces del coche.

—¡Dios! —explota Shenkman. Se asusta. Pulsa con un dedo en el volante para contestar.

—¿Sí?

Suena un pitido.

—Malditas llamadas comerciales…

Está a punto de pulsar con el dedo otra vez para colgar.

—Shenkman, ¿qué tal, tío? Soy Jack Lindgren.

Él y Alice se miran perplejos. «¿Quién es ese?», articula Alice en silencio.

—Oye, tío… Esto es muy raro, pero… ¿tu hijo? ¿Waldo? Acaba de escribirme —dice Lindgren.

—Pero ¿qué coño…?

—Creo que es porque soy la última persona que te mandó un correo electrónico, así que…

—¡¿Dónde está?! —grita Alice.

Shenkman le pone una mano en el muslo. «Cállate.»

—Me ha pedido que te llame. No sé qué significa eso, pero me ha pedido que te diga que está en el centro comercial.

Shenkman pisa a fondo el acelerador y sale del aparcamiento.

—En el mensaje parecía muy asustado, tío. Siento tener que…

Alice toma la palabra.

—Gracias. —Se echa a llorar—. Gracias, muchas gracias.

Shenkman zigzaguea entre el tráfico de primera hora de la mañana. Aprieta los dientes con tanta fuerza que podría rompérselos y nota una vena latiéndole en la sien. Los colores a su alrededor se intensifican: el toldo de la tintorería adquiere

un rojo más vivo; el grafiti del paso elevado, azul fluorescente. Hay señales por todas partes. Señales y preguntas. No tiene ni idea de qué significan. Solo sabe una cosa: su hijo está vivo. Su hijo está en el centro comercial. Su mujer está llorando a su lado y él se arriesga a cogerla de la mano. Quizá, solo quizá, tengan otra oportunidad.

Waldo

La batería está al cinco por ciento. Fuera de la casita de juguete no se oye nada más que el viento. Las tiendas del centro comercial no abrirán hasta dentro de varias horas. Ya ha amanecido. Un rayo de luz se cuela por una grieta entre los tablones de madera de cedro. Es como si alguien hubiese encendido una vela. Por primera vez, distingue una pequeña escalera que debe de llevar al tobogán en espiral. Si estuviera en casa, estaría preparándose para ir al colegio, comprobando por partida doble que lleva todos los deberes y los libros en la mochila. Siempre se le olvida algo. Su madre le tendría el almuerzo preparado, lo mismo de todos los días, lo único que come: dos lonchas de jamón y dos lonchas de queso suizo en pan blanco orgánico. Sin mostaza. Sin mayonesa. Una bolsa de papel encerado con palitos de zanahoria. Una galleta con pepitas de chocolate. Una nota con besos y abrazos y una carita sonriente. A veces se le olvidan las zanahorias o la galleta, pero nunca se olvida de la carita sonriente.

Las listas le ayudan. Cualquier tipo de lista. Los labios de la señora ahora están azules. Hace mucho tiempo de la última vez que se movió y su respiración ya no forma nubes de vaho por el frío. Se le ha caído un brazo sobre el pecho mientras dormía y cuando se lo levanta lo nota rígido y pesado. Waldo está llorando, aunque apenas se da cuenta. Las pestañas se le pegan a las mejillas. La señora está muerta, lo sabe. Lo sabe aunque nunca haya visto un cadáver, salvo en las películas. Si esto fuese una película, quizás alguien la rescataría. La mujer reviviría. Él daría lo que fuera ahora mismo por que abriese los ojos y lo llamara otra vez por el nombre equivocado.

«¿Señora? —susurra en voz baja, como si hubiera otras presencias en la casa de juguete—. Señora, ¿quién es? ¿Por qué entró aquí?»

A lo mejor, si sigue hablando con ella, consigue retroceder en el tiempo. A lo mejor la muerte no es real. A lo mejor sus palabras pueden insuflarle vida de nuevo. A lo mejor esto es un sueño. Sigue llorando, no puede parar. Es todo culpa suya. La señora entró allí por su culpa. Creía que él era otra persona. Alguien llamado Theo.

—Me llamo Waldo Shenkman —sigue hablando—. Tengo casi once años. Estoy en sexto y voy a la escuela primaria de Avalon. Vivo en Division Street.

La señora no se inmuta. Si pudiera, si siguiera en la tierra de los vivos, le diría a Waldo que sabe quién es. Que lo ha visto crecer desde el otro lado de la calle, pasar de bebé a niño, ir a la guardería en el coche de sus padres, un niño pequeñito que emanaba algo especial, tanto que daban ganas de llegar a él a través del tiempo y el espacio. Que le henchía de orgullo silencioso que su marido hubiese ayudado a traer al mundo a un alma tan perfecta. «Por los pelos.» Pero la señora ya no está.

—Señora, tenemos que hacer una cosa. —Se corrige—: Tengo que hacer algo.

En la pantalla de inicio, su padre tiene un montón de aplicaciones, la mayor parte de cosas de trabajo, que significa dinero. Waldo nunca le ha hecho mucho caso a ninguna porque, en lo que a él respecta, el iPad solo tiene una función. Desliza un dedo sobre el icono del correo. Solo le queda un tres por ciento de batería. Pulsa sobre el primer nombre del buzón de su padre.

> Hola no sé quién eres pero me llamo Waldo Shenkman. Por favor, llama a mis padres y diles que estoy en el centro comercial. Tengo miedo. Tengo mucho miedo y mucho frío. Y ha pasado una cosa. Tienen que venir a buscarme. Por favor llámalos. Gracias y lo siento.

Nunca sabrá si esa persona recibe su mensaje o le contesta. La pantalla del iPad se apaga por completo. La señora está muerta y el iPad está muerto. Los minutos siguientes dejarán

una huella en Waldo Shenkman para el resto de su vida. Se apoya —con sus veintiocho kilos y medio— contra la pared, tan nueva que huele a virutas de madera. No sabe si sus padres van a venir. No se siente los dedos de las manos ni de los pies. Quizás él también va a morirse. Quizá se convierta en una estrella muerta, como Crab Nebula. Crab Nebula todavía tiene un corazón triturado latiendo en el núcleo. Late y late. Se encuentra en una esfera ultradensa que lo hace cien mil millones de veces más fuerte que el acero. Ha visto un vídeo a cámara rápida. El corazón triturado propaga ondas y se parece mucho al vídeo de la ecografía que su madre le enseñó una vez. «¡Ese eres tú! Ese es Waldo.»

Ahora mismo tiene delante algo mucho más grande que él —tan grande como el cielo entero—, lo sabe. Tan solo intentar entenderlo le hace explotar algo dentro de la cabeza, así que no lo intenta. Se queda sentado y todo lo quieto que puede. Puede que la señora esté muerta, pero la casita está llena de su vida. Baja la vista hacia su piel translúcida, como de papel, y ya no tiene miedo. Ni de la señora ni de la muerte.

Está en un umbral flotando, diáfana, es todas las personas que ha sido. En la casita de juguete hay una niña pequeña, más pequeña que Waldo. Una chica adolescente camina por la calle de una ciudad. Una mujer joven se enamora. Una esposa se convierte en madre. Una presencia brillante, amorosa. Están todas a su alrededor. No da miedo. No da nada. A lo mejor todo el mundo tiene un corazón irrompible, cien mil millones más fuerte que el acero. Waldo observa el baile de las luces y las sombras en las paredes. Algún día, esto le ayudará.

Sarah

Su padre conduce demasiado deprisa, pero, tiene que admitirlo, con pericia. ¿En qué pensaban ella y Theo? Lo han tratado como a un niño. Lo han sobreprotegido, han asumido que necesitaba descansar mientras su madre había desaparecido. «Mala decisión», le ha dicho. Quizá sea lo más duro que Ben le haya dicho nunca. Lo ha sentido como un

bofetón… Porque es verdad, una verdad más grande de lo que él intuye. Mala decisión es su segundo nombre. Sus dos segundos nombres.

Sigue siendo demasiado temprano para intentar llamar al doctor Baum. Además, qué va a decirle él? Tampoco es que dé grandes consejos. «A un lado de la autopista. Recuerda que tengo fotos. No muy lejos del centro comercial. Llámame, puta.» Por un momento, cierra los ojos y piensa en sus hijas. Ellas son el único lugar donde se siente a salvo. Pero, espera, podría perderlas. ¿Podría perderlas? No. Ella es su madre. Y es la que mantiene a la familia. Da igual lo que haya hecho. Tiene la mente afilada, en modo productora, igual que cuando su padre se pone en modo médico. ¿Qué hay que arreglar? ¿Y cómo va a arreglarlo?

Su pobre madre. De pronto piensa en algo horrible: no tiene ni idea de si sería mejor encontrar a Mimi viva o muerta. La única certeza que tiene es que deben encontrarla. Mimi es tan solo una sombra de lo que fue. Si Sarah tiene que ser sincera consigo misma —e intenta practicar la sinceridad, si bien no la disciplina—, ya ha pasado el duelo por su madre. Mimi hace ya cuatro años que no está. La primera vez que Sarah se dio cuenta de lo lejos que estaba fue una vez que llamó a casa y hablaron durante quince o veinte minutos. Sarah colgó, feliz y aliviada. Habían hablado de lo de siempre: Mimi le había preguntado por Peter y por sus amigos, llamándolos a cada uno por su nombre; le había dado una receta nueva para hacer pan de calabacín. Quizá la cosa no era tan grave como se la había pintado su padre. Pero entonces sonó el teléfono. Era Mimi, con su voz ligera y musical de siempre. Solo llamaba para ver qué tal, le dijo. Que hacía mucho que no hablaban.

Sarah ha ido de visita solo dos veces después de que Ben ingresara a Mimi en la unidad de memoria. Sabe de sobra que es un fracaso a todos los niveles. La ha cagado y es lo peor. Las dos veces que vio a su madre sintió una furia muda e infantil, como si Mimi pudiera quitarse aquello así, sin más. Como si estuviera representando un papel. Era imposible que aquella persona pudiera tener exactamente el mismo aspecto que su madre, la misma voz que su madre, pero no ser su madre. Hace

mucho tiempo que Sarah sabe de sobra que ningún gesto fugaz ni ninguna sonrisa familiar significan nada. Su padre e incluso su hermano se han aferrado durante demasiado tiempo a la idea de que la esencia de Mimi sigue ahí.

—La autopista. —Ben aprieta la mandíbula. Se las van a pagar.

—La encontraremos, papá. —Theo rompe su silencio.

Ben aminora la marcha al acercarse al centro comercial. Tiene los nudillos blancos de apretar el volante. Un tráiler les pita al adelantarlos por el carril izquierdo.

—Que te den por culo —musita Ben—. Perdona. No era a ti, Theo.

Es posible que sea la primera vez que sus hijos le oyen decir palabrotas.

Miran por todas partes, pero no ven nada, por supuesto. La nieve habrá cubierto las huellas hace tiempo. Mimi ha pasado por este tramo estrecho de la autopista. Se las ha arreglado para quitarse el dispositivo de rastreo. ¿Qué llevaba puesto? ¿Y qué calzado? La última vez que Sarah la vio, las zancadas largas de Mimi se habían convertido en un arrastrar de pies. Trata de ahuyentar la imagen de su madre luchando contra el viento huracanado.

Ben gira en la entrada del centro comercial. Todavía no han retirado la nieve. Dentro de pocas horas, el aparcamiento estará lleno de personas haciendo compras navideñas de última hora. Pero ahora mismo es un campo prístino y blanco de casi treinta centímetros de espesor. El Volvo pierde tracción y derrapa.

—Mierda —dice Ben en voz baja.

Están a varios cientos de metros de las tiendas.

Pisa el acelerador y las ruedas giran.

—Papá… Papá, para.

Ben respira con dificultad. Revoluciona el motor una vez más. Huele a goma quemada.

—Tendremos que ir andando.

Bajan del coche, lo dejan allí, en diagonal, y empiezan a abrirse paso hasta las tiendas. Ben lleva sus enormes botas de nieve, además de todas las capas invernales necesarias, gracias

a Dios. Theo también ha conseguido apañar algo parecido a la ropa de invierno. Sarah, en cambio, lleva su abrigo fino de cachemira, perfecto para las noches frescas de Los Ángeles. El bajo le arrastra por la nieve, así que se recoge aquel desastre empapado y se lo sube hasta la cintura. Por lo menos lleva unas botas de agua hasta la rodilla que probablemente fueran de Mimi.

Las tiendas brillan a lo lejos como un espejismo. ¿Cómo habrá acabado Mimi aquí? Nunca le ha gustado el centro comercial y siempre lo ha evitado en la medida de lo posible; prefería comprar en los comercios familiares del centro. ¿Qué la habrá traído hasta aquí? No pueden haber sido los maniquís de los escaparates de Neiman Marcus —siempre ha arrugado la nariz por lo absurda que le parecía la alta costura— ni los sosos adornos navideños de Pottery Barn.

La capa más superficial de nieve cruje a su alrededor. El centro comercial está flanqueado por dos grandes almacenes: Neiman a un lado y Macy's al otro. En medio, la mayor parte de las tiendas están dentro. ¿Cientos? Debe de haber cientos de ellas. Allí se pueden comprar hasta mascotas. Puedes hacerte agujeros en las orejas. O hacerte con un bolso de un diseñador en ciernes. ¿Qué coño están haciendo? Ni siquiera saben con certeza que Mimi haya llegado aquí. Quizá siga en la autopista. Quizá haya pasado por debajo del guardarraíl y esté paseando por el jardín de alguna casa.

Es Theo quien lo ve primero.

—¡Play Heaven! —El viento se lleva su voz—. Allí. —Entrecierra los ojos y señala con una mano enguantada.

En un lateral del centro comercial, la tienda parece fuera de lugar, con una entrada irregular y elaborada, como la puerta de una casa en un árbol mágico. Los tres avanzan hacia allí. La estructura de juego está a la izquierda de la entrada. Theo tiene razón. Es el único sitio de todo el centro comercial que hace pensar en su madre. Casero, rústico, acogedor.

La nieve le ha entrado por la parte de arriba de las botas de goma y tiene los pies empapados. Apenas nota sus propios movimientos. Ya casi han llegado. Si esto es difícil para ella, ¿cómo será para su padre? Ben se inclina contra el viento y

pone un pie delante del otro. Ella siente que dentro se le enciende algo feroz y protector. Su padre. Su querido padre. Debe tener la fuerza necesaria para soportar lo que esté por venir.

—¿Papá? ¿Estás bien? —grita Sarah.

Ben no contesta. Sus cejas pobladas están cubiertas de nieve. Detrás de ellos, el zumbido constante de los coches y los camiones en la autopista; la gente sigue con su vida.

A medida que se acercan, distinguen la puerta cerrada con el cartel de bienvenida torcido y Sarah siente un escalofrío. Lo sabe. Se imagina a su madre agachándose para entrar en la casita en busca de refugio. Tiene todo el sentido del mundo. Si es que hay algo que tenga sentido. Llega la primera, empuja la puerta y se agacha para pasar por ella.

La luz de fuera, con el reflejo en la nieve, es tan brillante que tarda un rato en acostumbrarse a la penumbra. Es bastante acogedor y un rayo de luz afilada ilumina como un láser lo que parece un montón de trapos. Al principio piensa: nada. No hay nadie. Se ha equivocado. Se han equivocado. Mimi no está aquí.

—¿Hola? —Una voz débil. La voz de un niño.

Se queda sin aliento.

—¿Quién eres? —La vocecita tiembla.

Ella se da la vuelta y entonces lo ve. Un niño pequeño, de rodillas en el rincón más oscuro.

—No te asustes —dice instintivamente. Al fin y al cabo, es madre.

Ben está intentando entrar por la puerta. Se pone de lado y consigue colarse. Antes de que la puerta se cierre con un crujido, la luz inunda la casita por un momento, como un destello estroboscópico.

—¿Waldo? —Ben mira al niño.

—¿Doctor Wilf? —El niño se echa a llorar.

—Waldo, Dios mío, muchacho. ¿Pero qué…?

—Doctor Wilf, la señora…

«La señora.» Sarah vuelve a mirar el montón de trapos y ve las ondas largas y grises, ralas pero inconfundibles. «La señora.» Y este niño conoce a su padre. La mente se le inunda

de luz blanca e interferencias y Sarah se tropieza al dar un paso con sus botas de goma hacia el montón de trapos que es su madre. Ya está junto a ella. La agarra. La sostiene. La levanta. Y se oye a sí misma diciendo «por favor, por favor, por favor», aunque cree que no está hablando en voz alta.

—No, Sarah, puede tener alguna lesión… —Ben está de rodillas a su lado—. Mimi, qué… No puedo…

Sarah no es capaz de decirlo. Abre la boca y lo que sale, en lugar de palabras —«ya no está, papá»—, es un ruido, un plañido que ni conoce ni ha oído nunca. Ella estaba bien. Estaba perfectamente. Había pasado ya su duelo. Lo tenía superado. Ha pensado que quizá sería mejor encontrar a su madre muerta. Y aquí está. Aquí están.

Ben estira un brazo y le toca la mejilla a Mimi.

—No, no, no —susurra Ben—. Ay, cariño. Así no.

—¿Doctor Wilf? ¿Conoce a la señora? —Los ojos del niño le ocupan la mitad de la cara.

Theo se balancea junto a la puerta abierta de la casita de juguete, tapando la luz. No cabe por el vano.

—¿Papá?

Ben tiene la cabeza enterrada entre las manos. Cuando se las aparta, están mojadas de lágrimas.

—¿Papá? —Es Theo otra vez.

—Para, Theo —aúlla Sarah—, ¿es que no puedes…?

—Hay más gente aquí.

Shenkman

Solo hay una tienda en el centro comercial que Waldo conozca. Esa tienda de juguetes donde compraron el cacharro de madera de pino nudosa que se está pudriendo lentamente en el jardín. Aquel cacharro les costó lo que vale un viaje a Cancún. Waldo nunca lo ha usado. Un intento fallido más de Shenkman para que su hijo fuera como él.

Los neumáticos cuatro estaciones del Lexus derrapan y luego recuperan la tracción y recorren de forma casi profesional el aparcamiento; dejan atrás un coche abandonado

aparcado en diagonal con las luces de emergencia encendidas. Del coche salen varias hileras de huellas sobre la nieve.

—Más rápido —dice Alice, con esa tirantez nueva en su voz —. Quién sabe cuánto tiempo lleva aquí. Si es que está aquí. Tú siempre tan seguro de todo.

Shenkman en realidad solo está seguro de esto. Alice actúa como si conociera un pasadizo secreto al cerebro de Waldo, pero en cualquier caso él, Shenkman, es su padre. Y los padres saben cosas. Incluso cuando los padres meten la pata por completo y permiten que cada fracción de su propia alma dañada infecte a sus hijos, aun así, sigue habiendo una conexión. Igual que la capa profunda de puntos de sutura reabsorbibles que el médico de la rodilla le puso para arreglarle la rotura de menisco, hay hilos bajo la superficie que lo conectan con su hijo y a su hijo con él.

Una forma se distingue en la blancura, una persona alta y corpulenta, de pie, en la entrada de una estructura de juego. Shenkman pisa el freno, que no es la mejor opción, y el SUV derrapa trazando un semicírculo antes de detenerse.

—Gilipollas —musita Alice.

Shenkman baja del coche de un salto y corre todo lo que se puede correr con medio metro de grosor de nieve. El sol se alza en el cielo de primera hora de la mañana y Shenkman ve que la persona alta es un hombre que lleva una parka con una sudadera de capucha debajo, empapada, estirada sobre la cabeza. Tiene las manos enguantadas juntas y parece encontrarse en un estado lamentable, con la boca en una mueca de dolor. ¿Qué ha hecho? ¿Qué le ha hecho a Waldo? Un catálogo de imágenes horribles se despliega en la cabeza de Shenkman. Todos los niños del telediario de por la noche. Todos los niños por los que se activa una alerta de desaparición. Todos los niños que salen en los cartones de leche. Esas pobres y desgraciadas familias que se enfrentan a lo peor.

Shenkman —no hay otra palabra para describirlo— ruge. Toda la sangre de su cuerpo se le agolpa en la cabeza cuando agarra al tipo por los hombros y lo sacude. Es un lobo, Shenkman, y aunque este hombre fácilmente pesa treinta kilos

más que él, va a caer presa de sus dentelladas porque no puede enfrentarse a la fuerza de su rabia.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —jadea el hombre.

—Puto monstruo, ¿dónde está mi hijo?

Shenkman lo empuja con fuerza y el hombre grita al caer al suelo.

—¿Papá? —Una voz diminuta de un niño diminuto. Waldo saca la cabeza de la casita de juguete y luego el resto del cuerpo—. ¿Papá, mamá?

Alice casi se cae redonda. Las rodillas le fallan y se apoya en Shenkman para mantener el equilibrio. Su niño. Vivo. De una pieza. Saliendo del interior oscuro de la casa de juguete, con el iPad apretado contra el pecho. Alice se lanza hacia Waldo y lo abraza como si fuera a desaparecer otra vez.

Se vuelve hacia el hombre del suelo, que intenta levantarse. Tiene la barbilla raspada y le sangra.

—Lo has secuestrado. —Lo dice en un siseo.

—¡Mamá! ¡Mamá, para! ¡Ni siquiera lo conozco! —A Waldo le tiembla la voz.

El hombre se yergue y se quita la capucha. Dedica una mirada ecuánime a Shenkman y a Alice, con semblante desgarrado y amable. Sigue respirando con dificultad.

—Mis padres están ahí dentro. —Señala la puerta de la casita de juguete, que se ha cerrado sola otra vez—. Mi madre… —Se le rompe la voz.

—Es la señora mayor —se apresura a decir Waldo—. La señora se perdió y…

Shenkman mira a Theo. Nada tiene sentido. ¿Una señora mayor perdida? ¿Los padres de este desconocido? Fija la vista en el cartel torcido de bienvenida. Nada le ha parecido menos acogedor en su vida.

—Y entonces el doctor Wilf…

Shenkman y Alice se miran por encima de la cabeza de Waldo. «Ve a mi casa y dile a mi mujer que te dé mi maletín.» Shenkman vuelve a mirar al hombre al que acaba de atacar y vislumbra, por debajo de la hinchazón, los bellos rasgos combinados de una pareja que una tarde, hace mucho tiempo,

trajeron la gracia inefable a su vida. «Muy bien, Alice. Cuando cuente hasta tres, empuja.»

—Os lo enseñaré —dice Waldo.

—¡Waldo, no! —Es Alice.

—Está bien —dice Shenkman casi en contra de su voluntad. Se está dejando llevar por algo que no entiende, pero sabe que esto es una oportunidad de hacer las cosas bien. Sea lo que sea lo que eso signifique.

Sigue a su hijo —¿ha seguido a Waldo alguna vez?—, que apoya su estrecho hombro contra la puerta de la casita de juguete y empuja para abrirla. Luego Shenkman se agacha y se cuela en el interior. Oye un llanto antes de comprender lo que está viendo. Allí, en el rincón, sentado en el suelo, está Benjamin Wilf. Tiene en brazos… Dios mío, tiene en brazos a la señora Wilf (Shenkman nunca ha sabido cómo se llama) y la sostiene contra sí. Hay una mujer más o menos de la edad de Shenkman junto a ellos. Menuda, con el pelo oscuro y la cara en forma de corazón. Levanta la vista hacia él.

—¿Tú quién demonios eres? —pregunta.

—Este es mi padre —dice Waldo.

Ben Wilf levanta la cabeza.

—Nos conocemos —dice en voz baja. Se dirige a Shenkman. —Al parecer, tu hijo estaba aquí —dice—. Con mi mujer.

—Me escapé —dice Waldo.

—Mi mujer también.

—Era una señora muy simpática, doctor Wilf —dice Waldo —. Me llamaba todo el rato por otro nombre.

—¿Cómo te llamaba?

Waldo duda.

—Theo —dice por fin.

Ben Wilf asiente con la cabeza, como si tuviera todo el sentido del mundo.

—Estaba confundida.

La mujer bajita del pelo oscuro sostiene su iPhone, que brilla en la luz tenue de la casita.

—¿Papá? Creo que deberíamos llamar a… ¿A quién hay que llamar? A la policía, ¿no? Como está…

—Sí, a la policía —dice Ben—. Tienen que certificar el

fallecimiento.

—Pero tú eres médico…

—Yo soy su marido, Sarah. —Ben Wilf traga saliva con dificultad. A Shenkman la hija le parece una tipa dura, a pesar de las lágrimas. Alguien a quien te gustaría tener cerca en una emergencia. De las que encabezan el desalojo de un edificio en llamas o de un alud. Tiene la mirada alerta de una superviviente.

Ahora está hablando por teléfono. «Llamo para notificar un fallecimiento.» Les da los datos. Nombre. Parentesco. Ubicación. Shenkman piensa por primera vez en cómo habrá sido para Waldo presenciar la muerte de la señora Wilf. ¿Cuánto tiempo han pasado juntos en esa cabaña? La mujer lleva un gorro y unos calcetines de lana. Shenkman se da cuenta de que le resultan familiares.

—Intenté ayudarla, doctor Wilf —dice Waldo. Su voz, tan aguda y penetrante. Tan joven.

—No me cabe la menor duda, Waldo.

—Le hablé de las estrellas. Como cuando hablamos usted y yo.

Las estrellas, las malditas estrellas. Shenkman nota que eso que nunca es capaz de controlar entra en ebullición. ¿Y qué quiere decir Waldo con ese «cuando hablamos usted y yo»? ¿Cómo que Wilf ha estado pasando tiempo con su hijo? Pero algo le impide dejarse llevar por la rabia… Eso mismo que no entiende. Quizá sea la presencia de la muerte. Quizá sea el residuo del terror que ha sentido, la certeza de que había perdido lo más preciado que tiene. Aunque no haya estado a la altura en lo que respecta al cuidado y la protección de ese bien tan preciado.

—El Can Mayor —dice Wilf con voz suave—. Una constelación chulísima. Me acuerdo, Waldo. Me dijiste que Sirius es la estrella más brillante del cielo nocturno.

A la luz que se filtra en la casita de juguete, Shenkman ve algo que no suele ver: Waldo está colorado de orgullo.

—¿Qué más le contaste a Mimi? Me encantaría saberlo.

Waldo habla a toda velocidad.

—Le enseñé Taurus. Y Alpha Persei. Le enseñé exactamente

dónde estábamos en el universo. Creo que la hizo feliz. Sonrió.

Wilf asiente despacio.

—Seguro que le gustó, Waldo. Muy bien.

Todos se quedan en silencio. El interior en silencio de la casita de juguete se ha convertido, al menos durante estos instantes, en un lugar sagrado. Un lugar donde Shenkman ha dejado a un lado la carga de su personalidad y se siente en comunión con toda esta gente, incluso la fallecida. Recuerda sus ojos claros y arrebatadores, su boca inusualmente grande. Fue extremadamente amable cuando contestó al timbre aquel día, hace casi once años, como si lo que quiera que estuviese al otro lado fuese algo encantador para ella.

Una sirena atraviesa el silencio, acercándose. ¿Para qué ponen la sirena? La gente y sus protocolos.

—Ya están aquí, papá.

Ben Wilf asiente, pero no se mueve.

—Deberíamos salir. Dejarles espacio.

—Marchaos todos —dice Wilf. Está agotado, se fija Shenkman. Como si quisiera acurrucarse junto a su mujer y que se lo llevaran a él también.

Salen todos: primero Sarah, luego Waldo y, finalmente, Shenkman. Alice está allí con un brazo alrededor del hombre alto cuyo nombre, Shenkman ahora lo sabe, es Theo. A lo lejos, el tercer vehículo en entrar en el aparcamiento del centro comercial esa mañana se abre paso por la nieve calentada por el sol. Una unidad de emergencias, con luces rojas intermitentes.

—Oye —dice Shenkman, acercándose a Theo, que se encoge de forma casi imperceptible—. Lo siento mucho. —No está acostumbrado a disculparse sin una advertencia, una defensa. Pero ni siquiera lo intenta. El hombre acaba de perder a su madre. No, Shenkman no podía saberlo. Pero, aun así, podría habérselo tomado con más calma. Podría haberle preguntado antes de reaccionar y ponerse violento.

—Siento haberte tirado al suelo. —Hace una pausa. Alice lo está mirando furibunda—. Y siento mucho lo de tu madre.

Alice suelta a Theo, que se acerca a su hermana. Se abrazan mientras la ambulancia aparca junto a la casita de juguete y

dos hombres vestidos con anorak negro y botas se bajan. Suena el graznido de una radio.

—Está dentro. —El viento arrastra la voz de Sarah—. Nuestro padre está con ella.

Alice

Se sienta en la parte trasera del Lexus con Waldo, como cuando era un niño e iba en la silla a contramarcha y ella era una buena madre. Shenkman conduce. Se fija en la parte de atrás de su cabeza cuadrada, en la línea recta de sus hombros, anchos a base de pasarse la vida en la máquina esa suya. Alice sabe que ahora es el momento de purgarse de todos los pensamientos llenos de odio. «Quiero el divorcio.» No puede divorciarse de Shenkman. Quizá si no existiera Waldo. Definitivamente, si no existiera Waldo. Pero su hijo está allí, a su lado, gracias a Dios. Respira su olor: a lana mojada, a dientes sin lavar, al sudor aún dulce de la infancia. Son una familia. Los guardianes de este niño que la agarra de la mano con dedos temblorosos. Shenkman conduce con cuidado, algo extraño en él, como si quisiera demostrarle que puede controlar la ira al volante, al menos. Sin ningún «que te den por culo, capullo», sin sacar el dedo de en medio, sin pegarse por detrás a algún gilipollas en un Porsche que los haya adelantado.

—¿Crees que es verdad, papá? —pregunta Waldo. Tiene el iPad metido debajo del brazo. No va a perderlo de vista nunca más si puede evitarlo. No si ella puede evitarlo. Alice entiende que, para Waldo, ese aparato es un salvavidas—. ¿Crees que es verdad que ayudé a la señora… a la señora Wilf?

Alice observa la parte de atrás de la cabeza de Shenkman. «Di lo correcto. Por una vez.»

Shenkman se toma un momento para contestar, en lugar de soltar el bufido de costumbre.

—Sí, creo que sí. —Carraspea varias veces, una vieja costumbre nerviosa. Aunque Alice no le ve la cara, nota que está buscando las palabras. Shenkman hacía eso cuando

empezaron a salir, cuando intentaba expresar su amor por ella y no sabía cómo. Se le encoge el corazón por él, un poquito.

—Creo que entra en esa categoría de cosas que no podemos entender —dice—. Pero déjame que lo intente. Voy a contarte una historia, Waldo. ¿Tú conoces al doctor Wilf?

—No te enfades conmigo, papá. Anoche le estuve enseñando…

Shenkman sacude la cabeza.

—No estoy enfadado. Solo quiero que sepas que tú ya conocías al doctor Wilf. De hace mucho tiempo.

Sus ojos se cruzan con los de Alice en el espejo retrovisor. «Sí, eso es. Adelante.» Siempre se ha preguntado si debían contarle a Waldo la historia del día en que nació. Shenkman y ella no suelen hablar de ello casi nunca, pero es una corriente que los conecta: en las obras de teatro escolares, cuando se cogen de la mano mientras Waldo declama su papel; en el concierto del solsticio de invierno, con la carita de su hijo brillando en la tercera fila; en la cita con el psicólogo del colegio, cuando les dijeron por primera vez que el cociente intelectual de Waldo estaba en niveles de superdotado. Todo podría haber sido de otra forma. Sabe que tanto ella como Shenkman llevan en el corazón la versión oscura de la historia: una en la que Benjamin Wilf no estaba enfrente de su casa descargando la compra del coche, una en la que la ambulancia llegó demasiado tarde. Una en la que Waldo Shenkman no vivió para convertirse en este niño prodigio, extraño y serio.

—El doctor Wilf es la razón de que tú estés aquí —dice Shenkman—. El doctor Wilf te salvó la vida.

Mientras Shenkman le cuenta a Waldo la historia con los detalles mínimos e imprescindibles para no asustarlo —«ibas a nacer antes del día que te tocaba, no nos daba tiempo a llegar al hospital, el doctor Wilf ayudó a que mamá te diera a luz en el suelo de la cocina»—, Alice se fija en que Waldo no parece en absoluto sorprendido. Asiente con la cabeza como si nada de esto fuese una novedad para él. ¿Estará en shock? ¿Quizá sea demasiado para él?

Alice se apresura a intervenir.

—No tenemos por qué hablar de esto ahora si no quieres —

dice—. Podemos…

—Sí —dice Waldo. Mira al frente, a nada en particular—. Todo está conectado. Todo. La señora. El doctor. Yo. Vosotros. Es como si formásemos parte de un supercúmulo galáctico.

Alice mira a Shenkman para ver si se le contraen los hombros. «Déjalo.» Le envía el pensamiento. Pero ve que va a dejarlo.

—Cuéntame más —dice Shenkman con la voz más amable que le ha oído en años—. Cuéntame lo del supercúmulo galáctico.

—Un supercúmulo es un grupo enorme de cúmulos de galaxias más pequeños. Nuestro supercúmulo se llama Laniakea. —Waldo habla deprisa, como si creyera que Shenkman va a mandarlo callar—. Los supercúmulos son…, bueno, son las estructuras más grandes conocidas en el universo entero. No todas las galaxias forman parte de un supercúmulo. Algunas están aisladas, solas en el espacio.

Parece como si estuviera recitando un fragmento de un libro de memoria. Como si intentara decir algo más grande, más profundo: pensamientos íntimos para los que no tiene un idioma. «Todo está conectado.»

Están en el centro de Avalon, parados en un semáforo. El sol brilla en lo alto; la nieve de anoche se está derritiendo. La gente va por la calle con gruesos abrigos acolchados y botas y Alice siente una profunda ternura hacia todos ellos. Ve a la señora de la tintorería abriendo la puerta de su negocio. Y está también el tipo de la aseguradora, que sale de una tienda con un batido. Benjamin Wilf, arrodillado junto a ella, hace mucho tiempo. «Tú puedes, Alice.» Waldo ha ayudado a Mimi Wilf a entrar en calor y la ha hecho sentirse segura al final de su vida. Quizá todos sean solo un coro de almas, la luz tocando la luz.

Pasan una casa tras otra. Alice está absorta. Mira cada camino de entrada, cada puerta y cada ventana. Una vieja casa de ladrillo rodeada de setos envueltos en arpillera. Una casa victoriana amarilla con un montón de periódicos en el porche. Parterres vacíos. Una valla rota. ¿Se había fijado en todo eso antes? No… Siempre está demasiado ocupada, ella y Shenkman, para fijarse en que forman parte de un barrio

habitado por personas de todo tipo que pasan la vida en este lugar en particular, en este momento preciso. Quién sabe cuáles son las consecuencias de cada acto, cada decisión u omisión, por azarosas o nimias que parezcan.

¿Por qué, por ejemplo, no han invitado nunca a los Wilf a cenar? Es más, ¿por qué han evitado al matrimonio, como si supieran algo demasiado privado de ellos? Habría sido muy fácil. Podría haberles pasado una nota por debajo de la puerta o podría haber llamado. Alice se imagina ahora cómo habría sido sentarse todos juntos en la mesa de la cocina, a la luz de las velas, con sendas copas de vino. La experiencia compartida podría haber sentado las bases de una amistad, de una cercanía, más que ser un foco de vergüenza. Ni siquiera sabía que Benjamin Wilf llevaba unos años viviendo solo en esa casa ni que su mujer tenía alzhéimer. Debe de haberse sentido muy solo. Y ahí estaban ellos, los egoístas, temerosos, siempre reservados Shenkman, metidos en la rueda de hámster de su vida. Trabajar, producir, esforzarse, conseguir, dormir y vuelta a empezar.

Se acabó. A partir de ahora va a hacer las cosas de manera distinta. Va a dejar el trabajo; de pronto tiene una certeza absoluta de esto, aunque nunca se lo había planteado. Quizá le diga a Shenkman que vaya a terapia. O irán a terapia de pareja los dos. Y, por supuesto, terapia para Waldo. Casi se echa a reír. ¡Terapia para todos! No perderá el contacto con el doctor Wilf, aprenderá a ser buena amiga y vecina. Ha estado tan asustada, tan ocupada intentando apuntalar y proteger la vida de los suyos que se le ha olvidado vivir.

Y va a empezar hoy mismo. Hoy se pasará la tarde haciendo una lasaña. No, dos lasañas. Le dejará una en la puerta a Benjamin Wilf. Dará un paseo con Waldo al atardecer, y verán la puesta de sol y cómo el mundo se tiñe de rosa. Cuando las estrellas inunden el cielo nocturno, dejará que su hijo le hable de ellas.

—¿Mamá? —La mano de Waldo ha dejado de temblar y por fin se está calentando entre las suyas—. No me dio miedo. Bueno, sí me dio miedo estar a oscuras y con tanto frío y eso, pero cuando la mujer, la señora Wilf, se murió, fue como si

nada tuviera principio ni final. Como si estuviésemos a años luz de distancia y aquí, todo al mismo tiempo.

Cuando doblan la esquina para entrar en Division Street, Alice está consumida por su propia sensación de urgencia. Necesita hacer las cosas bien y de inmediato. No hay tiempo que perder. Sin pensar, se pone una mano en el bajo vientre, en el mismo punto donde, dentro de pocos años, una célula solitaria no conseguirá dividirse correctamente. Todavía será una mujer joven cuando recuerde las palabras de su hijo. Se las repetirá a sí misma mientras se marcha. «Todo está conectado. No hay principio ni final.» Pero ahora ve dos enormes camiones de mudanzas aparcados delante del número 18 de Division Street. Hay tres hombres fumando en el porche de los Wilf.

—Ay, no —dice Alice.

—¿Qué pasa? —pregunta Waldo.

Se quedan sentados en el coche un momento, los tres Shenkman, todos mirando enfrente, a la casa vacía. El árbol mágico lo preside todo. Ella —Alice piensa en el majestuoso roble en femenino— llevaba ya mucho tiempo aquí antes de que ellos llegaran y aquí seguirá cuando todos se hayan ido. Sus raíces se extienden por debajo del suelo, invisibles, en un sistema complejo que nunca podrán ver. Cientos de lucecitas que brillan incluso a la luz del sol.

27 de agosto de 1985

Benjamin

Cuando Mimi se duerme, no hay quien la despierte. Siempre le ha dado envidia eso de ella. Su paz. O quizás «envidia» no sea la palabra adecuada. Nunca querría robarle a Mimi su naturaleza esencial, su alegría de fábrica. Por supuesto que no. Solo le gustaría que se le pegara un poquito. Incluso esta noche está de lado, de cara a él. Observa su rostro: la línea limpia de la mandíbula; el aleteo de sus párpados cuando duerme. Tiene la boca ligeramente abierta y, si se atreve a acercarse más, sabe que sentirá el calor de su aliento. El hecho físico de su existencia —el brillo del sudor en su clavícula, sus pechos con los pezones oscuros, el lunar diminuto detrás de la oreja izquierda que quizá ni sepa que tiene— es lo que lo hace volver en sí todos los días.

Se levanta de la cama, tantea el suelo hasta encontrar sus zapatillas y arropa a Mimi con la colcha. Necesita mover el cuerpo por el espacio. Necesita aire. Esquiva el escalón que cruje por si alguno de los chicos está despierto. «Sus chicos.» El mero hecho de pensar en ellos ahora se le hace distinto, desprovisto de simplicidad e inocencia. Son culpables. Son criminales. Dormidos en su cama.

Coge el forro polar verde que hay colgado detrás de la puerta trasera. La noche de finales de verano ha refrescado. O quizá sea él. Se siente helado por dentro al salir a la calle y bajar por el camino de entrada. Los cristales rotos sobre la acera y el asfalto negro recién pavimentado de Division Street le provocan un escalofrío. Aunque no es la escena de un crimen (se estremece), hay marcas de tiza blanca y trozos de cinta reflectante que ha puesto el equipo forense, además de oes, úes, guiones y flechas, indescifrables como jeroglíficos a lo

largo de toda la calle y sobre el propio roble. La policía tenía que hacer aquello, lo sabe. Para redactar el informe. Para mandárselo al seguro. Aunque no puede evitar que el terror se apodere de él. La ruleta gira y gira. Ahora hay un cuerpo sobre un charco de sangre en el suelo, pero es el cuerpo robusto de Theo. Ahora ve a Sara, hecha un ovillo en el porche; un policía le está haciendo la prueba del alcoholímetro. Su hija, con las manos esposadas detrás de la espalda, escoltada hasta un coche patrulla. El alarido de Mimi, ese sonido maternal primario, cuando el coche se aleja en silencio, con la luz roja encendida.

Camina por Division y gira hacia Poplar. Las casas de sus vecinos están todas a oscuras, excepto por el tenue resplandor de una lamparita en el primer piso de la casa de los Platt y una luz en la planta baja que los Berkelhammer dejan encendida para su viejo *collie,* que está medio ciego. Piensa en la chica cuya muerte —está seguro de que la desconectarán del respirador mañana o quizá pasado si los padres insisten en esperar un milagro que no ocurrirá— será ya para siempre una mancha en el alma de sus hijos.

Pasa por delante de la casa de los Chertoff y ve la luz azul intermitente de un televisor en el dormitorio principal. Seymour debe de tener insomnio. Siente el impulso de arrojar una piedrecita a su ventana y decirle que salga a dar un paseo con él. Suele seguir sus propios consejos y se siente orgulloso de ello. Pero sus hijos son los responsables de la muerte de una chica. Y él oscila entre el horror y la gratitud egoísta de que no hayan muerto en ese coche, de que no hayan sido ellos. De que hayan escapado a la ruina. No habrá consecuencias.

Sigue andando y dobla la esquina hacia Maple. El corazón le late a un ritmo irregular: una arritmia. No le sorprende. Se da asco a sí mismo. Nunca había actuado movido por un sentido de la protección tan primitivo. Lo único que le importaba —literalmente lo único que le importaba mientras corría hacia el Buick estrellado— era salvar a sus hijos. ¿Así es él, así son todos? ¿No tan distintos de cualquier criatura de la naturaleza cuyo único trabajo es sobrevivir?

Metabolizará esta nueva certeza. Aprenderá a vivir con ella. Puede que sea un marido y padre de mediana edad que vive en

una ciudad residencial llamada Avalon, pero también es un niño peleón de Classon Avenue que consiguió llegar a Stuyvesant y mucho más allá, que se subió a hombros de sus padres, inmigrantes, y puso rumbo, como una flecha, recto y honesto, hacia una vida que tuviera un sentido, una finalidad. Una vida buena y útil. Eso es lo único que siempre ha querido. Y lo único que siempre ha querido para su familia. Pero ¿y Sarah y Theo? Ellos llevan mucho menos camino recorrido. No tienen la mente ni los músculos ejercitados para esto. No tienen disciplina. Son tiernos, sus hijos. Tiernos y —al menos hasta esta noche— sin malicia. ¿Cómo van a poder con esta carga?

«No tenemos que hablar, Ben —le ha dicho Mimi—. No hablemos.» Entiende que Mimi no se refería a que hablasen de ello mañana ni más adelante ni en el futuro. Mimi cree que el mejor remedio es no volver a hablar de esto. La semana que viene irán al funeral de Misty Zimmerman. Theo se pondrá un traje, se peinará el pelo oscuro hacia atrás, su cara parecerá una luna redonda. Mimi le comprará a Sarah un vestido azul marino por la rodilla. Se sentarán en la sexta fila de la sinagoga, rectos y orgullosos. Enviarán una tarjeta de parte de toda la familia y llevarán una bandeja de galletas caseras al shivá.

Las palabras que podían haber sido pronunciadas se tragarán. Inexpresadas, se abrirán paso a través y alrededor de cada uno de ellos como enredaderas estrangulando una arboleda sin podar. Dentro de varios años, cuando sus hijos se hayan ido a la universidad, hará una donación anónima al instituto de Avalon en nombre de Misty Zimmerman: una beca anual para un estudiante con buenas notas en un idioma extranjero. Nunca se lo dirá a nadie. Pero ahora, Ben está de pie delante de su casa, bajo las ramas del roble. El tronco está destrozado en el lugar donde ha impactado el coche y es como si se le salieran las tripas. El cielo nocturno ilumina el tejado a dos aguas; las jardineras a ambos lados de la puerta, el llamador de latón brillante con forma de águila.

Llevan quince años viviendo en esta casa. Sus hijos han pasado todos los años de su vida entre sus paredes. Ve a Sarah

haciendo los deberes de química en la mesa de la cocina. «¿Papá? ¿Puedes ayudarme con las estructuras moleculares compuestas?» Con el pelo por detrás de la oreja. El gesto decidido que a Ben siempre le da ganas de darle un beso en la coronilla. Y Theo. Inmortalizado en la memoria de Ben para siempre a los cuatro años, siempre echándoles los brazos a sus padres. «¡Quiero columpiarme!» Su voz era adorablemente ronca para un niño pequeño. Se colocaba entre Ben y Mimi y les ordenaba que lo columpiaran adelante y atrás hasta que les dolían los brazos.

La ruleta gira otra vez. Una noche, dentro de muchos años, bajo este mismo roble, un niño pequeño pondrá a dar vueltas el mundo en la pantalla de un aparato que ni siquiera está en los sueños de nadie aún. Por un brevísimo instante, Ben sentirá que puede sostenerlo todo —el pasado, el presente y el futuro — en sus manos. Pero ahora no tiene ese portal. No hay ninguna ventana a través de la que ver la vida que les espera a las tres personas que más quiere. Se agacha y coge una esquirla de cristal del suelo. Podrían haber sido ellos, él y Mimi, los que pasaran esta noche en vela en el hospital, como están haciendo ahora los padres de esa pobre chica. Podría haber sido, pero no es. Esta noche no.

2 de noviembre de 2014

Theo

Le llevó un tiempo encontrar el lugar adecuado. Los primeros locales que fue a ver no llegaron a buen puerto porque los precios del alquiler y de la venta en Brooklyn seguían subiendo y él tenía unos requisitos muy específicos para el espacio que buscaba: tenía que tener mucha luz y ser alegre, idealmente con un jardín para poder sentarse fuera. El barrio, que está gentrificando a toda velocidad, ahora está lleno de mujeres (blancas en su mayoría) con vestidos holgados de colores vivos y zuecos suecos que empujan carritos de bebé de último modelo por las aceras irregulares flanqueadas de edificios de apartamentos en distintas fases de renovación. Los maridos (cuando los hay) llevan camisetas viejas de grupos de música más vieja que ellos y sudaderas de capucha con aspecto de ser hallazgos de tiendas de segunda mano.

Tener dos restaurantes le supone más del doble de trabajo. Twelve Tables abre cuatro noches a la semana —de jueves a domingo— y Mimi's es un local de desayunos. O al menos a Theo le gusta pensar en él como un local de desayunos. Intenta que el ambiente de Mimi's sea sencillo y rústico; comida y bebida honesta, un lugar del que su madre se habría sentido orgullosa. Pero cuando se corrió la voz de que Theo Wilf iba a abrir un segundo local en Bed-Stuy, se formaron colas que daban la vuelta a la manzana. Después de la prensa, llegaron las ofertas de capital de riesgo. Al parecer, Theo tiene una marca personal. Una marca potencialmente valiosa.

Cuando abrió Twelve Tables, solía hacer fotos del restaurante vacío, la cocina en pleno apogeo, el «antes» de cada noche. Con esto pretendía que la gente pudiera echar un vistazo a un sitio que generalmente no podían llegar a ver

porque había muy pocas mesas y lo tenía todo reservado hasta Navidad del año siguiente. El perfil de Instagram de @12Tables tiene cerca de setenta mil seguidores ya y hay al menos dos cuentas no oficiales de Theo Wilf. Cuando intenta cerrar una, aparece otra. Eso significa que lo reconocen por la calle más a menudo de lo que le gustaría (que sería nunca).

Es el famoso menos típico posible. ¿Por qué iba a importarle a nadie? Él solo quiere darle de comer a la gente, transportarlos a través de sus sentidos. No quiere hablar con ellos ni sentarse a la mesa al final de la cena. La satisfacción, para él, viene en forma de platos vacíos que vuelven a la cocina sin una sola gota o migaja. Y no quiere saber nada de las entidades de capital de riesgo que no paran de llamarlo. No quiere «escalar» ni «expandirse» ni emprender una «trayectoria de alto crecimiento». Los más jóvenes invocan a David Chang; los mayores mencionan a Danny Meyer. No entienden que no tenga el más mínimo interés. ¿Cómo no va a querer eso? Creen que está jugando a algo.

Ha seguido su ruta habitual, de Atlantic a Nostrum y de ahí a Gates. Solo hay unos tres kilómetros —más o menos treinta minutos a paso ligero— desde Twelve Tables hasta Mimi's y trata de ir andando siempre que puede, aunque a veces coge un Uber para ahorrar tiempo. Su padre le ha rogado que se cuide un poco más. Hace un día estupendo, sin una sola nube en el cielo, y los robustos árboles urbanos están en el punto álgido de su gloria otoñal. Llama por FaceTime a Ben por el camino para que vea que se está esforzando. La cara de su padre ocupa toda la pantalla del iPhone. Está en una playa ventosa y lleva gafas de sol. Theo apenas lo oye.

—¡Theo! ¡Mira quién está aquí!

Ben inclina la pantalla con torpeza. ¿Hay un límite de edad para aprender a usar las nuevas tecnologías? Ben no ha perdido ni un ápice de sus facultades en los cuatro años que han pasado desde que Mimi murió. Pero, cuando se trata de aparatos electrónicos y pantallas, se desespera. Theo lo entiende. A su padre todo eso le da igual. Su tiempo es limitado. Pronto va a cumplir ochenta años. Hasta donde Theo sabe, Ben se pasa los días leyendo poesía. Vuelve una y otra

vez a Whitman, pero también muestra interés por la poesía contemporánea. Pasa varias horas a la semana en una librería pequeñita llamada Diesel no muy lejos de casa de Sarah. Le manda correos a Theo con un poema transcrito de Marie Howe o W. S. Merwin. A veces le envía audios largos que empiezan así: «Theo, cariño, escucha esto». Theo guarda esos mensajes. Son un mapa del mundo interior de su padre. Sabe que querrá tenerlos algún día.

Theo esquiva a un transportista en bicicleta que en realidad no debería ir por la acera. Pasa junto a tres hombres con enorme sombrero de pelo: judíos jasídicos Satmar que se han alejado de Williamsburg. Delante de él van dos chicas. ¿Son chicas? Es difícil saberlo. Son dos personas estrechas de hombros y de caderas, con el pelo rapado y decolorado, teñido de blanco. Ambas llevan la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros de la otra. Qué maravilla, este barrio… Rezuma humanidad por los cuatro costados.

Sus sobrinas le quitan el teléfono a su padre.

—¡Tío Theo!

Ya tienen diecisiete años, Sydney y Olivia. El año que viene irán a la universidad. A Theo le cuesta creer que al principio no pudiera diferenciarlas. Sydney se parece a Peter, larguirucha y morena de tez; Olivia es Sarah en miniatura, igual que Sarah es Mimi en miniatura. Theo sabe que eso no significa nada, que todo es un batiburrillo de genes, pero cuando la ve siente cierto consuelo, como si aún quedaran pruebas tangibles del paso de su madre por el mundo.

Ojalá su madre hubiese vivido para ver crecer a sus nietas. El bache en el matrimonio de Sarah y Peter y, sobre todo, la desintoxicación de Sarah, parece haber calado en ambas. Participaron en la semana de la familia en el centro de desintoxicación, fueron a Al-Anon. ¿Por qué algunos niños consiguen capear las tormentas de su infancia mientras que otros —él, Sarah— se pasan la vida huyendo del daño? Bueno. En realidad sabe la respuesta. Él y Sarah infligieron el daño.

Ah, le encanta ser tío. No va a casarse nunca. No va a tener hijos. Lo sabe de sobra. Ha estado con alguna que otra mujer. No le van las aplicaciones de citas, que es lo que usa la

mayoría de la gente soltera. Lo ha intentado, pero no es lo suficientemente listo y le da alergia tener que describirse a sí mismo como si fuera un producto en un escaparate. Así que solo le quedan las casualidades. La casualidad trajo a Prachi a su vida un par de años antes, y durante un breve período de tiempo, llegó a preguntarse si sería la elegida. Se conocieron gracias a Twelve Tables, podría decirse. Todo en su vida tiene que ver con Twelve Tables, así que no es ninguna sorpresa. Frieda y Joe Glasser, clientes suyos desde el primer día, los presentaron. Theo nunca habría accedido a una encerrona de ese tipo, pero los Glasser tenían maña y consiguieron que pareciera que no había ninguna razón especial para traerse a una de las alumnas de Joe a cenar con ellos. En absoluto era una encerrona. No, no, no. Más adelante se enteró de que le habían dicho lo mismo a Prachi.

La vio a través de la cortina burdeos aquella noche. El casco brillante de su pelo negro corto, el cuello largo, la risa profunda. Era verano y llevaba un top sin mangas de color crema. Tenía los brazos delgados y musculosos. De pronto le asaltó una imagen sorprendente: aquellos brazos a su alrededor. Hacía un año y medio de la muerte de Mimi y la última vez que Theo había abrazado a alguien había sido al despedirse de su padre y de Sarah en el JFK. Se aferró a Sarah un momento, palpando las finas escápulas que sobresalían de su espalda. Su padre, su hermana. Su madre bajo tierra. Eso era lo que quedaba de ellos.

—¿Tío Theo? —La voz de Olivia parece salir de dentro de una caracola—. ¿Cuándo vas a venir a vernos?

—Pronto —dice él. Pronto es lo que dice siempre. Pero es difícil poder cogerse unos días. Twelve Tables es él. Nadie más ha tomado el timón, ni siquiera una noche. Mimi's podría funcionar sin él durante unos días. Ha contratado a un equipo de chefs y ayudantes de cocina y el local es una máquina bien engrasada, incluso para su nivel de exigencia. Pero ¿es ese el verdadero motivo? Se siente atado y a salvo cuando está dentro de los tres vértices de su vida: Mimi's, Twelve Tables y su ático.

—¿Por qué no venís vosotras a verme?

Oye el graznido de una gaviota al otro lado del país. En la acera, una paloma picotea un borde de pizza tirado en el suelo. De pronto tiene una idea tan perfectamente formada que ha debido de soñarla. Es casi como un *déjà vu*.

—En serio, ¿por qué no venís y trabajáis en Mimi's? ¿Qué tal durante las vacaciones de invierno? ¡O en verano! Pueden ser como unas prácticas.

Theo ve que Ben no se ha apartado mucho de sus nietas. ¿Habrá oído la invitación? Cuando Theo dobla la esquina del Malcom X Boulevard, divisa la habitual multitud saliendo de Mimi's. Respira hondo, visualiza un botón de volumen en su cabeza y lo baja. Ha aprendido a hacer eso. Reducir el ruido. Es una sinfonía cacofónica que nunca se calla del todo: el crujido repugnante del metal; el grito de Sarah; el siseo proveniente del morro arrugado del Buick; el ritmo de samba en la cocina de La Cabrera, el fuego crepitante; el sonido de la voz de su madre rompiéndose mientras le preguntaba si era él. «¿Theo? ¿Theo?» El alarido de su hermana desde el interior de la casita de juguete; la sirena en la nieve; Prachi preguntándole qué piensa, qué significa esa mirada, por qué no le dice nada, dónde está.

—¡Genial! ¡Sí! —Sus dos sobrinas levantan el dedo pulgar. ¿Han servido mesas alguna vez? ¿Han trabajado en una cocina? ¿Han trabajado en general? No importa. Él se lo enseñará todo. Va a reformar la parte de atrás del ático, levantará un tabique para que tengan intimidad, lo convertirá en una auténtica habitación de invitados. Tienen diecisiete años para dieciocho. La vida ya les ha puesto la zancadilla. Sus padres estuvieron a punto de divorciarse. Su abuela se ha muerto. Su madre ha tenido una adicción. Pero todo eso son contratiempos leves. Mimi usaba mucho la expresión «con suerte». Piensa en ello. Con suerte, sus sobrinas seguirán creciendo fuertes y recias, como los árboles que dan sombra al Malcom X Boulevard. Con suerte, a él le queda aún una buena temporada por aquí para cuidar de ellas.

Benjamin

Lo más lógico, después de enterrar a Mimi en el nicho de la familia Wilf en Brooklyn, después del shivá truncado —tres días en lugar de siete— que celebraron en el cascarón vacío de su casa, rodeados de cajas, había sido que se fuera con Sarah. Cancelaron el servicio de mudanza y la familia que se iba a instalar desde Cleveland fue, afortunadamente, muy flexible y amable en lo referente al comienzo de su reforma integral. Por supuesto, no se habló en ningún momento de su traslado a Avalon Hills. Ya no. La idea era volver a estar con Mimi. Además, él responsabilizaba a la residencia de la desaparición de Mimi. Podría haberlos demandado. Varios amigos le recomendaron abogados socios de despachos de Manhattan con nombre rimbombante. Podría haber ganado. ¿Y qué? Él sabe lo destructivos y agotadores que pueden llegar a ser estos casos y, además, las indemnizaciones por daños no iban a hacer más transitable el arduo y largo camino del duelo. Tiene dinero suficiente para vivir. Sus hijos no necesitan nada de él. No hay nada que pueda hacer retroceder el tiempo y devolverle a Mimi. Si algo sabe Ben desde que sostuvo el cuerpo sin vida de su mujer entre sus brazos es que se niega a pasarse el tiempo que le quede consumido por el deseo de recompensa. No habrá ninguna recompensa.

Lo que le ha sorprendido es lo bien que se ha adaptado a la vida en Los Ángeles. Todas las mañanas se levanta temprano, como siempre, y da un largo paseo por el cañón. Es el más viejo del barrio. La gente sale a correr a primera hora y hay tipos de mediana edad que caminan a paso ligero, igual que los ciclistas con su camiseta reflectante y su casco de colores. Los corredores más avezados se reúnen en lo alto de unas escaleras largas y empinadas. Algunos suben cuestas a toda velocidad con gente que al parecer son sus entrenadores personales. Es una cultura volcada en la salud o en eso que ahora llaman «bienestar».

Sarah, Peter y las chicas viven en una casa de estilo mediterráneo con suelos de terracota y paredes de estuco y muebles pesados y oscuros que contrastan con su impresionante colección de fotografías en blanco y negro. Ben no sabe mucho de fotografía, pero se ha puesto al día: Horst,

Man Ray, Elliott Erwitt, Sally Mann. Hay una particularmente bonita de Irving Penn, una imagen que Ben ya había visto antes, o al menos tiene esa sensación: la curva carnosa de la cadera de una mujer, interrumpida por un único lunar oscuro. Le recuerda a Mimi.

Ha echado de menos a Mimi los años previos a su muerte a medida que la iba perdiendo poco a poco, como si se fuesen borrando partes de ella; solo quedaban manchas, rastros. Pero estaba allí. Aún sentía el consuelo de su presencia. Era marido. Hay una palabra para lo que es ahora: viudo. Nunca se había parado a pensar, en todos los años que se pasó rellenando historiales médicos de pacientes, en lo que debía de sentirse al marcar esa casilla.

Por el día, la casa de Sarah está vacía. La señora de la limpieza viene y va, igual que los jardineros y el que hace el mantenimiento de la piscina. Dinero. Es lo único por lo que no tiene que preocuparse en lo que respecta a sus hijos. A Sarah le va particularmente bien. Su último proyecto, una miniserie en Showtime, la adaptación de una controvertida autobiografía francesa, acaba de obtener tres nominaciones a los Globos de Oro. En su despacho —la planta baja de la casa de invitados—, tiene todos sus premios escondidos en un rincón de una estantería, incluida la estatuilla más famosa de todas. Ahora que es una mujer de mediana edad y ya no bebe, se dedica a su trabajo con una determinación silenciosa, en lugar de la energía frenética de antes.

Ben no sabe qué pasó exactamente entre Sarah y Peter, por qué su matrimonio pareció tan tenso y agotado durante una época. La verdad es que no quiere saberlo. No es asunto suyo. De no haber estado viviendo en la primera planta de la casa de invitados, nunca habría oído los gritos, los portazos. Tiene teorías, claro. Peter ya no es miembro de pleno derecho del sindicato de guionistas. Dejó de escribir hace un par de años y volvió a estudiar. Esta primavera terminará su posgrado en trabajo social y abrirá una consulta de terapia familiar. No debe de haber sido fácil para ellos gestionar el tremendo éxito de Sarah en la misma industria que ha mostrado indiferencia hacia su marido. No habría tenido tanta importancia si hubiera

sido al revés. Es una afirmación tremendamente machista, sin duda, pero eso no la hace menos cierta.

Pero Ben sabe que hay más. Algo relacionado con el mes que pasó Sarah en una clínica de desintoxicación poco después de la muerte de Mimi. Algo relacionado con el teléfono que no dejaba de sonar la noche que llegó de Los Ángeles. Algo relacionado con aquella terrible noche de verano de hace mucho tiempo y con las decisiones que cada uno de ellos —él y Mimi, Theo y Sarah— tomó y que enterraron la verdad de lo ocurrido más profundo con cada año que pasaba. Ben se pregunta si Peter lo sabrá. Sospecha que no. Nunca hablaron del accidente ni de sus consecuencias los cuatro. Hubo momentos en que Ben tuvo las palabras en la punta de la lengua. Dos años después del accidente, durante un viaje familiar de Avalon a Carolina del Sur, estuvo a punto de decir algo. El coche parecía una burbuja segura, un confesionario sobre ruedas. ¿Qué habría pasado si hubiese dicho sencillamente: «Vamos a hablar de ello»? Nadie habría tenido ninguna duda de a qué se refería.

En lugar de eso, puso una cinta de casete con un audiolibro que habían decidido entre todos. Era más fácil escuchar a un narrador leyendo *La hoguera de las vanidades* que correr el riesgo. Pero ¿cuál era el riesgo en realidad? Lo ha pensado mucho. Es un lugar espinoso al que su mente vuelve cuando está ociosa. Lo más lógico que ha podido deducir es que a todos les aterrorizaba que, si hablaban de lo sucedido aquella noche, las palabras completaran la narrativa y eso fuera más horrible que el fragmento roto que cada uno llevaba a solas sobre los hombros. Pero el silencio quizá fuera un error. No. El silencio, definitivamente, había sido un error. Ben oyó en algún sitio —¿en un documental de la PBS?— que Carl Jung describía los secretos como un veneno psíquico. Eso es lo que era: un veneno que se filtraba en la vida de todos ellos, sobre todo en la de Sarah y en la de Theo. Dios mío, si es que eran unos niños.

Theo también estará bien, al menos en el plano económico. Sus restaurantes están siempre llenos, van cada vez mejor. Sarah le ha enseñado algunos reportajes en la prensa. Claro,

porque Theo nunca lo haría. En las fotos se le ve un poco tímido, incómodo; lleva el éxito como un traje que le quedara regular. El éxito no es algo que vaya a abrigarlo por las noches. El éxito no curará el dolor que Ben sabe que su hijo lleva dentro. De hecho, quizá sea incluso peor, porque ese gesto dolorido y autocrítico en su cara deja claro que ni él mismo cree que se lo merezca. Ben se pregunta qué hará Theo cuando vuelve a su ático cada noche después del cierre. Nunca habla de que tenga alguna amiga especial, aunque eso no significa que no haya nadie. Debe de sentirse muy solo.

Por otra parte, parece que Theo se está cuidando un poco más estos últimos años. Sigue siendo un tipo robusto, pero ya no está obeso. Le dice a Ben que hace ejercicio la mayor parte de los días, aunque él sabe que se refiere a un paseo por la ciudad a paso ligero. Ben no puede evitar redactar un informe de cabeza, igual que lo haría con un paciente, para evaluar los riesgos. Hombre de cuarenta y cuatro años, 1,78 de estatura, 86 kilos de peso. Desde un punto de vista genético, Theo no sale mal parado: no hay antecedentes familiares de enfermedades cardiovasculares ni cáncer. Está el alzhéimer de Mimi —Ben está seguro de que esto agobia a Sarah y a Theo—, pero a ese respecto no se puede hacer nada a no ser que quieran hacerse una prueba de ADN de esas que identifican los marcadores. Si le preguntasen su opinión, cosa que no van a hacer, les aconsejaría que no se la hicieran. ¿De qué te sirve saber algo así cuando no hay tratamiento?

Piensa a menudo en Avalon, aunque ya no era su ciudad desde mucho antes de irse. Todos los años que vivió allí son como una capa de sedimento que ha sido cubierta por capas nuevas. Rachel Carson —ha estado leyendo *Primavera silenciosa* — escribió que los sedimentos son como un poema épico de la tierra. La historia de cada ciudad es una épica menor, entonces. Lo único que le tira aún de Avalon no es su antigua casa, sino más bien la de enfrente.

Las cosas no van bien en el hogar de los Shenkman. La madre, Alice, está enferma. Cuando se enteró, le mandó a Waldo una carta manuscrita. Waldo lo llamó de inmediato. «¿Doctor Wilf?» «Por favor, Waldo, llámame Ben.» Le cuesta

creer que el muchacho tenga ya catorce años. Le había mandado algún que otro mensaje antes de aquella carta. Waldo y él tienen una amistad sorprendente, si es que se le puede llamar así. No sabe muy bien cómo tomárselo. Una vez oyó que es posible establecer vínculos con la gente, aunque sean completos desconocidos, que son de alma a alma. La idea se le quedó grabada. ¿Qué significa que fuese él quien ayudara a traer a aquel niño al mundo? ¿Qué significa que Waldo estuviera con Mimi cuando esta falleció? ¿Es una mera y simple coincidencia? ¿Acaso es posible? Ben piensa a veces en el rato que pasó con Waldo, sentados entre las raíces nudosas del roble. Aquella noche, más tarde, Mimi se escabulló por la puerta de Avalon Hills. Y por esa noche, por él —«¡Eh, muchacho! ¿Qué haces? ¿Qué es eso? ¿Es un juego?»—, Waldo metió sus cosas en una bolsa y se escapó de casa. Todo está conectado de algún modo, aunque el rastro solo puede seguirse si sabes cómo mirar.

Le sorprendió oír la voz de Waldo ahora que había empezado a cambiar; crujía y saltaba como un disco de vinilo. Aquella voz nueva se tambaleaba. Ben se dio cuenta de que estaba llorando. No costaba tanto, solo una pregunta amable, que el muchacho hablara. Ben no tenía ni idea de lo poco habitual que era aquello, que Waldo pronunciara palabras sin parar; que con los demás adultos de su vida era callado, por no decir mudo. «Mi madre se está poniendo peor, doctor… Ben. Está muy enferma.» Ben consiguió hacerse una idea a partir del torrente. Parecía cáncer ovárico, o quizás uterino. Y no «del bueno», como la gente solía decir, como si hubiese alguno bueno. Waldo recitó los distintos medicamentos como si fueran los nombres en latín de las constelaciones. Los había apuntado y guardado en el móvil. Tenía una lista. Quería que Ben le dijera qué significaban.

Ahora lo llama o le escribe un mensaje todos los días. Da igual lo que esté haciendo Ben, siempre lo deja para contestar. Está claro que nadie más habla con Waldo. Su madre está demasiado ocupada intentando sobrevivir, y el padre… Ben no intenta entender al padre. Él ha pasado por muchos estados de ánimo en su vida, pero nunca ha experimentado un estado

crónico de ira. Lo vio la mañana que Mimi murió. Oyó cómo Shenkman le gritó a Theo fuera de la casita de juguete. Por supuesto, era comprensible: el tipo estaba muerto de miedo por Waldo. Pero incluso cuando vinieron al shivá, Ben lo notó. La propia fisonomía de Shenkman parece dictar su destino: los brazos y los hombros gruesos, el cuello corto, el ceño permanentemente fruncido. Se quedó mirando la casa vacía como si el secreto de una felicidad escurridiza pudiera estar escondido detrás de las torres de cajas. ¿Qué iba a decirle a Waldo? La gente iracunda no tiende a enfadarse menos cuando la vida les lanza una bola curva como esta. Pobre mujer. Pobre niño.

Tras dar un paseo hacia el norte del embarcadero con sus nietas —algo que hace tan a menudo como ellas le dejan—, está sentado en una mesa de pícnic en el patio del Brentwood Country Mart. Es su lugar preferido por el combo perfecto de la estupenda librería independiente y el riquísimo café. Se ha convertido en un cliente habitual, aunque no puede decirse que acabe de encajar del todo. Le gusta mirar a los niños que corren entre el Reddi Chick y la juguetería. Las madres o los padres a veces le suenan, algo que le dejaba perplejo hasta que se dio cuenta de que los conocía de la televisión.

Hoy ha estado curioseando en la sección de poesía de Diesel hasta que un libro fino le ha llamado la atención: *The Night Parade* ('El desfile nocturno'), de Edward Hirsch. Quizá sea por la cubierta: una fotografía oscura y borrosa de una mujer vestida con un abrigo, caminando por el andén de una estación de tren, con una hilera de luces sobre la cabeza que parece una flecha que se pierde en el cielo nocturno lleno de nubes. Es difícil distinguir si camina hacia la cámara o se aleja de ella. Hojea el libro: la foto del autor muestra los rasgos afilados y los ojos tiernos de un hombre con el que podría haber jugado al béisbol en la calle cuando vivía en Classon Avenue. ¿Qué sería de los chicos de aquella época, que se dispersaron como canicas lejos de Brooklyn, rumbo a sus respectivas vidas? De vez en cuando, Ben recuerda algún nombre. Viejos todos ya.

Algunos deben de haber muerto.

Los sonidos, los olores, las palabras vuelven a él. El golpe sordo de un palo de escoba golpeando una pelota. El estruendo de un camión pasando por la tapa de una alcantarilla. El tacto de una bolsa de papel llena de castañas asadas en las manos. El chorro de una boca de incendios abierta en verano. Sus amigos de la infancia eran hijos de inmigrantes que habían llegado a Brooklyn desde Alemania, Italia, Irlanda o Polonia, igual que sus propios padres. Las cocinas de los pisos pequeños olían a repollo, a salchichas o a salsa de tomate haciéndose a fuego lento. «¡Benny! —La voz de su madre lo llamaba desde los escalones—. ¡A cenar!» Todas las madres llamaban a todos sus hijos, pero era la de la suya la que llegaba a sus oídos. La que aún le llega si escucha con atención.

Le da un sorbo a su capuchino. Es casi un sacrilegio deshacer la hoja perfectamente dibujada que el camarero ha hecho con la espuma. Su móvil vibra sobre la mesa. Se imagina a Waldo, solo en su habitación, mirando al cielo en busca de respuestas escritas en las estrellas.

—Hola, querido muchacho —dice—. Cuéntame, ¿cómo estás?

Sarah

Al principio era como una colcha suave e invisible que la envolvía y le hacía sentirse segura, calentita, a gusto en su propia piel. Unas cuantas copas diluían la sensación de no encajar. Era así de fácil. Se volvía voluble, vaporosa, audaz y divertida. Se convertía en esa chica que de otro modo no sabía muy bien cómo ser. Podría haber sido una fase que luego hubiese superado. Podría haber aprendido otros métodos nuevos y más saludables de enfrentarse a las cosas. Tiene amigos que hicieron un montón de cosas peligrosas cuando eran jóvenes y ahora se ríen de sus proezas mientras hacen todo lo que está en su mano para asegurarse de que sus hijos adolescentes no hagan lo mismo. Esgrimen todo tipo de razones para afirmar que ellos podían hacerlo, pero sus hijos

no. Las drogas son más fuertes ahora. Su huella digital seguirá ahí cuando soliciten plaza en la universidad o quieran encontrar trabajo. Pero la auténtica razón es que en el fondo saben que solo sobrevivieron por pura suerte. Podían haber cortado la cocaína con fentanilo. Las bombitas de eme que se metían en la discoteca podían haber llevado metanfetamina. El desconocido aquel del bar podría haber sido un psicópata.

Las conversaciones de las madres del instituto de Sydney y Olivia a menudo giran en torno a estos temas. Sarah intenta evitar a las madres en general —se siente fuera de lugar con ellas—, pero de vez en cuando hay actividades escolares o ferias de ciencias a las que le toca ir. Siempre hay algún drama: a alguna la han pillado conduciendo borracha, una fiesta a la que ha tenido que ir la policía, un lavado de estómago. Cuando se ve envuelta en alguna de estas conversaciones por lo bajini, Sarah las mira a la cara. Aunque su desintoxicación no fue un proceso precisamente público, tampoco es algo que no se sepa. Se fija en que alguna le echa una mirada rápida y luego la aparta. Ha sido difícil no sentir vergüenza. Perdió el control. Estuvo a punto de destruirlo todo: a sus hijas, a su marido, su trabajo y a sí misma.

Lleva tres años sin beber. Va a las reuniones a diario, en su mayoría multitudinarias, y suele sentarse al fondo de la sala y limitarse a escuchar. Donde no se fijen en ella ni la señalen. Donde no la conozcan. Al principio del proceso, la invitaban a reuniones locales privadas. En una ciudad, en una industria en la que la jerarquía es tan importante que los actores son calificados por letras en función del nivel de recaudación de sus películas, las reuniones privadas de alcohólicos anónimos no son ninguna sorpresa. La gente famosa y notoriamente sobria suele preferir reunirse en el patio de su casa. Fue a un par de ellas, pero la paralizó el exceso de conciencia. Sabía demasiado sobre aquellas personas: un actor que había abandonado el plató de una de sus series a finales de los noventa; una pareja de coguionistas que una vez le había propuesto hacer una comedia sobre la reproducción asistida; un diseñador de moda que una vez le hizo a una de las actrices protagonistas de Sarah un extraño vestido transparente cuando

estaba nominada a un premio Independent Spirit.

Las reuniones privadas eran tan reducidas que todo el mundo tenía que hablar. Ese era el trato. No se podía solo mirar. Pero, cada vez que abría la boca y decía: «Hola, soy Sarah y soy alcohólica», se le aceleraba el pulso. No sabía hablar de sí misma. Se le da muy bien contar la historia de otros. Es conocida como productora por ser una lectora inusualmente buena de guiones en lo tocante a los personajes y la motivación. Tiene un excelente sentido de la estructura. Pero se ruboriza y tartamudea cuando intenta hablar en las reuniones. Es como si toda su vida se le viniese encima, no sabe por dónde empezar.

Hoy ha asistido a una reunión vespertina general que le sirve de bisagra entre el trabajo y su casa. Coge un vaso de cartón lleno de café torrefacto, se sienta en una silla plegable metálica y se pone a mirar Twitter para que nadie le hable. Tiene una madrina a la que llama religiosamente todos los domingos por la noche, una mujer mayor que la trata con una calidez maternal que hace que le escuezan los ojos. Su madrina le ha sugerido que hable más, que se implique más en la comunidad. Y sabe que debería, pero han pasado años y ella sigue siendo de las que miran. Ya se dice a sí misma que no bebe, ¿no es eso lo importante?

Excepto porque cada vez se le hace más difícil. Ha empezado a preguntarse si la lucidez no estará sobrevalorada. Se siente mejor físicamente; la luz rosácea del amanecer sin el mareo de la resaca diaria ha sido una revelación e incluso siente destellos diminutos de gratitud cuando se sienta en el jardín por la mañana y piensa en su familia, en la suerte que tienen de estar juntos. Es un regalo inesperado que su padre esté viviendo con ellos. Las chicas tienen una relación con él que no habría sido posible de no haber sido por el cúmulo de acontecimientos que hicieron que se mudara a la costa oeste. Que Peter siguiera con ella después de su horrible traición es un milagro absoluto. Todo esto lo sabe, lo sabe en el fondo de su ser, pero no lo siente. No como cree que lo sienten los demás.

En la parte delantera de la sala, un hombre está contando su

historia. Sarah se da cuenta de que no ha escuchado una sola palabra. Es negro, debe de rondar los cincuenta. Es difícil calcular la edad de los exalcohólicos. Podría aparentar fácilmente diez años más de los que tiene. Es calvo y delgado, viste una camisa, una americana y vaqueros. La sala está abarrotada —el aforo está al máximo y es de doscientas personas— y él habla por un micrófono inalámbrico.

—Sucedió porque yo estaba borracho —dice—. Y ahora tengo que vivir con ello cada día de mi vida.

Por toda la sala, la gente se enjuga las lágrimas. Sarah se inclina hacia delante en su asiento. ¿Qué pasó? ¿Con qué tiene que vivir cada día de su vida?

Las siguientes palabras del hombre la golpean con la fuerza de un impacto físico.

—Hace veinte años —le tiembla la voz, pero conserva cierta dignidad interna, como si nada de lo que diga pudiera derribarlo— que Joey se ahogó. Mi hijo. Mientras yo lo vigilaba.

Sarah desea por primera vez haberse sentado más cerca. Algo en su interior está muy despierto de repente. ¿Cómo puede este hombre tan guapo ponerse delante de cientos de personas y confesar algo tan terrible? Ha oído muchísimas historias de alcohólicos, pero nunca nada así. Nada como esto. Su hijo tenía tres años. Estaban de vacaciones con otra familia. Entró en la cabaña a por algo de beber. Cuenta su historia con un nivel de detalle atroz y necesario. Es más que una confesión. Es un testimonio. Contarlo no le va a devolver a Joey. Contarlo no aliviará su dolor. Pero contarlo en esta sala llena de almas rotas es lo que le salva la vida una y otra vez.

—Los secretos te matan por dentro —dice. Es una de las máximas del programa. La ha oído mil veces. Nunca ha tenido ningún sentido para ella, solo es una frase que le cruza por la mente sin dejar rastro: «Búsqueda e inventario moral sin miedo». «Haz una lista de todas las personas a las que les has hecho daño y ten voluntad de compensárselo.» De algún modo, se las ha apañado para creer que nada de esto va con ella. Pero ahora es profunda e irremediablemente consciente de que todo va con ella. Si es verdad que los secretos te matan por dentro,

ella debe de estar muerta. Nunca ha hablado de aquella noche de verano de hace muchos años. Ni siquiera con el doctor Baum, en la intimidad de su consulta protegida por el secreto profesional.

Durante toda su vida adulta, varias veces al año, ha buscado a los padres de Misty Zimmerman. Ya son mayores. Un año después del accidente, más o menos, el padre de Misty volvió a casarse; su segunda mujer tenía un par de hijos de su primer matrimonio. Viven en algún lugar donde hay palmeras. En Facebook, Sarah ha visto a lo largo de los años cómo esos niños han tenido hijos a su vez, nietos, los cachorros de *golden retriever* se han convertido en perros viejos, los castillos hinchables han dado paso a campamentos de verano y graduaciones del instituto, pícnics en la playa. Escudriña el rostro del hombre en busca del dolor que debe de sufrir en silencio.

La vida de la madre de Misty es más difícil de rastrear. No tiene Facebook, pero los datos públicos le informan de que vive en Georgia —si es la Ruth Zimmerman correcta— y su dirección es la de una residencia de ancianos. Una vez vio una foto suya en la página web de una agencia inmobiliaria. En algún momento se dedicó a vender casas. Llevaba una chaqueta roja y lucía una sonrisa profesional y forzada. Sarah buscó los rasgos de Misty en los ojos caídos de la mujer, en las profundas arrugas que bajaban desde las comisuras de su boca. Pero la madre de Misty, aunque habría envejecido de todas formas, está marcada por la pérdida de su única hija. No hace falta mirar con demasiada atención esa foto para afirmar que se trata de una mujer a la que no le queda nada.

La sala se enfoca y se desenfoca, como si la apretaran por ambos lados como un fuelle. Le pitan los oídos. Apenas puede respirar. El hombre de delante la está señalando. Ella levanta la mirada y ve su propia mano en el aire. Le recorre un escalofrío. En los años siguientes, pensará maravillada en este momento, en cuánto le sorprendió ver su mano como si se hubiese levantado sola. Siempre que cuente su historia, como

aprenderá a hacer —a su hermano, a su padre, a su marido, a sus hijas, a su psiquiatra—, empezará por aquí: «Sí, tú. La mujer del jersey negro, al fondo. Por favor». Alguien le pasa un micrófono. Siente que va a desmayarse, pero si lo hace, no pasa nada. Lo peor ya ha pasado. Está en el fondo del mar. Solo puede hacer una cosa. Con todas sus reservas, se arroja hacia la luz que no ve.

—Hola, me llamo Sarah —dice. Su voz emerge de un lugar pequeño y duro en su interior, algo encerrado en una concha, encapsulado, que acaba de abrirse—. Soy alcohólica. —Vomita las palabras—. Una vez, hace mucho tiempo, una chica murió y fue por mi culpa.

Waldo

Su madre no se lo dice, pero él lo sabe. ¿De verdad se creen sus padres que hay algo de ellos que él no haya visto ya? Observa cada uno de sus movimientos. Sabe que cuando su padre se aprieta con dos dedos la sien derecha está intentando mantener la calma; cuando su madre se sirve una tercera copa de vino blanco significa que está triste. Sabe cuándo tienen una cita en la ciudad con esa gente que les hace preguntas y apunta las respuestas en un informe. Cuando vuelven a casa, los ojos de sus padres están brillantes y tiernos y su padre es más amable con él, al menos durante uno o dos días. Waldo lleva toda la vida oyéndolos hablar en susurros. Durante mucho tiempo hablaban de él. (A veces aún lo hacen. Es su tema de conversación preferido.) Luego empezaron a discutir por el dinero. Pero ahora sus padres susurran en un idioma nuevo: «masa uterina», «histerectomía», «biopsia del nódulo linfático», «quimio».

En el cajón de arriba de su escritorio, tiene guardada la carta del doctor Wilf, cuidadosamente doblada y metida en su sobre, con el sello del eclipse solar. Las noticias han llegado desde Avalon hasta Los Ángeles. La gente sabe que su madre está enferma. Sus vecinos, probablemente. Pero nadie le ha dicho ni una palabra, solo el doctor Wilf. Al doctor Wilf nunca

se le habría pasado por la cabeza que sus padres hubiesen decidido no contárselo. La punta de la nariz y la parte superior de las orejas se le ponen coloradas cuando lo piensa. ¡Tiene catorce años! ¿Por qué lo mantienen en secreto? Debe de ser ilegal o algo así.

«Tu madre es una mujer muy valiente.» Piensa en su madre dándole a luz sobre el suelo de la cocina. No quiere pensar en eso, pero a veces lo hace. A su padre le gusta alardear de su fuerza, pero es su madre la que es fuerte de verdad. «Todo irá bien, o eso espero.» Desde aquellos momentos que pasó con la señora Wilf, ve cosas. No se lo dice a los médicos de la ciudad. Esa gente busca la locura y esto podría entrar en esa categoría.

Además, no sabe cómo hablar de ello. Cuando la señora Wilf murió, ya no estaba en su cuerpo. Su cuerpo era un objeto inerte, como el caparazón vacío de un insecto. Pero no se había ido. Había escapado. Entre las paredes de la casita de juguete había un campo de energía que casi podía tocar. No, más que eso. Era como si los dos —él y la señora Wilf— estuviesen rodeados por aquel campo de energía. No era exactamente como si el tiempo se detuviera; más bien el tiempo pareció expandirse y ellos pasaron a formar parte de todo lo que había sucedido y de todo lo que iba a suceder. Nunca se iría del todo.

Aquel nuevo aprendizaje (porque lo sintió como un aprendizaje) se quedó dentro de él como un superpoder. Si cuando morimos no nos desvanecemos, entonces no hay nada que temer, ¿no? Waldo ve… No sabe cómo llamarlos… No son espíritus exactamente, no son seres, sino una especie de red apenas visible, como esas telas de araña intrincadas que brillan cuando les da el sol. Esos hilos relucientes forman patrones, como constelaciones. Pero ahora lo están poniendo a prueba. Quiere tener más tiempo con su madre. Mucho más tiempo. No quiere que se convierta en un hilo reluciente, en una parte de ese patrón invisible. No. Quiere que venga a su graduación del instituto. Quiere que lo lleve a la universidad. Quiere que sus conversaciones diarias con ella en el coche no se acaben nunca.

No puede parar. Busca en Google algunas de las palabras que ha apuntado, palabras que ha oído decir a sus padres cuando ellos creían que estaba en su habitación: «Cáncer de

endometrio. Tipo 2». Lo escribe todo en el motor de búsqueda y llega enseguida a una lista de promedios de supervivencia de cinco años. Primero ve el setenta por ciento. No está mal. En el colegio, eso sería una nota bastante pasable. Pero no, eso es para otra cosa, no es lo que tiene su madre. Se le encoge el estómago. Tiene un treinta por ciento de probabilidades de sobrevivir.

Waldo cierra el portátil y mira por la ventana. Las hojas se han caído casi todas y alfombran el suelo. Han reformado por completo la casa de enfrente y la han pintado de blanco. Un tejado de tejas de madera sustituye al antiguo. La familia tiene un hijo de siete años y una hija de cinco, y Waldo los ha cuidado un par de veces, aunque no se le dan muy allá los niños y no sabe muy bien cómo hablar con ellos.

Es extraño que la única vez que había entrado en aquella casa fuera tras la muerte de la señora Wilf. Entonces era un lugar sombrío, polvoriento, con las paredes llenas de cajas apiladas y los muebles tapados con sábanas. La empresa de cáterin había llevado mesas y sillas plegables para las visitas. Ahora, los suelos de madera son de un tono arenoso, y donde él recuerda tabiques hay espacios diáfanos. Un enorme sofá azul y blanco flota como un barco en mitad de la sala de estar. Intentó que el niño y la niña vieran *Cosmos: Una odisea en el espacio-tiempo* en el televisor gigante de pantalla plana, pero no les gustó Carl Sagan. Aquella fue la última vez que lo contrataron para cuidar a los niños.

Treinta por ciento. Ha puesto al doctor Wilf en los favoritos del móvil. Siempre que lo llama, tiene miedo de que Ben no se lo coja. De que se harte de él, como le pasa a todo el mundo. Se pone los auriculares, unos enormes que le tapan las orejas, porque le ayudan a sentirse más entero. El doctor Wilf contesta al segundo tono. Waldo sabe que tiene que llamarle Ben, así que eso hace. «Hola, querido muchacho. Cuéntame, ¿cómo estás?» Y entonces empieza el torrente —«mi madre está fatal, ya está calva y se pone peluca y se cree que no me doy cuenta, algunos días ya no puede levantarse de la cama, nadie me dice nada, siguen fingiendo»—, como si Ben tuviera la llave de la caja fuerte donde Waldo Shenkman guarda las palabras, donde

habitualmente mueren antes de tomar forma y se convierten en partículas de polvo.

Waldo cierra los ojos con fuerza y escucha el sonido de la voz del doctor Wilf. No es tanto lo que dice, sino cómo lo dice: con certeza y… ¿será posible? Con amor. Oye amor en la voz de este señor al que apenas conoce, con quien no ha pasado más que un puñado de horas. El doctor Wilf le recuerda a cómo se siente cuando mira el cielo estrellado —Andromeda, Antlia, Apus, Aquarius, Aquila, Ara, Aries, Auriga— siguiendo el diagrama de las constelaciones como un músico ensayando la misma obra que se sabe de memoria, una y otra vez. Siempre hay algo nuevo por descubrir allí arriba, incluso aunque no lo vea. Sobre todo, aunque no lo vea.

Se está haciendo de noche cuando se despide del doctor Wilf. Necesita salir de su cuarto, de la casa. Solo hay un lugar donde querría estar. No necesita decirles a sus padres que va a salir. Ya no tiene diez años para once. Es adolescente. Coge su iPad y se cuela por la puerta principal, que cierra con cuidado tras de sí. Cruza Division Street. Acaba de ser Halloween, hace fresco en la calle y las ramas bajas del árbol mágico están llenas de luces ámbar y trocitos de oropel naranja y negro. Las últimas flores silvestres del verano están secas ya, reducidas a una maraña de hierbajos.

Waldo rodea el árbol, pasando los dedos por la corteza áspera. Harían falta cinco personas como él, quizá más, cogidas de la mano, para abarcar todo el diámetro del tronco. Se para en un punto que parece distinto al resto, más liso, más oscuro, y apoya la palma de la mano en él. Hay un término para esto («tejido lignificado») que él no conoce, pero lo nota como una corriente a través de él. La corteza es más fuerte ahí, como una herida cicatrizada. Se sienta en el suelo duro y frío, entre dos raíces que parecen brotar como brazos de la tierra.

«¿Qué tipo de cosas feas?»

«Bueno, ya sabe.»

«No, no lo sé. Cuéntame.»

«Pues en morirme y todo eso.»

Echa la cabeza hacia atrás. Tiene el iPad en el regazo, pero no lo toca. Ahora no. Hay vida dentro del árbol. Algo. Alguien.

Una chica. Su campo de energía está por todas partes, a su alrededor. Los hilos de la telaraña los mantienen unidos. Debe de tener su edad, pero también tiene todas las edades: una recién nacida, una mujer adulta, una vieja. Los hilos relucen y bailan. Una vez vio una foto donde se comparaba el dibujo de los anillos del tronco de un árbol con una huella dactilar humana. Las dos imágenes parecían casi exactamente iguales. Era difícil distinguir dónde terminaba una y dónde empezaba la otra. ¿Quién es la chica del árbol mágico? Se da cuenta de que perdió la vida aquí. Algo relacionado con la herida, la cicatriz. ¿Ha estado siempre aquí, presidiendo el vecindario? ¿Lo ha visto crecer al otro lado de la calle?

El cielo está casi oscuro. Encima de él aparecen las primeras estrellas. Una luz se enciende en la habitación de invitados del piso de arriba, donde su madre pasa la mayor parte del tiempo ahora. «Treinta por ciento.» Observa una sombra pasando por detrás de la ventana y sabe que ella se va a morir. No hoy, ni mañana, pero pronto. No podrá ir a su graduación en el instituto. No lo llevará a la universidad. No estará allí para decirle lo especial que es y que espere, que espere y verá las cosas tan estupendas que le tiene preparadas la vida. Se abraza a sí mismo. Cuando su madre no esté, ¿cómo sabrá dónde encontrarla? Ojalá pudiera preguntárselo a la chica. Ella envía hilos en todas direcciones, como ondas electromagnéticas, fotones infrarrojos, rayos brillantes de luz visibles solo en la oscuridad. Las ondas son cada vez más largas. Y, de pronto, Waldo se da cuenta: la chica está extendiendo su alcance más allá de Division Street, de Avalon, a través de autopistas, pasos elevados, ciudades y parcelas de cultivo. Hay algunas personas que sentirán su roce —un escalofrío por la espalda, una mano en el aire, un poema que les venga a la memoria—, aunque no se darán cuenta del todo.

2 de julio de 2020

Shenkman

Su apartamento en el centro de Sarasota está a poca distancia a pie de un Whole Foods. Ese era uno de los argumentos de venta. Shenkman no quiere coger el coche si no es estrictamente necesario. Calcula cuántos minutos se ha pasado en el trayecto de su casa en Avalon hasta el trabajo en la ciudad. Cuarenta y cinco minutos (sin tráfico) de ida y otros tantos de vuelta. Noventa minutos al día como mínimo. Que por cinco días es igual a cuatrocientos cincuenta minutos a la semana. Digamos que lo hacía cincuenta semanas al año (nunca se cogía más de dos semanas de vacaciones); eso da un total de 22 500 minutos anuales. Durante dos décadas. Le gustaría recuperar esos minutos. Le gustaría retroceder en el tiempo hasta el principio de… Bueno, ese es el problema. ¿Dónde querría volver a empezar?

Conoció a Alice cuando estudiaba en la Escuela de Negocios. Fue una especie de cita a ciegas, pero una de esas citas a ciegas disimuladas. Unos amigos en común los invitaron a ambos a una cena. Eran todo parejas excepto Shenkman y Alice, y los sentaron juntos. Codazo, codazo. Guiño, guiño. También les habían dado los detalles convenientes con antelación. Él sabía que ella estudiaba tercero de Derecho en la NYU; se había criado en Forest Hills; su padre era dentista. Había tenido un novio serio, pero llevaba un tiempo soltera. ¿Qué sabía ella de él? Sobre el papel tenía buena pinta. Había formado parte del equipo de remo en la Universidad de New Hampshire, estaba terminando sus estudios en la Escuela de Negocios en NYU Stern, ya había aceptado un puesto en Lehman. Así funcionaba, al parecer. Currículos, pasados, historiales familiares cuidadosamente alineados como si los puntos en común fueran

la mejor forma de elegir a un compañero de vida.

Shenkman se pregunta si esto sigue pasando hoy en día: lo de que te emparejen tus amigos. Bueno, definitivamente no pasará en este año de mierda. En cualquier caso, ¿qué habría ocurrido si no hubiese ido a aquella cena? ¿Si no hubiese conocido a aquella estudiante de Derecho tan guapa? La vida no es más que una serie de accidentes, uno encima de otro, como esos choques en cadena en las autovías que salen a veces en el periódico, un tráiler doble que surge de la niebla y, de repente, una colisión múltiple de veintisiete coches. Si no se hubiese casado con Alice, ahora no sería un viudo con mascarilla paseando por la calle principal de Sarasota. Habría tenido una vida completamente distinta. Una historia totalmente diferente. Una mujer distinta. Un barrio diferente. Un hijo distinto, o dos o tres.

Sobre todo, no tendría a Waldo. Algo dentro de él, un viejo impulso familiar, lo empuja a la ira, al remordimiento, al arrepentimiento, pero vuelve con las manos vacías. No puede arrepentirse de la colisión múltiple de su vida. Waldo es lo mejor que ha hecho. Aunque no pueda atribuirse demasiado mérito, excepto el nombre. Él fue quien le puso el nombre a su hijo. No es poca cosa. Cuando Benjamin Wilf deshizo la vuelta del cordón umbilical alrededor del tallo diminuto y vulnerable que era el cuello de aquel bebé, cuando lo depositó sobre el vientre de Alice —«el muchacho solo necesitaba una ayudita»—, había algo en aquel bulto resbaladizo de dos kilos setecientos gramos con la cara colorada que ya estaba perfectamente formado. Shenkman solo tenía que tener cuidado de no arruinarlo.

Pero, por supuesto, lo arruinó. Arruinó por todo lo alto una de las pocas cosas en la vida que no se pueden arreglar más adelante. Había sido un padre de mierda. ¿Habría sido un padre de mierda para cualquier niño? ¿O había algo en la química entre él y Waldo que estaba condenado desde el principio? Había intentado convertir a Waldo en el tipo de hijo que él quería, en lugar de aceptarlo como era. Como marido, había hecho un trabajo ligeramente mejor, aunque, sin duda, Alice se merecía más.

Una cosa sí hizo bien: cuando le diagnosticaron el cáncer, cuando se puso enferma, él se dedicó a ella en cuerpo y alma. Se hizo, como se dice hoy en día, cuidador. La cuidó. La acompañó a todas las citas con el oncólogo, tomó notas. Movió los pocos hilos que tuvo que mover para buscar segundas y terceras opiniones. Después de que le practicaran la histerectomía radical, Alice se trasladó a la habitación de invitados y él tenía el viejo monitor de videovigilancia de Waldo en la mesilla por si ella lo necesitaba por la noche. El baño principal se convirtió en un arsenal de suministros médicos: antieméticos, analgésicos, marihuana terapéutica y, al final, morfina. Compró uno de esos pastilleros que siempre pensó que eran de viejo, para tenerlo todo ordenado.

Aquí es adonde lo lleva su mente cuando piensa en Alice ahora. No a la mujer alegre con la que se casó; no a la madre-tierra fuerte que expulsó a Waldo en el suelo de la cocina mientras a él lo insultaba sin parar; no a la abogada de mente ágil a la que propusieron ser socia accionista cuando llevaba cinco años en el bufete. Dios, estaba tan orgulloso de ella. ¿Se lo dijo en algún momento? Ha leído unos cuantos libros sobre el duelo. Pero nadie habla de cuánto tarda la persona que querías en volver a ti como era antes de estar enferma, antes de consumirse. Cuando visualiza a Alice, la ve calva, con la piel amarillenta y casi en los huesos. Con las uñas y los labios agrietados. Con los brazos como dos palillos; con las manos, en los últimos días, como garras.

Fuera del Whole Foods hay dispensadores de gel hidroalcohólico. En algunas tiendas te ponen un termómetro en la frente antes de dejarte pasar, pero esto es Florida, no un suburbio de Westchester. El sol ha convencido a la gente de que todo esto de la pandemia es una exageración. En algunas zonas del estado la gente se jacta de ir por ahí sin mascarilla. Aquí, en Sarasota, hay música en directo en las terrazas de los bares y la gente baila bajo antorchas tiki. En el Whole Foods hay flechas y pegatinas en el suelo para dirigir a la gente y mantener la distancia social, pero nadie les hace caso. O bien son demasiado mayores o les da igual. Shenkman lo observa todo como un antropólogo. Siempre ha respetado las normas,

así que lleva mascarilla y se frota las manos con gel Purell hasta dejárselas rojas. Pero en realidad no está muy preocupado. Tiene la teoría de que hay un número determinado de cosas de mierda que pueden pasarle a uno en la vida y él ya ha alcanzado el límite.

La pareja que le compró su casa de Avalon ya ha instalado dos congeladores industriales en el sótano y ha construido estanterías para almacenar conservas, cereales, papel higiénico y agua mineral para un año. Es como el efecto 2000 otra vez. Le dijeron que iban a formar un grupo burbuja —la palabra «burbuja» ha adquirido un nuevo significado ahora— con otra familia de Division Street y que se harían un test de antígenos periódico con su médico de cabecera privado. ¡Un médico privado! La pareja tiene muchas cosas por las que vivir: dos niños pequeños; suficientes recursos para imponerse a otros compradores en un mercado inflado; la creencia de que, si son lo suficientemente inteligentes y tienen cuidado, podrán protegerse de todo mal.

Echa unas cebollas Vidalia y una coliflor en la cesta. Coge un cartón de leche de avena, de la que siempre hay pocas existencias. No hay ningún lugar cómodo para él dentro de su cabeza. Waldo está cabreado con él y tiene todo el derecho del mundo a estarlo. Aunque «cabreado» es una palabra que no cuadra en el registro de expresión de Waldo, y Shenkman lo sabe. El daño que Shenkman le ha hecho se ha convertido en una concha que protege a Waldo, y Shenkman está fuera. Se pregunta cuándo volverá a ver a su hijo, ahora que la casa que los mantenía unidos ya no está en sus vidas.

Todos sus vínculos se han aflojado y se han soltado, uno a uno. Sus padres ya no están. Alice quiso que la incinerasen, aunque se supone que los judíos no deben incinerarse. Él y Waldo pasaron una perturbadora tarde juntos un par de semanas después de la muerte de Alice siguiendo sus instrucciones para esparcir sus cenizas en el río Hudson. Probablemente era ilegal; sin duda, lo era. Pero, aun así, fueron en coche hasta pasada la estación de tren y bajaron al río con la resistente caja de cartón que contenía las cenizas en el asiento trasero. Era un día de diario por la tarde, a

principios de primavera, y el paseo fluvial junto al Hudson estaba relativamente tranquilo. Solo se encontraron con algún que otro ciclista y unos pocos motivados paseando a buen ritmo.

Shenkman llevó la caja a una zona tranquila de césped junto a la orilla. No sabía cómo hacerlo. Hasta entonces solo había enterrado a gente. Sentía una oleada irracional de ira hacia el contenido de la caja, que antes había sido su mujer. ¡Qué egoísta! ¿No se había parado a pensar en cómo sería para él? Quedarse solo con su… Pero entonces miró a Waldo, que había quitado la tapa de cartón de la caja y había deshecho el nudo de la bolsa de plástico que había dentro. Estaba hundiendo los dedos en los restos. En las cenizas. Dios, odiaba aquella palabra. Luchó contra el impulso de darle un manotazo a Waldo para que sacara la mano. Se fijó en que su hijo parecía incluso más perdido en sus pensamientos que de costumbre. Estaba tranquilo. Ensimismado, incluso.

Shenkman se aclaró la garganta. Sentía que tenía algo atragantado.

—Bueno. Supongo que deberíamos…

—Mamá está en todas partes —dijo Waldo entonces—. No está en esta bolsa. No va a estar en el río, o al menos no solo en el río.

A Shenkman le gustaba un poco que Waldo hablara así. Le tranquilizaba, aunque no entendía por qué.

—Cuando algunas estrellas mueren, su materia vuelve al universo —dijo Waldo con la voz especial que reservaba para los datos enciclopédicos—. Una estrella tarda millones de años en morir. Millones. Mengua hasta convertirse en una enana, blanca y muy densa. Es superpesada. Tan solo una cucharadita de materia de una enana blanca pesaría cientos de toneladas. Y una estrella blanca tarda miles de millones de años en enfriarse y volverse invisible.

Mientras hablaba, Waldo echó las cenizas de su madre al río.

—Pero otras estrellas, las que son realmente grandes, mueren de repente. Cuando se quedan sin combustible, se hinchan y se convierten en supergigantes rojas. Luego explotan

en una supernova tan enorme que eclipsa a todas las demás estrellas de la galaxia. Al final, solo queda polvo de estrellas.

Waldo hizo una pausa y luego se miró el hueco de las manos.

—Estoy simplificándolo —dijo—, pero tú me entiendes. El polvo de estrellas al final forma otras estrellas. Y planetas.

Se volvió hacia Shenkman y lo miró con esos ojos. Los ojos de Alice. Unos meses más tarde, se graduó en el instituto de Avalon. Luego se fue a Berkeley. No volvió a casa ni una sola vez hasta que la pandemia obligó a cerrar la universidad y no tuvo otro sitio adonde ir. Shenkman escudriñó la cara de Waldo en busca de cualquier rastro de amor por él y no encontró nada. Y quizá no pasase nada. Quizá debería ser así… Quizá tenía que ser así. Fue una especie de alivio sentir que no tenía que arreglar las cosas, ya no.

Shenkman sale del Whole Foods y se echa religiosamente el gel hidroalcohólico en las manos. La tarde se extiende ante él, abrasadora, eterna. Las dos cebollas y la coliflor que ha comprado cascabelean en la bolsa de plástico. Baja por la calle principal en dirección al puerto. El parque está lleno de gente, a pesar del calor de mediodía. Los niños pequeños juegan en el parque acuático mientras sus hermanos mayores montan en moto alrededor del perímetro. Hay una pareja mayor, de espaldas a Shenkman, sentados el uno junto al otro en un columpio, contemplando la bahía. Las mesas de pícnic del O'Leary's Tiki Bar están repletas de familias comiendo marisco frito y bebiendo cócteles en copa con una sombrillita.

Encuentra sitio en un banco debajo de un árbol y se sienta a descansar. Quizás esto sea todo. Su mujer es polvo de estrellas, según su hijo, que está en la otra punta del país, lo más lejos posible de él. La que fue su casa durante veinte años ahora es un búnker en la periferia. Pasó dos décadas en Avalon sin echar raíces. ¿Quién iba a tener tiempo o, sinceramente, ganas? Así que aquí está, Shenkman, el desarraigado, en Sarasota, por puro azar. Goza de bastante buena salud, no como su padre, que se murió cuando tenía más o menos su edad. Puede que aún le quede bastante. El RowPro —se ha asegurado de equipar debidamente el gimnasio en su piso

nuevo— le mantiene el corazón en forma y las células en constante regeneración. Quizás incluso vuelva a aventurarse en aguas abiertas. Hay un club de remo que se llama Sarasota Scullers un poco más allá de Siesta Key. Se pone la mano sobre los ojos a modo de visera y observa a una gaviota que baja en picado a atrapar a su presa en la superficie de la bahía refulgente. Podría ser peor.

Theo y sus sobrinas

Después de cerrar Mimi's y Twelve Tables, se pasó cuarenta y ocho horas en cama en un estado de paralización que le asustó hasta a él. Pero a la tercera mañana se despertó con un propósito claro y renovado. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Theo se metió en su página pública de Facebook —que antes gestionaba su *community manager*— y publicó lo siguiente: «Estoy aquí. Solo. Si necesitas comida, yo te cocino algo. Si quieres más información, llámame». Luego puso el número de su teléfono móvil y el fijo de Mimi's. Hizo lo mismo en la cuenta de Instagram de @12Tables. Se sentía, en la misma medida, decidido y un poco ido de la olla. Cada paso que daba era tan radicalmente distinto de todo lo que había hecho antes que le sorprendía lo inevitable que le parecía. Lo necesario.

Ahora, igual que todas las mañanas desde mediados de marzo, pega el menú del día por dentro de la cristalera de Mimi's, escrito por él mismo con la letra más legible posible. El menú de hoy es empanadas de ternera argentina, ragú de cerdo sobre polenta cremosa, gumbo de okra, pastel de pollo asado, verduras con panceta braseada y ajo. Comida casera con poder de permanencia. También intenta tener algunos platos básicos, los que la gente suele dar por sentados. Los paccheri cuatro quesos al horno, los grelos y las salchichas picantes son los favoritos del barrio. Los clientes encargan ollas enteras y congelan las sobras. Nunca antes había cocinado pensando en que sobrara comida, pero ahora no hay que desperdiciar nada.

Hoy es puente, pero este año no hay puentes. En lugar de

los fuegos artificiales del Cuatro de Julio, todas las tardes a las siete en punto suena una cacerolada y la gente sale a las ventanas a aplaudir a los trabajadores esenciales. Y esto no pasa solo en los cinco condados de la ciudad de Nueva York, sino en las ciudades y pueblos de todo el mundo. La gente que hace cola, guardando una distancia de un metro y medio de rigor, en Malcom X Boulevard, para recoger su cena, oye de fondo el sonido elemental de las cucharas golpeando cacerolas. Algo predecible en un mundo impredecible. Una forma de medir el paso del tiempo.

El restaurante está a oscuras, las sillas bocabajo sobre las mesas, el suelo limpio, todo impoluto desde que los encerraron en casa hace meses. Hay una foto en blanco y negro enmarcada de Mimi colgada en una pared blanca de ladrillo. Su padre se la hizo en el jardín de Avalon y Theo la mandó imprimir en tamaño póster. Su madre lleva un peto y está agachada junto a una pequeña plantación de kale —fue de las primeras en apuntarse a la moda del kale— y está radiante, con las manos hundidas en la tierra. Es como más le gusta recordarla. Todas las mañanas, cuando quita el candado, sube la persiana metálica y se adentra en el silencio estremecedor del restaurante, se toma un momento para estar con su madre y espera que aún exista en una dimensión desde donde pueda verlo. Mimi nunca se recuperó del todo de los cinco años que él estuvo ausente. En los pocos años que pasaron juntos después de que volviera y antes de que el alzhéimer hiciera acto de presencia, había algo temeroso en su forma de mirarlo, como si Theo fuese una criatura salvaje que pudiera salir corriendo otra vez. «Estoy aquí, mamá.» Se pone el delantal y las Birkenstock. Flexiona los dedos. Estira los hombros. «Estoy aquí, cocinando.»

Al principio siguió pagándoles el sueldo a sus empleados, pero al no saber hasta cuándo se iba a alargar la cosa, llegó un punto en el que ya no se lo podía permitir. Entre el personal de cocina, el de sala y el de oficina, en Mimi's tenía contratadas a veintiséis personas. En Twelve Tables solo tenía a tres empleados a media jornada y al ayudante de cocina. En total, treinta personas —muchas de ellas inmigrantes y con familia—

sin trabajo. Se siente responsable. Es responsable.

En el menú diario tiene dos precios diferentes para cada plato. En ambos casos, casi regalado. Uno de los precios es para la gente que sigue teniendo trabajo. Y el otro es para los demás. Se pasa el día hablando con los clientes antiguos y con los nuevos, y en sus voces nota una crudeza que reconoce como gratitud. Pero Theo no necesita ni busca la gratitud de nadie. Estas horas en la cocina son su salvavidas. Llegó un momento en el que perdió de vista la razón por la que había empezado en esto, que era el simple deseo de pasar tiempo en la cocina con su madre, trabajando codo con codo, con un libro de recetas —de Marcella Hazan, Julia Child, Jacques Pépin— abierto sobre la encimera. Siempre colocaba todos los ingredientes en fila antes de empezar, junto con los recipientes medidores y los utensilios para remover y servir, las sartenes, las cazuelas de hierro fundido, lo que tocara. Prefería los guisos de sabores complejos que se hacían a fuego lento durante horas. Mimi ponía la radio mientras se afanaban, y a veces, si sonaba una canción que le gustaba, se ponía a cantar y él veía un destello fugaz de cómo debió de ser su madre de niña.

Si hubiese tenido que resumir en una palabra aquellas tardes de antaño en la cocina con Mimi, le habría resultado fácil. Era amor. Siempre ha amado a la gente que come con él, pero aquel amor era distinto. Era más bien una súplica. Con cada plato elaborado, con cada intento, trataba de demostrar su valía. Estaba a un lado de un cristal, aparte, separado de la satisfacción, de la saciedad de su clientela; era su penitencia. Ahora lo ve claro. Se había alejado de lo que de verdad importa. Pero ahora está aquí. Ofreciendo comida como sustento, como un bálsamo para el espíritu, como una conexión. El cristal ha desaparecido.

El móvil suena dentro del bolsillo de su delantal día y noche. Oye su propia voz como si fuera una melodía desconocida. «Theo Wilf», contesta una y otra vez. Ya no hay separación ni miedo a la exposición ni a la alienación. Ya no hay reticencias ni ocultación. Todo aquello se acabó mucho antes de la pandemia, en una serie de largas conversaciones

telefónicas con Sarah. Sus palabras: «Fui yo, Theo… Dije que había sido yo porque fui yo, yo era tu hermana mayor, fue culpa mía, no debería haber…», y el sonido de sus respectivas respiraciones, el silencio sobre ambos como una manta. «¿Piensas en ella?», le preguntó Sarah. «Todo el tiempo —contestó él, y al decirlo se dio cuenta de lo cierto que era—. Porque fui yo —le dijo a su hermana—. No tú, Sarah. Yo. Era yo quien conducía como un puto loco.» Y siguieron hablando, Theo desde Brooklyn, Sarah desde Santa Mónica, dos personas de mediana edad, condenadas, silenciadas durante décadas por su propio terror y su propia vergüenza.

Sus sobrinas llegarán pronto. Formarán una burbuja. Han celebrado sus respectivas graduaciones de la universidad por Zoom y todos sus planes de futuro están ahora en suspenso. Una lección de las muchas que les ha dado la pandemia es que los planes son meras fantasías. Los planes son fungibles. Nosotros hacemos planes y Dios se ríe en nuestra cara. Sydney acaba de terminar la carrera en la RISD (la Escuela de Diseño de Rhode Island) —y en teoría va a empezar a trabajar para Tom Ford, en la sede de Los Ángeles, en septiembre— y Olivia se ha convertido en una repostera extraordinaria. Iba a hacer unas prácticas con Nancy Silverton, pero ahora está todo en el aire. La buena noticia es que eso significa que van a venir a Nueva York. Sus sobrinas. Volverán a instalarse en la habitación que construyó para ellas al fondo de su ático y los tres se pasarán el día dando de comer a todo Brooklyn y más allá bajo la mirada atenta de su abuela Mimi.

Una sirena ulula en una calle cercana. Los hospitales están repletos de gente que no puede respirar. Miles y miles de personas mueren solas de forma horrible. Ha oído que están usando camiones refrigerados como morgues. Hay un lunático en la Casa Blanca. La atmósfera es de duelo permanente, como si el duelo fuera algo tangible, una presencia más que una ausencia. Pero él, en el centro de su vida, su corazón, su cocina, en el restaurante que bautizó en honor de su madre, Theo Wilf, a punto de cumplir cincuenta años, disuelve un cubo de concentrado de umami en el caldo de ave.

«Esto también», piensa mientras prueba el caldo. Piensa en

toda la gente a la que dará de comer esa noche. Policías, profesores, esteticistas, instructores de yoga. Gente sin hogar, actores sin trabajo, enfermeras de urgencias, friegaplatos, comadronas, pasantes, repartidores de UPS. Esto también, esto también. Los alimentará con todo su ser. Corta en rodajas las zanahorias que le sobraron ayer y se apunta una nota de cabeza: llamar a sus amigos los productores orgánicos en el norte del estado, a ver qué ofrece la tierra. Él aprovechará sus cultivos. Se aprovechará a sí mismo, porque es lo único que puede hacer. Suena el teléfono. A cuarenta minutos de distancia, al norte, una chica muerta mucho tiempo atrás está enviando lazos de luz. Lleva años haciéndolo, pero las condiciones deben ser las adecuadas. Tiene que estar preparado. Ahora ella atraviesa el tiempo y el espacio. Es un puñado de huesos en una tumba. Es materia celular. Vive en los anillos internos de un viejo árbol. Cada parte de ella que no se desvaneció aquella noche de verano da vueltas alrededor de Theo, en un abrazo que él solo siente como un objetivo y un bienestar inesperados. «Theo Wilf», dice al teléfono. Y otra vez: «Theo Wilf».

Waldo y Benjamin

Emprende su travesía hasta la otra punta del país con el coche lleno de libros, álbumes de fotos y cajas. Todo lo que quería conservar de la casa en la que creció está ahora en su Prius, comprado con el dinero del seguro que le dejó su madre. Es una tortuga con la casa a cuestas. Ha elegido la ruta del sur. Su padre le ha dicho: «Cuando yo hice este viaje, cuando estaba en la universidad, hicimos la ruta del norte». Waldo, que hasta entonces no había planeado el viaje todavía, pensó: «Iré por el sur».

Cuando sale por Division Street, sabe que es la última vez que verá esta casa, este barrio, esta ciudad. ¿Por qué iba a volver? Aquí no hay nada para él. Veinte años. Su vida entera. ¿Volverá a vivir alguna vez tanto tiempo en el mismo sitio? Sí que lo hará. Entrados los cuarenta, se mudará con su mujer y

sus hijos a una casita en las inmediaciones de Berkeley, donde plantará varios árboles que crecerán sanos y fuertes y le darán sombra durante muchos años. El doctor Waldo Shenkman será una figura destacada del barrio, en una comunidad de científicos y académicos. Encontrará el lugar adecuado para él. Y se equivoca al pensar que no volverá nunca a Division Street. Irá una vez, de visita, cuando su hija esté en la universidad. Contemplarán la antigua residencia de los Shenkman desde el otro lado de la calle. Pero entonces el árbol mágico ya no estará, porque sus raíces habrán invadido una tubería con fugas en el alcantarillado a unos treinta metros de distancia. Algunos vecinos pedirán que se salve el gran roble, aunque sea un gasto considerable, pero a otros les parecerá un estorbo. Después de talarlo, el servicio de mantenimiento del arbolado calculará, a partir de los anillos del enorme y bello tocón, que tenía casi quinientos años.

Se sabe el camino. Por la autopista de Pensilvania hasta la I-70, rumbo oeste, hasta Sant Louis. La I-44 hasta Oklahoma City, luego la I-40 hasta Arizona y por ahí hasta entrar en California. Luego la I-15 hasta Los Ángeles. Los moteles no le parecen seguros. Los picaportes, las encimeras, la ropa de cama —todas las cosas normales— ahora resultan amenazantes. Duerme en el coche en áreas de descanso y se levanta cuando sale el sol. Cuando reposta el tanque del Prius, utiliza un guante de plástico desechable. El asiento del copiloto está lleno de botes de gel hidroalcohólico, toallitas desinfectantes Lysol y mascarillas quirúrgicas azules.

En Nuevo México, se desvía de la ruta y pasa la noche en un parque nacional a sesenta y cinco kilómetros de la fuente de luz artificial más cercana. Bajo el cielo más oscuro que ha visto jamás, monta su telescopio. Al sur de Alnitak, la estrella más oriental del cinturón de Orión, ve la esquiva nebulosa Cabeza de Caballo, a unos mil quinientos años luz de distancia: una silueta negra bien definida iluminada desde atrás por la luz rosa del gas de emisión cargado. Es muy popular, casi como un atractivo turístico astronómico —muchos aficionados a las estrellas se tatúan la nebulosa Cabeza de Caballo— pero, aun así, se le acelera el pulso y se le escapa una carcajada. Puede

que sea un cliché, pero es un cliché muy bonito. Aunque no llega a darle forma al pensamiento, porque se sentiría muy solo, desearía tener a alguien con quien compartirlo. Su exnovia, Sophie. Su madre. Ben.

Solo le queda un día muy largo de trayecto para llegar a Los Ángeles. Se ha asegurado de no tener contacto con absolutamente nadie durante el viaje. Está tomando todas las precauciones posibles. «Me encantaría que me hicieras una visita, Waldo. Pero tenemos que hacerlo con seguridad. Yo ya no soy un chaval.» Se hizo un test antes de salir de Avalon y se hará otro antes de ver a Ben. No tiene apenas amigos, solo una exnovia y tampoco tiene familia, como quien dice, así que esta visita está adquiriendo mayor peso cada día que pasa. Significa mucho, demasiado. Pero quizá no importe. Quizás esté bien permitirse anhelar con todo su ser la compañía de una persona real y no limitarse a buscar agujeros negros en el universo. Quizás esté bien arriesgarse a querer a alguien.

En el último tramo del viaje, con cada kilómetro que pone entre él y Avalon, se siente más completo, más auténtico. El aire es más ligero, más seco. En el desierto puede respirar. Los cactus que hay a los lados de la autovía parecen de otro mundo, la flora de otro planeta. Deja atrás señales que advierten de la posible presencia de alces y armadillos. Piensa que va a vivir aquí. Con «aquí» se refiere a algún sitio de la costa oeste de los Estados Unidos. Es posible nacer en la casa equivocada, en la calle equivocada, en la ciudad equivocada, en la parte equivocada de un país. Verse empujado a hacer cosas equivocadas. Pero también es posible sobrevivir a todas estas humillaciones psicológicas si tienes a una o quizá dos personas que te conozcan de verdad. Su madre vio cómo era. Y, al verlo, lo salvó. Y una noche de invierno, hace media vida, un viejo médico le pasó un brazo alrededor y se meció adelante y atrás con él, como si ambos oyesen la misma música casi imperceptible.

No hace ni el intento de entender nada de todo esto. Solo sabe que está siguiendo un patrón que no siempre acierta a distinguir. Es huidizo, quimérico, propenso a los callejones sin salida y las desapariciones repentinas. Es fácil olvidarse de

buscarlo. Pero, cuando es visible, como ahora, ilumina su camino como un cometa atravesando el cielo nocturno. Solo tiene que confiar en él y seguirlo. Esto será así toda su vida. Distinguirá una corriente que lo atraviesa, una fuerza que lo conecta con el mundo, que adquirió cuando era un niño de casi once años. No sabe quién le tiende la mano a través del tiempo y el espacio, pero sabe que no está solo.

Y aquí están, el doctor Benjamin Wilf y el futuro doctor Waldo Shenkman. Hace diez años que no se ven. Diez años desde el día que los cambió a los dos para siempre. Ben se mueve más despacio ahora. Era un anciano incluso entonces. Pero Waldo, por supuesto, es el que más ha cambiado. Ben lo recuerda como un chico, un chiquillo, un niño todavía, con las mejillas suaves y el pelo revuelto, con las pestañas muy largas. Era un chaval pálido, muy pálido, como si no viese la luz del día a menudo, con la cara iluminada por el resplandor azul de la pantalla mientras la inclinaba hacia las estrellas. Aquel chico sigue dentro de este joven con gafas y barba irregular y ojeras debajo de aquellos mismos ojos. Unos ojos, constata Ben con alivio, que aún conservan la chispa que él recuerda, la chispa que dice: «Como me subestimes, te vas a enterar».

La playa de Broad Beach está casi desierta. Unos hombres vestidos con neopreno cargan con su tabla de surf a lo lejos. Un perro negro corre en círculos en las rocas. Han tomado prestado el coche de Sarah, un descapotable, para pasar el día, y han conducido con la capota bajada por la autopista de Pacific Coast hasta el extremo más septentrional de Malibú. La playa —que Ben recuerda de un viaje que hicieron él y Mimi por su aniversario en los setenta— ha cambiado por completo en estos cincuenta años, erosionada hasta el punto de que las casas que bordean este trozo estrecho de costa están flanqueadas por enormes bloques de hormigón que sirven de muros de retención donde una vez hubo arena. En otros cincuenta años, imagina, todo estará cubierto de agua. Las mansiones de uno, dos, tres pisos, se apiñan unas junto a otras. Los coches deportivos aparcados bajo los pórticos, las

tumbonas de felpa suave alineadas sobre las dunas y junto a las piscinas, las azaleas, los hibiscos, el aroma a limón en el aire…, todo crea una ilusión de seguridad y estabilidad.

—Qué triste —dice en voz alta sin querer.

—¿El qué? —Waldo gira la cabeza hacia él.

—Todo esto —Ben mueve el brazo como si le estuviera enseñando una antigua civilización perdida— va a desaparecer dentro de poco.

—No va a desaparecer —dice Waldo. Ha estado leyendo a James Gleick y le recita un pasaje a Ben de memoria—. Si pudiésemos ver el tiempo por completo, podríamos apreciar el pasado intacto, en lugar de verlo desaparecer por el espejo retrovisor.

—¿Tú te lo crees? —le pregunta Ben.

—No es una cuestión de fe. Es física —contesta Waldo.

Se detienen, la extraña pareja, y observan los kilómetros de bolsas de arena apilados a lo largo de la orilla de la playa. Waldo lo mira.

—Además, lo siento.

El viento arrecia. Ben se mete las manos en los bolsillos. Se siente a gusto con este joven, como si se conocieran desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo estás, Waldo? Por lo de tu madre, digo.

Han pasado tres años desde que falleció Alice. No es nada si hablamos de una pérdida tan grande. Ben lo sabe. El duelo va por rachas. Como las olas que rompen contra las rocas, reúne fuerza y estalla cuando menos te lo esperas.

Waldo se encoge de hombros. Ben recuerda ese gesto del muchacho del pijama de los Red Sox. Reflexivo, como si no estuviera acostumbrado a que la gente le prestara atención y le resultara más fácil ahuyentar las cosas.

—Bien, supongo. La echo de menos.

Los dos se miran los pies mientras caminan. La arena está salpicada de conchas rotas y trozos de vidrio marino. Mimi siempre se llevaba a casa conchas de sus viajes al Caribe. Imperfectas, rotas, le daba igual. Las guardaba en un cuenco de cerámica que se llenaba más y más con los años. Lo que hacía era crear un recuerdo táctil de los sitios donde habían estado,

de quienes habían sido, de lo que habían hecho. Cuando hizo la mudanza, nadie quiso aquellas conchas. No era capaz de tirarlas a la basura, así que puso el cuenco entero detrás de un arbusto de boj en el patio trasero. Quizás alguno de los niños de la familia nueva lo encontrara algún día.

—¿Y tú? —le pregunta Waldo.

—¿Yo qué?

—¿Cómo estás tú?

Ben se siente avergonzado de repente. No recuerda la última vez que alguien le ha preguntado eso. Se ha pasado la mayor parte de su vida siendo una persona estable, el que se encargaba de todo. A sus hijos les costaría muchísimo preguntarle cómo está. O quizá le costaría muchísimo a él. Porque la verdad es que se siente solo. En estos diez años, desde que Mimi no está, nunca ha querido conocer a nadie nuevo. De vez en cuando, Sarah o Peter han mencionado a la madre de alguien que conocían y que se acababa de quedar viuda, o algo así, pero la idea le parecía absurda. Él ha vivido su vida con Mimi. No quiere otro capítulo.

—Mi hija, Sarah, me hizo un regalo —se sorprende Ben contándole a Waldo—. Le pidió a un director con el que trabaja que hiciera un… montaje, supongo que se llama…, con nuestras fotos y vídeos familiares a lo largo de los años.

Waldo mira al perro negro que se mete en el agua y vuelve con un frisbi rojo vivo. No quiere mirar a Ben porque le da miedo que deje de hablar.

—Probablemente lo haya visto mil veces.

—¿Ayuda?

A Ben se le sonrojan las mejillas.

—No mucho. —Ben hace una pausa—. Es bastante patético, supongo. Pero esa es la respuesta a cómo estoy.

Waldo se para delante de una estrella de mar perfectamente fosilizada. Nunca había visto una. En fotos sí, pero no ha ido mucho a la playa. Se agacha para cogerla. «Echinoderm. Asteroidea.» Viven a veinte mil pies bajo la superficie del océano.

—La vi, ¿sabes?

Las palabras le salen solas. Todos esos años, Waldo se ha

guardado para sí lo que vivió aquella mañana en la casita de juguete. Estaba seguro de que lo metería en un lío. Que los médicos harían su agosto. «Ah, que ve muertos.»

—Lo sé —dice Ben. Parece confuso. No es nada que no supiera de antes.

—No —insiste Waldo—. Me refiero a después.

Ben parpadea varias veces contra el viento. Siempre le ha agobiado pensar en que un niño tan pequeño presenciara la muerte de Mimi. Y Mimi, con la mente tan afectada, que lo confundió con su propio hijo. Pero ¿qué es esto? Waldo debe de tener un trauma. Si no, ¿por qué iba a…?

—Fue como si la viese encarnando a todas las personas que había sido —dice Waldo—. Recuerdo que vi a una niña con un vestido blanco. Y a una mujer con el pelo oscuro, tan largo que se podía sentar encima de él.

Ben lo escucha. El sonido se amortigua, como si el viento hubiese amainado, como si el mar hubiese dejado de mover las olas.

—Parecía feliz, Ben. Luego estaba embarazada, vestida con unos vaqueros y una camisa de cuadros. Llevaba a una niña pequeña de la mano. No pude distinguirlo todo, era como si parpadease, como las imágenes de un proyector viejo. Pero sé lo que vi.

Las lágrimas corren por las mejillas de Ben. Ni siquiera intenta secárselas. Deja ir su escepticismo y simplemente ve lo que ve Waldo. A su Mimi, intacta. Sin desvanecerse. Todo lo que ha sucedido sigue sucediendo. No hace falta encerrarla en un montaje de vídeo. No la dejó atrás en el cementerio de Brooklyn junto a sus padres. La brisa se levanta de nuevo. El perro negro mojado corre hasta ellos, les ladra, alegre. Ben le pasa un brazo por encima a Waldo. Los dos hombres son de la misma estatura ahora. Empiezan a mecerse, mirando al horizonte.

—No me lo he inventado —dice Waldo.

—No he dicho que te lo hayas inventado.

—Pero lo piensas.

—No estoy tan seguro.

La luz del sol baila sobre la espuma. Parece como si el mar

estuviese lleno de miles de millares de estrellas titilantes. Quizá cada una de ellas sea lo que queda de cada alma que ha vivido; quizás el tiempo no sea un *continuum,* sino que el pasado, el presente y el futuro estén siempre, y para siempre, desenredándose. El joven que está de pie a su lado es el bebé al que depositó sobre el vientre de su madre; el marido y el padre cuya salvación depende de que abra su corazón; el anciano astrofísico que dedica su vida a la búsqueda de exoplanetas habitables fuera de nuestro sistema solar. Están todos allí, invisibles, alrededor de ellos. El aire vibra con todas las personas a las que ha querido en su vida. Se acerca al final de su vida y, en otra esfera, también la está empezando. Le gustaría creer eso. ¿Por qué no? Pronto lo averiguará.

5 de junio de 1970

La familia Wilf

Míralos, Ben y Mimi Wilf, subiendo los escalones de acceso a su casa nueva: Division Street, 18. Les encanta que vayan a vivir en el número dieciocho, «Chai», un término hebreo que también significa 'vida'. Ben se plantea por un momento coger en brazos a su mujer para cruzar el umbral, pero está muy embarazada, así que probablemente no sea la mejor idea del mundo. Está radiante, vestida con unos vaqueros (desabrochados en la cintura porque los pantalones premamá todavía no se han inventado) y una camisa de franela. Aunque no hay forma de saberlo, todo el mundo les dice que, por cómo lo lleva, seguro que es un niño. Mimi coge a Sarah de la mano para que la pequeña de dos años suba los empinados escalones con lo que un día será su característica determinación.

Su casa (¡su casa!) está a la sombra de un bonito y viejo roble, el más alto de toda la manzana. Ben se imagina leyendo en una tumbona debajo del árbol. Parece que todos sus vecinos tienen niños pequeños, familias en expansión. Ve triciclos, saltadores, zapatillitas de lona apiladas en los escalones de la entrada de las casas. Esto no tiene nada que ver con Classon Avenue, esta calle tranquila en la que Sarah y su hermanito —Ben desea en secreto que sea un niño— van a crecer. Le cuesta creer la buena suerte que tiene. Se ha casado con el amor de su vida, tienen una hija sorprendentemente precoz y, en pocas semanas, serán cuatro en la familia.

La primera noche en la casa, con Sarah por fin dormida en la planta de arriba en su nueva camita, él y Mimi se sientan en el porche con una cerveza para él y una manzanilla para ella. Han dejado un poco entreabierta la puerta de entrada; un haz de luz cálida se desparrama por los escalones. El sonido de los

grillos inunda el aire. El bebé da patadas y Mimi se ríe, con las manos sobre la tripa. Son gente de ciudad, no están acostumbrados a ese cielo profundo y aterciopelado.

Un coche recorre despacio Division Street y los faros los iluminan al pasar. Si uno los viese en ese momento, a Ben y a Mimi Wilf, empezando su vida en Avalon, querría desearles buena suerte. Desearía que se diesen cuenta de la suerte que tienen, de lo afortunados que son.

Agradecimientos

Un libro se escribe en solitario y, aun así, entre sus páginas quedan las huellas, la dedicación y el amor de otros.

Mis primeros lectores, Molly Zakoor, Debbie Attanasio, Andy McNicol y Abigail Pogrebin me regalaron sugerencias editoriales incisivas y de un valor incalculable.

Una larga y oportuna conversación telefónica con Jeff Gordinier me ayudó a encontrar una pieza esencial del rompecabezas.

Gracias a mi grupo de escritores, The Bunker, por la solidaridad y la amistad literaria. Sabéis quiénes sois.

Anne Horowitz es la correctora con la que cualquier escritor sueña.

Mi más profunda gratitud a Jordan Pavlin, Reagan Arthur, Alison Rich, Stephanie Bowen, Isabel Yao Meyers, Sara Eagle, Abby Endler y toda la familia Knopf. Paul Bogaards, es un honor y una suerte para mí seguir teniéndote a mi lado. Gracias a Poppy Hampson y Chatto & Windus, que han sido mi hogar mientras trabajaba en Reino Unido.

Margaret Riley King, tú lo cambiaste todo para mí en esa última época. A todo el equipo de WME: Hilary Zaitz Michael, Laura Bonner, Fiona Baird, Ben Davis. Soy muy afortunada por haber podido contar con vuestro cuidado y apoyo para hacer este libro.

Un agradecimiento especial para Jennifer Egan, que me dijo hace más de una década que la cronología, del tipo que sea, es aburrida. Gracias por recordarme con tu ejemplo que la cuerda floja es el único sitio donde merece la pena estar.

Guy Birster y Charles Cilona, las incontables cenas en vuestro divino restaurante RSVP me sirvieron de inspiración y de puerta de entrada al mundo de Theo.

Y, para terminar, a mi familia. Mi marido, Michael Maren,

es mi primer y más fiable lector y el que me da confianza para dar saltos mortales. Mi hijo, Jacob Maren, me escuchó con atención y sin prisa cuando le leí las primeras páginas de *Señales en la noche* en una época en la que el futuro parecía desolador. No es exagerado afirmar que este libro no existiría sin él.

Os quiero, gracias.

Título original: *Signal Fires*

Edición digital: 2023

Copyright © 2022 by Dani Shapiro
© de la traducción: Elia Maqueda, 2023
© AdN Alianza de Novelas
(Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-143-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.